



MINISTERIO DE DEFENSA

CUADERNOS  
de  
ESTRATEGIA

99

LAS IDEAS ESTRATÉGICAS  
PARA EL INICIO  
DEL TERCER MILENIO

INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS



**MINISTERIO DE DEFENSA**

**CUADERNOS  
de  
ESTRATEGIA**

**99**

**INSTITUTO ESPAÑOL DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS**

**LAS IDEAS ESTRATÉGICAS  
PARA EL INICIO  
DEL TERCER MILENIO**



Noviembre, 1998

## FICHA CATALOGRÁFICA DEL CENTRO DE PUBLICACIONES

Las **IDEAS** estratégicas para el inicio del tercer milenio / Instituto Español de Estudios Estratégicos. — [Madrid] : Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica, 1998. — 278 p. ; 24 cm — (Cuadernos de Estrategia ; 99).

NIPO: 076-98-153-8. — D.L. M. -1690-99

ISBN: 84-7823-615-5

I. Instituto Español de Estudios Estratégicos. II. España. Ministerio de Defensa. Secretaría General Técnica, ed. III. Serie.

CENTRO DE DOCUMENTACION DEL MINISTERIO DE DEFENSA	
REGISTRO .....	9084
SIGNATURA .....	
ITEM N° .....	



Edita: Ministerio de Defensa  
Secretaría General Técnica

NIPO: 076-98-153-8

ISBN: 84-7823-615-5

Depósito Legal: M-1690-99

Imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

Tirada: 850 ejemplares

Fecha de edición: diciembre 1998

**DIRECCION GENERAL  
DE POLITICA DE DEFENSA**

**Instituto Español de Estudios  
Estratégicos**

Grupo de Trabajo número 6/98

## **LAS IDEAS ESTRATÉGICAS PARA EL INICIO DEL TERCER MILENIO**

Las ideas contenidas en este trabajo son de responsabilidad de sus autores, sin que refleje, necesariamente, el pensamiento del IEEEE, que patrocina su publicación.

## SUMARIO

	<u>Página</u>
<b>EL ESTADO DE LA CUESTIÓN .....</b>	<b>11</b>
<b>RECENSIONES:</b>	
<b>Stefan T. Possony. <i>El poder aéreo estratégico; las normas para la seguridad dinámica</i> .....</b>	<b>25</b>
<b>Robert E. Osgood. <i>Guerra limitada</i>.....</b>	<b>35</b>
<b>Saul Bernard Cohen. <i>Geografía y política en un mundo dividido</i> .....</b>	<b>43</b>
<b>Léo Hamon. <i>Estrategia contra la guerra</i>.....</b>	<b>53</b>
<b>Jean Paul Charnay. <i>Ensayo general de estrategia</i>.....</b>	<b>61</b>
<b>Michel Howard. <i>La guerra en la historia europea</i> .....</b>	<b>71</b>
<b>Aníbal Romero. <i>Estrategia y política en la era nuclear</i>.....</b>	<b>79</b>
<b>Lawrence Freedman. <i>La evolución de la estrategia nuclear</i> .....</b>	<b>91</b>
<b>William H. McNeill. <i>La búsqueda del poder: tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 D.C.</i> .....</b>	<b>101</b>
<b>Eduardo Munilla López. <i>Introducción a la estrategia militar española</i>...</b>	<b>109</b>
<b>Lucien Poirier. <i>Las voces de la estrategia</i> .....</b>	<b>117</b>
<b>Pierre Lacoste. <i>Estrategias navales del presente</i>.....</b>	<b>127</b>
<b>Paul M. Kennedy. <i>Auge y caída de las grandes potencias</i> .....</b>	<b>139</b>
<b>Edward N. Luttwak. <i>Estrategia, la lógica de guerra y paz</i>.....</b>	<b>147</b>
<b>Barry Buzan. <i>Introducción a los estudios estratégicos: tecnología militar y relaciones internacionales</i> .....</b>	<b>155</b>
<b>Miguel Alonso Baquer. <i>Estrategia para la defensa. Los elementos de la situación militar en España</i> .....</b>	<b>167</b>
<b>Pierre M. Gallois. <i>Geopolítica. Los caminos del poder</i>.....</b>	<b>177</b>
<b>Robin Wright y Doyle MacManus. <i>Futuro imperfecto</i>.....</b>	<b>187</b>
<b>Francis Fukuyama. <i>El fin de la historia y el último hombre</i>.....</b>	<b>197</b>
<b>Alvin y Heidi Toffler. <i>Las guerras del futuro</i> .....</b>	<b>207</b>
<b>Alain Minc. <i>La nueva edad media. El gran vacío ideológico</i>.....</b>	<b>219</b>

	<u>Página</u>
<b>Henry A. Kissinger. Diplomacia .....</b>	<b>231</b>
<b>Samuel P. Huntington. El choque de las civilizaciones y la reconfi- guración del orden mundial .....</b>	<b>239</b>
<b>Zbigniew Brzezinski. El gran tablero de ajedrez .....</b>	<b>249</b>
<b>Carlo Jean. Guerra, estrategia y seguridad.....</b>	<b>257</b>
 <b>COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO .....</b>	 <b>264</b>
 <b>INDICE .....</b>	 <b>267</b>

## **EL ESTADO DE LA CUESTIÓN**

## EL ESTADO DE LA CUESTIÓN

Por MIGUEL ALONSO BAQUER

La cuestión de los «estudios estratégicos», tal como se aborda en este Cuaderno, tiene para quien ha coordinado los trabajos de sus cinco autores una particular importancia. Las veinticinco recensiones de libros aquí reunidas prolongan una tarea que tiene lejanos antecedentes en mi personal actitud estudiosa. En siete circunstancias concretas a lo largo del último cuarto de siglo me mostré preocupado por dar a conocer a mis compañeros de armas las ideas de cuantos pensadores se habían aplicado a desvelar los problemas de la estrategia. Y en su consecuencia, pienso que el Cuaderno de Estrategia ahora ofrecido al lector colma las esperanzas tanto tiempo sostenidas como meras aproximaciones al conjunto de saberes actualmente acogidos al rótulo de «estudios estratégicos».

Mi primera aproximación al concepto mismo de estrategia tuvo lugar en 1976 cuando me incorporé a la Escuela de Estado Mayor, siendo comandante, como Profesor Auxiliar de la asignatura *Historia del Arte de la Guerra*. Una edición con fines didácticos, acogida al título *Lecciones de Historia Militar*, hizo públicos los guiones que fui entregando a los alumnos. En particular, el tomo subtulado *Ciclo Teórico* (1980) no pretendía otra cosa que introducir las ideas generales que consideré útiles para el seguimiento de las campañas militares más conocidas que se incluyeron en otros dos tomos igualmente didácticos y editados sin firma por la imprenta de la Escuela Superior del Ejército.

La segunda aproximación resultó explícita en mi libro *El modelo español de pronunciamiento* (1983) donde intenté diferenciar dos tipos de estrategia realmente practicados en la historia contemporánea de España con finalidades exclusivamente políticas, la estrategia del pronunciamiento y la estrategia del golpe de Estado.

La tercera aproximación vinculaba en un libro del Servicio de Publicaciones del EMC, las dos experiencias anteriores, el apoyo a la enseñanza militar del Ciclo Teórico y la aplicación al caso de España del texto sobre los pronunciamientos. Aquí en este libro, se insistía en el concepto de preferencia estratégica. *Las preferencias estratégicas del militar español* (1985) daban una visión de conjunto respecto al arte de maniobrar todavía atenta a una educación de la mente de los jóvenes oficiales de E.M.

La cuarta aproximación se vio cumplida con la publicación de *Estrategia para la defensa* (1988), cuando (ya ascendido a general de brigada) ocupaba el cargo de General Secretario Permanente del Instituto Español de Estudios Estratégicos. En este libro, la preocupación básica seguía siendo España; pero sin duda alguna quedaba insinuado un método estratégico de análisis por niveles que podría ser aplicado a otros escenarios.

La quinta aproximación, extendida en el tiempo y fragmentada en extremo por las dificultades de publicación, recogía una serie de comentarios (o de glosas) a lo que cabía reunir bajo el título *Episodios bélicos contemporáneos*. Aparecieron en «Reconquista» a partir de 1983 y culminaron en consideraciones sobre la Guerra hispano-americana de 1898, la Guerra civil española, la Segunda guerra mundial, la Guerra del Golfo, y la Crisis Yugoslava, que vieron sucesivamente la luz en prensa periódica o en revistas especializadas bien entrados los años noventa.

La sexta aproximación se produjo con ocasión de la dirección técnica de la *Historia de la Infantería Española*, en cuatro tomos. (En torno al Siglo de Oro, De la Ilustración al Romanticismo, En la época de los Ejércitos Nacionales y En los nuevos tiempos). Ideas estratégicas y pensamiento militar se entrecruzan con otras perspectivas en una serie de capítulos firmados que han sido entregados a la imprenta entre 1993 y 1999, la fecha prevista para la aparición del Tomo Cuarto.

La séptima aproximación se corresponde a un empeño teórico de superior alcance que se hizo patente entre 1990 y 1998. Se trata de un conjunto de conferencias cuya síntesis ordenada, todavía inédita, responde al título *¿En qué consiste la estrategia?*. Y también se trata de otro conjunto de aportaciones didácticas para los Cursos del CESEDEN (Estados Mayores Conjuntos y Altos Estudios Militares), que se resumen en *La situación estratégica de España*. Se dibuja una visión panorámica ajustada a finales del siglo XX en una obra actualmente pendiente de ser impresa.

Toda esta trayectoria personal al servicio de los «estudios estratégicos» se explica, primero, por la naturaleza de los destinos de carácter militar que he venido ocupando después de 1975 y, segundo, por los imperativos de una vocación estudiosa. Naturalmente que las citas bibliográficas y las notas a pie de página de todas y cada una de las publicaciones, -incluso de las obras inéditas- le dan oportunidad al lector para conocer con cierto detalle a los autores que han sido mejor considerados y a los libros que han sido preferidos para inspirar el propio pensamiento.

El nuevo *Cuaderno de Estrategia* llega ahora con el propósito de ampliar hacia adelante el horizonte de los autores que considero más relevantes cara al tercer milenio.

La estrategia, en tanto esfera de conocimientos válidos para la acción o para la disuasión de un adversario, ha contado en tiempo pasado con sus padres fundadores, con sus grandes maestros y con sus notables teóricos. Ahora bien, resulta claro que estamos en nuestros días atravesando una coyuntura de cambio sobre sus contenidos que en absoluto debería sorprendernos a los españoles sin tener las ideas claras.

*«Actualmente, -la cita proviene de un pequeño ensayo que titulé en 1997 **¿En qué consiste la estrategia?**- en los nuevos tiempos, la condición de notables teóricos está viéndose compartida por un importante grupo de estrategias de condición civil donde caben los nombres de Bernard Brodie, Collins, Kissinger y Raymond Aron, entre otros. El resultado está siendo una estrategia de inspiración política que se abstiene del empleo táctico de los medios y de sus limitaciones de empleo».*

Esta impresión es la que hemos transmitido en el I.E.E.E. a los redactores de las veinticinco reseñas de un bloque de libros cuyos autores son, en líneas generales, contemporáneos a nosotros mismos. Les ha preocupado a sus redactores la excesiva presencia en casi todos los libros de una estrategia de inspiración política que exhibe síntomas de abstinencia táctica. En su consecuencia, se les han seleccionado hasta veinticinco títulos y les hemos lanzado a la tarea de resumir lo que se dice en sus páginas sobre estrategia. El testimonio ofrecido en las reseñas logradas tiene un extraordinario interés para el Instituto Español de Estudios Estratégicos.

Se trata, en definitiva, de veinticinco autores y de veinticinco libros que están siendo tomados en consideración en todos y en cada uno de los Centros especializados de investigación y de enseñanza que podríamos

reunir dentro de los límites de la civilización occidental. En estas obras seleccionadas se nos revela lo que va a ser la estrategia para los europeos y americanos, al menos durante las primeras décadas del tercer milenio.

Los cinco redactores de las síntesis bibliográficas son jóvenes profesores altamente acreditados en el ámbito de la enseñanza militar. Su actitud estudiosa corrige una tendencia bastante frecuente en tiempo pasado en los tratados sobre estrategia: la de privilegiar a los padres fundadores sobre los grandes maestros y a éstos sobre los notables teóricos de finales del siglo XX. En esta ocasión, contrariamente, los beneficiados de la primera atención están siendo los escritores próximos a la coyuntura que les envuelve a ellos mismos, que no es otra que la de la superación de los dictados de la guerra fría. El horizonte donde convergen los veinticinco libros seleccionados para su crítica es, en definitiva, una estrategia de inspiración política actualmente ayuna de referencias directas a la táctica. Esta estrategia es hoy la que predomina en los textos.

Los veinticinco escritores contemporáneos que figuran en el *Índice del Cuaderno de Estrategia* no partieron de cero en sus reflexiones. Vienen de una tradición que no puede ser otra que el reflejo de la situación concreta que encontraron en los años básicos para su formación teórica. Nuestros escritores son hombres que se formaron en la primera mitad del siglo XX. Su primera madurez incluye las dos fechas más significativas, -1914 al comienzo de la Gran Guerra y 1945 en el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Se trata de los treinta años donde la civilización occidental se encontró a sí misma más exaltada por la incidencia brutal del fenómeno bélico. El pensamiento propio de aquellos momentos venía determinado primariamente por los grandes maestros de la geopolítica, de la estrategia global y de la estrategia total. Sólo secundariamente se prestaba atención a los notables teóricos de la estrategia general o conjunta. Aunque cada vez más, pero sólo incidentalmente, se aludía a una estrategia operativa conducida por militares de carrera.

El contraste de lo actualmente preferido con las obras del siglo XIX no ha dejado de pronunciarse desde los años centrales del XX. Se ha producido el abandono de la estrategia militar en cuanto tal, es decir, de la estrategia que sigue atenta al nivel de conducción de las operaciones militares (la que demanda a grandes dosis el acierto en la táctica y en la logística de campaña). Se ha demandado la reforma de la orgánica y de la administración de los ejércitos y de las flotas navales o aéreas. Se trata de una situación frente a la cual conviene tener los ojos abiertos, sin precipitarse en considerarla buena o mala.

Para percibir la envergadura del contraste me voy a permitir una rápida referencia a los textos que fueron mejor valorados en aquellos momentos, es decir, en los decenios centrales del siglo que está a punto de concluir.

## **GEPOLÍTICA**

Para fijar el estado actual de la cuestión, como hubiera dicho Ortega y Gasset, hay que relacionar los títulos de unas obras que estuvieron antaño en la mente de los veinticinco autores contemporáneos como propia de los más grandes maestros de la ciencia nueva decimonónica que llamaron geopolítica. Se trataba de unos personajes mitificados que dominaban el escenario de las ideas estratégicas a comienzos del siglo XX. Es imprescindible recordar sus nombres y citar la obra de cada uno de ellos que en sucesivas ediciones alcanzó superior influencia. Aquí y ahora, se les va a citar como los diez clásicos de la estrategia más global o globalizada que pudo concebirse nunca:

- 1.- **Carl Ritter**.-*Geografía comparada* (1848)  
(1779-1859)
- 2.- **Eliseo Réclus**.-*El hombre y la tierra* (1885)  
(1830-1905)
- 3.- **Alfred Thayer Mahan**.-*La influencia del poder naval en la historia*  
(1840-1914) (1890)
- 4.- **Friedrich Ratzel**.-*Geografía de los Estados, del comercio y de la guerra* (1844-1904) (1903)
- 5.- **Paul Vidal de la Blache**.-*Principios de geografía humana* (1921)  
(1845-1918)
- 6.- **Halford John Mackinder**.-*El pivote geográfico de la historia* (1904)  
(1861-1947)
- 7.- **Rudolf Kjellen**.-*El estado como forma de vida* (1916)  
(1864-1922)
- 8.- **Carl Haushofer**.-*Poder y espacio* (1936)  
(1869-1946)
- 9.- **Giulio Douhet**.-*El dominio del aire* (1921)
- 10.- **Nicholas J. Spykman**.-*La geografía de la paz* (1944)

## **ESTRATEGIA GLOBAL**

Aquella serie de diez grandes geopolíticos puede prolongarse con la cita de una veintena de nombres. Entre ellos hemos seleccionado al autor de

alguno de los libros más veteranos entre los reseñados en el presente *Cuaderno de Estrategia*. Aquí los entendemos como notables teóricos de una estrategia con pretensiones de globalidad. Y se les nombra según un ordenamiento que va desde los libros más lejanos hasta los más próximos a la coyuntura finisecular que Occidente está atravesando en nuestros días.

- 1.- **Ivan Bloch**.-*La guerra futura* (1898).
- 2.- **John Colin**.-*Las transformaciones de la guerra* (1911).
- 3.- **Camille Vallaux**.-*Las ciencias geográficas. El suelo y el estado* (1914).
- 4.- **Jacques Ancel**.-*Geopolítica* (1938).
- 5.- **Hans W. Weigert**.-*Geopolítica. Generales y Geógrafos* (1943).
- 6.- **Jaime Vicens Vives**.-*Tratado general de geopolítica*  
(2ª ed. On., 1956).
- 7.- **Pierre Celerier**.-*Geopolítica y estrategia* (1961).
- 8.- **Saul B. Cohen**.-*Geografía y políticas en un mundo dividido* (1963).
- 9.- **Herman Khan**.-*El año 2000* (1965).
- 10.- **Ives Lacoste**.-*La geografía un arma para la guerra* (1977).
- 11.- **Eliseo Álvarez-Arenas**.-*Teoría bélica de España* (1978).
- 12.- **Paul Kennedy**.-*Auge y caída de las grandes potencias* (1987).
- 13.- **Colín S. Gray**.-*Geografía y Gran Estrategia* (1991).
- 14.- **Pierre Gallois**.-*Geopolítica. Los caminos del poder* (1990).
- 15.- **Inmanuel Wallerstein**.-*Geopolíticas y Geocultura. Ensayo sobre el cambio del sistema mundial* (1991).
- 16.- **Francis Fukuyama**.-*El fin de la historia y el último hombre* (1992).
- 17.- **Alain Minc**.-*La nueva edad media* (1993).
- 18.- **Alvin Tofler**.-*Las guerras del futuro. La tercera ola* (1993).
- 19.- **Samuel P. Huntington**.-*El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial* (1993).
- 20.- **Carlo Jean**.-*Geopolítica* (1995)

## ESTRATEGIA TOTAL

Otra treintena de nuevos nombres nos aparecen en esta presentación sugeridos como referencia útil para saber por donde anda -y por donde ha venido rondando desde años atrás- lo que en los años de la guerra fría (1949-1989) se denominó estrategia total y que no coincide en absoluto con la geopolítica o con la estrategia global, quizás por su mayor afán de concreción.

Se trata quizás del bloque de autores que más cerca se situó de las ideologías totalitarias, aunque fuera en la mayoría de los casos para desautorizarlas. Se les incluye -exclusivamente, una obra por autor- con el propósito de poner por delante de las recensiones de este *Cuaderno de Estrategia* lo que vale como antecedente de los modos actuales de pensar. La lista -con cierta dosis de ironía por nuestra parte- aparece encabezada por el lejanísimo autor que más veces se cita para oponerlo a Clausewitz -el chino Sun Tzú. Y no se olvida otro texto significativo *El arte de la guerra* de Maquiavelo, aparecido hace medio milenio.

- 1.- **Sun Tzú.**-*Los trece artículos del Arte de la Guerra.*
- 2.- **Nicolás Maquiavelo.**-*El arte de la guerra.*
- 3.- **Carl Clausewitz.**-*De la guerra.*
- 4.- **Francisco Villamartin.**-*Nociones de arte militar.*
- 5.- **Arnold Toynbee.**-*Guerra y civilización.*
- 6.- **Carl Schmitt.**-*Teoría del partisano.*
- 7.- **Eric Lüdendorff.**-*La guerra total.*
- 8.- **Roger Caillois.**-*La cuesta de la guerra.*
- 9.- **J.M. Collins.**-*La gran estrategia.*
- 10.- **Hermann Khan.**-*La escalada.*
- 11.- **Raymond Aron.**-*Paz y Guerra entre las naciones.*
- 12.- **Gaston Bouthoul.**-*Tratado de Polemología.*
- 13.- **Mao Tse Tung.**-*La guerra prolongada.*
- 14.- **André Fontaine.**-*Historia de la guerra fría.*
- 15.- **Robert Strausz Hupe.**-*Geopolítica. La lucha por el espacio y el poder (1945).*
- 16.- **Alfredo Kindelán.**-*La próxima guerra.*
- 17.- **Otto Miksche.**-*El fracaso de la estrategia atómica.*
- 18.- **Carlos Martínez Campos.**-*¿Otra guerra?*
- 19.- **Raymond Aron.**-*Un siglo de guerra total. Guerras en cadena.*
- 20.- **Bernard Brodie.**-*Guerra y Política.*
- 21.- **Liddell Hart.**-*¿Disuasión o Defensa?*
- 22.- **André Beaufre.**-*Disuasión y Estrategia.*
- 23.- **Robert Mac Namara.**-*La esencia de la seguridad.*
- 24.- **Pierre Gallois.**-*Paradojas de la paz.*
- 25.- **Henry Kyssinger.**-*Armas nucleares y política internacional.*
- 26.- **Raymond Garthoffs.**-*Política militar soviética.*
- 27.- **Lawrence Freedman.**-*La evolución de la estrategia nuclear.*
- 28.- **Brams S.T. y Kilgour M.**-*Teoría de los juegos y seguridad nacional.*

## ESTRATEGIA GENERAL O CONJUNTA

Los autores que pueden ser considerados en la siguiente relación de obras como notables teóricos de la estrategia general, -entiéndase de la estrategia no puramente militar- aquella donde se articulan los intereses de la nación o coalición de naciones y las capacidades de los ejércitos de tierra, mar y aire son unos autores todavía más próximos que los anteriores a nosotros mismos. Tienen nombres más actuales que clásicos. La relación, (alguno de ellos aparece también citado en otros niveles con una obra diferente) puede llegar hasta otra treintena de nombres. Su incidencia en el pensamiento estratégico no puede desdeñarse. Son pensadores que oscilan entre ocuparse de los problemas de la seguridad y de los problemas de la defensa. He aquí las obras más representativas de quienes fueron, en principio, o bien militares de carrera o bien pensadores civiles muy afectados por la realidad de la guerra.

- 1.- **Henri Jomini.**-*Compendio del arte de la guerra.*
- 2.- **Friedrich von Bernhardi.**-*Alemania y la próxima guerra.*
- 3.- **Ferdinand Foch.**-*Los principios de la guerra.*
- 4.- **T. Lawrence.**-*Los siete pilares de la sabiduría.*
- 5.- **Almirante Castex.**-*Teorías estratégicas* (1939).
- 6.- **Early E. Mead.**-*Los creadores de la estrategia moderna.*
- 7.- **Vicente Rojo Lluich.**-*Elementos del arte de la guerra.*
- 8.- **John M. Collins.**-*La gran estrategia.*
- 9.- **Michael Howard.**- *La guerra en la historia europea.*
- 10.- **Cyril Falls.**-*El arte de la guerra.*
- 11.- **Leo Hamon.**-*Estrategia contra la guerra* (1966).
- 12.- **Luis Carrero Blanco.**-*Arte Naval y militar* (1943).
- 13.- **Thomas Schelling.**-*Estrategia del conflicto.*
- 14.- **André Beaufre.**-*Introducción a la estrategia.*
- 15.- **V.I. Sokolowski.**-*Estrategia militar soviética.*
- 16.- **Anibal Romero.**-*Líderes en guerra. Hitler, Stalin, Churchill y De Gaulle.*
- 17.- **Almirante Lepotier.**-*El mar contra la tierra* (1946).
- 18.- **J.F.C. Fuller.**-*Armamento e Historia.*
- 19.- **Joaquín Sánchez Toca.**-*El poder naval en España.*
- 20.- **Raymond Aron.**-*Clausewitz. Pensar la guerra.*
- 21.- **Jean Paul Charnay.**- *Ensayo general de estrategia.*
- 22.- **A.B. Rattembach.**-*Introducción a la estrategia.*
- 23.- **Francisco Borrero.**-*Política y guerra.*

- 24.- **Juan Cano Hevia.**-*De la guerra y la paz.*
- 25.- **Edward Luttwak.**-*La lógica entre la guerra y la paz.*
- 26.- **Aníbal Romero.**-*Estrategia y política en la era nuclear.*
- 27.- **Lucien Poirier.**-*Las voces de la estrategia.*
- 28.- **Zbigniew Brezinski.**-*La gran transformación.*
- 29.- **Franco Cardini.**-*La cultura de la guerra.*

## ESTRATEGIA OPERATIVA

El medio centenar largo de textos donde, directa o indirectamente, aparece tratada la estrategia que consideran sus autores adecuada para el conductor de las operaciones terrestres, navales y aérea- refleja una confusión de términos y de lenguas que se acrecienta cuando el lector utiliza malas traducciones. Esta adversa circunstancia puede y debe ser superada por nosotros los españoles. Al fin y al cabo la lengua española está pletórica de matices en todo cuanto se relaciona con los valores éticos, con las ciencias de comportamiento y, en definitiva, con el pensamiento militar. Cuando se trata de la conducción de los ejércitos a la zona o al teatro de operaciones esta observación tiene un claro significado esperanzador. Veamos los títulos:

- 1.- **Hans Dellbruck.** *La estrategia de Pericles.*
- 2.- **L.M. Weygand.** *Historia del Ejército Francés.*
- 3.- **Gordon A. Graig.** *La política del Ejército de Rusia (1640-1945).*
- 4.- **Liddell Hart.** *La estrategia de la aproximación indirecta.*
- 5.- **Ricardo Burguete Lana.** *La ciencia militar ante la guerra europea.*
- 6.- **Walter Goerlitz.** *El Estado Mayor Alemán.*
- 7.- **Giulius Douhet.** *El poder aéreo.*
- 8.- **J.F.C. Fuller** *Batallas decisivas del mundo occidental.*
- 9.- **Antonio Aranda Mata.** *El arte Militar.*
- 10.- **F.L. Montgomery.** *Historia de la guerra.*
- 11.- **K.N. Waltz.** *El hombre, el Estado y la guerra.*
- 12.- **Charles Aylleret.** *El arte de la guerra y la técnica.*
- 13.- **Carl Schmitt.** *Teoría del partisano.*
- 14.- **A.B. Rattembach** *Introducción a la estrategia.*
- 15.- **André Beaufre.** *Estrategia de la acción.*
- 16.- **Anatole Rapoport** *Teoría de los juegos.*
- 17.- **Charles De Gaulle.** *El filo de la espada.*
- 18.- **Bian Crozier.** *Los rebeldes. Un estudio de las insurrecciones de postguerra.*

- 19.- **Otto Miksche.** *Capitulación sin guerra (1970-1980).*
- 20.- **L.M. Chassin.** *Historia Militar de la Segunda Guerra Mundial.*
- 21.- **J.F. Fuller.** *La dirección de la guerra.*
- 22.- **Liddell Hart** *El otro lado de la colina.*
- 23.- **John Keegan.** *Barbarroja: la invasión de Rusia en 1941.*
- 24.- **Pierre Lacoste.** *Estrategias navales del presente.*
- 25.- **Camile Rougeron.** *Las enseñanzas de la Guerra de Corea.*
- 26.- **André Beaufre.** *La expedición de Suez.*
- 27.- **Jean Lacouture.** *Vietnam. Betwen Two Truces.*
- 28.- **Eduardo Munilla Gómez.** *Introducción a la estrategia militar española.*
- 29.- **Stefan Possony.** *El poder aéreo estratégico.*
- 30.- **Bernard Brodie.** *Guía para la estrategia naval.*
- 31.- **Jean Larteguy.** *Las guerrillas.*
- 32.- **Robert Moss.** *La guerrilla urbana.*
- 33.- **Roger Trinquier.** *La guerra moderna y la lucha contra las guerrillas.*
- 34.- **Carlos Martínez Campos.** *España Bélica.*
- 35.- **Bernard Brodie.** *La estrategia en la era de los misiles.*
- 36.- **Gabriel Kolko.** *Políticas de guerra.*
- 37.- **Winston Churchill.** *La Segunda Guerra Mundial.*
- 38.- **Liddell Hart.** *Historia de la Segunda Guerra Mundial.*
- 39.- **Dwight Eisenhower.** *Cruzada en Europa.*
- 40.- **Charles De Gaulle.** *Memorias de guerra.*
- 41.- **Ramón Salas Larrazábal.** *El Ejército popular de la República.*
- 42.- **Michael Howard.** *La estrategia mediterránea en la Segunda Guerra Mundial.*
- 43.- **Noam Chomski.** *La guerra de Asia.*
- 44.- **Robert E. Osgood.** *La guerra limitada.*
- 45.- **F. Kitson.** *Operaciones de baja intensidad.*
- 46.- **Zbigniew Brezinski.** *El gran fracaso.*
- 47.- **Miguel Alonso Baquer.** *Estrategia para la defensa.*
- 48.- **John Hackett.** *La III Guerra Mundial.*
- 49.- **David M. Glauter.** *La conducción soviética de la maniobra táctica (1991).*
- 50.- **Franco A. Casadio.** *La conflictividad internacional desde 1945 (1983).*
- 51.- **Gérard Chaliand.** *Estrategias de la guerrilla.*
- 52.- **Miguel Alonso Baquer.** *Las preferencias estratégicas del militar español.*
- 53.- **Andrés Casinello Pérez.** *Operaciones de guerrillas y contraguerrillas.*

Las veinticinco reseñas reúnen una virtud: son reseñas forjadas por un equipo donde jóvenes jefes y oficiales de los tres ejércitos -el Ejército de Tierra, la Armada y el Ejército del Aire- se han preocupado por sostener el acuerdo intelectual y moral, entre ellos. Es de esperar que, tras esta primera aportación al estado de la cuestión, se produzca otro ensayo valorativo de las obras de quienes fueron en su día para el saber estratégico padres fundadores, grandes maestros o notables teóricos. En definitiva, la vocación para servir en las instituciones militares quedaría con ello mucho mejor fundamentada.

Una última advertencia nos ayudará, pienso yo, a comprender el verdadero estado de la cuestión. Los notables teóricos de una estrategia que merezca el calificativo de estrategia operativa incluidos en estas veinticinco reseñas siguen impresionando a las gentes de hoy con sus reflexiones sobre el empleo de la fuerza armada para la adecuada resolución de los conflictos. Pero no sería justo identificarlos ni confundirlos con los grandes maestros de superior ambición o rango que les precedieron. En los reglamentos tácticos y en la doctrina estratégica actualmente en curso se habla del arte operacional cuando se quiere abarcar todo lo que venimos denominando tanto estrategia de inspiración táctica como estrategia de las operaciones militares en cuanto tales. Es preciso caer en la cuenta de que al pensar de este modo nos ponemos sobre un plano que se encuentra académicamente en crisis.

No obstante, el lector de las veinticinco reseñas incluidas en este *Cuaderno de Estrategia* no deberá decepcionarse por ello. El criterio pragmático que se le aconseja utilizar no puede ser más simple: lo escrito, escrito está. Los veinticinco autores seleccionados aquí podrían haberse situado más cerca de la ejecución de las operaciones de guerra abierta; pero han preferido alejarse de ellas. Nadie puede asegurar que no tengan la razón de su parte. Lo prudente es seguir creyendo, en aras del futuro de la civilización occidental, que el hecho de hacer bien las cosas, -el hecho de conducir correctamente la fuerza armada hacia el objetivo decisivo- seguirá siendo una cuestión de vida o muerte en las próximas décadas para cuantos militares de carrera tengan que asumir la responsabilidad del mando.

## **RECENSIONES**

## STEFAN T. POSSONY

### **EL PODER AÉREO ESTRATÉGICO; LAS NORMAS PARA LA SEGURIDAD DINÁMICA**

---

#### **EL ARMA AÉREA: LIDERANDO LAS TRES DIMENSIONES**

Por JUAN A. TOLEDANO MANCHEÑO

*T. Possony, Stefan, **Strategic Air Power; The Pattern of Dynamic Security** (1.949); Edición Círculo Militar, Biblioteca del Oficial, Buenos Aires, Volumen 393-394 en español (1.951); traducción del Círculo Militar Argentino. El libro en español está constituido por dieciocho capítulos que conforman un volumen de 656 páginas.*

El doctor Possony es un experto en el entorno de las antiguas repúblicas socialistas soviéticas y en los países satélites de su entorno, en Asuntos Internacionales y en Guerra Psicológica con una elevada reputación y reconocimiento internacional. Stefan T. Possony nació en Viena. Llegó a los Estados Unidos en 1940 e ingresó en el *Institute for Advanced Study* en 1941. Durante la guerra sirvió en el Servicio de Inteligencia Naval y, en 1952 en el National War College. En la actualidad es profesor de Política Internacional en la Graduate School de la Universidad de Georgetown y miembro-asociado del Instituto de Investigaciones sobre Política Exterior de la Universidad de Pensylvania. Entre sus libros se hallan *Strategy of Air Power. Century of Conflicts. The Strategy of Technology* y *Lenin the Compulsive Revolutionary*.

Desde que un aeroplano surcó los cielos por primera vez, los militares de todo el mundo se afanaron en conocer más y mejor las posibilidades del entonces naciente, o mejor dicho, del por aquellas fechas intuido poder aéreo, y usar cada vez mejor este arma única para derrotar a un enemigo.

Stefan T. Possony trata de establecer, a lo largo de las páginas que conforman este libro, los principios, posibilidades y limitaciones generales del empleo del poder aéreo, principalmente en una de las acciones que más han caracterizado a esta Fuerza, el bombardeo estratégico, si bien el tratamiento que se le da a la acción de bombardeo en esta obra no recoge la concepción actual de la necesidad de prestar una serie de operaciones asociadas al mismo como pueden ser las de escolta, reabastecimiento en vuelo, supresión de defensas enemigas, reconocimiento, etc., de ahí que la visión resulte un tanto superficial para los lectores especializados en estos temas que lleven a cabo su estudio en estas fechas. Puede apreciarse un recorrido crítico profundo y exhaustivo de la incidencia del nuevo poder en el ciclo de toma de decisiones a todos los niveles, desde el político hasta el táctico, centrando el interés en la aportación de elementos de juicio para tratar dos problemas que atañen a la aviación militar, y que ayudan a su conocimiento: la Fuerza Aérea Internacional y la contribución del poder aéreo al mantenimiento de la paz.

Continuamente se ha mantenido la dicotomía entre la mayor importancia de la estrategia o del armamento, en el sentido de que a grandes debates ha llevado el aserto de si la estrategia define el armamento o bien el armamento define la estrategia (en muchas ocasiones se ha cerrado la discusión imponiendo la opinión de que lo enunciado en primer lugar sería válido para los países ricos y lo dicho en segundo para los países pobres). Como puede comprobarse, todo es cuestión de «modas». «Nos hemos movido desde la era del caballo y el velero, a través de la era del buque de guerra y del carro de combate hasta, actualmente, la era del avión. Como sus ilustres antecesores, éste tendrá su protagonismo, entonces deberá ser reemplazado» (del libro «Empleo del Poder Aéreo en el siglo XXI», cuyo autor es el Coronel de la USAF John A. Warden III).

En la época actual a menudo se depositan grandes esperanzas en la incidencia pacificadora del poder aéreo, como consecuencia de la evolución lograda en las estrategias conocidas como de la tercera dimensión; no obstante, se ha de tener en cuenta la opinión que grandes pensadores han vertido sobre esta materia, entre los que cabría destacar al Infante de Orleans, quien escribió en sus estudios sobre la aviación: «El arma aérea

progresar tan rápidamente que cuanto se escribe sobre ella está anticuado antes de que se seque la tinta».

Se recomienda la lectura del presente libro a todos aquellos alumnos de escuelas de formación de Oficiales de los Ejércitos del Aire nacionales, alumnos de los cursos de guerra aérea y a todos aquellos que desarrollen estudios para la consecución de las correspondientes diplomaturas de Estado Mayor. Es recomendable, igualmente, para todos aquellos que algún día deban contar con los elementos de juicio más acertados para tomar las decisiones más correctas acerca del empleo de la aviación de combate (políticos trabajando en el entorno de la administración militar, gestores de industrias armamentísticas, etc.).

Póssonoy basa sus argumentos en la lectura de las obras de grandes estrategias aéreas que aparecieron a la par que fue desarrollándose el avión como arma de guerra, entre los que se puede destacar Seversky, y como él opina que el dominio, como grado o nivel supremo en la escala de la superioridad aérea, indica dos cosas: **1)** la capacidad para atacar a voluntad los medios de que dispone el enemigo para librar la guerra -sus fuentes militares de poder militar- haciendo caso omiso de la oposición, infligiéndole mayores pérdidas aéreas que las que nosotros sufrimos, y **2)** la capacidad de infligir al enemigo pérdidas mayores que las nuestras, si atacara a nuestras instalaciones industriales.

*«La superioridad en el aire se ha convertido en factor primario para la efectiva aplicación del poder terrestre y del poder marítimo. Sin embargo, el poder aéreo no ganó la II Guerra Mundial por sí solo. Esta guerra fué planeada para ser ganada por el poder «trifibio» y fué decidida por el poder trifibio».*

Una de las principales dificultades del establecimiento de la estrategia aérea se halla en el hecho de que la conquista del dominio del aire es necesariamente una operación muy larga; el concepto «dominio del aire», «supremacía aérea» o «señorío del aire» no es admitido hoy en día, empleándose en lugar de estos términos superioridad aérea, y concibiéndola de tal modo que se alcance o mantenga en un nivel necesario para el desarrollo de nuestras operaciones, ya sean estas exclusivas de la Fuerza Aérea o en apoyo de las fuerzas de superficie. En la realidad de la guerra, la lucha por el señorío del aire y el bombardeo estratégico son, en sumo grado, operaciones que han de pergeñarse simultáneamente. No obstante, a pesar del intervalo tan dilatado que implique la obtención del libre uso del espacio aéreo, se ha de tener en cuenta que cualquier operación

de superficie exigirá un dominio, en el mayor grado posible, en este elemento, habiéndose establecido, tal y como destaca el autor, tras la finalización de la 2ª Guerra Mundial el concepto de operación conjunta, tanto en su concepción aeroterrestre como aeronaval.

En una gran proporción, la batalla por el dominio del aire se está decidiendo durante la paz que precede a una guerra, en un momento en que muy pocos ciudadanos pueden comprender que su país está en peligro.

*«La defensa nacional ya no debe ser un lujo tolerado por el contribuyente, debe convertirse en la preocupación primaria de los estadistas. Aún en la Edad Atómica ha de sobrevivir el viejo Adán. E igualmente sobrevivirán sus utensilios, sus costumbres, sus deseos, sus pecados y sus virtudes. La edad de la razón y de la tolerancia no ha amanecido con la llamarada de las explosiones atómicas».*

A pesar de la validez y actualidad de la información aportada por el autor del documento, existen algunos rasgos que, habiendo sido característicos del empleo del arma aérea en el tiempo en que fue escrito, no son «totalmente» aplicables en los albores del siglo XXI. *El aniquilamiento del enemigo debe ser el objetivo que se persiga en el aire, como así también en la tierra y en el mar.* ¿Sería aceptable este criterio hoy en día en cualquier intervención armada u operación de mantenimiento de la paz auspiciada por la Organización de Naciones Unidas? La respuesta, obviamente, es negativa, a tenor de los últimos acontecimientos para los que el Consejo de Seguridad de este organismo ha dictado una Resolución; existe un elemento patente en cualquier planeamiento que se realice en nuestra época que contradice completamente la aseveración de Possony: el evitar daños colaterales, esto es, evitar sufrimientos y padecimientos innecesarios a la población civil y daños a las infraestructuras cuando no sea una acción plenamente justificable para evitar una escalada en el conflicto; es por ello que el diseño de la composición, despliegue y empleo de fuerzas militares se basa en la paralización estratégica, por medio de la cual se intenta llevar a cabo acciones no letales que disminuyan la capacidad de combate del enemigo, sin tener que llegar a su destrucción. Ya en 1.928 Lord Trenchard proclamaba la revolucionaria naturaleza de la guerra aérea: «Sólo el aeroplano tiene capacidad para evitar el sangriento estancamiento en tierra y para atacar en profundidad el corazón del territorio enemigo contra sus centros vitales».

Hasta la aparición del arma aérea la estrategia era adjetivada únicamente por el medio en que se desenvolvían las fuerzas, estableciendo una rela-

ción biunívoca entre cada poder y su empleo predominante; de este modo, la estrategia terrestre fue bautizada como de ocupación, la naval como de bloqueo o aislamiento y la aérea como de destrucción (acerca de estas denominaciones pueden consultarse los artículos publicados por el Cor. E.A. D. Domingo Galdón Domenech en Cuadernos de Estrategia). La destrucción máxima, en 1.951, estaba representada por el empleo de la bomba atómica, tratando Possony de hacer llegar a todo lector el hecho de que la supremacía aérea es un requisito previo indispensable para el uso de este tipo de bombas. La aparición de esta bomba agregó una función esencial a la misión de las fuerzas armadas: en tanto que hasta su creación su objetivo era el de ganar la guerra, deberían en lo sucesivo poner también la capacidad necesaria para adoptar represalias contra cualquier ataque atómico.

Tras casi medio siglo de experiencia en el desarrollo de este tipo de armamento se sabe que la bomba atómica fue una mejora evolutiva de destructividad, antes que un cambio revolucionario en la forma de llevar a cabo la guerra. Son pocos los países que han conseguido el desarrollo de este armamento, al depender su consecución de al menos tres factores: materias primas, potencial industrial y el momento en que se libere la guerra. Lo enunciado hace pensar que tan importante como el tener armamento de estas características es poseer la capacidad de situarlo en el momento y en el lugar oportuno, lejos de la línea del frente, donde más posibilidad se tenga de doblegar la voluntad del adversario con el mínimo esfuerzo («centros de gravedad» de Clausewitz), de lo que se podría deducir que el mejor sistema de armas estaría formado por el bombardero adecuado y por un arma atómica, razonamiento ya enunciado por el autor de la obra en la década de los 50.

El empleo del armamento atómico hizo temblar los pilares, hasta entonces claramente diferenciados, de la doctrina militar en el sentido de poder separar y distinguir qué tipo de misiones podían considerarse predominantemente tácticas y cuáles estratégicas:

*«Existe una relación directa entre táctica, estrategia y planificación, puesto que la guerra es ganada o perdida por el conocimiento e intuición de los Comandantes; el mayor poder aéreo es de poco valor si se utiliza de acuerdo con una estrategia imperfecta. Este poder puede ser utilizado en apoyo del poder terrestre o del poder marítimo o la victoria aérea puede ser el objetivo principal al cual están subordinadas las operaciones terrestres o navales. La elección depende de las circunstancias».*

La mayor parte de los tratadistas militares están de acuerdo en cuál es el objetivo final que se busca en cualquier conflicto militar. Este objetivo no es otro que provocar «un cambio en la conducta del gobierno del país enemigo». Para que este cambio se produzca se puede recurrir a dos vías: derribar al gobierno enemigo por medio de una revuelta popular u otra acción interior y sustituirlo por un grupo afín a nosotros, u obligar al gobierno enemigo a cambiar su actitud y objetivos molestos para nosotros.

Para conseguirlo, la mayor parte de los historiadores militares siguen defendiendo la existencia de tres únicas estrategias de guerra fundamentales: desgaste, aniquilación y paralización; en los tres casos el bombardeo convencional, en el cual no se utilizan bombas atómicas, constituye una parte de la estrategia «trifibia» general. Aún cuando el bombardeo vaya a constituir el principal esfuerzo ofensivo, debe ser integrado con otras operaciones militares que sostienen la ofensiva aérea o que, a su vez, son apoyadas por el bombardeo.

La importancia asignada a la aviación estratégica de bombardeo queda patente en la dedicación de cuatro capítulos de la obra comentada al estudio de las formas de empleo de los bombarderos y a la optimización de los recursos; el punto de vista es muy acertado y, para corroborar cada uno de los asertos que expone el autor, incluye gran cantidad de datos y ejemplos, realizando un recorrido por los últimos conflictos (tomando como fecha de referencia la de publicación) y analizándolos desde el punto de vista de la historia-ficción (continuamente se pregunta ¿qué habría ocurrido si...? teniendo el lector que tomar la tesitura de decantarse por la opinión vertida por el autor).

Cuatro son los elementos reconocidos como instrumentos de la gobernabilidad, o aspectos de una estrategia general a nivel gobierno de una nación, aceptados hoy en día: político (diplomático), económico, militar y psicosocial (voluntad de vencer y moral de la población); Aldin y Heidy Toffler exponen en su libro «Las guerras del futuro» un paralelismo, acertado desde el punto de vista de quien escribe estas líneas, entre el desarrollo de la economía y el de las fuerzas armadas nacionales. La moral, un aspecto tan considerado en el planeamiento actual (y tan descuidado en los años que siguieron a la 2ª Guerra Mundial) también es tratado como objeto de ataque y objetivo prioritario de las incursiones aéreas.

*«La capacidad de un país para librar la guerra se basa en factores materiales y psicológicoespirituales. Los elementos materiales del poder militar se designan generalmente con los términos potencial de*

*guerra. Los factores psicológicoespirituales se describen a menudo sumariamente por medio de la expresión algo ambigua de moral...Una nación con una elevada moral es más poderosa de lo que indicaría su potencial de guerra...potencial de guerra por moral es igual a poder militar».*

Partiendo de las mismas hipótesis de trabajo, Fuller, en su libro «Los cimientos de la ciencia de la guerra», se propone examinar la naturaleza de la guerra como ciencia, introduciendo el concepto del triple orden: al igual que el hombre se compone de cuerpo, mente y alma, las guerras como actividades del hombre deben estar sujetas a una constitución similar. Por tanto, considera el mismo estrategia, que la paralización (o aniquilación) de un adversario consta de tres dimensiones: física, mental y moral.

La tecnología es un elemento crucial en el desarrollo de nuevas estrategias. El progreso tecnológico tiene la desconcertante costumbre, afortunadamente para la Humanidad, de hacer cada vez más costoso matar en las guerras. Tres han sido los parámetros clave que han hecho evolucionar los conflictos armados: alcance, velocidad y mortalidad. Sin embargo, cuanto más se avanzó en la capacidad de destrucción del armamento mayor fue la conciencia de defensa de las sociedades y de los estados-nación. Hay muchos problemas técnicos de protección industrial y urbana (capítulo desarrollado en el libro con gran profusión de pensamientos y casos prácticos) que esperan solución, inclusive contra impactos directos de bombas muy pesadas o bombas atómicas (refugios, hangares, etc.).

Siendo un defensor a ultranza del bombardeo aéreo, Possony llega a la conclusión de que:

*«difícilmente habrá duda alguna acerca de que en un futuro previsible el cohete ha de complementar las operaciones de los bombarderos y lanzará explosivos sobre países enemigos distantes».*

Era precursor con su pensamiento del empleo de misiles y «armamento inteligente» del tipo ICBM (Intercontinental Ballistic Missile). Una moderna Fuerza Aérea ya era concebida como un conjunto sinérgico de una gran variedad de aviones. Debe estar integrada por aeronaves, cohetes, misiles y armamento inteligente. Sus instrumentos serán cada vez más numerosos y precisos, pero el bombardero pesado es, y probablemente seguirá siendo, la base del poder aéreo. No le faltaba razón al autor al realizar esta aseveración pero quizá estuvo falto de intuición, dado que los últimos conflictos han permitido apreciar el «relevo» entre el factor masa (aviones más grandes, en mayor número, con mayor capacidad para transportar ingen-

tes volúmenes de bombas) y el factor sorpresa tecnológica (nuevo armamento, más preciso y eficaz para alcanzar los objetivos propuestos).

Hasta este momento de la recensión del libro ni siquiera ha sido tema de debate la preponderancia de la Fuerza Aérea sobre los otros componentes del instrumento militar de la gobernabilidad, el terrestre y el naval; pero, sin ceder al pensamiento «aéreo» presente en todo el documento, se acomete el estudio de la abolición de estos dos últimos.

Es opinión de Stefan T. Possony el que las fuerzas terrestres se necesitan para la protección contra los ataques terrestres, aunque deben contar con una gran cantidad de aviación, incluyendo bombarderos, pero su función principal debe ser la de combatir en tierra con el fin de obtener o mantener el control sobre los territorios. Del mismo modo, expone que el ataque aéreo puede ser considerado como una inversión, pero los beneficios que produce solamente pueden obtenerse por medio de la ocupación (¿pensará lo mismo la comunidad serbia tras apreciar como puede doblegarse una voluntad política sin que su territorio sufriera una sola «pisada» de las fuerzas enfrentadas?). En lo relativo a la Armada, *la historia de los últimos veinte años ha demostrado que las armas nuevas y revolucionarias, si son utilizadas debidamente, aumentan el poder de las armas más antiguas. Del poder naval puede decirse con certeza que la moderna tecnología, lejos de eliminar a las armadas de los mares, hizo que la guerra naval fuera más efectiva que nunca, en el sentido de que hizo posibles victorias navales mucho más concluyentes.*

Es pues obvio que se necesitan las capacidades y formas de actuación que constituyen la idiosincrasia particular de cada ejército para alcanzar la victoria optimizando el binomio coste-eficacia. No obstante, la estrategia genética o de consecución de medios a que se hace mención al estudiar estos temas, está claramente dirigida a aquellas naciones que poseen un nivel económico muy elevado y que les permite ocupar posiciones «de cabeza» en el entorno geopolítico internacional, dado que no muchos países podrán mantener un ejército de tierra o una armada con un componente aéreo tan importante o más que el ejército en el que se encuentra y del que forma parte.

La última parte del libro es dedicada a dos cuestiones que fueron interesantes en el momento de ser tratadas, son importantes en la actualidad y, de momento, no han sido acometidas para su resolución en las organizaciones de defensa más destacables: la organización de una Fuerza Aérea Internacional y el empleo del poder aéreo en las operaciones de paz.

La esperanza de la Humanidad es la de asegurar la paz con un mínimo esfuerzo. A través de la historia esta esperanza ha resultado vana, pero renace en cada generación bajo un distinto disfraz. Se preveía en aquellos días que:

*«Puede suponerse con toda seguridad que un futuro gran agresor atacará solamente siempre y cuando sea capaz de adoptar adecuadas precauciones contra todas las armas modernas, incluyendo las bombas atómicas».*

Nacía de esta forma la necesidad de alcanzar pactos, firmar tratados y constituir organizaciones de defensa que fueran capaces de lograr lo expresado anteriormente.

La formación de una Fuerza Aérea Internacional es quizá más interesante en nuestros días que en aquellos en que fueron escritas las opiniones de Possony, y esto es debido básicamente a dos razones: en primer lugar todos los países se hallan sometidos a reducciones drásticas del presupuesto asignado a los Departamentos de Defensa correspondientes, consecuencia de los «dividendos de la paz» (un largo periodo de tiempo sin conflictos destacables y desconocimiento sobre la existencia de nuevas amenazas por parte de los ciudadanos occidentales), lo que ocasiona el que deban reestructurarse sus fuerzas armadas, tanto en cantidad como en calidad de sus sistemas de armas; en segundo lugar, es difícil mantener un poder aéreo polivalente («multirol»), capaz de hacer frente a todas las amenazas, por lo que los países se ven obligados a la constitución de coaliciones para acometer la resolución de conflictos nuevos (limitados, narcoterrorismo, medioambientales, etc.).

En lo referente a la actuación del arma aérea en la contribución a la paz, poca era la experiencia que se poseía al escribir aquellas líneas; por supuesto, hoy nadie duda de la gran incidencia que puede tener en un entorno de disuasión, convencional o nuclear, el empleo de la aviación de combate. Desgraciadamente, desde el año 1.981 el entorno político internacional ha tenido sobradas ocasiones para probar lo que se afirma más arriba, sobre todo en lo que respecta al empleo del poder aéreo en operaciones correspondientes a los títulos 5 y 6 de la Carta de las Naciones Unidas (conocidas como operaciones de mantenimiento de la paz).

Podría afirmarse que el trabajo objeto de la presente recensión es un profundo estudio del empleo eminentemente estratégico del arma aérea, basado firmemente en datos provenientes de los conflictos armados desarrollados en épocas próximas a la finalización del libro, con gran fuerza de

convencimiento al aportar datos que basan las opiniones y las hacen casi irrefutables y una clara dirección argumental: el poder aéreo debe ser tenido en cuenta en el desarrollo de cualquier conflicto, constituyéndose el bombardeo en razón principal del mantenimiento de una Fuerza Aérea potente, aún sin desestimar la gran importancia de la coordinación y conjunción de todas las fuerzas armadas de una nación para alcanzar y mantener los objetivos nacionales.

**ROBERT E. OSGOOD**

**GUERRA LIMITADA**

---

**¿COMO EVITAR LA PARALISIS ESTRATEGICA  
EN LA ERA ATOMICA?**

POR JOSÉ M<sup>a</sup>. PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA

*OSGOOD, Robert E. Limited War, The Challenge to American Strategy (1957), The University of Chicago Press, 10 capítulos, 284 pag.s.*

Robert Endicott Osgood pertenece a la generación de estrategias norteamericanos que emergió en los EEUU para abordar los graves problemas de seguridad nacional que surgieron en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Las nuevas tecnologías de la posguerra provocaron cuestiones en el ámbito de la teoría militar que apenas habían tenido relevancia en épocas anteriores. Los pensadores que como Osgood dieron respuestas a los dilemas estratégicos de los años 50 ya no procedían del mundo militar sino que pertenecían a los ámbitos académicos y de la investigación operativa. Estos teóricos fueron llamados «think tanks» y sus trabajos e investigaciones fueron promovidos y sostenidos por organismos estatales.

Osgood gozó de gran prestigio en los EEUU y fue un hombre clave en el debate estratégico norteamericano en las primeras décadas de la posguerra mundial. Toda su obra está dedicada a las grandes cuestiones estratégicas del amplio período de la Guerra Fría. En «Ideals and Self-Interest in

America's Foreign Relations» (1953) el autor puso las bases para un nuevo pensamiento estratégico que fue desarrollando en otras obras posteriores como «Alliances and American Foreign Policy» (1968), «America and the World; From Truman Doctrine to Vietnam» (1970), «Containment, Soviet Behavior, and Grand Strategy» (1981), «Arms Control» (1986) o «The Nuclear Dilemma in American Strategic Thought» (1988).

Su obra «GUERRA LIMITADA», que tiene una versión ampliada en «Limited War Revisited» (1979), constituye su aportación más relevante. Este libro fue inicialmente publicado por «The Center for the Study of American Foreign Policy» dirigido por Hans J. Morgenthau (una de las figuras más relevantes del realismo político norteamericano). La obra pretendía dar respuesta al gran dilema estratégico de su tiempo: ¿Cómo podían los EEUU proteger y promover eficazmente sus intereses en la escena internacional sin caer en el peligro de una guerra atómica aniquiladora? ¿Cómo se podía conducir la política exterior a la sombra de la disuasión atómica sin hacer de esta disuasión una realidad?

El libro fue escrito en contraposición a la teoría de *respuesta masiva* que la administración de Eisenhower había adoptado para evitar *otra Corea*. Osgood, al igual que Kissinger en su obra «Nuclear Weapons and Foreign Policy», consideraba que era la guerra limitada en lugar de la respuesta nuclear masiva la única forma de evitar conquistas soviéticas en las áreas periféricas. La doctrina de guerra limitada terminó dominando en los círculos intelectuales a finales de los 50 y de una forma modificada se convirtió en la base para la política Kennedy-McNamara de *respuesta flexible*.

El interés de la obra viene precisamente de la importancia que ésta tuvo en uno de los grandes debates estratégicos de las últimas décadas. Conceptualmente además, la diferenciación entre guerra limitada y guerra total es una base de partida esencial para cualquier estudio teórico de la estrategia. El libro hoy sigue siendo de interés para todo aquel que quiera profundizar en el conocimiento del fenómeno estratégico, y especialmente de la dialéctica estratégica de los cruciales años en que la aparición del arma nuclear llenó de desconcierto a las elites dirigentes del mundo occidental.

En su obra el autor aporta una base teórica e histórica para abordar un problema práctico y urgente de la política exterior norteamericana de entonces, presenta los principios generales y los requisitos básicos de una estrategia nacional sin la cual el mejor de los planeamientos no podía producir una política militar coherente y eficaz. Osgood pretendía de este

modo facilitar un empleo racional del poder militar como instrumento de la política exterior en un momento en que el potencial aniquilador de la guerra había llegado a exceder todo propósito racional.

En la primera parte del libro desarrolla una teoría de la guerra limitada e insiste en la necesidad que tenían los EEUU de modificar sus actitudes respecto al fenómeno de la guerra y a la relación entre el uso de la fuerza y política. Para el autor la justificación de la guerra limitada parte del principio estratégico fundamental, formulado ya en su día por Clausewitz, de la necesidad ineludible de que el poder militar esté subordinado a la política nacional. El principio de la primacía política es esencial al interés nacional porque el poder militar no tiene valor en si mismo a no ser que esté al servicio de algún propósito nacional.

Osgood, aun siendo fundamentalmente realista, da gran importancia a la moralidad en la actuación estratégica. En ese sentido considera que la primacía de la política sobre el poder puede ser moral solo si los fines políticos a los que se dirige la acción militar son ellos mismos morales, o por lo menos, tan coherentes con los principios universales como permitan las ambigüedades de las relaciones internacionales.

La necesidad práctica del poder militar era obvio para los americanos de entonces, pero no era tan obvio, sin embargo, que el empleo del poder militar no se traduce automáticamente en seguridad nacional. Osgood insiste por tanto que, aun siendo contrario a la tradición nacional, hay que aceptar los cálculos fríos que permiten emplear el poder militar como instrumento racional de la política. Este proceso debe ponderar fines y medios, coordinar medios militares y no militares y buscar el plan estratégico más eficaz que permita alcanzar los objetivos de la política nacional. Para que la destrucción y violencia de la guerra pueda ser racionalmente dirigida hacia fines legítimos de la política nacional, las operaciones militares han de ser conducidas a alcanzar unos objetivos concretos, limitados y alcanzables.

*«En la práctica la limitación de la guerra es moral y emocionalmente repugnante para el pueblo americano.... Cuando uno busca una explicación de la percepción americana de la guerra y el poder militar, el hecho central emergente es que durante la mayor parte de su historia nacional el pueblo americano no se ha tenido que enfrentar al difícil problema de combinar poder militar y política exterior».*

Los americanos no se han visto forzados históricamente a buscar un equilibrio entre poder militar y objetivos políticos porque, gracias a una privilegiada posición geográfica, las consideraciones militares y políticas parecían estar en perfecta armonía. La estrategia americana empezaba y acababa con el objetivo primordial de la seguridad continental, concebida en la imagen de primero adquirir y después proteger una vasta fortaleza del asalto enemigo. Esta concepción simple y atrayente mantenía una asombrosa analogía con el hombre de la milicia que coge su arma de la pared cuando el enemigo se acerca, devolviéndola a su sitio cuando ha pasado el peligro.

La Segunda Guerra Mundial destruyó la sensación americana de aislamiento geográfico y produjo una amplia conciencia de que la seguridad americana podía ser seriamente comprometida por los trastornos en la distribución del poder nacional al otro lado de los océanos. No obstante, esta última gran guerra fue combatida según el modelo tradicional americano de enfocar los objetivos militares siguiendo el ciclo de falta de preparación, movilización, ofensiva arrolladora, victoria total y desmovilización, prestando poca atención a los objetivos políticos concretos.

*«Es precisamente la Guerra Fría la que está transformando el enfoque tradicional americano de relación entre poder y política; ya que la Guerra Fría confrontó a la nación con la necesidad práctica de equilibrar medios militares con fines políticos -como la 2ª GM nunca hizo- dentro del contexto de la estrategia nacional».*

La gran ventaja del bloque comunista en su pugna estratégica con el mundo occidental era que el uso de la fuerza no planteaba allí ningún dilema moral ni existía la tendencia de disociar acción militar y acción política.

En la segunda parte del libro Osgood desarrolla lo que ha sido la guerra total y la guerra limitada desde la guerra de los Treinta Años. La guerra limitada se impuso en los períodos 1648-1792 y 1815-1914. El detalle distintivo de aquellos períodos no es la incidencia de la guerra, sino su relativa moderación comparada con la beligerancia de otros períodos. Durante el siglo XVIII había importantes factores sociales, económicos y culturales o morales que ayudaban a limitar las guerras, pero la guerra limitada era principalmente un reflejo de los fines de la guerra, de los medios disponibles para alcanzar tales fines y sobre todo de la interacción entre ambos.

La democratización de la sociedad destruyó el sistema social y político en el cual un grupo homogéneo de gobernantes conducía la guerra y la polí-

tica en función de unos objetivos limitados y prosaicos que podían ser justificados por la *razón de Estado*. Pero si durante el siglo XVIII la escasa capacidad de los medios había facilitado la limitación de la guerra, a partir de mediados del XIX las capacidades de destrucción creciente de los medios militares hizo la guerra cada vez más difícil de limitar. La limitación de la guerra durante aquel período hasta el desencadenamiento de la 1ª GM fue debida en gran parte a las habilidades diplomáticas.

En el momento en que se escribió el libro la multiplicidad de factores que condicionaban la escala y alcance de la guerra era más favorable a la guerra total que en ningún período anterior. No obstante, Osgood consideraba:

*«La condición más relevante para determinar la escala y alcance de la guerra - la naturaleza de los fines por los que el hombre lucha - nunca ha sido prescrita o impuesta por factores fuera del alcance de la inteligencia humana».*

La gran importancia de mantener los objetivos limitados era para el autor una consecuencia de una situación internacional profundamente dividida y unos medios de destrucción poderosísimos que ponían graves obstáculos para encontrar otro elemento que sirviera para articular un factor limitador.

La última parte del libro comienza con un estudio de la política norteamericana de la contención. El autor veía con claridad que la política de contención no prometía un final claro y definido en la lucha de poder sino más bien un período prolongado de tensiones y sacrificios. Esta situación requería el mantenimiento de unas fuerzas armadas flexibles y diversificadas permanentemente preparadas por un espacio de tiempo indefinido.

La guerra de Corea puso claramente de manifiesto que los EEUU solo estaban preparados para la guerra total. La razón para combatir en dicha guerra fue el temor de que si la agresión quedaba incontestada, ésta fuera la primera de una cadena de agresiones que pudiera romper los fundamentos de la seguridad internacional y eventualmente causar la tercera Guerra Mundial.

La posición de la administración norteamericana fue desde el principio hasta el final mantener la guerra limitada. Si la guerra fue conducida de la mejor manera o no, en cualquier caso no hay duda de que fue condicionada por la necesidad de limitar los fines y los medios y en ese sentido consiguió su propósito. Otra consideración importante era el temor de lle-

gar a implicarse de tal manera que los EEUU quedaran incapacitados para responder a otra agresión en alguno de los conflictos potenciales de entonces. Osgood es muy crítico con el modo de actuar de McArthur.

*«Mientras la administración, operando implícitamente según la concepción clausewitziana, imponía restricciones concretas al esfuerzo militar a la luz de consideraciones políticas superiores, McArthur era temperamentalmente incapaz de tolerar estas limitaciones si entraban en conflicto con su firme determinación de alcanzar una victoria militar incontestable».*

A pesar de que la guerra de Corea, aún cuando fue combatida desde la improvisación, supuso una opción estratégica acertada en las difíciles circunstancias del momento, la nación norteamericana rechazó psicológicamente una estrategia que con un coste alto en vidas humanas daba una impresión poco resolutive. Para Osgood los EEUU se vieron forzados a cambiar una estrategia correcta a causa de la incapacidad de sus líderes para respaldarla ante su pueblo.

La solución estratégica a elegir tenía que ser más barata al contribuyente y evitar otro baño de sangre. Eisenhower ganó las elecciones prometiendo mayor rigor frente al comunismo y al mismo tiempo reducir los compromisos económicos y militares. La forma elegida para conciliar unos propósitos contradictorios fue la respuesta masiva que descansaba principalmente en una fuerza aérea con gran capacidad de represalia.

Frente a la política entonces vigente, Osgood proponía un aumento del esfuerzo económico y militar como alternativa y definía la estrategia a seguir en términos de una inequívoca contención de la esfera de control comunista capaz de oponerse a toda agresión con una gran variedad de medios y en circunstancias muy diversas. La respuesta masiva no podía ser eficaz en zonas periféricas, aumentaba el peligro de la mutua destrucción y restaba a los EEUU toda flexibilidad en la acción militar.

*«Del modo más general, podemos contestar a la cuestión de los medios a emplear diciendo que la contención requiere de capacidad para llevar a cabo tanto guerra total como limitada. La capacidad para llevar a cabo un tipo de guerra es insuficiente sin la capacidad para llevar a cabo el otro».*

La capacidad de los EEUU para la guerra total se proponía de modo que: disuadiera a los comunistas de realizar agresiones en áreas esenciales para la seguridad de los EEUU, les disuadiera a su vez de tomar medidas que fueran incompatibles con la guerra limitada y, si la disuasión fallaba,

combatir una guerra a gran escala de modo que se maximizaran las opciones norteamericanas de alcanzar unos objetivos básicos de seguridad al final de la guerra.

Así como el mantenimiento de unas fuerzas nucleares estratégicas adecuadas era el elemento clave para la guerra total, el incremento de las fuerzas terrestres era esencial para una adecuada respuesta a las contingencias de la guerra limitada. Visto desde la perspectiva de entonces, Osgood entendía que los EEUU estaban en situación de mantener una adecuada capacidad para la guerra total y que los comunistas continuarían desarrollando una política exterior racional y cauta diseñada para alcanzar sus fines expansionistas a través de acciones indirectas y limitadas en vez de asaltos militares masivos. En tal situación la misión principal de la capacidad norteamericana para la guerra total era mantener la guerra limitada y reforzar la acción diplomática frente al chantaje que un poder fuerte y sin escrúpulos podía ejercer.

*«En cualquier caso, el cumplimiento de esta función no será suficiente para el propósito de la contención a no ser que vaya acompañado de una decidida preparación para resistir agresiones menores con guerra limitada. De lo contrario, los comunistas pueden confrontarnos con la elección entre guerra total, no resistencia o resistencia ineficaz; y el resultado de tal situación sería probablemente una expansión comunista de poco en poco, la paralización de la diplomacia occidental y la posterior pérdida de influencia sobre los pueblos no implicados en la confrontación».*

La guerra limitada necesitaba ser planeada de un modo concienzudo y sistemático y no ser dejada a la improvisación. Además debía ser tenido en cuenta que al desarrollar la capacidad para la guerra limitada los EEUU se estaban preparando para la más probable de las contingencias.

Las necesidades específicas de una estrategia que permitiera a los EEUU y sus aliados combatir y disuadir guerras limitadas tenían que ser determinadas teniendo en cuenta las múltiples formas que ese tipo de guerras podía tener y considerando la gran variedad de circunstancias bajo las que éstas se podían desarrollar. Estas guerras podían ser desde acciones guerrilleras hasta un choque masivo de armas modernas.

*«Se puede bien imaginar los diferentes medios con los que habría que combatir guerras limitadas en los estrechos de Formosa, las junglas y pantanos del Sur-este asiático, las montañas de Afganistán o los desiertos de Oriente-Medio».*

Para mantener la limitación de objetivos y medios el autor consideraba esencial que el objetivo político específico para el cual los EEUU tenían que estar preparados para combatir guerras limitadas no supusiera cambios radicales en el *status quo*. El hecho de que una guerra se mantuviera limitada a pesar de que los beligerantes eran físicamente capaces de imponer una escala superior de destrucción, partía de la asunción de que los objetivos de los beligerantes no suponían una amenaza lo suficientemente grave para dicho *status quo* que forzara a expandir la dimensión de la guerra o incluso a correr el riesgo de precipitar la guerra total.

El autor hace también un interesante análisis de las limitaciones geográficas de la guerra. Frente a los más pesimistas que defendían que era imposible defender una *Línea Maginot de 20.000 millas*, él defendía que no había razones para pensar que los comunistas estuvieran en mejor posición que los EEUU para combatir más de una guerra de ciertas dimensiones a la vez; teniendo en cuenta la ventaja norteamericana de superior movilidad, posición geográfica y ventajas logísticas.

Las tesis defendidas por Osgood en su libro quedaron confirmadas por los acontecimientos posteriores y muy especialmente la amarga experiencia norteamericana en Vietnam. Muchas de sus propuestas, como la clara definición de un objetivo alcanzable por parte del nivel político, han sido recogidas en los nuevos planteamientos estratégicos que surgieron como reacción a Vietnam e hicieron posible el gran éxito militar y estratégico de la guerra del Golfo.

**SAUL BERNARD COHEN**

**GEOGRAFÍA Y POLÍTICA EN UN MUNDO DIVIDIDO**

---

**GEOGRAFÍA Y POLÍTICA: INEXTRICABLEMENTE UNIDAS**

POR JUAN A. TOLEDANO MANCHEÑO

*BERNARD COHEN, Saul, **Geography and Politics in a World Divided** (1.963); Edición exclusiva «Ediciones Ejército», 1ª edición en español 1.980; traducción de Ricardo Español Iglesias. El libro en español está constituido por tres partes, una conclusión, un apéndice, una bibliografía, mapas, gráficos y tablas, con un total de 469 páginas.*

Saul Bernard Cohen nació en Malden, Massachusetts, y creció en Boston, recibiendo su formación en las escuelas públicas de Everett, Massachusetts y en la Escuela Pública Latina de Boston. Durante la Segunda Guerra Mundial prestó su servicio militar en el Ejército de Tierra de los EE. UU. en el Teatro de Operaciones Europeo. Es doctor en Geografía por la Universidad de Harvard. Ha llevado a cabo la organización y dirección o ha sido miembro de numerosas comisiones académicas y gubernamentales y ha ocupado cargos de gran responsabilidad en distintos Departamentos Ministeriales americanos. Es autor de once libros y de aproximadamente cien artículos en el contexto de la política y la geografía económicas, principalmente en estudios sobre Israel y Oriente Medio.

Geografía y Política en un mundo dividido se publicó por primera vez en 1.963, año que permanece en nuestra memoria por haber ocurrido el des-

graciado asesinato de John Fitzgerald Kennedy, trigésimo quinto presidente de EE.UU. y primer presidente católico, en Dallas; ofrecía una exposición razonada del equilibrio geopolítico global tal como se ve desde una perspectiva americana en particular, y desde una perspectiva del mundo marítimo, en general. Diez años más tarde se publica la segunda edición americana y Ediciones Ejército lleva a cabo la edición española en 1.980.

La obra de Bernard Cohen es, básicamente, un estudio de geografía política o política geográfica, intentando dar un enfoque espacial a los asuntos internacionales. Así, aún cuando la geografía política tiene mucho en común con la política internacional, en función de su interés por las relaciones entre estados y otras entidades políticas, se diferencia en su método de evaluación y análisis. El libro se presenta como un tratado de geografía, aludiendo a que:

- Si interesante es, para un militar, el estudio de la historia, no lo es menos el de la geografía, puesto que es escenario, y a veces la causa, en el cual la historia se ha inscrito (no geografía clásica, sino «*una geografía móvil de lo social*»).
- Se realiza una prospección basándose en los factores económico, demográfico y de capacidad para producir material bélico y desde el punto de vista de que este mundo está organizado políticamente de forma racional, no al azar; por lo tanto, se parece a un diamante, no a una hoja de vidrio, en el sentido de que sus líneas de fractura pueden preverse a lo largo de líneas específicas, más bien que al azar.

El libro consta de tres partes: la primera expone los fundamentos geopolíticos de la Tierra, la segunda trata de los principales núcleos de poder (haciendo especial hincapié en las cuatro potencias más fuertes del tiempo en que fue escrito: EE.UU., la URSS, China Continental y Europa Marítima), y la tercera estudia los «Cinturones de Quiebra» de Oriente Medio y Sudeste de Asia.

El libro es imprescindible para tener un conocimiento profundo de las bases del pensamiento geopolítico norteamericano en cuestiones de «dominio mundial». Por su profuso empleo de términos específicos del campo de aplicación de la política se sugiere su lectura a los estudiosos de la materia, así como a aquellos profanos que, pacientemente, quieran iniciarse en estos estudios de geografía política.

El mundo está dividido políticamente y las sociedades están localizadas territorialmente, por lo que los bordes de este sistema sinérgico son límites políticos. A lo largo de la historia, el mundo se ha dividido en diferentes

entes funcionales y con plena soberanía reconocidos internacionalmente, pasando de los estados nacionales desde finales del siglo XVI hasta la primera guerra mundial, continuando con dos nuevas formas de unidad política, la Comunidad Británica de Naciones y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas para desembocar, tras la segunda guerra mundial en la creación de otras unidades multinacionales, tales como la OTAN, el Pacto de Varsovia, la CEE, la OEA, la OPEP, etc.

La reagrupación de estas unidades políticas con una base regional o nacional no parece tener lugar al azar. Los procesos regionales son los más fuertes dentro de las partes del mundo geopolíticamente más maduras. Los procesos nacionales son los más fuertes en las extensiones desarrolladas. Cohen mantiene la postura de que las divisiones políticas son cada día más confusas:

*«La clara división que existía después de la segunda guerra mundial entre los mundos libre y del Telón de Acero ya no existe. Generalmente hablando, ahora hay una triple división, occidental, comunista y neutral»*

Los propósitos de las unidades políticas se extienden desde lo estratégico hasta lo económico e ideológico, constituyéndose en un factor decisivo de la remodelación del mapa político la innovación tecnológica y el fermento ideológico.

Las agrupaciones regionales o económicas de países para alcanzar objetivos e intereses compartidos están influenciadas por el valor de la zona estratégica que cada uno de ellos ocupa. A su vez estas relaciones influyen sobre este valor. Se puede considerar la importancia estratégica de las partes de la superficie de la Tierra en función de tres parámetros: espacio territorial (recursos naturales y vías de comunicación próximas o interiores), tiempo (influencia de la innovación tecnológica) y puntos de superioridad nacional (la importancia estratégica de una zona no puede determinarse en función de las necesidades de un sólo núcleo de poder, sino que estarán implicadas dos, y con frecuencia más, partes).

Como quedó mencionado al principio de esta recensión, la geografía, además de en el título, estará presente en todo el estudio minucioso y detallado llevado a cabo por el autor; es, pues, opinión de éste el que:

*«Los geógrafos buscan subdivisiones dentro del medio ambiente físico (clima, suelos, vegetación y forma del terreno) y subdivisiones en el medio ambiente cultural o producido por el hombre. Finalmente, buscan correlaciones entre los dos conjuntos de modelos de medio ambiente y dentro de ellos mismos».*

Mantiene en todo el texto como premisa básica el que con frecuencia las diferencias o semejanzas entre los países, o entre los pueblos dentro de los mismos, pueden explicarse como relaciones de causa-efecto que emanan del estudio de relaciones geográficas por lo que establece que la geografía política debe entenderse como aquellas consecuencias espaciales de los procesos políticos y enumera seis métodos para el estudio de esta rama de la geografía tradicional: *análisis del poder, histórico, morfológico, funcional, estudio del comportamiento y sistemático* (los cuatro primeros fueron concebidos en su momento por Hartshorne).

El método del análisis del poder divide el poder nacional en cinco elementos (factores clásicos): geográfico, económico, político, sociológico y militar. La geografía política histórica tiene como objetivo el pasado, tanto para conseguir un mejor conocimiento como para analizar los problemas normales. El método morfológico estudia las zonas políticas de acuerdo con su forma, es decir, sus modelos y características estructurales. El método funcional se refiere al funcionamiento de una zona como unidad política, ya que para que el Estado funcione adecuadamente ha de tener unidad, siendo las exigencias básicas para esta: homogeneidad, coherencia y viabilidad. La geografía política de comportamiento trata de los casos en que el espacio puede identificarse como una variable independiente. El método sistemático se deriva de la teoría general de los sistemas, considerando todos los factores como un conjunto de objetos relacionados recíprocamente (siendo estos objetos personas o cosas) que interaccionan y hacen fluir el funcionamiento interno.

En coincidencia con las ideas desarrolladas por Cohen, Gottman presenta como las dos fuerzas principales en la geografía política el movimiento (admitido por Halford Mackinder cuando hablaba de «hombre viajero» en la geografía) y las ideas nacionales. El espacio y el empleo del mismo por el hombre, son dinámicos; el proceso constante de cambio afecta fundamentalmente a la política internacional, pero su examen es un proceso lento, siendo más rápido buscar tal apreciación a través del análisis del factor movimiento. El factor movimiento, a su vez, puede considerarse constituido por tres elementos: el canal (o línea de flujo de personas, ideas, etc.), el campo (zonas específicas donde se produce el movimiento) y el área (tierra, agua y aire, a través de los cuales tiene lugar el movimiento).

La geografía política, ciencia tratada históricamente en la primera parte del libro por el autor, es muy antigua, hasta el punto que su existencia se

puede fijar en los «mundos» islámico y griego anteriores al nacimiento de nuestro Señor. No obstante, la primera perspectiva geopolítica global se le asigna a Emmanuel Kant, quien sostenía que la naturaleza: **1)** proveía para que el hombre pudiese vivir en todas las partes del mundo; **2)** esparcía a los habitantes por medio de la guerra para que pudiesen poblar las regiones más habitables; y **3)** por los mismos medios, les obligaba a hacer la paz a unos con otros.

En una relación de célebres autores sobre la materia que da título a la obra comentada no podría faltar Halford Mackinder, primer geoestratega que observó el mundo y su historia desde el punto de vista de «hombre de mar y de hombre de tierra», quien, basando su teoría en una base tan sólida como puede corresponderle a quien estudió biología, historia, leyes, topografía, estrategia y geografía, definió términos y conceptos tan ampliamente conocidos, y algunos tan válidos actualmente, como Tierra-Corazón, Mundo-Isla, Cinturones de Quiebra, etc. Podría hacernos pensar, de las reflexiones de este autor, la gran importancia que para una Organización de Defensa como es la OTAN tiene la ampliación a países del Este, puesto que según sus propios pensamientos: «Quien rige en la Europa Oriental manda en la Tierra-Corazón; quien rige en la Tierra-Corazón manda en el Mundo-Isla; quien rige en el Mundo-Isla manda en todo el Orbe».

Los medios asociados a los distintos poderes han tenido fervorosos defensores a lo largo de la historia; en el medio del poder terrestre se han destacado Ratzel-Mackinder y Haushofer; del mismo modo en el medio del poder naval pueden ser destacados Alfred T. Mahan (quien trató siempre el «poder transportado por el mar») y Nicholas Spykman; en lo relativo al poder aéreo sobresalen Renner y De Seversky, quien introdujo el concepto de visión global del aviador.

El concepto de Región es ampliamente tratado en esta obra y, dado que en la actualidad penetra cada día con mayor impulso el concepto de regionalización en los entornos de seguridad y defensa, es significativo reconocer que ya Cohen establece dos formas de subdivisión o regiones; una es la región de una sola característica; la otra es la región compuesta o de características múltiples (¿problema de los nacionalismos?). La región de una sola característica puede ser una región agrícola, climática, fisiográfica, lingüística o comercial. La región de características múltiples es lo que los geógrafos llaman región geográfica o «compagne». Para la diferenciación de las subdivisiones se acude a la geografía, ciencia a la cual se recurre para una verdadera valoración de las realidades políticas:

*«El medio geográfico, tanto lo que es fijo como lo que es dinámico, nos proporciona una base para comprender el mapa político actual y para prever cambios. Por tanto, el mapa geopolítico está más estrechamente acorde con la realidad que el mapa político».*

En la segunda parte lleva a cabo un estudio en profundidad de las áreas que considera más importantes en el momento de escribir la obra. Tiene una gran visión prospectiva, lo que queda corroborado en ideas presentadas a lo largo del libro como la suburbanización de las principales ciudades americanas, el desarrollo de los ferrocarriles, el devenir de nuevas fuentes de mano de obra en las Antillas, Hong Kong, el África Negra y el Sur de Asia, la elección de Bruselas como capital de una Europa Unida, etc.

La dificultad del estudio geopolítico de los EE.UU. radica en que este país está compuesto por países más pequeños que difieren unos de otros fisiográficamente, climatológicamente, agrícolamente, culturalmente, en su grado de autosuficiencia y en su nivel de urbanización.

*«También aceptamos la urbanización como una medida del poder nacional. Y es así, porque la urbanización refleja normalmente una mayor cohesión nacional, más autoridad eficazmente centralizada, y mayor productividad por hombre. Las sociedades altamente urbanizadas son ahora más estables políticamente, mostrando, por ejemplo, una menor proporción de revoluciones».*

Aspectos interesantes a estudiar son la distribución de la población, su evolución, la industria y recursos, la creación de una red global de alianzas militares y políticas, la acumulación de materiales estratégicos y la inversión de capital. No estaría completo el estudio sobre esta gran potencia (¡ya en aquel tiempo!) sin referenciar la situación estadounidense al resto de las regiones en que se hallan representados los intereses de esta nación, asunto cada día más en boga y, sin lugar a dudas, imprescindible para el desarrollo de la Política Exterior americana en los últimos años del presente siglo (viaje del Presidente Clinton al África Subsahariana, al sudeste asiático, etc.).

Así como Asia es el más antiguo histórica y culturalmente de los continentes, Europa Marítima es el más antiguo política y tecnológicamente. La Europa Marítima es tratada como diferente de los otros dos superpoderes de aquel tiempo, EE.UU. y la URSS, así como del cuarto poder mundial, China Continental; no se le trata como superpoder porque carecía de unidad política (¿o se debería decir carece, a pesar de los últimos intentos en la Cumbre de Amsterdam?), de territorios nacionales efectivos (amplias

zonas dedicadas a cultivos intensivos o industrias extractivas) y de espacios vacíos (comarcas enormes de tierras estériles, despobladas).

*«Europa no es un continente claramente definido; es una parte de la masa terrestre eurasiática. Además, sus lazos hacia el sur, a través del Mar Mediterráneo, la han llevado a una estrecha asociación con el litoral norteafricano...Europa es un lugar, pero es también civilización, historia, utilización del terreno, modelos urbanos, comercio y, sobre todo, pueblo».*

En cuanto a las relaciones con el Magreb pueden, en parte, explicarse por la forma y situación vecina del Mar Mediterráneo; no es de extrañar que el separatismo político, y no la unidad, haya caracterizado a la cuenca del Mediterráneo. En este entorno geográfico no es fácil diferenciar la necesidad económica de la situación estratégica, porque lo que hace importante a una zona no es simplemente donde está sino lo que contiene. La necesidad de petróleo de los países de la cuenca norte es de la mayor importancia estratégica y de menor importancia, aunque de mayor valor potencial económico, son los yacimientos de metales y fosfatos del Sahara.

El tercer área de análisis es la URSS, de un gran valor económico, militar y estratégico allá por la década de los 60, fecha de la publicación. La principal esfera de disputa en la época en que se escribe el libro entre el Este y el Oeste es el Territorio Marginal del Mundo Antiguo, donde los límites terrestres y marítimos de la URSS se encuentran con los de quince estados nacionales diferentes, aliados, opuestos y neutrales. Como todos los estados, éste es la expresión de la acción recíproca de su población y el paisaje que ocupa. Tres son los temas que elige Cohen como base para un estudio de las implicaciones del cambio geográfico dentro de la URSS: 1) la expansión del territorio nacional, que tiene como base tres motivaciones: estratégica, económica y de nacionalidades; 2) las respuestas a las disputas por zonas fronterizas; y 3) el desarrollo del territorio nacional no solamente mediante el avance progresivo desde el núcleo principal del estado; sino también desde zonas núcleo secundarias a lo largo de las fronteras.

En el caso de China Continental es fundamental para el estudio la visión tradicional que tiene de sí misma como centro del mundo, una visión que retrocede hasta antes de los principios del período culto, hace unos tres mil años. Pueden plantearse tres perspectivas que se han desarrollado a lo largo del tiempo: la local, la regional y la global. En el aspecto local, China no debía nada a las culturas que le rodeaban. China más que un lugar, era una ciudad cultural.

En el sentido regional cabe destacar que este fue un período en el que los chinos se encontraron con otros mundos; este período se caracterizó también por la consolidación y la unificación. El sentido global del espacio comenzó a desarrollarse por los modernistas de principios de siglo XX, para los cuales la Occidentalización era un medio de salvar a China.

El espacio nacional chino sigue estando claramente ligado al concepto de cultura. Cultura y civilización se tratan como términos unidos a los conceptos de territorialidad. Entre los chinos y los rusos las diferencias de criterio en la visión del mundo eran profundas y poco han evolucionado desde la época de la escritura del libro: los chinos han tomado la posición de que la revolución mundial puede ganarse por la extensión del socialismo a través de las zonas rurales, conservando los rusos la noción tradicional marxista de que la revolución ha de ganarse por medio del proletariado industrializado urbano.

La última parte del libro se dedica al estudio de los Cinturones de Quiebra:

*«Gran región situada estratégicamente, que está ocupada por cierto número de estados conflictivos y atrapada entre los intereses opuestos de las Grandes Potencias. Buenos ejemplos de los mismos son el Oriente Medio, el Sudeste de Asia y Sudamérica».*

Muchas razones confieren a las zonas enunciadas el nombre asignado. Dentro del Oriente Medio se encuentra el mayor almacén de petróleo mundial; el Oriente Medio es el punto focal para el Islam y un posible puente entre los musulmanes de Asia y África, como puede observarse, desde hace ocho años, por las luchas fratricidas existentes en regiones como Kosovo, las repúblicas de la antigua Yugoslavia, las repúblicas del Cáucaso, Sudán y África Subsahariana, etc. África es un continente grande, pero lo mismo que Sudamérica, gran parte del mismo no es apropiado para la colonización en masa. La falta de lluvias, las enfermedades, los matorrales y el aislamiento, son la causa de los espacios vacíos de África. Al igual que en Oriente Medio, un segundo problema básico con el que se enfrenta este continente es la pugna entre el Islam y la Cristiandad por la influencia en todo el África, ya sea en la cuenca sur del Mediterráneo como en el Subsahariana.

El sudeste de Asia empezó a emerger en 1.960 como nuevo foco de interés en el mapa regional del mundo. Antes de la Segunda Guerra Mundial sólo existía allí un estado soberano: Tailandia. Lo que constituía en las décadas de los 60 y 70 el sudeste de Asia era una mezcla de colonias con poco sentido de identificación interna.

Sudamérica es un triángulo situado frente al mar, con dos características físicas de gran importancia que han influido profundamente en el mapa político: los Andes y el Amazonas. Los Andes, con sus bosques y desiertos contiguos, separan la Sudamérica occidental de la oriental. El Canal de Panamá ha reforzado esta disposición de separatismo, porque ha hecho más fácil para Sudamérica occidental comunicarse por agua con el Caribe y el Atlántico Norte, que por tierra con sus vecinos sudamericanos. El Amazonas actúa como barrera eficaz entre América del Sur y América Media, y refuerza la división andina entre el Este y el Oeste.

Se puede afirmar que el mundo dividido es una realidad geopolítica. Ignorar las consecuencias políticas de las diferencias físicas y del medio ambiente cultural sería ignorar un hecho. Ninguna forma de gobierno internacional es probable que pueda llenar todas las necesidades de los diversos estados nacionales y asociaciones regionales, desde sus puntos de vista especializados. Una mejor comprensión del medio geopolítico proporciona la base para una visión geopolítica contemporánea del mundo dividido.

Pocas veces nuestra generación ha tenido la sensación de que la historia se dividía en un antes y un después como durante los acontecimientos en la Europa del Este de finales de los ochenta y la crisis del Golfo Pérsico, donde las fronteras, la política y la geografía han seguido jugando no ya un papel importante sino, como por todos es sabido, un papel fundamental.

Tras la lectura de este libro se puede concluir que nadie está obligado a creer en nada, salvo que desee seguir manteniéndose en pie junto a la historia y en lucha por un mejor presente-futuro. Para eso, a veces la razón no es suficiente, no lo explica todo. Cuando no conduce a callejones sin salida. Sin embargo, no se puede renunciar a mentes tan claras como la del autor, Saul Bernard Cohen, y a ideas tan originales y prospectivas para dar algo de luz a esos dilemas que, a primera vista, se nos antojan difíciles de entender cuando no imposibles de comprender según los cánones más lógicos establecidos.

**LÉO HAMON**

**ESTRATEGIA CONTRA LA GUERRA**

---

**LAS IMPLICACIONES DEL ARMA NUCLEAR**

POR VICENTE HUESO GARCÍA

*HAMON Léo. La stratégie contre la guerre, editada en 1966 en París (edición española publicada en 1966 por Ediciones Guadarrama en Madrid con el título «Estrategia contra la guerra»), 8 capítulos divididos en tres partes y 276 pags.*

Léo Hamon nació el 12 de febrero de 1921 y falleció el 27 de octubre de 1993. Su vida fue larga y fecunda. En otros trabajos fue corresponsal de guerra, liberador, en 1944, del hotel de París y artífice de la posterior tregua. Hamon también fue vicepresidente del comité parisino de liberación. En 1945 fue elegido consejero municipal de París y llegó a senador del Sena. En 1968 fue elegido diputado por Léssonne en la Asamblea Nacional, más tarde fue nombrado por George Pompidou Secretario de Estado.

Este hombre también desarrolló una brillante carrera universitaria. Ejerció la docencia como profesor de la Facultad de Derecho de Dijón. Después enseñó en Orleans y más tarde en París, en la Universidad de Pant-héon-Sorbonne. Él ante todo fue un maestro del Derecho. Su obra, «Los juicios de la Ley», sobre la jurisprudencia del Consejo Constitucional, permanece aún hoy como una obra de referencia. Además fue un organizador infatigable de asociaciones y seminarios.

Entre sus obras más importantes se pueden destacar: *Acteurs et données de l'Histoire* (1971), *Du jansénisme á la laicité. Le jansenisme et les origines de le déchristianisation*, *Le role extra-militaire de l'année dans le tiers monde* (1966), *socialisme et pluralités* (1976), *Les républicains sans le Second Empire* y *La région de De Gaulle á nos jours*.

La obra que aquí se expone quizás no pertenece a los trabajos clásicos sobre estrategia, ni tampoco es excesivamente conocida; sin embargo, este autor con una amplia experiencia en el campo académico, político y de la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial, aporta sus reflexiones sobre las relaciones entre la guerra y la política, cómo la técnica influye en esas relaciones, cómo ha afectado la aparición del arma nuclear en la concepción de la guerra, en qué medida este avance técnico contribuye a la paz mundial, y que consecuencias puede tener el aumento de Estados en posesión del arma nuclear para la estabilidad internacional.

El autor para responder a estos y a otros interrogantes parte de los principios básicos estratégicos vigentes en la época de elaboración del libro, así como las principales tesis de los pensadores clásicos, especialmente las del general Beaufre. El libro se articula en tres partes básicamente. En la primera se estudia los problemas más generales de la estrategia, tomando ejemplos e ilustraciones del período prenuclear principalmente. La segunda parte está dedicada a seguir de cerca el desenvolvimiento del pensamiento estratégico, analizando los escritos «prenucleares» de Mao Tsé-Tung y del comandante de Gaulle. Una tercera y última parte consagrada a la estrategia de la época nuclear. El autor considera la conmoción creada por la aparición del arma nuclear, los problemas de su empleo y, más aún, los de la disuasión, las condiciones y las consecuencias de la aparición de nuevas potencias nucleares. Ésta es la parte central del libro, donde el autor galo presenta las mayores aportaciones.

A la hora de abordar la «estrategia contra la guerra», hay que tener presente las coordenadas en las que se desenvuelve esta obra. Por un lado, la guerra de Vietnam no había finalizado y existía el temor de muchos a que estos conflictos, inicialmente limitados, pudieran ir escalando hasta el empleo de armas nucleares tácticas e incluso estratégicas. Ante este dilema, la opinión mundial se divide entre «optimistas» y «pesimistas» nucleares. Léo Hamon se alista con los primeros, al reconocer el pánico mismo que el arma atómica provoca produce una garantía de paz, y este libro lleva la huella de dicho optimismo.

La otra coordenada a considerar, es que en esa época Francia acababa de formar parte de los Estados que disponían de arsenal atómico y por tanto, intentaba desempeñar el papel internacional de acuerdo con el *status quo* adquirido mediante dicha arma. A lo largo de la obra, el autor francés intenta justificar la actitud de Francia en sus relaciones con las otras potencias nucleares, especialmente con los Estados Unidos. Igualmente, aunque de forma indirecta, explica el nuevo *status* del país galo en el seno de la OTAN; no obstante, Hamon fue miembro del gabinete de Pompidou.

La guerra, como cualquier otro fenómeno social, está sometido a los cambios y vaivenes que experimenta la propia sociedad, ya sea por razones políticas, económicas, sociales, tecnológicas o de cualquier otra índole. La evolución de la guerra se ha caracterizado por una amplitud progresiva en todas sus magnitudes. La guerra hasta la Revolución francesa llevaba una vida separada del conjunto de la sociedad. La guerra moderna, por el contrario, se ha transformado, según Hamon, en un fenómeno de masas, donde retaguardia y vanguardia tienden a confundirse; donde las pérdidas en vidas humanas no discrimina entre combatientes y no combatientes; y donde el respaldo técnico, industrial y económico, son aspectos claves en el desarrollo de este fenómeno. Por eso, la guerra moderna afirma el autor:

*«Exige pues, una movilización psicológica que persuada a la nación entera de la necesidad vital de aceptar estos sacrificios para evitar males mayores. Nadie ha de ignorar que concierne a todos».*

Hamon después de analizar diferentes definiciones de la guerra, quiere llevar al ánimo del lector el carácter complejo de la misma y de las causas que lo origina. El cree que del análisis histórico de la guerra se puede deducir que no existe una razón única que desencadene la guerra, más bien es una combinación de distintas causas. Por eso, a la hora de medir la previsión favorable o contraria a la guerra no se pueden estudiar por separado los factores económicos, ideológicos, políticos y sociales. A todos ellos, añade el autor, hay que sumar la influencia del hombre de Estado, con su voluntad de evitar la guerra o, por el contrario, de provocarla.

La guerra siempre es un drama social, pero, según el autor, también sirve de motor de cambio de la sociedad como consecuencia de los efectos propios de la guerra. Así la lucha armada origina efectos demográficos, no sólo por el número de bajas durante la propia acción, sino también después del silencio de los cañones, como la reducción de la natalidad o la distorsión de la pirámide poblacional.

En el terreno económico, entre otros efectos, se puede citar la aceleración de la industrialización. Al referirse a Francia, señala que el desarrollo de la industria pesada, la creciente intervención del Estado y la aceptación común de su papel económico provienen de la Primera Guerra Mundial.

En el campo social destaca, entre otros, la transformación de la vida familiar, al tener que incorporarse la mujer en masa al trabajo productivo durante la guerra o el cambio de élite de un país. También, durante la Segunda Guerra Mundial en Francia se produjo una profunda mutación de la sociedad francesa. Hasta 1939, la élite era conservadora en lo económico y en lo social, pero la guerra puso en evidencia que era imposible vivir como antes. La experiencia de la contienda llevó a un esfuerzo de educación y de información que transformó dicha sociedad.

La guerra también puede acarrear consecuencias políticas, en muchas ocasiones los cambios políticos experimentados, sobre todo en el bando vencido, son verdaderas revoluciones. Así el final de la Segunda Guerra Mundial marcó el fin de las ideologías totalitarias en Alemania y en Italia.

Todos los fenómenos que llevan implícitos la guerra justifica para Hamon la creación de una ciencia de las guerras, al igual que abogaba Gaston Bouthoul en su libro «Le phémomene de la guerre».

El autor busca, a través de la estrategia, el nexo de unión entre la guerra y la política, si bien se apoya en las aportaciones que a este respecto realizaron Liddell Hart y sobre todo Beaufre. El resalta que según la sociedad ha ido avanzando, «*la estrategia desborda a la guerra*», es decir, el aspecto no militar de la estrategia se ha ido revalorizando. La estrategia no es sólo militar y además, lo militar no se encuentra aislado con respecto a los otros aspectos de ella. Al igual que Beaufre, coincide en señalar que las distintas estrategias generales y particulares se sitúan en un orden piramidal, donde unas son interdependientes de las otras. Por encima de ellas se encuentra la estrategia total subordinada directamente a la política. «*La estrategia no interviene más que cuando el fin político elegido suscita hostilidad*». Aunque la política y la estrategia militar utilizan medios diferentes en la consecución de sus objetivos, desde el punto de vista de Hamon, ambas conservan grandes semejanzas, ya que una y otra tienden a alcanzar al adversario en su punto más débil, poniendo a prueba su vulnerabilidad y resistencia.

Cuando la estrategia militar tiene que ser aplicada en la guerra, no es nunca el único recurso, aunque si ocupará, en la propia guerra, un papel

preponderante; pues, otras estrategias como la psicológica, la diplomática o la económica, se seguirán combinando con la militar para alcanzar el fin perseguido.

Dentro de los distintos elementos que influyen a la hora de determinar una estrategia, tanto en paz como en guerra, existe uno que el autor destaca como determinante, aunque no siempre bien ponderado, «el sentimiento colectivo». Ese sentimiento comprende: las pasiones de una nación, sus inclinaciones sentimentales, su tradición, etc. A esa influencia pasional «*se puede ponerle freno, nunca eliminar*». Frente al elemento emocional existe la influencia racional que limita los objetivos de acuerdo a las posibilidades propias y del adversario. La confluencia de ambas determina la estrategia a aplicar, ya sea militar, económica, diplomática o una combinación de ellas.

La elaboración de las distintas estrategias se ha ido haciendo cada vez más compleja, especialmente cuando la técnica avanza a velocidad de vértigo. La revolución estratégica es fruto de la técnica, la creación del arma nuclear es prueba de ello. La técnica siempre ha sido determinante en la configuración de la estrategia a seguir, la diferencia del presente respecto del pasado, es que la técnica hoy es inestable, antiguamente era estable e igualmente compartida por las partes.

Para el autor francés ese progreso técnico incide en la estrategia de varios modos. En primer lugar, en un incremento del coste humano y financiero de la guerra. Respecto al número de bajas, desde la guerra de 1870, donde murieron más hombres luchando que por enfermedad, el número de víctimas ha ido aumentando sucesivamente. Igualmente los gastos financieros de la guerra, debido a esa técnica, han ido creciendo continuamente. Existe otro efecto todavía más importante que acarrea la técnica y que incide en la estrategia, la necesidad de que todas las partes mantengan actualizadas sus fuerzas desde el punto de vista tecnológico o, de lo contrario, quedan eliminados de la posibilidad de alcanzar el éxito militar.

Segundo, eleva el nivel de los recursos necesarios para buscar la supervivencia, por tanto se requiere un mayor respaldo industrial, así como un mayor nivel de sacrificios de las respectivas poblaciones. El mayor desgaste que supone la guerra provoca también, sobre todo en el bando derrotado, consecuencias políticas y sociales profundas.

Tercero, en la propia concepción de la estrategia militar. Así los avances técnicos han supuesto, entre otros, la unión del movimiento con el fuego, que a su vez ha modificado la relación entre capacidad ofensiva y defensiva.

En definitiva, la innovación tecnológica se ha instalado como variable indispensable a considerar en la formulación de las distintas estrategias, especialmente cuando se incluyen las armas nucleares.

Después de revisar brevemente el pensamiento estratégico de Mao Tsé-Tung y De Gaulle, entra en la parte central de su obra, el arma nuclear. La aplicación de la energía nuclear al campo militar ha supuesto una revolución, no sólo por el explosivo, sino también por el avance de los vectores que lo transportan y por el desarrollo de la propia información. Esto ha significado que la protección de la distancia no exista, *«todo el universo está en primera línea»*.

El sentido común, en opinión del autor, nos dice que una guerra nuclear es demasiado terrible para ser provocada, por tanto, plantea la utilidad del arma atómica y los requisitos que debe reunir para que ejerza su verdadera finalidad, la disuasión. La idea de disuasión no está ligada exclusivamente al arma nuclear, lo que sí es verdad que antes, con el empleo de las armas convencionales, la disuasión era una de las diferentes alternativas, hoy, con las armas nucleares, es la única conducta razonable.

La disuasión nuclear es más duradera y efectiva que la convencional, porque, según Hamon, la certeza de destrucción (el autor a este concepto lo denomina: «eficacia del riesgo corrido»), incluso en caso de victoria de algunos de los contendientes, no compensa su utilización bajo ningún modo. Además, la disuasión nuclear tiene efectos sobre los mismos enfrentamientos con armas convencionales. ante el miedo que un conflicto de baja intensidad pueda escalar a otro nuclear.

El simple hecho de disponer del arma nuclear no significa tener capacidad de disuasión. El autor galo considera necesario que se den tres condiciones para ello. Una, disponer de capacidad de infligir un daño considerable al adversario. Dos, hacer verosímil el uso de esta capacidad. Lógicamente esta credibilidad dependerá de la importancia del objetivo en disputa, es dudoso que una potencia nuclear amenace y sea creíble con estas armas ante una dificultad menor. Tres, tener capacidad de supervivencia de las armas nucleares necesarias propias que permita la respuesta a la fuerza agresora.

En la década de los sesenta, Hamon pone ya al descubierto lo que es una gran preocupación al final del siglo XX, la proliferación de armas nucleares. La trivialización de la técnica, según el autor, ofrecería, en breve, la posibilidad de disponer de armamento atómico a otros Estados que no fue-

sen potencias mundiales. Los nuevos países que obtuviesen estas armas dispondrían de una cierta capacidad de disuasión, pero nunca podrían conseguir un dispositivo suficiente para eliminar las armas del adversario. Por el contrario, la adquisición de armamento de este tipo, además del gran gasto financiero que supone, va a tener que soportar las presiones y seducciones que ejercerán sobre él otros Estados para obligarle a abandonar tal empresa. ¿Por qué, entonces un Estado, a pesar de esos inconvenientes, quiere ser potencia nuclear? La respuesta del autor a su propio interrogante lo hace pensando en el caso francés y lo viene a resumir diciendo:

*«Su decisión de hacerlo obedecerá a su voluntad de ocupar un lugar preferente en el mundo. Además, debe considerar su situación, sus riesgos, sus instituciones, a la vez que su capacidad de resistir a la presiones para obligarle a abandonar o a incorporarse a una participación colectiva. Se impone, pues, la existencia de una ambición nacional y la capacidad de realizar tal ambición».*

El acceso al «club nuclear» de nuevos Estados no es siempre bien recibido por las potencias nucleares existentes, especialmente si éste es miembro de una alianza donde existe una gran potencia, pues, según Hamon, el refuerzo en términos militares que se consigue es muy inferior al debilitamiento político de la alianza; ya que los nuevos miembros nucleares aspirarán a desempeñar un papel de mayor protagonismo que hasta entonces y consecuentemente, la cohesión de la alianza se debilitará.

Finalmente, el autor vuelve a expresar su argumento inicial, las armas nucleares ofrecen la mejor capacidad de disuasión para evitar la guerra, pero matiza, siempre y cuando los Estados que las posean respeten las reglas del «club nuclear». Lógicamente, aquellos países que suelen transgredir las reglas del juego de la sociedad internacional crean grandes incertidumbres en caso de disponer de dicha capacidad.

El gran peligro para la paz mundial, en opinión de Hamon, no es el empleo del átomo en el campo militar, al contrario, su existencia es un garante de la misma; sin embargo, la proliferación nuclear indiscriminada sí es la verdadera amenaza a la coexistencia pacífica. Para evitar esta situación, el autor propone la existencia de una policía internacional que controle el acceso a este club y una vez en él, el cumplimiento estricto de las reglas del juego que rige la tenencia de armas nucleares. Quien mejor puede llevar ese control y supervisión, a juicio del autor galo, son los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Concluye Léo Hamon indicando que frente al arma nuclear se pueden adoptar tres posibles actitudes. La primera es inclinarse por la anulación de la innovación nuclear, actitud pesimista, que ni es satisfactoria ni eficaz, y se pregunta: *«¿Por qué razón el pacifismo, excluido el terror nuclear, iba a ser más eficaz ahora que antaño?»*.

La actitud inversa consiste en hacer eficaz un empleo efectivo de la técnica nuclear, trivializándola y fragmentándola para despojarla del horror que inspira, permitiendo así su uso efectivo o una disuasión más fuerte. *«Tal actitud nos expondría a la catástrofe o nos conduciría a una dominación mundial»*.

La tercera actitud, de optimismo técnico, desea no a través del medio nuclear hacer una guerra más terrible, sino la manera de evitarla. Aunque el autor se alinea con esta tercera opción, advierte que para que el arma nuclear pueda cumplir su papel:

*«Es, pues, deseable que el arma nuclear conserve su terrible potencia y que existan varios poseedores, dueños de tal potencia, siempre que sepan conformarse a la reglas del juego»*.

**JEAN PAUL CHARNAY**

**ENSAYO GENERAL DE ESTRATEGIA**

---

**UNA CONCEPCIÓN ESTRATÉGICA: JUEGO, ARTE Y CIENCIA**

Por **Juán A. Toledano Mancheño**

*CHARNAY, Jean Paul, **Essai general de strategie** (1.973); Editions Champ Libre, París. El libro está constituido por tres partes y un apartado de incentivación para los lectores, con un total de 219 páginas.*

Jean Paul Charnay ha sido Director del Centro de Estudios e Investigaciones sobre las Estrategias y los Conflictos (CERSC) de la Universidad de la Sorbona, en París, y Director del Comité Internacional para la Reedición y el Tratamiento Informático de los Autores Clásicos de la Estrategia (CIRTICS). Tras haber realizado estudios de derecho francés y musulmán en Argelia, se consagró a la historia y a la sociología. Algunas de sus obras más destacadas son: «Evolución de las Doctrinas Estratégicas» (1.964), «Sobre un método de Sociología Jurídica» (1.965), «Hacia una Praxeología Social» (1.970) y «Cultura Islámica y Cambio Socio-económico» (1.971).

El concepto de estrategia, entendido en sus orígenes como «arte de proyectar y dirigir las operaciones militares», es tan antiguo como ésta. La palabra «estrategia» nació en Grecia; Estratego era el mando militar elegido para dirigir los ejércitos en la batalla y, por ello, se ha entendido

durante siglos como el arte del mando. Si concebimos la estrategia como un arte encaminado a diseñar acciones para la consecución de un fin en un futuro más o menos próximo, más que de principios sintetizados que admiten interpretaciones o explicaciones en ocasiones complejas y discutibles, procedería hablar de máximas, sentencias o pensamientos cuya validez y acierto quedarían de manifiesto a lo largo de la historia si las circunstancias presentes se mantuviesen inamovibles.

En un principio se asignaba una importancia preponderante al poder de la maniobra, Napoleón amplió su concepto al denominarlo «*arte de la guerra*» y Clausewitz, al definir la estrategia como «*el empleo del combate para alcanzar el fin de la guerra*», extendió sensiblemente el espectro de la acepción original, al introducir la consideración de otros aspectos fuera de los operacionales.

Jean Paul Charnay lleva a cabo la publicación de una serie de artículos, con profundas reflexiones sobre distintos aspectos relacionados con esta rama del arte militar, entre 1.964 y 1.968; estos artículos son los que dan lugar, una vez remodelados, al nacimiento de este libro. La confección del mismo ofrece, pues, por sí misma, la imagen de un juego estratégico, en el cual queda patente lo difícil de la eliminación del factor aleatorio. Dado que todo plan refleja la contingencia en su puesta en acción, siempre es posible realizar, en sus partes, como ha ocurrido en las de este libro, un ordenamiento diferente.

Se aconseja la lectura de este libro a aquellas personas que posean algún conocimiento sobre los conceptos estratégicos más generales, estudiosos de la materia o a aquellos que busquen temas relacionados con la evolución y la filosofía del término «estrategia».

La seguridad en la acción y en el conocimiento profundo de una materia es consecuencia de la sabia mezcla de dos métodos de enseñanza que se disputan sin cesar la primacía: el teórico y el práctico. «*La práctica por sí sola no es ni puede ser otra cosa que la experiencia de un hombre (decía Napoleón, «La más bella de las inspiraciones es, a menudo, sólo una reminiscencia») y es insuficiente para ejercer el arte. La práctica de veinte batallas perdidas nos podría dar las veinte razones de la derrota; pero en la batalla veintiuna nos hallaríamos en condiciones distintas y ninguna de las veinte lecciones serían aplicables al nuevo caso, a pesar de haberlas comprado a tan alto precio*» (Villamartín, Nociones de Arte Militar).

El autor establece el campo de trabajo de la búsqueda de sus argumentos sobre la estrategia en:

*«Las dos ramas que se interfieren a menudo y que se incardinan en el desarrollo de la misma. En primer lugar las obras literarias consagradas al arte de la guerra y la estrategia: los clásicos militares y revolucionarios; la segunda rama que constituye el desarrollo de la estrategia está constituida por las formas de guerra efectivamente practicadas».*

Cuando el término estrategia hace su aparición en Europa o, más exactamente, cuando es adoptado en el lenguaje cotidiano hacia finales del siglo XVIII, designa esencialmente el «arte del general», la conducción de los ejércitos o, según la acepción de Littré, quien libera el estado de la lengua a principios del siglo XIX: *«El arte de presentar un plan de campaña, de dirigir un ejército a los puntos decisivos o estratégicos, y de reconocer los puntos sobre los cuales hace falta, en las batallas, llevar la mayor cantidad de efectivos para asegurarse el éxito».*

Después de diversas teorías desarrolladas durante los siglos XIX y XX, Liddel Hart, en su libro «Estrategia de la Aproximación Indirecta», define la Gran Estrategia como el hecho de coordinar y dirigir todos los recursos de la nación, no únicamente los militares, hacia un objetivo que previamente ha sido señalado por la política. Al comienzo de los años setenta el norteamericano John H. Collins, en su obra «La Gran Estrategia», la define como *«el arte y la ciencia de emplear el poder nacional en todas las circunstancias, para ejercer los tipos y grados deseados de control sobre el oponente a través de la fuerza, amenazas, presiones indirectas, diplomacia, subterfugios y otros medios posibles de imaginar, a fin de satisfacer los intereses y objetivos de la seguridad nacional».*

La estrategia, cuya meta principal es alcanzar la victoria en la guerra (a comparación de la táctica, que se preocupará de ganar cada batalla) ha cambiado de forma tremenda a lo largo de la historia de la Humanidad, desde el concepto de la guerra circunscrita, claramente y limitada en todos los factores que en ella intervienen, hasta el momento actual en el que el vencedor no es reconocido por gran parte de las sociedades modernas (las cuales no aceptan las victorias a cualquier precio ni las «guerras» por la defensa de intereses particulares nacionales).

Muy esquemáticamente se puede considerar que, en Europa, desde el final del Imperio de Occidente, dos tipos de guerra alternan con una cierta regularidad su aparición. Por una parte, las guerras relativas a la defensa

y ampliación del territorio, en la competición económico-política entre poderes de esencia relativamente parecida. Por otra parte, las guerras basadas en distorsiones ideológicas y sociales; estas últimas guerras son más cortas pero más violentas.

En el establecimiento de nuevas e innovadoras estrategias es ilógico estudiar la situación de enfrentamiento entre países «pudientes» y países en vías de desarrollo o, por retomar la fórmula de Lin Piao, el mundo de las ciudades al de las campiñas. Sin embargo, esta dicotomía constituye uno de los factores que reagrupan las estrategias totales contemporáneas en dos grandes sistemas en oposición: confrontación directa o causa de confrontaciones y acuerdos entre potencias imperialistas. Actualmente, los dos sistemas de oposición fundamentales, por lo tanto (de forma relativa) de la lógica de los conflictos, continúan, con una apariencia nueva, coexistiendo e interfiriéndose. El primero agrupa a los poseedores de armamento nuclear (y a sus protegidos inmediatos) y ha dado nacimiento a concepciones estratégicas muy perfeccionadas basadas en la disuasión. El otro se halla representado en diversas regiones del tercer mundo (polos de decisión o polos de iniciación de conflictos), entre ellos mismos y, por relación, con las principales potencias del juego nuclear contingente. Contiene, por lo tanto, múltiples «subsistemas», efectivos o virtuales, cada uno suscitado por unos «perturbadores» específicos, de carácter clásico (nacionalismo) o moderno (incompatibilidad socio-económica ideológicamente elaborada).

Según el autor, la aparición del empleo bélico del átomo ha suscitado el hecho de la mutación fundamental de la guerra. En el plano conceptual, el átomo acarrea, para la estrategia, un doble peligro: de una parte, deslinda entre táctica (y técnica) y política, lo cual ha tenido como resultado el acelerar la evasión de la estrategia fuera del teatro de la guerra. En el plano biológico, a pesar de la ignorancia en la que se permanece sobre los efectos exactos de una detonación nuclear en una situación dada, prevalece una certeza: en absoluto la Humanidad se puede suicidar.

De forma sucinta se puede decir que se ha pasado de la destrucción «artesanal» a la destrucción «masiva». Pero, desde este punto de vista, ¿hay mutación o extrapolación? La historia desvela que las civilizaciones -y la paleontología, que las especies- son mortales. De este modo, la gran mutación proviene menos brutalmente del hecho nuclear por sí mismo que de un cambio en el espíritu de la Humanidad o, más exactamente, de la posición que emerge por encima del mínimo vital en una cultura inteli-

gente. Todos los avatares acaecidos en los dos últimos siglos, han hecho concluir a los gobiernos nacionales que el concepto de seguridad y defensa ha evolucionado:

*«La defensa no tiene pues ya como único fin el garantizar la integridad del territorio, la supervivencia de la población o la solidez de un régimen; debe asegurar la continuidad de una civilización, la adecuación de los modos de vida a la evolución industrial, la maduración y la renovación de actitudes sobre pensamientos seculares o, si se prefiere, de la estratificación social de la que proceden estos modos de vida, estas disposiciones del pensamiento y el régimen económico-político que la sostiene».*

La evolución del imperialismo en el siglo XX muestra importantes distorsiones en las sucesivas racionalidades estratégicas. Las grandes conquistas estratégicas habían sido, al menos parcialmente, permitidas por la superioridad del armamento y de la organización militar de los invasores. De este modo se ha constituido un tipo de guerra que basa la victoria y la dominación no sobre la cantidad de los efectivos sino sobre el adelanto técnico y táctico descolgando del crecimiento industrial (paso del factor «mano de obra» al factor «beneficio en la producción»).

En cuanto a los movimientos revolucionarios, existe un criterio que articula estrechamente las guerras de liberación y las conductas aparecidas desde las independencias. Estas guerras son normalmente clasificadas de revoluciones en virtud a tres criterios: destrucción interna de un orden político-jurídico coherente y único; un imperio colonial; métodos de combate utilizados y hecho al que se oponían, grosso modo, una sociedad colonial organizada en capas sociales dominadas. Metodológicamente, los conflictos deben ser calificados no solamente por sus estrategias sino también por sus motivaciones y por sus consecuencias.

Tanto la formalización como la formulación de la materia estratégica en función de su carácter de racionalidad son igualmente muy antiguas. Están perfectamente diferenciadas en el «Strategicon» del emperador bizantino Maurice, quien definió la estrategia como el modo de sacar provecho de los tiempos y de los lugares. Sin embargo, el interés depositado en la estrategia como arte de las combinaciones apareció sobretodo con la resurrección de la palabra; *«hacer la guerra es reflexionar, combinar ideas, prever, razonar profundamente, emplear los medios disponibles»* (Joly de Maizeroy). Entre estos medios hay unos directos y otros indirectos; estos últimos están constituidos por un número tan elevado que encierran casi

todos los conocimientos humanos; sirven de ayuda y de guía a los primeros que son las tropas, las armas y las máquinas. De este modo aparecía la estrategia como una ciencia de las combinaciones, el clásico ordenamiento social al más alto nivel pero trasvasado al dominio del pensamiento puro. En efecto, las posiciones respectivas de la estrategia y de la táctica quedan definidas por el grado de intensidad de la racionalidad que puedan soportar.

En la práctica, la construcción de tácticas nuevas mezcla íntimamente técnicas «extranjeras» (invención de material militar, psicoquímica y reestructuraciones socio-económicas para la guerra subversiva; instrumentos para la transmisión de pensamientos y de propagandas y psicología colectiva, etc.) y puede ser que tienda a restablecer una cierta unidad en la estrategia, que, de momento, es heterogénea en esencia: el signo aparece en la actual (y sin duda contingente) distinción entre los modos principales: estrategias de disuasión y convencional, directa e indirecta, postulando al mismo tiempo multiplicidad y paralelismo (o reemplazamiento) de acciones en los ámbitos de actuación y por los medios materialmente irreductibles a la unidad. Para sobrepasar esta heterogeneidad, resultado total de la mezcla de accidentes históricos (decrecimiento de la supremacía blanca, del capitalismo burgués), de movimientos socio-políticos (luchas de clases, guerras de independencia), de elaboraciones ideológicas y avances técnicos, la estrategia se proyecta en una huida hacia adelante, de la que se desprende una crisis semántica.

La gran cantidad de variables estratégicas que deben tenerse en cuenta y, muy a menudo, su heterogeneidad, al mismo tiempo que la manifestación de sus cantidades (de efectivos y de materiales, personas y cosas) y de sus potencialidades, exigen un esfuerzo profundo de abstracción para reducirlos a los diversos elementos de un juego lógico de inteligencia y de voluntad. De forma empírica, pueden ser enumerados varios procedimientos de elaboración de las distintas estrategias:

- Optimización de los antiguos procedimientos ya experimentados, lo que cuenta con la faceta positiva de la comparación planeamiento-desarrollo-producto-resultado.
- Respuesta imprevista, el adversario constriñe su acción a un estilo estratégico ya dado, por lo que se trata de descubrir una forma de acción que no esté preparada con anterioridad.
- Yuxtaposición de diversas formas de guerra y de estrategias, es el caso más corriente, y es favorecido por el desarrollo continuo del armamento, de la piedra al átomo o a las radiaciones y a los virus.

Hay muchos autores que toman en consideración esencialmente los elementos materiales, algunos de entre ellos han descrito un movimiento pendular entre periodos blindados y no blindados. Otros, en cambio, en contra de esta alternancia tan irritante, han preconizado la búsqueda del arma dominante:

*«Se evolucionaría de este modo, en grandes fases, por la armadura, la catapulta, la fortificación (el castillo defensivo, posteriormente la muralla y el foso), el fusil, el cañón, la ametralladora, el arma atómica o la propaganda».*

Inversamente, una forma más desarrollada de la teoría del arma dominante junto a la consideración de la técnica es la elaboración del estado socio-político de los adversarios; se llega, pues, a una división de las estrategias y de las guerras en guerras relámpago y guerras de desgaste, lo que introduce el factor temporal y le hace preponderante. Otros autores prefieren definir las diversas formas de guerra por referencia a, e incluso por la integración con, alguna de las teorías generales del movimiento de las sociedades, sea éste cíclico (los antiguos griegos), evolutivo (ley de los tres estados de Comte, historicismo alemán), bien dialéctico (Hegel, Marx).

La búsqueda de la gestión de los medios necesarios para establecer todo lo anteriormente expuesto, ha conducido a un último grupo de autores al estudio de las combinaciones posibles entre algunos elementos cuya mezcla determina los comportamientos estratégicos.

En el pensamiento estratégico pueden diferenciarse distintas etapas, siempre en opinión de Charnay y, en ocasiones, en contra de otros autores clásicos del pensamiento estratégico, que constituyen el que podría ser denominado «el ciclo lógico». En efecto, en el movimiento interior de la estrategia se pueden distinguir cuatro fases (es necesario precisar que estas fases no son en ningún modo presentadas como una nueva teoría cíclica del arte de la guerra, sino una construcción lógica de la formación de las doctrinas estratégicas):

- El avance técnico y táctico: la observación y el estudio de los conflictos muestra que las armas destinadas a modificar profundamente las concepciones estratégicas sólo son integradas, al principio, en el nivel técnico. Las armas y las técnicas preceden, pues, a la estrategia.
- Los crecimientos y evoluciones inciertos: en efecto, la búsqueda de las múltiples aplicaciones técnicas y tácticas posibles, la variación de las formas de la guerra en función de los componentes geográficos o socio-políticos, llevan consigo una renovación del pensamiento estratégico.

- La «suerte de la fruta madura»: exige una concomitancia, raramente realizada, entre tres elementos, la maduración técnica y táctica, la eferescencia de las nuevas ideas en los últimos años y, por fin, una adecuación entre el instrumento -la forma de guerra- y la naturaleza del terreno en que va a desarrollarse.
- Los estereotipos: numerosos factores se combinan para transformar la síntesis realizada y el método adelantado o venidero («Los hombres crean su historia, pero no lo hacen libremente»).

Otro factor que interviene en la elaboración de las estrategias es la demografía. La progresión demográfica determina amplias consecuencias sobre la evolución de las estrategias. El volumen de la masa demográfica influye sobre los motivos y las conductas de los conflictos guerreros o revolucionarios: desde Malthus a Gaston Bouthoul, numerosas teorías han sido pergeñadas para este propósito.

*«Todo cruce de las tasas de natalidad y las correspondientes de mortalidad conmueve los equilibrios sociales y ecológicos; la población, al igual que un gas comprimido, acumula energías latentes, que al final se liberan. Lo biológico favorece lo conflictivo».*

Volviendo a la reacentuación de las energías dominantes, la noción de energía, en efecto, corresponde menos a la de cantidad (adición y discontinuidad) que a la de campo de fuerza. Profundizando un poco más, la noción de energía dominante marca el ritmo de las grandes fases estratégicas. La naturaleza bruta constituye, en un principio, un medio cualitativamente apreciado. Posteriormente el descubrimiento de las leyes físicas y naturales permite medir y utilizar la intensidad variable de las fuerzas, de las energías: de este modo se ha pasado de la energía muscular, después animal, a continuación a las energías cinética (movimiento de los ejércitos y de las flotas considerados como unidades) y química (potencia de fuego), para llegar a las energías «psíquica» y nuclear.

Toda estrategia se desarrolla en un medio dado: político, socio-económico, técnico e ideológico. No parece, sin embargo, que el puro pensamiento filosófico influya en gran medida sobre la constitución de las doctrinas estratégicas. En verdad, los autores más brillantes intentan conducir su pensamiento de acuerdo con lo cambiante de la filosofía, no el que esté a punto de constituirse, sino la estrategia precedente, difundida con anterioridad en el conjunto de la sociedad.

Define el autor un nuevo concepto en las «divisiones» de la Estrategia, denominándola «*Estrategia Diferencial*». Esta estrategia se distingue de la

clásica estrategia comparativa al enfrentarse entre ellas las doctrinas, las formas de guerra, los procedimientos estratégicos e incluso, de una forma global, por una disociación suficientemente expuesta y sin tomar en consideración los medios en los cuales estas doctrinas, formas de guerra o procedimientos se aplicaban, y de los hombres que fueron sus actores.

Cada guerra, cada doctrina, cada conjunto de operaciones o de conflictos oponen un «todo» teniendo sus características extrínsecas y sus arquitecturas internas. Como toda acción humana, y más generalmente como todo proceso que se desarrolla en el Universo, la acción estratégica está contenida en la aplicación de una doctrina más o menos librada empíricamente, inscribiéndose en un tiempo determinado. No obstante, la noción de tiempo es múltiple. Ya para Clausewitz, el tiempo de la táctica no es el de la estrategia, constatación efectuada a propósito del desarrollo de las diversas fases de una guerra sinrazón. Napoleón y Jomini estimaban, en materia de establecimiento de las doctrinas de empleo, que los sistemas tácticos no sobrepasan jamás la década (duración aún válida en nuestros días) y eran función directamente proporcional del armamento y de la composición de las tropas. Pero concluían, sobre todo Jomini, que existía perennidad en los principios estratégicos fundamentales.

*«Dado que el pensamiento no puede arbitrariamente separarse de quien lo elabora, desde el punto de vista individual, la «psicoestrategia» aportaría útiles indicaciones sobre las causas (voluntarias o no) de las imprevisiones que surgen entre las doctrinas racionalmente analizadas y sus aplicaciones contingentes».*

Otro aspecto considerado por Jean Paul Charnay es la dinámica de la estrategia, que supone la consideración de las variaciones entre la función y el modo estratégicos. La estrategia prepara la solución política, pero no la concluye; se desarrolla en dos dimensiones principales y combinadas: constitución de un sistema de pensamiento coherente con el fin de aplicar lo mejor a los múltiples procedimientos de negación y el sistema más fuerte, pero no el único, la guerra.

Cada sistema socio-económico global declara a cualquier otro (u otros) perturbador de su propio orden social. La unidad estratégica es a menudo la nación, puede sin embargo ser más importante o menos (de mayor o menor incidencia internacional, regionalismos, áreas de interés, etc.).

La estrategia no coincide ni con la política ni con la interpretación general de la historia. Su objeto no es en absoluto la búsqueda de un principio de explicación global del futuro de las sociedades y de sus antagonismos

internos y externos. De este modo, si los términos y variaciones de la intensidad estratégicos se constituyen en dialéctica para incardinaciones sucesivas, se comienza un juego indeterminado, del cual deben conocerse las reglas, el tablero de juego y las metas a alcanzar para ganar.

El pensamiento estratégico supone, pues, una doble interpretación: separación de las diversas categorías ya enunciadas y proyección prospectiva de estas disociaciones, las cuales resultan comprometidas no tan solo en su estudio, sino también en su diseño y puesta en acción.

**MICHAEL HOWARD**

**LA GUERRA EN LA HISTORIA EUROPEA**

---

**UNA HISTORIA SENCILLA DE LA GUERRA EN EUROPA EN EL  
ÚLTIMO MILENIO**

Por José M<sup>a</sup>. Romero Serrano

*Michael Howard, War in European History (1976);  
Oxford University Press.*

Howard es *Regius Professor* de Historia Moderna y componente del *Oriel College* de Oxford. Es un hombre de formación en estudios históricos y ha ostentado la presidencia de los Estudios de Guerra en la *Universidad King* de Londres. Es vicepresidente del prestigioso Instituto Internacional de Estudios Estratégico. Tiene publicados libros sobre «Estudios en guerra y paz» (1970) o «La Guerra Franco-prusiana» (1981). Es colaborador habitual en revistas de estudios estratégicos y coeditor de una de las más apreciadas traducciones del libro «De la guerra» de Clausewitz (*Princeton Univ.P.* 1976). En España, en círculos estratégicos y de defensa, es conocido principalmente por su obra *Las causas de la guerra* (1983) recogida en Ediciones Ejército nº 20.

La obra que nos ocupa es un breve relato que versa sobre el estudio de la guerra en Europa en el último milenio. Su exposición es atinada, precisa, en algunos párrafos impactante y siempre con juicios de alto valor, sin aportaciones innecesarias. Esta concisión hace que la obra no tenga fisuras y precise una lectura concentrada pero apta para todos los públicos, pues su principal virtud es la sencillez.

Sin embargo, no debemos esperar una obra perfectamente regulada y sistemática, con un guión definido para cada capítulo. Los episodios se solapan, pero sólo con una motivación clarificadora.

El libro está dividido en siete capítulos más un epílogo, sumando unas 150 páginas. La división obedece a los principales actores de la guerra en el periodo estudiado. Así, empieza por *las guerras de los Caballeros*, para continuar con las de *los Mercenarios, los Mercantes, los Profesionales, las guerras de la Revolución, de las Naciones, de los Tecnólogos* y terminar con la *Era Nuclear*.

Aún exponiendo el autor su intención de estudiar el último milenio, tal vez hubiese sido conveniente una introducción de la guerra clásica, en Grecia, Macedonia y Roma, donde se sientan las bases del modelo militar occidental. Obviado este periodo y tras citar el fin de la «Pax Romana» y las invasiones bárbaras, el autor arranca con el primer capítulo:

***Las guerras de los Caballeros.*** El feudalismo como respuesta socio económica al desgarramiento del Imperio, la tierra como única fuente de riqueza, el castillo como símbolo efectivo del poder militar y el caballero con armadura como protagonista principal, caracterizan este periodo.

Situado en el Imperio Carolingio, el caballo era el único medio que proporcionaba la movilidad necesaria para *hacer frente a las amenazas periféricas*. *El caballero*, constituía a su alrededor un equipo, la «lanza», como modelo básico de organización militar, aunque el combate tuviera, en definitiva, un carácter singular. Todo giraba en torno a él: las Órdenes Militares, el código de conducta, el «servitium debitum»...«La supremacía de la caballería en la Edad Media había sido más de carácter moral y social que técnico». Sin embargo, finalmente, el arco largo, las picas, el cañón y el arma de fuego portátil «degradaron la guerra, situando a los nobles caballeros a merced de los villanos».

***Las guerras de los Mercenarios.*** Considera la fuerza de Carlos VIII como el primer ejército moderno. El caballero, como elemento central en la organización militar feudal, de carácter único, ofensivo y defensivo, daba paso a un conjunto interarmas que combinaba la acción de los anteriores con los piqueros suizos y la artillería alimentada con sus trenes. Pero fue el modelo español, los Tercios, los que combinaron a la perfección las posibilidades técnicas de la época y la organización militar, basada en un ejército profesional nacional y después mercenario.

El soldado mercenario necesitaba de una continua atención. Si los recursos fallaban, desertaba. En ninguna época se cumpliría mejor el dicho: «pecunia nervus belli» o «pas d'argent, pas de suisses». Por otro lado, la artillería que derribó fácilmente los castillos urgió el desarrollo rápido de la fortificación priorizando la defensa en profundidad. Es más, «la fortificación de este tipo se esparció por toda Europa más como un hecho de prestigio civil que como una necesidad militar». Este desarrollo espectacular de líneas, ciudadelas y plazas fortificadas propició un nuevo tipo de guerra. «Este tipo de guerra de trincheras, tediosa, peligrosa, mortalmente insana, llegó a ser la forma usual para el soldado europeo durante 200 años».

En suma, la proliferación de las fortificaciones, la supremacía de la defensiva en el campo de batalla, la carestía de las tropas mercenarias y la precaución de sus jefes militares, hicieron de la guerra una cuestión indecisa y prolongada.

**Las guerras de los Mercantes.** En el s.XVII, comercio y riqueza eran equivalentes. El comercio era necesario para sostener las guerras y mantener el poder político.

En este siglo se llevan a cabo importantes expansiones y ocupaciones de carácter comercial. Ingleses, franceses y holandeses compiten por establecer las grandes compañías de indias. Estas compañías llevan sus propios componentes armados, que Colbert los describe como verdaderos ejércitos, de tal manera que «la guerra, el descubrimiento y el comercio fueron casi términos intercambiables».

En este periodo, en consecuencia, se produce un profundo desarrollo de la técnica naval. Aparece el buque de línea, se modifican las tácticas navales, surge el combate oceánico, las grandes flotas y la protección de convoyes. Se hace de la piratería y el corso una práctica habitual. «Interceptar sus tesoros...cortar sus líneas de comunicaciones y hacer la guerra con su dinero» era la estrategia de Hawkins. Incluso una derrota naval puede comprometer todo el sistema comercial de un estado por un periodo prolongado, como fue el caso de la flota española en Matanzas en 1628.

**Las guerras de los Profesionales.** Se corresponde con el s.XVIII. Este capítulo sintoniza con claridad lo que son los Estados dominantes y sus ejércitos. Es el tiempo en que se consolidan las monarquías, se crean férreos regímenes de poder absoluto que manifiestan su poder con la creación de ejércitos profesionales.

La posición geopolítica determinaría unas características y un uso diferente para cada uno de ellos. Así, Inglaterra, dominadora en el mar, mantendrá el ejército como una opción no esencial. Prusia hará de él su espina dorsal; citando a H. Delbrück, «La historia de la formación del ejército...es simultáneamente la historia del estado prusiano». Federico Guillermo I integrará a la sociedad en su modelo de ejército, asignando al cuerpo de oficiales la nobleza y los campesinos, los sin ocupación y los extranjeros, para nutrir sus filas. Este ejército, instruido y muy disciplinado, evolucionará en el campo de batalla como una máquina perfecta («they performed like automata»).

Las ricas Provincias Unidas se permitirán mantener, regularmente pagado, un ejército eficaz, basado en la disciplina y su capacidad de instrucción («dig and drill»), concedores de que su esfuerzo principal se realizaría en el mar. Mauricio de Orange fue el primero que advirtió la primacía del fuego y adecuó a él sus formaciones y procedimientos.

El rey sueco Gustavo Adolfo creó un ejército nacional, en el que servía un hombre de cada diez durante doce años, contribuyendo el resto con sus impuestos para proporcionar los equipos militares. A medida que fueron aumentando sus necesidades fue contratando extranjeros, hasta formar un ejército de 140 mil hombres, de los que sólo el 10% eran suecos, mantenidos en guarniciones propias y no pagados. Con un interés inicial centrado en el Báltico, fue extendiendo sus expediciones militares hacia Alemania sin una finalidad estratégica definida. En el aspecto táctico fue un maestro en la cooperación interarmas. Su artillería ligera de campaña y la infantería formada en filas con seis hombres en profundidad, proporcionando un fuego continuo, propiciaba la carga decisiva con arma blanca de la caballería en compacta formación.

La importancia del número se hizo sentir cada vez más. Luis XIV de Francia, en 1680, mantenía un ejército de 300 mil hombres, lo que originó la creación de la intendencia para satisfacer sus necesidades.

Ejércitos numerosos, recursos limitados...hizo que las campañas se planeasen para el final de la primavera y que el secreto de la guerra radicase en que el enemigo muriese de hambre.

«Las guerras eran las guerras de los reyes», inconclusas y limitadas pero en las que sobresalieron grandes conductores militares: Turena, Eugenio de Saboya, el Duque de Malborough, Federico el Grande...los cuales experimentaron el mismo rechazo hacia las batallas sangrientas que lo hicieron sus predecesores mercenarios dos siglos antes.

La guerra, que «la Ilustración rechazaba como el necesario destino de la humanidad», tendría durante el s.XVIII un carácter limitado.

**Las guerras de la Revolución.** Este periodo breve e intenso, a diferencia de los anteriores está muy bien delimitado: transcurre entre 1792 y 1815. A él fluyen una serie de esfuerzos diversos y que convergerán en un hombre: Napoleón Bonaparte.

Las experiencias militares de finales del s.XVIII van a desembocar en un periodo revolucionario. Los armamentos serán muy similares a aquellos utilizados por Federico el Grande, pero se empezará a usar el modelo orgánico de las divisiones, lo que facilitará la utilización simultánea de distintas rutas; el uso de tiradores irregulares, adelantados a las formaciones y camuflados en el terreno; el combate de reconocimiento y el uso de la descubierta (caballería ligera a vanguardia)...

En el orden táctico, las preferencias durante el s.XVIII oscilarán entre el orden lineal prusiano, el orden profundo defendido por Folard y el orden mixto de Guibert. La columna de ataque será el orden preferido por el ejército revolucionario.

La nueva composición orgánica propiciará el llamado sistema divisionario, ideado por Bourcet en 1775 en sus *Principios de las guerras de montaña*, y que consiste en marchar separados pero mutuamente apoyados para posteriormente converger sobre el enemigo.

Las reformas en la Artillería hicieron posible la homogeneización de sus materiales, ganando en movilidad y precisión (Gribeauval). Su aplicación en masa, unida a la acción de la infantería «en el punto donde deseamos romper al enemigo..., da resultados decisivos» (Jean y Joseph du Teil).

Los aspectos arriba indicados formarán en la mente de Napoleón un sistema de operaciones en un hombre capaz de «visualizar una campaña como un todo». De formación como artillero, expresará así su idea: «Los planes estratégicos son como los sitios; concentra el fuego contra un único punto. Una vez conseguida la brecha, el equilibrio salta por los aires y todo lo demás resulta innecesario».

Para sus victorias ideó dos esquemas estratégicos: *desde la posición central*, utilizado en Italia en 1796 y en Waterloo, y *hacia la retaguardia*, practicado en Ulm en 1805.

Para sus operaciones confiaba en que las tropas se alimentaran directamente del terreno.

En otro orden de cosas, el bloqueo británico, exponente definitivo de una guerra económica, resultó decisivo en el resultado de la guerra.

Pero el elemento más extremo de la reforma militar fue presentado por un civil, Lazare Carnot, organizador del ejército revolucionario en el que aglutinó cerca de un millón de hombres: «No más maniobras, no más arte militar, sino fuego, hierro y patriotismo». O con una expresión muy próxima a la guerra total, a la que también contribuyó con su leva en masa: «La guerra es de condición violenta...Debemos exterminar, (exterminar hasta el final!)».

**Las guerras de las Naciones.** Pero después de la tempestad revolucionaria los ejércitos volvieron a los viejos usos del s.XVIII: oficiales aristocráticos y tropas profesionales en la defensa de la nación.

Sin embargo, una corriente de estudio y formación militar se está abriendo paso. Se crean las principales escuelas militares: el Royal Military College (1802), la de St. Cyr (1808), la Kriegskademie (1810), la Academia Imperial Militar rusa (1832), y aparecen las obras sobre pensamiento y arte militar inspiradas en Napoleón y las guerras de la Revolución. Son textos eminentemente didácticos y sus autores, Jomini, Willisen, Clausewitz..., serán estudiados en las citadas academias.

Por otra parte, desde 1815 hasta 1914, así como la revolución en las comunicaciones iba a transformar la estrategia, la revolución en el armamento transformaría la táctica. La máquina de vapor, el ferrocarril, permitiría a los franceses en 1859 concentrar en 11 días 120 mil hombres, que de otro modo hubieran tardado 2 meses. Los fusiles de aguja Dreyse, Chassepot, los nuevos cañones Krupp, los explosivos y las ametralladoras elevarían la mortandad del campo de batalla.

Las anteriores experiencias fueron aplicadas magistralmente por los prusianos en 1871, de tal manera que sus «instituciones, el servicio militar obligatorio, los ferrocarriles estratégicos, las técnicas de movilización y, sobre todo, el Estado Mayor General, fueron copiados por todos los estados en el continente europeo».

Las guerras posteriores demostraron el número insoportable de bajas que las nuevas armas producían. Algún observador, como Ivan Bloch en su libro *La guerra del futuro* (1898), concluyó diciendo: «ya que ahora era estadísticamente imposible para los atacantes triunfar, la guerra ya no sería por más tiempo un instrumento viable de la política». Sin embargo, cuando los prusianos abandonaron la política de Bismarck y Francia firmó con Rusia la *Entente* en 1891, la guerra ya sólo era cuestión de tiempo.

Militarismo, nacionalismo, socialismo, pacifismo... todos ellos convivirían en este final de siglo. El primero como una aceptación de los valores del estrato militar como los valores dominantes de la sociedad, por ejemplo, el sistema jerárquico y la subordinación a la organización. «Hacia el final del s.XIX la sociedad europea estaba militarizada en un alto grado... Las fuerzas armadas estaban consideradas, no como parte de la corona, sino como la encarnación de la nación». Fueron estas sociedades las que arrojaron sus vidas en la guerra del 14, en el despertar de la guerra total.

**Las guerras de los Tecnólogos.** «La tecnología en el s.XIX hizo posible la producción en masa de las armas que, fueron progresivamente no solo más efectivas sino también más fáciles de manipular».

Las mejoras, algunas espectaculares, se producirían en los componentes aéreo, terrestre y naval y abrirían nuevas opciones estratégicas.

En la guerra naval se iba a pasar de los buques de madera de Nelson, de 2000 toneladas, a aquellos de finales de siglo de 20 mil y de grandes cañones. Se produciría una frenética competición entre los ingleses y los franceses, rusos y alemanes. El buque resultante, el acorazado, «era un símbolo inequívoco de poder y orgullo nacional, incluso más significativo para la era industrial que los ejércitos terrestres», dando a entender los logros tecnológicos de la nación en su conjunto. Y no había indicador más clarificador del cambio que se estaba produciendo en el sistema internacional que el hecho que en 1898 y 1904 las flotas española y rusa fueran batidas por dos potencias navales no europeas.

Por otro lado, el desarrollo de los submarinos oceánicos abrió un nuevo capítulo en la historia de la guerra naval, provocando la aparición de un pensamiento estratégico naval de corte defensivo en Inglaterra.

La aportación inicial de la aviación como un aspecto complementario de la batalla terrestre (el reconocimiento), fue superado por la capacidad no sólo de ser los ojos de la artillería, sino de sustituirla.

Así, «los primeros entusiastas del poder aéreo estaban interesados no en mostrar lo que las fuerzas aéreas modificarían de la naturaleza de la guerra terrestre y naval, sino en que la harían innecesaria». El centro de gravedad de la guerra no serían los ejércitos, sino la población civil, y como sostenía Giulio Douhet, las fuerzas aéreas tenían la capacidad de atacarlo directamente.

En el combate terrestre, los cambios tecnológicos fueron más difusos. Para evitar la masacre, las unidades se fraccionaron y utilizaron la infiltración («storm groups» alemanes) e idearon el carro de combate como elemento de protección. Posteriormente, pensadores como Fuller, Liddell Hart, De Gaulle, Guderian, Tukhachevski, especularon sobre el uso independiente o coordinado del arma acorazada que unido a las posibilidades que proporcionaban las comunicaciones por radio, posibilitaron un tipo de guerra móvil para superar el estancamiento de la 1.<sup>a</sup> Guerra Mundial.

El libro finaliza con un breve epílogo sobre **La Era Nuclear**, enfatizando que su tenencia otorga al que la posee «un grado de prestigio internacional». Asimismo, el final de la 2.<sup>a</sup> Guerra Mundial ha abierto un nuevo campo en la guerra revolucionaria, que se ha extendido a tenor de la descolonización y del comunismo.

El libro concluye afirmando: «Nada ha ocurrido desde 1945 que indique que la guerra, o su amenaza, no es un instrumento todavía efectivo de la política. Contra pueblos que no estén preparados para defenderse por sí mismos, podría ser, incluso, muy efectivo».

**ANÍBAL ROMERO**

**ESTRATEGIA Y POLÍTICA EN LA ERA NUCLEAR**

---

**LA GUERRA COMO INSTRUMENTO RACIONAL  
DE LA POLÍTICA NACIONAL**

Por F. Javier Franco Suanzes

*ROMERO, Aníbal. Estrategia y Política en la Era Nuclear (1979). Editorial TECNOS.*

Aníbal Romero nació el 10 de febrero de 1951 en Barquisimeto (Venezuela). Se licenció en filosofía y ciencias políticas en la Universidad de Bristol (1974). Profesor de ciencias políticas en la Universidad Simón Bolívar, en Caracas. Está en posesión del Master en Estudios Estratégicos por el King's College de la Universidad de Londres (1976). Actualmente es investigador asociado al Instituto de Estudios Estratégicos John M. Olin de la Universidad de Harvard. Fundador y primer editor de la revista venezolana Política Internacional desde 1986. Es autor de numerosos libros.

El autor divide su obra «Estrategia y Política en la Era Nuclear» en tres partes: en la primera analiza la guerra como instrumento político, en la segunda estudia la estrategia de la era nuclear y en la tercera y última examina tres crisis militares de esa era nuclear.

En la primera parte, y siguiendo el pensamiento de Clausewitz, analiza la guerra como instrumento político. En consonancia con lo escrito por el General, la guerra no tiene sentido si se disocia de la política, es un acto de *comunicación* política y no sólo un fenómeno destructivo. La guerra no

puede ser considerada como un acto aislado, es el resultado del conflicto entre Estados y un «*instrumento racional de la política nacional*». La propia existencia de Estados soberanos, sin leyes que regulen las relaciones entre ellos, y la ambición de poder, que es una de sus metas fundamentales, propicia la existencia de conflictos entre esos Estados. Como dice Romero:

«*La guerra es la política con violencia, y su objetivo es el poder. La política, por otra parte, es la guerra sin violencia armada*».

Una vez definida la relación entre la guerra y política, el autor trata de establecer, siguiendo también a Clausewitz, la relación entre la política y la estrategia. Según el General, la política debe decidir y debe hacerlo marcándole objetivos militarmente alcanzables a la estrategia, de hecho, ese objetivo político debe ser la más alta consideración de la conducción de la guerra, y debe estar presente en todas las fases del proceso bélico: en su planificación, en la ejecución y en la conclusión. Esa conexión entre política y estrategia debe, además, estar presidida por una relación de *correspondencia y armonía*. Por ello, resulta grave que ocurra una ruptura entre ambas. Si se produce la supremacía de la estrategia sobre la política, nos encontraremos que la guerra ha perdido su finalidad política convirtiéndose en un enfrentamiento militar de violencia ciega. Si lo que se produce es el abandono de las razones estratégicas por la política, nos encontramos con una ruptura entre los fines y los medios, con lo que difícilmente podrán llevarse a cabo los objetivos políticos sin la herramienta que los haga efectivos. La falta de armonía entre política y estrategia, puede surgir de una incorrecta posición de la política, pues como indica Clausewitz, si la política produce confusión en el objetivo de la guerra quiere decir que sus contenidos son incorrectos y será necesario revisarlos.

Según el autor, hay tres aspectos de la relación política-estrategia que es necesario destacar en la obra de Clausewitz: la noción del *punto culminante de la victoria*, o momento en el que uno de los beligerantes percibe que ha obtenido la máxima ventaja y que de continuar la lucha las pérdidas serán muy difíciles de justificar con los beneficios, aumentando además, desde ese momento, los riesgos de la derrota; la noción del *centro de gravedad del enemigo*, que puede ser tanto militar como de otro tipo, lo define como *aquella área de intereses que es fundamental para el adversario, y cuya dislocación aseguraría su derrota*; y la relación entre *la ofensiva y la defensiva*, cuya disimetría permite equilibrar la balanza entre el fuerte y el débil, pues según Clausewitz, la defensiva es en sí misma más fuerte que la ofensiva.

Los ejemplos que el autor extrae de la historia moderna vienen a justificar sus argumentos. En la I Guerra Mundial, ambos bandos intentaron una victoria rápida que al no lograrse paralizó los frentes de lucha. Era pues necesario adoptar medidas políticas, pero los líderes se obsesionaron por la victoria militar, lo que provocó un «abismo» entre la política y la estrategia, y la prolongación de los enfrentamientos. Por el contrario en la II Guerra Mundial, y como indica Romero, Churchill, en contra de la opinión de muchos líderes políticos y militares americanos, adoptó el punto de vista de Clausewitz, según el cual los objetivos políticos deben determinar los planes estratégicos.

Como parte final del análisis de la guerra como instrumento político, Aníbal Romero, estudia el sistema internacional y la limitación de la guerra, y lo hace apoyándose de nuevo en Clausewitz y en el escritor francés Rousseau. El General basa las relaciones internacionales sobre una situación de anarquía y según el siguiente esquema: el Estado es soberano; los intereses de los Estados están siempre en conflicto; las crisis y disputas se resuelven en muchas ocasiones por medio de la fuerza. La visión de Rousseau, que también considera la presencia de la anarquía en el contexto de las relaciones internacionales, se centra en justificar la existencia de la guerra como consecuencia de la ausencia de una autoridad superior que regule las relaciones interestatales, ante los inexorables conflictos de intereses que se producen entre los Estados soberanos.

El objetivo que trata de garantizar la soberanía e independencia de la mayoría contra los intereses expansionistas de uno de ellos puede, y debe conseguirse, si fuera preciso, mediante la guerra. Se trata de garantizar el «*balance de poder*» de manera que una sociedad de Estados soberanos, no sea modificada por la fuerza en un imperio bajo el dominio de un único poder. Pero como indica Romero, el «*balance de poder*» ha sido siempre algo precario, pues es difícil que en el concierto internacional todos los actores se encuentren plenamente satisfechos, y alguno, ansioso de aumentar su propio poder, no viole la legitimidad general y ponga en peligro al mismo orden internacional.

En la segunda parte de su obra que denomina «*La estrategia en la era nuclear*», el autor nos ofrece en primer lugar un bosquejo cronológico del panorama estratégico en la era nuclear, para seguidamente analizar con más profundidad algunos de los asuntos más relevantes. Para Aníbal Romero, resulta paradójico la aportación de las armas nucleares a la lógica de la guerra. Por una lado, su enorme poder destructivo les confiere a sus

poseedores la capacidad para desarrollar la guerra total o ilimitada —I y II Guerra Mundial— y sin embargo, ese potencial se ha convertido en algo irracional para ser empleado como instrumento político, por lo que no resulta válido para la guerra total. La posibilidad de emplear el armamento nuclear se convierte en el último recurso, cuando la «supervivencia nacional» se ve amenazada. En este sentido, resulta fundamental conocer cuáles son esos intereses vitales, que no pueden ser vulnerados para no desencadenar la dinámica nuclear.

De lo dicho pudiera desprenderse que la guerra total como instrumento político ha sido eliminada; ni las guerras totales, ni mucho menos las guerras limitadas han desaparecido, no obstante, como indica Romero, la posibilidad de su ejecución, por las consecuencias ya citadas, ha perdido credibilidad. Así, esa falta de credibilidad de la guerra total para llevar a cabo objetivos políticos, es la que ha devuelto a la guerra limitada su capacidad para alcanzarlos.

Los tres aspectos determinantes que según Clausewitz relacionan política y estrategia: el *punto culminante de la victoria*, el *centro de gravedad del enemigo*, y la relación *ofensiva y defensiva*, van a quedar condicionados con la aparición de la energía atómica. El nuevo balance estratégico se va a establecer, por un lado, sobre la vulnerabilidad de determinados objetivos que ambos bandos consideran vitales, y por otro, en la invulnerabilidad de parte de las fuerzas ofensivas, lo que va a garantizar la adopción de represalias.

Antes de entrar en detalle sobre algunos de los aspectos tratados, el autor resume los antecedentes estratégicos posteriores a la I Guerra Mundial. Del período entre guerras destaca las tres escuelas de pensamiento que se generan: la primera, trata de reemplazar la parálisis estratégica a la que condujo el desarrollo de la I Guerra Mundial, sus doctrinas defienden la movilidad de la ofensiva y el ataque por sorpresa, siendo su máximo representante Liddell Hart; la segunda, pretende demostrar la eficacia de los medios propagandísticos y la subversión como medida previa a los combates decisivos, siendo los nazis verdaderos maestros en su aplicación; la tercera y última, responde a las teorías que destacan el gran potencial del poder aéreo, que reduce las operaciones bélicas a ataques contra la población civil del enemigo. Su pensador más representativo es el General italiano Giulio Douhet.

Del período posterior a la II Guerra Mundial, el autor, destaca una primera etapa de la era nuclear (1945-1953) que se caracteriza por el monopolio

nuclear americano que podía amenazar con el uso del arma sin que nadie pudiera hacerle sombra. A partir de 1949, cuando la URSS realiza su primera explosión nuclear, si bien EEUU puede amenazar a la Unión Soviética con sus armas nucleares, la URSS puede hacer lo mismo con sus aliados europeos. En esa época los americanos, cuya política de defensa iba encaminada a contener el expansionismo soviético, consideraban que la futura guerra sería total, con el arma nuclear como parte de los medios militares. Mientras la URSS insistía en la importancia y el carácter determinante de las fuerzas convencionales.

La segunda etapa (1953-1960), se caracterizó, del lado americano por el desarrollo de la teoría de la guerra limitada. En el año 1954, EEUU enuncia su doctrina estratégica de la «*represalia masiva*», de manera que la defensa de los países amenazados por el expansionismo soviético debería ser contrarrestada no sólo con fuerzas convencionales sino con toda la capacidad de represalia americana. La estrategia soviética de este período se basa en la contradisuasión. Para combatir la superioridad nuclear del adversario incrementaron sus fuerzas nucleares y convencionales dirigidas contra la Europa occidental. Esta situación conducía al riesgo de la guerra total, por lo que era difícil y poco creíble esgrimir el escudo protector americano contra objetivos secundarios fuera de Europa.

Poco antes de la tercera etapa (1960-1972), y una vez que los soviéticos adquieren cierta capacidad contra el territorio de los EEUU, los americanos intentan asegurar la invulnerabilidad de parte de su fuerza nuclear para afrontar una eventual acción de represalia, y tratan de minimizar las pérdidas sobre su territorio. Surge la doctrina de la *respuesta flexible o controlada* que indicaba que el daño potencial de una guerra total podía ser limitado actuando sobre los medios militares soviéticos, manteniendo al tiempo la capacidad de devastar a la URSS. Bajo el concepto de respuesta nuclear controlada, los americanos se reservaban la posibilidad de utilizar sus armas nucleares de forma limitada sin tener que llegar al uso masivo y total.

Los soviéticos, que ante un hipotético ataque sobre sus fuerzas nucleares se veían incapaces de garantizar la contradisuasión, buscaron el equilibrio estratégico y forzaron la crisis de los misiles de Cuba. El final de la crisis tuvo diversas consecuencias: los soviéticos incrementaron sus ICBM y sus fuerzas invulnerables; se debilitó la alianza entre los americanos y sus aliados europeos; y los EEUU comenzaron a hablar de una nueva postura estratégica conocida como la *destrucción mutua asegurada*. La posibilidad

de un ataque con éxito contra la URSS se había convertido en una misión imposible. Empezó a rechazarse el concepto de disuasión mínima basado exclusivamente en una capacidad de represalia, y lo que se adoptó fue una doctrina que complementaba las fuerzas de represalia con aquellas otras capaces de atacar las fuerzas soviéticas en sus bases.

En 1969 se aprueba la doctrina de la *suficiencia* que supone la aceptación americana a la nueva situación estratégica producto de la paridad con la Unión Soviética. Con esta nueva doctrina ambas potencias abandonan el objetivo de la superioridad, por el costo y riesgo que comporta, y los americanos contemplan la necesidad de preservar la estabilidad estratégica garantizando la invulnerabilidad de sus fuerzas nucleares.

Tras esa exposición cronológica, el autor analiza algunos conceptos relevantes. Según Romero, uno de los principales problemas políticos para que funcione la disuasión es la credibilidad, es necesario que el adversario comprenda que se está dispuesto a ir a la guerra nuclear cuando el enemigo ataque sus intereses vitales. Para ello es de esperar una postura racional en el oponente, pues en caso contrario si al adversario es un suicida la disuasión tampoco funcionará. La paradoja se produce en que dado que la guerra total se ha convertido en una salida irracional, ¿cómo vamos a convencer al enemigo que se actuará racionalmente para defender determinados intereses vitales que van más allá de la soberanía e integridad territorial?. Como dice el autor: «*La estrategia nuclear se fundamenta entonces en el uso racional de una amenaza irracional*».

Según Romero, «la guerra limitada» que surge tras el final del último conflicto mundial, nace como consecuencia de las profundas transformaciones tecnológicas que han conducido a la inutilidad de la guerra total como instrumento político que dé solución a los conflictos de intereses. El punto clave de la guerra limitada presente, es su contenido social y político, ya que de él se obtendrán tanto los objetivos, como los efectos en el sistema internacional. Para Aníbal Romero, y según ese contenido, las guerras limitadas actuales se pueden encuadrar en las siguientes categorías: guerras entre Estados, guerras civiles, guerras de liberación o anti-imperialistas, y revolucionarias. Romero destaca las últimas, por su carácter decisivo, ya que de ellas se pueden desprender enormes resultados políticos. Por el contrario, las guerras limitadas entre Estados, especialmente si entran en la esfera de influencia de las dos grandes potencias, carecen de esa determinación política que poseen las de carácter revolucionario.

Un ejemplo de guerra limitada por los medios empleados, fue para los EEUU, el conflicto coreano y puso de manifiesto que la amenaza de la guerra total sólo era de utilidad para evitar ese enfrentamiento. Además, evidenció la necesidad de modificar la estrategia empleada para contener el comunismo, dando de nuevo valor a la guerra limitada como instrumento político. La nueva estrategia americana debía: «*Recobrar la utilidad política de la guerra estableciendo el mayor número de etapas entre la rendición y la guerra nuclear*».

La incapacidad de la doctrina de la *respuesta masiva* para contener los diferentes conflictos mundiales, obligó a la adopción de la *respuesta flexible* que significaba por un lado, la creación de medios convencionales capaces de actuar en distintas partes del mundo en guerras limitadas contra las manifestaciones revolucionarias y por otro, ampliar el margen de respuestas nucleares que permitiesen limitar un conflicto entre las dos grandes potencias. Sin embargo, la lógica de la limitación es el resultado de dos voluntades y basta que una de ellas no desee someterse a esa limitación para que nos encontremos en presencia de una guerra total. De esta situación nace el concepto de *escalada*.

Para el estudio de la guerra revolucionaria, el autor analiza el pensamiento estratégico de Mao Tse Tung. La doctrina de Mao resalta la supremacía del factor político en la guerra, y muy especialmente en la guerra revolucionaria, donde el éxito o el fracaso depende fundamentalmente del apoyo popular. El triunfo logrado por Mao en China modificó de manera drástica no sólo la situación interna de ese país sino que alteró sustancialmente el equilibrio de poder en el mundo.

Los países que sufrieron la experiencia de la guerra revolucionaria trataron de combatir un tipo de conflicto para el que no se encontraban preparados. El autor analiza los métodos francés, británico y americano, y considera que los tres erraron en sus doctrinas de guerra contrarrevolucionaria. El fallo francés, a pesar de su correcta percepción de la naturaleza política del conflicto, es su incapacidad para comprender la legitimidad de muchas de las aspiraciones revolucionarias. Las doctrinas británica y americana insisten en buscar soluciones a los aspectos técnico-militares, dejando en segundo plano y sin profundizar los problemas políticos. Ambos países ven en la guerra revolucionaria procesos movidos por el comunismo internacional, en vez de la «*intolerable situación en que viven las masas populares*». En todos los casos, la doctrina contrarrevolucionaria adolece de un conocimiento serio y profundo de lo que es la revolución.

Las guerras revolucionarias en el continente iberoamericano, tienen un resultado bien distinto. El modelo triunfante de la revolución cubana trató de exportarse al resto del continente con muy malos resultados. El desenlace negativo surge de una concepción errónea del proceso revolucionario. Al contrario de lo sucedido en África y Asia donde los aspectos militares quedaron subordinados a los políticos, en Iberoamérica, primó lo militar sobre lo político.

Seguidamente, el autor, analiza las alianzas en Europa, para lo que considera necesario conocer lo acaecido durante la II Guerra Mundial, siendo el problema alemán el aspecto que se erigió como un elemento decisivo, pues ambos bloques querían contar con ese potencial de su parte. La Unión Soviética, para garantizarse una franja de seguridad en toda Europa Oriental, y Occidente, porque necesitaba a Alemania como «baluarte» y freno anti-soviético. Finalmente, cuando los dos bloques admitieron la división alemana se inició el período de coexistencia pacífica.

La importancia que el viejo continente tiene para las dos alianzas se pone de manifiesto en los despliegues de los medios militares realizados, lo que obliga a cuestionar la posibilidad que una de las partes salga derrotada en una guerra limitada sin poner antes de su parte todos los medios a su alcance, incluidas las armas nucleares. De esta manera, en Europa más que en ninguna otra parte, son mayores las posibilidades de que un conflicto limitado se extienda hasta una guerra total. Por eso, como subraya el autor, no parece realista pensar que ante la eventualidad de una Tercera Guerra Mundial en Europa, ésta se desarrolle con medios exclusivamente convencionales.

La dificultad de la Alianza Atlántica para equilibrar el nivel de fuerzas convencionales con los soviéticos, provocó el despliegue por parte americana de armas atómicas tácticas, que quedaron bajo el control de los EEUU, aumentando la dependencia de la seguridad europea de sus aliados transoceánicos y creando tensiones políticas en el seno de la OTAN. De esta manera las armas atómicas adquirirían un papel relevante en la defensa del territorio europeo y dejaban como única alternativa a un ataque convencional soviético, la guerra nuclear.

La doctrina de la *respuesta flexible*, provocó desasosiego en los aliados europeos que la consideraban un debilitamiento del compromiso de los EEUU con Europa. La nueva filosofía que podía ser interpretada como una disminución de los riesgos que los americanos estaban dispuestos a soportar en defensa de sus aliados, continuaba aceptando el valor de las

armas atómicas, pero consideraba que éstas no podían reemplazar las fuerzas convencionales. Se trataba de un intento de encontrar posiciones intermedias entre la rendición o el holocausto nuclear. Según el autor, y aunque el compromiso de seguridad no había perdido fuerza, los americanos buscaban separar sus fuerzas nucleares estratégicas de la defensa europea, al tiempo que intentaban acotar a los lindes del continente europeo un posible enfrentamiento con la URSS. Para Aníbal Romero, la *respuesta flexible* es el producto de un análisis erróneo, pues la importancia que para EEUU tenía Europa, disminuía la posibilidad de un ataque limitado soviético.

El razonamiento americano, indicaba que la OTAN debía hacer frente a cualquier amenaza soviética de tipo convencional mediante el incremento de sus propias fuerzas convencionales. Esta convicción, suponía o bien que la URSS estaba dispuesta a un combate con armas nucleares o que estaba plenamente segura que los americanos no se arriesgarían en una aventura atómica. Ambos postulados eran muy débiles. No obstante, la nueva doctrina acertó en dar a las fuerzas convencionales un valor y una utilidad política.

La doctrina de *opciones limitadas*, es también objeto de análisis para Romero. El objetivo de esta nueva teoría es el de «restaurar la credibilidad de la guerra nuclear como instrumento político». El uso del armamento nuclear sería «discriminado y limitado» y, siempre que ello fuera posible, contra objetivos militares, evitando en todo momento el que pudiera darse una escalada que conduzca al enfrentamiento total. De esta manera el empleo de las armas atómicas ganaría en flexibilidad, lo que va a permitir opciones intermedias entre el todo y la nada. Las implicaciones principales de la doctrina de *opciones nucleares limitadas* son de carácter político. Por el contrario, esta teoría resulta muy desestabilizadora pues las variables más importantes que intervienen en la disuasión nuclear: la permanencia de las doctrinas estratégicas, la proliferación de armas nucleares, y la carrera armamentística, se ven negativamente afectadas.

Uno de los efectos indicados —la proliferación nuclear— es además un reto importante a controlar, que puede ser paliado evitando que un mayor número de países acceda al «club» nuclear. El principal problema que se plantea para contener la proliferación nuclear, radica en la mutua relación que existe entre la tecnología nuclear para usos pacíficos y para fines militares. El instrumento más significativo para contener la proliferación, adoptado por la sociedad internacional, es el Tratado de No-Proliferación

Nuclear (TNP). El Tratado ha recibido críticas por su asimetría política, ya que impone distintas obligaciones, pues las medidas para el control de armamentos que se imponen a los nucleares no se corresponden con las estrictas medidas y discriminaciones que se reserva para los no-nucleares. En cualquier caso, para Romero, la vigencia del Tratado, resulta positiva. El autor hace asimismo referencia a los acuerdos sobre Limitación de Armas Estratégicas, hoy en día ya superados, por tratados posteriores. Trata y analiza el Tratado de Tlatelolco cuyo objetivo es convertir el área de Iberoamérica en una zona libre de armas nucleares.

En la tercera parte, el autor analiza tres crisis militares en plena era nuclear: la crisis de los misiles de Cuba, los conflictos de Medio Oriente y la Guerra de Vietnam. En Cuba, la instalación de misiles soviéticos en el año 1962, trataba por un lado, garantizar la defensa de la isla frente a posibles intromisiones americanas y por otro, equilibrar el balance estratégico entre la URSS y EEUU, en clara desventaja para los primeros. Para Aníbal Romero, la instalación de los misiles soviéticos afectaba a la seguridad e intereses vitales de EEUU; para la URSS no sucedía lo mismo. Esa importante diferencia política y la superioridad militar, tanto en el terreno convencional como en el nuclear, fueron determinantes para que la crisis se resolviera favorablemente a las tesis americanas. No obstante, a largo plazo, provocó un rearme soviético que estableció la paridad entre las dos grandes potencias. Como aspectos positivos se abrieron nuevos cauces de comunicación, y se definieron con más claridad las esferas de interés y los compromisos políticos de ambas potencias.

En el Medio Oriente, la situación se vio influida por la superposición de tres conflictos: uno de carácter local entre judíos de Israel y árabes de Palestina; un segundo regional entre el Estado de Israel y los Estados Arabes; y el tercero de carácter internacional entre las dos grandes potencias. Los conflictos que han determinado importantes consecuencias políticas han sido: «*la aventura militar*» anglo-francesa contra Egipto en 1956, la guerra de los «*seis días*» de 1967 y la del Yom Kippur en 1973.

Para Romero, en la crisis de Suez de 1956, tras la nacionalización del Canal, los errores fueron diversos: en primer lugar, el plan militar llevado a cabo se caracterizaba por una ausencia de objetivos políticos; la selección del inicio de las operaciones, a cargo de los israelitas, que pretendía el derrocamiento de Nasser como único e impreciso objetivo político, fue una selección equivocada pues consiguió el reforzamiento del líder egipcio; la alianza entre Israel y los franceses e ingleses asoció la imagen de los isra-

elitas con el imperialismo colonialista, lo que alejó aún más las posibilidades de diálogo con el mundo árabe; el saldo final para británicos y franceses fue una pérdida de influencia en la zona, en beneficio de los americanos que finalmente se opusieron a las intenciones de la coalición. En definitiva, el gran error de la operación consistió en la ausencia de una cobertura política sólida, pues pretendía resolver problemas políticos por procedimientos exclusivamente militares.

En la guerra de los seis días de 1967, si bien el resultado de la guerra fue positivo para Israel, complicó todavía más el panorama político. Los dirigentes judíos postergaron los aspectos políticos al depositar toda su confianza en la potencia de su poder militar. El logro de una paz duradera con los Estados árabes bien pudiera haberse logrado cediendo parte de los terrenos conquistados. La ambigua fórmula de «*fronteras seguras y reconocidas*» mantenida por los israelitas, tuvo buena parte de la culpa, por lo que la victoria militar en vez de lograr más independencia para el Estado judío y de aminorar las amenazas externas, dificultó su posición política. Romero sintetiza lo indicado diciendo que:

*«La guerra de los seis días resultó en un triunfo militar que complicó extraordinariamente el horizonte político para Israel. La ausencia de un proyecto que diese significado político a los hechos militares condujo el conflicto del Medio Oriente a un nuevo choque armado, el cual, esta vez, sí transformó de manera importante la balanza de poder político en el área».*

La falta de unos adecuados acuerdos de paz sería el origen de la guerra del Yom Kippur. Para el autor, la guerra de octubre de 1973 es un claro ejemplo de la correcta utilización de los medios militares como instrumento para alcanzar determinados objetivos políticos. Ante la imposibilidad de modificar el *statu quo* por procedimientos diplomáticos, sirios, egipcios y jordanos, concibieron una operación militar limitada, con el objetivo de transformar el panorama político en el Medio Oriente. Aunque militarmente la guerra no fue una victoria, se alcanzó el objetivo de abrir una nueva fase política.

El tercer conflicto analizado por Aníbal Romero es la guerra de Vietnam, considerada por el autor como una de las más brutales de la historia moderna y donde la nación más poderosa y más avanzada de la tierra, con su enorme superioridad militar, salió derrotada del conflicto. ¿Cuáles fueron los motivos que condujeron a esa derrota?. Para el autor, la debilidad de los objetivos políticos americanos, *la imposición de un régimen no*

*socialista en Vietnam*, se edificaba sobre un gobierno sin suficiente legitimidad. Pero sin duda la clave del éxito de los vietnamitas fue que condujeron la guerra siguiendo «*la más pura lógica Clausewitziana*»: los factores políticos tuvieron un papel predominante con una precisa definición de los objetivos de la lucha; una relación eficiente entre la *ofensiva* y la *defensiva*; una definición precisa del *centro de gravedad* adaptado a cada momento de la lucha; y una actuación prudente para no sobrepasar el *punto culminante de la victoria*. La estrategia vietnamita, tanto contra Francia como contra EEUU, estaba fundamentada en el análisis adecuado de los factores de fuerza y debilidad propios y del enemigo, tanto políticos como militares, que conducían a una estrategia aceptada de «*resistencia prolongada*» frente a la que adoptaría el enemigo de «*una acción rápida para una decisión rápida*».

**LAWRENCE FREEDMAN**

**LA EVOLUCIÓN DE LA ESTRATEGIA NUCLEAR**

---

**UN CLÁSICO DEL DEBATE ESTRATÉGICO SOBRE EL ARMA  
NUCLEAR**

Por José M<sup>a</sup>. Romero Serrano

*FREEDMAN, Lawrence. The Evolution of nuclear strategy; IISS, 1981, 1983. Publicaciones MINISDEF, Madrid 1992.*

El libro de Lawrence Freedman es un clásico del estudio de la estrategia nuclear. Comprende y se solapa con el periodo de la Guerra Fría. Freedman es un recopilador y ordenador de estudios, ideas estratégicas y doctrinas nucleares formuladas durante la segunda mitad del s. XX. Pertenece a la escuela británica y profesa por Liddell Hart una gran admiración. Su obra está cerrada a principios de los 80, pero esboza los fundamentos de lo que sería la estrategia Reagan, conocida en círculos estratégicos como Estrategia de la Acción.

Freedman indica con claridad el propósito de su trabajo:

*«me he centrado en el debate estratégico en Estados Unidos, el más enérgico y fecundo, aunque sin descuidar los debates paralelos en la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China. Mi propósito es ofrecer un tratamiento sistemático y razonablemente amplio de los principales aspectos de la estrategia nuclear»*

La obra consta de 522 páginas, distribuidas en 8 partes cronológicas y 26 capítulos. Los argumentos principales son debatidos constantemente a lo largo del libro. La aparición del arma nuclear (AN) es el elemento iniciador, asociado a impacto, shock y conmoción estratégica.

Ante la desorientación estratégica inicial, se escudriñó en los postulados teóricos para determinar los ingredientes de una doctrina del uso del AN, que de inmediato fue relacionada con la disuasión. Se identificó al enemigo potencial, la Unión Soviética, se estableció que las ciudades eran los únicos objetivos adecuados y se enfatizó el decisivo valor de la sorpresa. Pero pronto surgieron críticos; Bernard Brodie argumentaba que el elemento sorpresa podía ser menos importante de lo que generalmente se creía. Si había que aceptar las represalias, ninguna victoria valía la pena.

Los axiomas básicos fueron, pues, rápidamente identificados: la imposibilidad de defensa, la desesperante vulnerabilidad de las ciudades, el atractivo de un ataque inesperado y la necesidad de represalia.

El AN resucitó las teorías del bombardeo estratégico de Douhet y la preponderancia del factor ofensivo, pero, una vez más, Brodie señaló un camino inesperado:

*«Hasta ahora, el propósito principal de una Institución militar ha sido ganar guerras. A partir de ahora su principal propósito debe ser evitarlas»*

El hilo central de la obra, como ya hemos indicado, es el debate estratégico. La introducción de la bomba atómica, la evolución de la Guerra Fría y, en consecuencia, la búsqueda de una estrategia era una tarea compleja. Quizá un primer elemento clarificador lo señaló Truman, *«tienes que comprender que esto no es un arma militar»*. Desde entonces, se hizo evidente que la bomba tenía límites respecto a su valor político y militar.

El debate se movía entre polaridades. Si se asumía que el AN constituiría forzosamente el elemento central de la estrategia norteamericana, se debía precisar si era un arma de primer o último recurso, de propósito ofensivo (someter al enemigo) o defensivo (impedir una invasión de Europa Occidental), de valor político o militar. Esta indefinición acompañará a la estrategia nuclear en todo su recorrido. El debate se ampliaría; objetivos contra ciudades o contra fuerzas, guerra nuclear total o limitada, sorpresa o seguridad ... En los 35 años que cubre el estudio van superponiéndose ideas, doctrinas, estrategias, nunca bien definidas y en ámbitos inciertos. Freedamn los recoge y los ordena, y a grandes rasgos nos habla

de una estrategia del monopolio atómico (por parte de los Estados Unidos), las represalias masivas, la guerra nuclear limitada, la disuasión graduada, la respuesta flexible, la estrategia del conflicto estable, la destrucción asegurada, la suficiencia, la paridad y las opciones selectivas.

Durante estas etapas y procesos, las ideas fluyen, avanzan y retroceden, pronostican y se retractan... Esta diversidad nos manifiesta el carácter profundamente psicológico de la estrategia nuclear.

Así, es fundamental resaltar el doble aspecto psicológico y cuantitativo de la estrategia nuclear. La percepción de la voluntad y las ideas sobre el uso del AN por el potencial adversario genera un campo inagotable de especulaciones. Por otra parte, la tecnología y la carrera de armamentos forman el esqueleto cuantitativo de la rivalidad estratégica.

En este punto, propongo agrupar en dos líneas de trabajo el libro de Fredman. Una, el debate estratégico en los Estados Unidos. Dos, el debate de las otras potencias, para finalizar con unas breves consideraciones.

La desorientación estratégica arranca de las ideas generadas en la Segunda Guerra Mundial. La guerra total suponía que la victoria dependía de la utilización efectiva de todos los medios disponibles. Las ciudades eran objetivos legítimos y el bombardero de largo alcance un instrumento más de desgaste.

Pero la bomba atómica no era sólo «otra arma», tenía repercusiones y ramificaciones que iban más lejos de las experiencias militares conocidas hasta entonces.

Ya en los primeros años del monopolio nuclear americano surgió el concepto de represalia y una idea asociada sobre el uso del AN:

*«Para un posible agresor debe quedar bien claro que un ataque a los Estados Unidos sería seguido de un contraataque de dimensiones devastadoras.*

*Nuestra primera línea de defensa es la capacidad de devolver un golpe incluso después de haber recibido el golpe más fuerte que el enemigo pueda asestar». (General Arnold, 1946)*

En el pensamiento estratégico de la posguerra anidaba la certeza de la inevitabilidad de un ataque masivo por sorpresa como principio de cualquier guerra. La agresión suponía realizar el primer movimiento militar. El AN era un arma de «agresión y de terror» y la sorpresa alcanzaba un valor supremo. No obstante, el ataque sorpresa no se relacionaba con el estilo

americano de hacer la guerra, ni con su cultura social y estratégica, aunque no se renunciaba a su uso (la crisis de Berlín de 1948 fue determinante).

Con el acceso soviético al AN las ventajas se nivelaron y se buscó una forma de solventar el emparejamiento atómico. Se trató de conseguir superioridad con la bomba H (la «super») o de buscar estrategias alternativas mediante las armas nucleares tácticas (ANTs), tratando de devolver la batalla al campo de batalla. Los Estados Unidos redactaron el documento NSC-68 (1950), definido como política de contención ante lo que consideraban como una agresión expansionista soviética. No se renunciaba al primer uso nuclear. No obstante, en la primera oportunidad bélica (Corea 1950), el AN quedó apartada de los planes de guerra de los aliados.

En 1954, J. F. Dulles anunciaba la doctrina conocida como «Represalias Masivas». Se basaba en una amenaza indiscriminada a cualquier agresión de signo comunista. La esencia de esta doctrina descansaba en la ambigüedad y la incertidumbre. «Un agresor potencial debe saber que no puede establecer siempre las condiciones de batalla que a él le convengan...». Se trataba de: «*Disponer de una gran capacidad de represalia inmediata, con medios y en lugares a nuestra elección*»

El estancamiento nuclear y el miedo a las represalias abrió el camino a la posibilidad de una Guerra Limitada. Liddell Hart sostenía que la guerra total significaba que el objetivo, esfuerzo y grado de violencia eran ilimitados. Con las ANs esto conduciría al suicidio mutuo. Por lo tanto, la moderación debía imponerse ante las nuevas realidades. La credibilidad sólo se conseguiría cuando los medios de disuasión fueran proporcionados a los objetivos en juego (R. Osgood). H. Kissinger también descartó los conceptos de guerra total y victoria total. Los objetivos debían ser moderados, ya que no era posible una rendición incondicional a coste aceptable. La política debería regir más que nunca el curso de la guerra.

La condición previa para una política de guerra limitada es introducir de nuevo el elemento político en nuestro concepto de guerra y descartar la noción de que la política termina cuando empieza la guerra o que la guerra puede tener propósitos distintos de los de la política nacional.

Kaufmann citaba:

*«La suposición esencial de este tipo de conflictos, que parece corresponderse exactamente con la realidad en las condiciones existentes, es la pretensión de un individuo calculador con una multiplicidad de*

*valores, consciente del coste, del riesgo y de la ventaja y capaz de obtener deducciones significativas de actos simbólicos».*

La dificultad fundamental consistía en decidir qué objetivos eran lo suficientemente moderados para permitir llegar a un compromiso final, aunque lo suficientemente valiosos para incitar a la necesaria movilización y al riesgo que incluso la guerra limitada requería (Freedman).

A pesar de la moderación el resultado fue siempre frustrante y el estancamiento persistió; *«las guerras limitadas son sólo episodios de tensión e irritación crecientes y de incesante afán por conservar una posición política o por conseguir una ventaja política».* (James King, «Limited War», 1957).

En este entorno surge la Disuasión Graduada, término acuñado por L.Hart en el cual la propuesta principal era que el castigo debía corresponder al delito.

La posibilidad de una guerra nuclear se sentía remota, pero citaba Brodie *«mientras exista un riesgo tangible de guerra, hemos de interesarnos por el resultado».* El impacto que Pearl Harbour ha dejado en la cultura estratégica de los Estados Unidos ha provocados infinidad de estudios sobre vulnerabilidad, sorpresa, disuasión, represalia y guerra preventiva. Tres citas muy afortunadas captan la esencia de esta preocupación:

*«Disuadir al atacante implica estar en condiciones de golpear el segundo».* (Wohlstetter)

*«Una condición previa para la disuasión es una fuerza de represalia invulnerable».* (Kissinger)

*«La credibilidad descansa en la voluntad de aceptar la represalia del otro».* (H.Kahn)

A pesar de los temores, el criterio oficial era que el equilibrio se mantendría estable en un futuro previsible. Sin embargo, existía una preocupación por la dialéctica ofensiva-defensiva impulsada por la revolución tecnológica permanente. Kissinger reconocía en 1960 que un importante factor de inestabilidad era la propia cadencia del cambio tecnológico. Esa dialéctica creó un «temor recíproco a un ataque por sorpresa» (T. Schelling) . No obstante, la prima del ataque por sorpresa se reducía drásticamente si ambos bandos estaban seguros de que sus fuerzas sobrevivirían al primer ataque con la capacidad suficiente para infligir al adversario una represalia devastadora. En suma, la hegemonía de la ofensiva cedía el lugar preferente a la hegemonía de la disuasión. *«El arte del combate perdió su importancia cuando el objetivo se convirtió en disuadir»* (Freedman).

La esencia de la estrategia era que cualquier uso o amenaza de uso de ANs debía considerarse como un acto esencialmente político, reduciéndose la importancia de las consideraciones puramente militares. La situación se concebía como de empate, consagrándose una estrategia de conflicto estable. Esta situación favoreció la aparición de una literatura brillante y cautivadora sobre sistemas de conflicto, investigación operativo y teoría de juegos, concebida como un medio para reducir problemas estratégicos a una forma gestionable.

La estrategia del conflicto estable abrió los campos del control de armamentos y la negociación. En consecuencia, se introdujo una premisa básica, el antagonismo incompleto, esto es, las superpotencias no debían llevar sus diferencias ideológicas e intereses geopolíticos demasiado lejos.

La innovación tecnológica y la creación de una amplia gama de armamentos avivó el concepto de proporcionalidad, entendido como una fuerza militar suficiente para la agresión y el castigo correspondiente al crimen. A su vez, esta gama de opciones sugirió en H.Kahn la idea de escalada. Existía la posibilidad de competir en distintos niveles de violencia y Kahn representó gráficamente esta competencia en una escalera de 44 peldaños, el último correspondiente a la guerra espasmódica. El dominio de la escalada se definía como la capacidad de disfrutar de ventajas notables en una región dada de la escalera. La esencia del mensaje de Kahn era que patrones de comportamiento controlados y discriminatorios continuaban siendo válidos incluso durante el conflicto. La escalera no equivalía a una predicción sobre el desarrollo del conflicto, sino a un modo de reflexión sobre el mismo. Durante su curso, una asimetría podría darse si uno de los adversarios gozase de ventaja en un peldaño más alto o tuviera una actitud diferente ante el conflicto.

La gestión de McNamara a mediados de los 60 introdujo nuevos conceptos: destrucción asegurada, limitación de daños y respuesta flexible.

La destrucción asegurada la definía como una capacidad clara e inequívoca para infligir un grado de daños inaceptable, incluso tras haber sufrido un primer golpe sorpresa. Estos daños se cuantificaron de un 20 a un 33% de la población y un 50 a un 75% de la capacidad industrial para la Unión Soviética.

La limitación de daños la dio a entender en su conocida declaración de Ann Arbor en 1962:

*«Los objetivos militares principales... serían la destrucción de las fuerzas militares del enemigo, no de sus poblaciones... estamos*

*dando al posible adversario el mayor incentivo posible para que no destruya nuestras propias ciudades».*

El grado de mortandad quedaba reducido a un 10% de lo estimado contra ciudades.

La respuesta flexible consistía en presentar un conjunto de opciones creíble desde una defensa convencional hasta un ataque nuclear generalizado. En este sentido, la crisis de Cuba (1962) resultó concluyente.

*«La mejor estrategia era dejar que las circunstancias determinaran la elección de las armas y asegurarse de que existía un suministro amplio de todas las categorías importantes». (Kaufmann)*

La Destrucción Mutua Asegurada (MAD), que pesaba como una losa en las relaciones Este-Oeste, era en sí misma la antítesis de la estrategia. Dejaba de ser útil precisamente cuando la estrategia militar se suponía que debía empezar a aplicarse: al borde de la guerra. McNamara presentó la MAD como una realidad más que como una estrategia óptima. La destrucción de las ciudades nunca fue descartada.

Hacia 1971, y cuando el equilibrio del terror era más evidente que nunca, cuando los arsenales atómicos habían alcanzado cifras espectaculares, Kissinger trató de introducir un elemento de moderación, lo «suficiente».

*«En su sentido militar más estricto, significa fuerza suficiente para infligir un nivel de daño a un agresor potencial suficiente para disuadirle de atacar... En un sentido político más amplio, lo suficiente significa el mantenimiento de las fuerzas adecuadas para evitar que nosotros y nuestros Aliados podamos ser coaccionados»*

Este nivel de fuerzas se apoyaba en la triada estratégica heredada de la era Kennedy, esto es, los misiles intercontinentales (ICBMs), los misiles balísticos lanzados desde submarinos (SLBMs) y los bombarderos estratégicos.

Directamente imbricado a la suficiencia aparecía el concepto de «paridad». Estados Unidos disfrutaba de una ventaja en bombarderos y tecnología (desarrollo de ojivas múltiples y misiles crucero). La Unión Soviética disponía de un arsenal muy numeroso de ICBMs y misiles de alcance intermedio. Todos los criterios, también la capacidad antimisil (ABM), fueron considerados para fijar techos en los tratados sobre limitación de armamentos (SALT).

La paridad, la suficiencia, el conflicto estable no fueron unánimemente aceptados por los críticos nucleares. Las nuevas tecnologías, con las mejoras en movilidad, precisión y mando y control, deterioraron el consenso; sería posible retomar la guerra nuclear limitada evitando la MAD.

*«Las nuevas tecnologías permitirían realizar ataques precisos y discriminativos contra los objetivos militares, Industriales Y de transporte que constituyen el nervio y el músculo del gobierno que desencadena la guerra». (Fred Iklé)*

Panofsky, por el contrario, argumentaba: *«La situación de ser los adversarios rehenes uno del otro constituye un hecho objetivo perfectamente inelástico a todo cambio de la estrategia política».*

En este punto, Schlesinger citaba los cuatro requisitos para una disuasión nuclear creíble: capacidad de represalia, equivalencia esencial, variedad de opciones limitadas y gama y magnitud de capacidades para que todos perciban que somos iguales a nuestros competidores más fuertes.

Suficiencia estratégica, equivalencia esencial, opciones selectivas, incluso la propuesta de Carter de guerra limitada y prolongada (PD-59 de 1980), todos constituían variaciones de la estrategia flexible, diseñadas bien para la planificación militar o para el uso en caso de que la disuasión fracasase.

Sin embargo, a principios de los 80 la situación estaba cambiando. Se identificaron nuevos objetivos (la cultura política y estratégica soviética y sus dirigentes) y se argumentó sobre la superioridad estratégica, aunque autores como Kissinger se mostraron escépticos:

*«¿Cual es su significado político, militar y operativo a estos niveles de cifras?. Cada aumento de poder no representa necesariamente un aumento de fuerza política utilizable».*

Los más entusiastas, como Colin Gray escribían «Victory is possible», abriendo el camino a una estrategia donde se pusiera en entredicho el antagonismo incompleto, la aceptación de intereses geopolíticos e ideológicos ...

El libro recoge, con menor intensidad, el debate estratégico de las otras potencias y sus implicaciones en el debate estadounidense. Señalaremos aquí la línea argumental más significativa de cada una de ellas.

En el debate de la Unión Soviética destacaremos el cambio espectacular que se produjo a mediados de los 50. La doctrina stalinista estaba fundamentada en los «factores operativos permanentes», esto es, la fuerza de

la retaguardia, la moral del ejército, el número y calidad de las divisiones, el armamento del ejército y la capacidad organizativa de los mandos. El rasgo principal era el volumen y la cantidad. La sorpresa estratégica era un factor transitorio. El punto central de la estrategia era la batalla terrestre.

Las reformas vendrían de la mano del general Talensky (1953) y Sokolovsky (1962). La estrategia soviética se movió hacia la tecnología y la sorpresa. El ICBM surgió como el arma emblemática de la nueva estrategia. Se tenía la certeza de que era posible luchar y ganar una guerra nuclear. A la ventaja de los arsenales se sumaban otras no específicamente nucleares: los recursos humanos, el secreto y la convicción ideológica.

Mao definió en 1946 la bomba atómica como tigres de papel, con posibilidades muy inferiores a las ofrecidas por la guerra popular. Aun así, a mediados de los 60 desarrolló una modesta capacidad nuclear orientada hacia la Unión Soviética.

El Reino Unido descartó la posibilidad de un desarrollo independiente del arma nuclear y se sumó a los programas americanos. Los mismos estrategas nucleares británicos quedaron en inferioridad frente a la competencia técnica y los recursos desplegados por los norteamericanos y aceptaron, complacidos, formar parte del «segundo centro de decisión».

El debate en Francia fue mucho más rico. Gallois y la disuasión proporcional, Beaufre y la disuasión multipolar, Ailleret y la defensa «tous azimuts» sentaron los fundamentos teóricos de la política nuclear gaullista.

La OTAN, finalmente, aceptó los condicionantes nucleares norteamericanos. Los intentos para crear una fuerza nuclear independiente nunca fueron satisfechos:

*«En lo más profundo del pensamiento alemán, la FML (Fuerza Multilateral) se ha concebido y todavía se concibe como el equivalente alemán a la disuasión independiente británica y francesa».* (Alastair Buchan, 1964)

Como últimas consideraciones diré que rica, profunda e indispensable; así es la obra de Freedman para aquellos que deseen investigar la estrategia nuclear y especialmente el debate estratégico en los Estados Unidos. Un apéndice, que su final la presente obra entrevea, completaría el periodo de la Guerra Fría como tal.

En este apartado traeremos algunas reflexiones del autor sobre aspectos teóricos de la estrategia nuclear.

Freedman acepta la definición de L. Hart: «*Estrategia es el arte de distribuir y aplicar medios militares para alcanzar objetivos políticos*». Freedman reconoce que debido a la preocupación y a la fascinación por los nuevos medios (ANs), se han olvidados los fines para los que se podían usar. «*La estrategia se separó de la diplomacia y del análisis de Intereses, valores y motivos*».

Otro aspecto que el autor resalta es la confusión existente entre estrategia y táctica cuando del ámbito nuclear se trata. El AN, por su alcance y destrucción, era considerada como un arma estratégica. La estrategia se refiere a la relación general entre los medios militares y los fines de la política, mientras que la táctica se relaciona con la aplicación específica de los medios militares. Debemos ser cuidadosos con la denominación de armas nucleares tácticas, alcance estratégico, etc... que pueden resultar inexactos.

Otro punto interesante ha sido la convicción generalizada de que la tecnología era determinante en la estrategia, que la tecnología aportaba la principal fuente de inestabilidad y que todo progreso tecnológico se traducía en un adelanto correlativo en el arte de la estrategia. La misma tecnología nos ha conducido a un interés creciente y desorbitado por el aspecto cuantitativo y, de nuevo, de los medios.

Sin embargo, las percepciones, el valor intrínseco de la amenaza, las especulaciones sobre el comportamiento del contrario, la línea abierta de negociación y entendimiento, no han quedado oscurecidos por el impacto tecnológico.

Esta correlación de ideas: medios-fines-política-estrategia-táctica, tecnología-componente psicológico, conforman el fundamento profundo de la estrategia nuclear en el entorno de la Guerra Fría que, aun sin tener el protagonismo de antaño, continúa vigente como bagaje intelectual y herramienta de análisis en las relaciones internacionales y el estudio moderno de la conflictividad.

**WILLIAM H. MCNEILL**

**LA BÚSQUEDA DEL PODER: TECNOLOGÍA, FUERZAS ARMADAS Y  
SOCIEDAD DESDE EL 1000 D.C.**

---

**LA ACTIVIDAD MILITAR EN LA ENCRUCIJADA DE LAS  
TRANSFORMACIONES HISTÓRICAS**

POR JOSÉ M<sup>a</sup>. PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA

*MCNEILL, William H. The pursuit of power: Technology, armed force and society since A. D. 1000 (1982), University of Chicago Press. 1<sup>a</sup> Edición en español, octubre 1988, Siglo XXI de España editores, S.A., Madrid, 10 capítulos, 431 pag.s.*

William H. McNeill es profesor emérito de historia en la Universidad de Chicago. Este erudito norteamericano goza de gran prestigio en los ámbitos académicos. Hombres tan relevantes como Paul Kennedy lo citan con frecuencia y han incorporado a su pensamiento muchas de sus tesis. No se le puede considerar un estudioso del campo específico de la estrategia. No obstante, su labor académica le ha llevado a interesarse por el fenómeno de la violencia humana organizada. Sus obras anteriores a «La búsqueda del poder» suponen pasos de aproximación al estudio de la guerra. Así, en «The rise of the West: a history of the human community» (1963), que obtuvo el National Book Award, ya abordó la interacción entre tecnología militar y esquemas políticos. En su libro «Venice: the hinge of Europe, 1081 - 1797» (1974) analizó las relaciones entre comercio y actividad militar. En otra obra posterior «Plagas y pueblos» (1976) estudió el impacto de los microparásitos sobre el desarrollo de las poblaciones humanas. A lo largo de la obra «La búsqueda del poder» establece frecuentes paralelismos entre la acción de los microparásitos dentro del organismo humano y el de las organizaciones armadas dentro de las sociedades humanas.

En obras posteriores a «La búsqueda del poder» como «The great frontier: freedom and hierarchy in modern times» (1983) o «The global condition: conquerors, catastrophes and community» (1992) el autor continúa su reflexión sobre la importancia de la violencia humana y la actividad militar en la dimensión social y política del hombre.

«La búsqueda del poder. Tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1.000 d.C.» es una obra bien estructurada y minuciosamente explicada que permite a cualquier lector abordar un tema trascendental para la comprensión global de los mecanismos de la historia humana y dentro de ésta de la importancia del fenómeno de la guerra. Además es una obra imprescindible para todo estudioso de la historia militar que quiera tener una visión completa sobre la evolución de la capacidad de las sociedades para generar y sostener fuerzas armadas (estrategia genética).

El autor analiza las transformaciones que se producen en los siguientes parámetros y los complejos vínculos que se establecen entre estos: tecnología civil, capacidad de producción del armamento, métodos de adquisición de los recursos militares, modelos de organización militar y política, demografía, disponibilidad de recursos sobrantes, capacidad de transporte y desplazamiento, capacidad de innovación, adiestramiento de la fuerza y control político de los ejércitos. Son especialmente interesantes sus consideraciones sobre los aspectos psicológicos del hombre dedicado a la actividad militar y su repercusión en la actitud de innovación y cambio.

Para McNeill, las alteraciones en el armamento se parecen a mutaciones genéticas de microorganismos en el sentido de que pueden, cada cierto tiempo, abrir nuevas zonas geográficas de explotación o destruir antiguos límites mediante el ejercicio de la fuerza dentro de la propia sociedad que los cobija. No obstante, aunque el autor centra su atención en la dimensión material y económica de los procesos, así mismo reconoce:

*«que también las ideas influyen en los acontecimientos humanos y pueden a veces afectar decisivamente al equilibrio de fuerzas, hasta el punto de definir modelos humanos perdurables y fundamentales».*

Frente a la historiografía marxista que considera que la supremacía del mercado y del nexo pecuniario es una característica permanente de la sociedad humana, McNeill mantiene una tesis claramente diferenciada:

*«Podemos hacernos una idea más justa de la notable aventura europea en lo que respecta a la soberanía del mercado tanto en la administración militar como en otros tipos de administración reconociendo en ella una excéntrica desviación de la norma humana de comportamiento basado en el mandato: el tipo de comportamiento que prevaleció antiguamente y que se reafirmó con notable poder a partir de la década de 1880».*

La industrialización de la guerra nace con la introducción de la metalurgia del bronce en Mesopotamia hacia el año 3.500 a.C. La primera gran revo-

lución vino con el descubrimiento del hierro hacia el año 1.400 a.C., el metal se abarató enormemente y una gran parte de la población masculina pudo dotarse de eficaces armas y armaduras; en consecuencia el fenómeno bélico se expandió. Los reyes asirios fueron los que con mayor éxito practicaron el arte del gobierno burocrático de las fuerzas armadas en los primeros tiempos de la edad del hierro.

*«No parece exagerado sostener que los dispositivos administrativos fundamentales para el ejercicio del poder imperial, que siguieron siendo habituales en la mayoría del mundo civilizado hasta el siglo XIX d.C., fueron inequívocamente definidos por los asirios entre los años 935 y 612 a.C.».*

Antes del año 1000 d.C., la preponderancia de los sistemas de mandato para movilizar recursos humanos y materiales en empresas a gran escala nunca se puso en duda. Las relaciones de poder a través de las fronteras políticas tenían el mismo carácter, con la diferencia de que los intermediarios que se desplazaban a uno u otro lado de las líneas de jurisdicción podían buscar el beneficio material al margen de las estructuras de mandato político-militares. Pero semejante conducta tenía sus límites. Cualquiera que acumulase grandes riquezas se enfrentaba al problema de conservar lo que había ganado. Lograr una protección eficaz era sin duda muy costoso, tanto como para inhibir una acumulación a gran escala de capital privado.

Por lo tanto, el comercio y el comportamiento regulado por el mercado, aunque presentes desde épocas muy tempranas, siguieron siendo marginales y subordinadas en las sociedades civilizadas antes del año 1.000 d.C. La mayoría de la gente vivía sin responder en absoluto a los incentivos del mercado. Conseguir lo suficiente para comer era la principal tarea de la vida. Las costumbres y la rutina inmemorial servían de guía precisa en casi todas las circunstancias vitales. Cuando se producían cambios a gran escala en la conducta humana estos respondían la mayoría de las veces a los mandatos de algún superior social.

La comercialización de la guerra, seguida a su debido tiempo por su industrialización, sólo comenzó a tomar forma, en el sentido más significativo a partir del siglo XI. La transformación fue lenta al principio, y no adquirió una velocidad galopante hasta siglos muy recientes.

La nación que inicialmente lideró este proceso de múltiples transformaciones fue China. El 2º capítulo explica el proceso que permitió a la sociedad china por medio del mercado liberar las energías necesarias para desa-

rollar y después producir en cantidades significativas nuevas armas y medios de expansión militar. Sin embargo, los éxitos chinos en la fundición de hierro y en la navegación, que se anticiparon a los posteriores triunfos técnicos europeos, fueron absorbidos en la progresiva realidad imperial china. El comportamiento basado en el mercado y el ánimo privado de lucro sólo podía funcionar dentro de límites fijados por las autoridades políticas que desconfiaban de la autonomía de los empresarios privados; quién acumulaba una fortuna atraía la atención oficial.

La ideología oficial se veía reforzada por la psicología popular, ya que la mayoría de los chinos, influidos por el confucionismo, pensaban que toda acumulación inusual de riqueza privada merced al comercio o a la manufactura era profundamente inmoral.

A partir del capítulo 3º McNeill aborda al caso europeo. La expansión militar de la Cristiandad latina en el siglo XI fue acompañada de la expansión de la conducta basada en el mercado. La fusión entre el espíritu militar y el comercial, característica de los mercaderes europeos, tenía sus raíces en el pasado bárbaro. Los saqueadores y los traficantes vikingos eran antepasados directos de los mercaderes de los mares del Norte del siglo XI. Un buen pirata siempre tenía que redistribuir su botín comprando y vendiendo en algún sitio.

Como en China en la misma época, los lugares en los que el transporte y las comunicaciones eran extraordinariamente fáciles se pusieron a la cabeza de la actividad comercial. En tierras mediterráneas, el desarrollo comercial de Europa también resultó afectado por el hecho de que era fácil importar los conocimientos de sociedades adyacentes más desarrolladas. En primer lugar, esta configuración dio primacía a Italia. Un centro comercial secundario surgió en los Países Bajos, donde convergían los ríos navegables Rin, Mosa y Escalda.

Poco a poco se fue dedicando más tiempo y esfuerzo a la producción para la venta en el mercado, a veces a gran distancia. La especialización condujo a un incremento de la riqueza y alteró los equilibrios en favor de los mercaderes-capitalistas. Antes de finales del siglo XII, en los centros económicos más activos se comenzó a cuestionar la preeminencia de los caballeros y el liderazgo social basado en las relaciones rurales. Estos cambios sociales y económicos se vieron reforzados por un debilitamiento paralelo de la supremacía de los caballeros en la guerra.

La aparición de la ballesta en Europa dotó a los ejércitos de las ciudades de un eficaz arma ofensiva de sencillo manejo. El arte de la guerra se fue haciendo más complejo, el simple valor personal, reproducido en las familias de caballeros a lo largo de generaciones, ya no bastaba para ganar batallas o mantener el predominio social. Las ballestas y las picas tenían que ser completadas por la caballería para la protección de los flancos y la persecución de un enemigo ya derrotado. Alguien tenía que ser capaz de coordinar y adiestrar el conjunto.

En general, la complejidad del nuevo arte de la guerra reforzó el localismo en relación con unidades territoriales más antiguas, lo que llevó al hundimiento de la estructura imperial en el siglo XIII. La Cristiandad permaneció dividida en estructuras políticas locales divergentes, constantemente enfrentadas entre sí e infinitamente complicadas por las reclamaciones territoriales y jurisdiccionales supuestas. Esta situación política, a diferencia de las estructuras imperiales chinas, permitió que una notable fusión entre los comportamientos mercantiles y militares echara raíces y floreciera en los centros comerciales más activos de Europa occidental. La comercialización de la violencia organizada comenzó a destacar energicamente en el siglo XIV, cuando los ejércitos mercenarios se hicieron habituales en Italia. Después de ello, las fuerzas y las actitudes mercantiles comenzaron a afectar a la acción militar como rara vez antes lo habían hecho.

Los avances en la arquitectura naval dieron un gran impulso al comercio, al abrir nuevas rutas comerciales y aumentar la seguridad de los transportes aun en condiciones climáticas adversas.

Las mejoras en la artillería, que fueron posibles gracias a los progresos de la metalurgia, variaron drásticamente el panorama militar. La invención francesa y borgoñona de los cañones de asedio móviles hizo que las fortificaciones entonces existentes resultaran inútiles. Este factor dio la primacía militar a los nuevos estados incipientes que eran los únicos capaces de pagar los altos costes de estas armas. Primero Francia y después España dominaron las ciudades italianas y terminaron configurando un modo distinto de concebir la actividad militar. Los tercios españoles emergieron de las guerras italianas de (1499-1559) como las más formidables fuerzas armadas de Europa.

El cañón fue también el arma que dio a las marinas europeas una superioridad sin rival en todos los mares del mundo. Los cañones, barcos y ejércitos del siglo XVI necesitaban ser respaldados por una actividad econó-

mica, técnica y organizativa sin precedentes. En el mar, la mezcla de intereses militares y comerciales fue siempre estrecha. El valor estaba firmemente subordinado a las finanzas, puesto que antes de que el barco zarpara tenía que ser equipado con un surtido bastante complejo de pertrechos que solo podían conseguirse pagando en efectivo. En tierra, los gastos en que incurrían los ejércitos no eran menos reales, pero los suministros no se dividían tajantemente entre los costes de equipar diferentes unidades para distintas empresas.

En parte la dificultad radicaba en que a los hombres que tomaban la decisión de reclutar ejércitos y planear campañas no les gustaban en absoluto los cálculos pecuniarios. La guerra era cuestión de honor, prestigio y autoafirmación de heroísmo. El modelo tenía perfiles claros de un sistema de mandato y un Rey como Felipe II encajaba perfectamente con ese estilo de gobierno. Los motines de las tropas fueron el talón de Aquiles del modelo militar correspondiente, el desafortunado historial financiero del monarca la causa de dichos motines.

Para desgracia del principio de mandato, buena parte de lo que Felipe II necesitaba para sus ejércitos no se podía conseguir en la España peninsular. Era precisamente en aquellos lugares donde la voluntad del rey no era soberana donde se concentraba la actividad económica y la producción de armas. La iniciativa privada establecía sistemáticamente las empresas a gran escala allí donde los impuestos eran bajos. Así, en el siglo XVI, hasta las más poderosas estructuras de mandato europeas llegaron a depender del mercado internacional de dinero y crédito para la organización militar y otras empresas importantes.

No es de extrañar que el nuevo modelo militar emergente naciera en un país de comerciantes, que pagaba a sus tropas e infundía en sus ejércitos principios y procedimientos más en consonancia con el mundo del mercado. De ese modo, los holandeses introdujeron importantes mejoras en la administración y la rutina militar. Descubrieron en especial, que largas horas de instrucción no solo mejoraba la eficacia en el combate sino que además daba un notable *esprit de corps* a la tropa.

Durante los dos siguientes siglos los ejércitos y las marinas siguen evolucionando siguiendo las pautas de unas sociedades cada vez más mercantilizadas. Las décadas que precedieron a la revolución vieron en Francia un intenso debate sobre cuestiones militares que rompió las limitaciones que hasta entonces habían condicionado el volumen de la actividad militar e hizo posible los espectaculares logros militares de la era

napoleónica. Las mejoras en las carreteras de centroeuropa, los avances en cartografía, las órdenes escritas y la invención de la división abrieron la puerta al empleo de unos ejércitos masivos. El autor establece además una interesante relación entre las alteraciones causadas por las revoluciones francesa e industrial y el rápido crecimiento demográfico.

Gribeauval fue quizás la figura más interesante de aquellos años anteriores a la revolución. Introdujo el concepto de tecnología por encargo, que trataba deliberadamente de crear un nuevo sistema de armas que sobrepasase las posibilidades existentes.

*«Los artilleros franceses que respondieron con tanto éxito a las directrices de Gribeauval merecen ser considerados como los pioneros de la carrera tecnológica de armas actual».*

Desde mediados del siglo XIX los avances en el campo de la tecnología militar tanto naval como terrestre empiezan a acelerarse a un ritmo vertiginoso. Muchas de las innovaciones se produjeron llevando la tecnología militar al nivel de la ingeniería civil que se había adelantado en su evolución. Es además asombroso que como consecuencia de estos cambios incluso pequeños destacamentos de tropa, equipados al estilo europeo moderno, podían derrotar a Estados africanos y asiáticos con facilidad. Las potencias imperiales cayeron además en la cuenta de que las acciones armadas a lo largo de la periferia de sus respectivos imperios no les costaban casi nada. De este modo, se facilitó la dinámica imperialista que produjo entre los estados europeos grandes tensiones.

Así como la industrialización de la guerra puede ser fechada en la década de 1840, cuando los ferrocarriles y la producción en serie semiautomatizada, junto con los fusiles de retrocarga prusianos y los esfuerzos franceses por explotar el vapor en detrimento de la supremacía naval británica, comenzaron a transformar las instituciones militares preexistentes, así también es posible datar la intensificación de la interacción entre los sectores industrial y militar de la sociedad europea en la alarma naval que tuvo en Gran Bretaña en 1884. En el fondo estaba la cuestión de la difusión de las técnicas industriales de las islas británicas a otros países, medidas que las propias empresas privadas de armamento británicas tuvieron que tomar para seguir siendo competitivas y rentables económicamente.

El alarmismo británico encontró un excelente aliado en la campaña francesa de 1888 de construcción naval a gran escala. Se puso en marcha una verdadera carrera de armamentos naval que dinamizó extraordinariamente las múltiples relaciones e intereses que participaban en el proceso.

Lo que distinguió a la situación creada a partir de 1884 fue no tanto una novedad absoluta como el alcance la envergadura y las ramificaciones de la nueva versión naval de la tecnología por encargo. De hecho, durante los treinta años siguientes creció como un cáncer dentro de los tejidos de la economía de mercado mundial, que con anterioridad había parecido tanto inmortal como invencible.

McNeill considera que la necesidad de movilizar la totalidad de los esfuerzos nacionales durante las guerras mundiales marcaron un retorno a las economías y sociedades de mandato, poniendo fin a un experimento de mil años en la organización del esfuerzo humano a gran escala a través del mercado.

**EDUARDO MUNILLA LÓPEZ**

**INTRODUCCIÓN A LA ESTRATEGIA MILITAR ESPAÑOLA**

---

**UNA GENEROSA APORTACIÓN AL ESTUDIO DE LA ESTRATEGIA  
MILITAR ESPAÑOLA**

Por JOSÉ M<sup>a</sup>. ROMERO SERRANO

*Colección Adalid, Servicio de Publicaciones del EME,  
Madrid 1.984.*

Eduardo Munilla López puede ser presentado como un militar atento al entorno político-social donde transcurre su propia biografía. Vivió la guerra civil española como oficial y se orientó en los años de la postguerra al ejercicio del profesorado. Finalmente, siendo ya general de brigada, se centró en el análisis de los problemas internacionales que afectaban a la presencia española en el Africa Occidental Española. Poco antes de su muerte preparaba un texto (que ha quedado inédito) sobre las complejas vicisitudes de la llamada «marcha verde» del año 1.975.

El General Munilla inició sus trabajos sobre los estudios militares a mediados de los años 50, centrados inicialmente en aspectos tácticos y logísticos. Publicó en Ediciones Ejército «Pedagogía Militar: Las Academias Militares» (1954) y «Logística, Marchas y Estacionamientos» (1955). Posteriormente publicó varios artículos en foros especializados sobre Seguridad y Defensa. Siendo Coronel de artillería, diplomado de Estado Mayor, consiguió con la presente obra el premio «Adalid» 1.983 y despertó en muchos profesionales la afición por los estudios estratégicos.

La obra tiene fuerte componente didáctico y geográfico. Utiliza un estilo campechano, diríamos castizo, con uso extenso de dichos y refranes. Introduce muchos juicios de valor y una cierta exaltación de los español.

El libro aparece en un momento en que existía un interesante debate centrado en la estrategia y la seguridad occidental. Por otra parte, una reforma orgánica importante y una nueva legislación (L. 6/80 y 1/84) sobre la Defensa Nacional, incorporaba atractivos elementos al debate.

Los autores más citados por el General Munilla son los geógrafos Díaz de Villegas, Vila Valenti, el historiador Vincens Vives y los militares Beaufre y Galdón.

El libro consta de 241 páginas, dividido en dos partes: Conceptos Básicos y la Estrategia militar, sumando 10 capítulos en total.

Está recomendando para todos los profesionales militares como una primera y sencilla aproximación a la estrategia militar española, aunque focalizada en ese momento decisivo de la incorporación de España a la Defensa Occidental.

Sin temor a equivocarnos, podemos afirmar que el objetivo principal del libro es presentar diferentes opciones de seguridad para España (capítulo 9) y recomendar la que en opinión del autor era coherente con la tradición y las necesidades defensivas españolas de entonces.

El autor, a través de los capítulos 2 (Las relaciones de la estrategia) y 3 (Estrategia general), indaga en los conceptos teóricos en torno a la estrategia y, creo que con acierto, encuentra en la Seguridad el elemento aglutinante de las definiciones; y ésto tiene un innegable mérito cuando el término Defensa Nacional o Defensa rivalizaba en importancia en los círculos estratégicos.

*«Tres son los pilares fundamentales sobre los que se sustenta la Estrategia: la Política de Defensa, la Seguridad Nacional y la Defensa Nacional».*

Aunque de inmediato reconoce que la Defensa Nacional (DN) es la fórmula que se arbitra para garantizar la Seguridad Nacional (SN) y ésta, a su vez, es el objeto final de la Política de Defensa.

La SN la define como una situación de protección garantizada y, enfatiza, que *no parezca un sistema o dispositivo, más bien un criterio de acción*, realzando sin duda su carácter activo y dinámico.

La relación Política General-Política de Defensa y Política Militar, es explicada mediante una sugestiva (y ya conocida) figura de círculos concéntricos.

También la DN, definida en la Ley 6/80, es dividida en sus componentes civil, militar y económico.

Sobre las definiciones de Estrategia se inclina sobre la de Beaufre, «el arte de la dialéctica de las voluntades que emplean la fuerza para resolver el

conflicto». Dedicar, asimismo, unos breves comentarios a la Geografía Militar, a la Geoestrategia y a la Geopolítica, esta última como rama desgajada de la Geografía Política, aceptando una definición ratheliana de López Muniz. Afirma que la mesa estratégica se sostiene sobre la Geografía, la Ciencia Militar, la Política y la Economía, sin olvidar la Geopolítica. Finaliza diciendo que: «*En nuestro concepto, la Estrategia Militar de España, quiere decir tanto como Estudio estratégico de la Geografía Militar de España*».

Y este pensamiento y sus repercusiones estratégicas, sin duda restrictivas, van a acompañar el desarrollo conceptual del libro.

El capítulo de «Las características generales de España» (cap. 4) recoge ideas geográficas de nuestra posición que son aún hoy moneda común. Así, «las cuatro fachadas» peninsulares; o el puente que une o el foso que separa; su posición como centro de gravedad del mundo habitado; encrucijada estratégica. Y dentro del territorio peninsular cita la Meseta como *el núcleo primitivo y fundamental de todo el territorio*, aunque se lamenta de que *no exista una auténtica estrategia ibérica integrada, que tan importante resulta en el momento actual*.

De la clara compartimentación geográfica peninsular define lo que entiende como lo que han de ser los Teatros de Operaciones, tanto naturales como históricos, adoptando el criterio de Díaz de Villegas, esto es:

- a) Los fronterizos: el pirenaico y el confín con Portugal.
- b) Los periféricos: el cántabro-galaico, el levantino y el andaluz, y
- c) El interior de la región central.

En este punto, Munilla se mueve regido por un criterio terrestre y tradicional, herencia de los estudios militares del último siglo.

Después de un breve estudio de las características humanas, sociales y económicas de España deduce unas consideraciones estratégicas, destacando la necesidad de una potenciación de la industria y la investigación de Defensa, el estudio de la movilización y las reservas de guerra, sin duda pensando en una guerra convencional generalizada y duradera.

En el capítulo 5 «Síntesis histórica», último de esta primera parte, el autor establece tres grandes períodos en la historia española:

1. Las Invasiones, donde básicamente jugamos un papel pasivo.
2. La Expansión, período que comprende desde la Reconquista hasta el sXVIII, con rol activo, y
3. El Aislamiento, del que ahora empezamos a salir.

El período expansivo es fruto de la labor impulsora de tres grandes núcleos: el galaico-portugués, el catalano-aragonés y el castellano.

Identifica Portugal como el país más estable de Europa, caracterizado por un triángulo estratégico Azores-Madeira-Portugal continental con una marcada tendencia hacia el Lejano Oriente.

La tendencia mediterránea tuvo *el propósito de lograr adecuados «hinterland» con la creación de dos glacis defensivos: el terrestre, en el Rosellón, y el marítimo en Baleares. Después crearía las bases de penetración mediante lo que algunos han llamado la «diagonal insular» Baleares-Cerdeña-Sicilia... la citada diagonal se abriría frontalmente con la posesión de Nápoles y Malta. Todo este conjunto tendría un papel muy importante en el establecimiento de un sistema defensivo ante los avances del imperio otomano.*

La tendencia norteafricana alcanzó las plazas de Orán, Argel, Bugia y Trípoli y la sumisión de Tremecen y Túnez. El acceso occidental fue materializado con la conquista de Canarias.

Sin duda la más importante fue la tendencia americana, *el esfuerzo mas gigantesco de la ampliación del Ecumene que se conoce.* Citando a Vicens Vives, La Flota de Indias fue el elemento geopolítico básico del Imperio, prolongado hasta el Pacífico con la conquista de Filipinas.

La tendencia europea fue implantada por los primeros habsburgos.

En mi opinión, una bonita y breve lección de geopolítica.

España ha estado ausente de Europa desde 1815, y en clara situación de desventaja. *Por aquello de nuestra ubicación excepcional... sin pensar que las buenas posiciones geográficas, sin poseer la fuerza, pueden ser mas inconvenientes que ventajas.* Esa «razón histórica» (Ortega y Gasset), ha calado profundamente en la conciencia española, condicionando gravemente nuestra Política de Seguridad y nuestra futura estrategia.

En su segunda parte, el autor fiel a su condición geográfica, nos ilustra primero en el «Espacio estratégico español» (cap.6) y los «Espacios estratégicos exteriores» (cap.7), para pasar a una descripción de los distintos tipos de estrategia (cap.8), analizar «Las opciones de Seguridad de España» (cap.9), en mi opinión objeto del libro independientemente de su aspecto divulgativo y finalizar con un misceláneos de «Estrategia militar operativa» (cap.10), con unas interesantes consideraciones finales.

Las puntualizaciones iniciales sobre las características del espacio español resultan muy interesantes. La discontinuidad territorial, la propia división de la Península en dos Estados, la proyección del litoral levantino, los Pirineos, la importancia del Estrecho, el reducto central (la Meseta), la compartimentación periférica (peligro de balcanización), el eje estratégico Baleares-Estrecho-Canarias y la proyección atlántica.

Enfatiza el valor del eje estratégico como un colosal espetón que ensarta y que une a los distintos espacios terrestres que componen España. Es la falla estratégica que separa al norte el teatro europeo y deja al sur la inestabilidad africana. El otro espacio de interés es el pirenaico, definido como frontera-zona, que debe garantizar un glacis defensivo a vanguardia y diversas líneas de profundidad.

Los espacios marítimos y aéreos son tratados con una concepción terrestre. Aquél, relacionado con el límite del mar territorial y la Zona Económica Exclusiva (como una proyección de tierra firme). Éste, relacionado con la defensa aérea y el control del espacio aéreo de soberanía.

En los «Espacios estratégicos exteriores» evalúa sucintamente la situación del mundo actual y la relación con los países y zonas de nuestro entorno. Lo presenta como un panorama difícil y sombrío, con dos amenazas definidas provenientes del flanco sur y de la llanura centroeuropea. Desconfía de las intenciones del pacto de Varsovia, fortalecida con el despliegue de los SS-20, y nos trae la cita de Narciso Carreras: *Crean en la posibilidad de una guerra nuclear... y en su capacidad de salir victoriosos. Debido a su debilidad social y económica y su gran fortaleza militar, la hace más peligrosa, (un desequilibrio que el mismo Gorbachov reconocería).*

De sus razonamientos, se extrae que en una posible adhesión a la OTAN, España aportaría profundidad estratégica, capacidad de refuerzo (base logística) y una línea de resistencia (los Pirineos). Ahora bien, no todos los espacios españoles tendrían el mismo valor y podríamos hablar de una especialización:

- El área del Estrecho, en relación con la protección del flanco Sur.
- El frente pirenaico, con lo que se refiere a las acciones que puedan proceder de la gran llanura centro-europea.
- El chafalán Noroeste, en lo que atañe a la llegada de refuerzos y al apoyo logístico.
- Y los espacios insulares, en lo que afecta al control de las comunicaciones.

El capítulo 8 lo titula «España ante los distintos de estrategia» aunque tiene más un carácter descriptivo que analítico de cada una de ellas.

La Estrategia clásica o convencional es la preferida del estudio militar y la que esta más a nuestro alcance. *La guerra militar clásica se ha situado siempre en el marco de la guerra total*, cita Beaufre. Munilla especula y se muestra poco confiado en las tecnologías emergentes.

La Estrategia nuclear está nutrida de un valor psicológico y otro real o cuantitativo (la aritmética exterminadora). No duda que España sea objetivo de los proyectiles nucleares del PAV y somete a estudio la adquisición de armas nucleares por nuestro país.

La Estrategia psicológica ejerce su acción fundamental en el campo político. Su medio principal es la propaganda, que trata de influir en las opiniones, actitudes y conductas de determinados grupos sociales.

La Estrategia subversiva es la forma barata de estrategia, que requiere pocos medios, de duración considerable y que puede producir excelentes resultados. Muy utilizada por los países del PAV. Tiene en el terrorismo, la guerra de guerrillas, la huelga revolucionaria diferentes formas de acción. España tampoco está a salvo de su acción.

La Estrategia económica utiliza el factor crucial de comercio-mercados. El autor plasma una idea de gran actualidad hoy en día: la búsqueda de mercados sin ocupación física. Valora esta estrategia como sumamente peligrosa y complicada, válida tanto en tiempo de paz como de conflicto.

Finalmente, la Estrategia total, en la que reconoce que no existe acuerdo entre los diferentes autores. Unos la identifican como el estadio superior de la estrategia; otros la relacionan con la guerra total. De cualquier modo, las estrategias psicológicas y económicas siempre encuentran aquí un espacio para desarrollarse. Las otras tres tienen un cierto sentido excluyente.

Concluye que España debe hacer frente, en todo caso, con probabilidad a una estrategia de corte clásico, concurrente con la psicológica y la económica.

Y así, Munilla llega al planteamiento de las opciones de seguridad para España (cap. 10). Cita que las amenazas pueden ser bien particulares o bien las relacionadas con Europa Occidental. Geográficamente provenientes del norte, vigilante en los Pirineos o del sur, en la zona del Estrecho o por la inestabilidad norteafricana. A las dos anteriores hay que sumar la amenaza interior.

Una vez identificadas las amenaza, revista las opciones de seguridad: neutralidad, no alineación, la basada en pactos multilaterales, bilaterales o mixtos.

La Neutralidad puede ser armada, que califica de inviable, o desarmada, atrayente pero absurda.

La No Alineación es una postura aislacionista, en contra de nuestra indudable proyección universal.

La opción Multilateral (OTAN) es la única que permite el logro de una seguridad efectiva. Permite otras integraciones de tipo económico.

Los tratados bilaterales, en este momento con los Estados Unidos, Francia y Portugal, en caso de ser heteropotenciales producen una gran dependencia y son frágiles.

Sin decirlo con claridad, parece inclinarse hacia una opción Mixta, completando con acuerdo bilaterales en otras áreas (Magreb, Iberoamérica), la evidente necesidad de sumarse a la OTAN.

El autor finaliza con un capítulo no bien definido, en el que relaciona los principales órganos de la DN, incide en la importancia actual de la inteligencia y vislumbra un futuro prometedor para la estrategia operativa, recomendando las lecturas de Beaufre y Galdon. Sus últimas líneas, que seguidamente reproducimos, versan sobre nueve consideraciones finales con una muy apreciable capacidad prospectiva.

1. La bipolaridad europea subsiste en forma clara, y debemos estar de parte de aquellos a los que estamos ligados geográfica, política, cultura y económicamente.
2. España debe tratar de estar siempre unida a la Europa occidental, cuando menos dentro del concepto de la Defensa de Occidente.
3. Los aspectos de seguridad y los económicos cada vez están más interdependientes.
4. El fortalecimiento de los lazos de seguridad y la participación seria y formal en la CEE puede reforzar considerablemente la democracia de los países peninsulares.
5. Tanto Portugal como España deben fortalecer el todavía débil cordón umbilical que liga a Europa con Iberoamérica.
6. Las relaciones de Seguridad... no deben descuidar las relaciones con los países occidentales que así resulte conveniente.

7. Aunque es previsible que disminuya progresivamente el peso de los Estados Unidos en Europa, su presencia en el continente sigue siendo imprescindible.
8. España no debe descuidar sus amenazas particulares.
9. Europa y España deben reforzar su rearme espiritual y su Voluntad de Defensa por todos los medios. Nos va en ello la supervivencia.

Como comentario final se puede decir que la obra de Munilla es una amena y sencilla aproximación a la Estrategia Militar Española, con un fuerte componente geográfico y terrestre. Prueba de ello, concede a la Meseta *una función catalizadora de la Unidad de España*. Sin duda, influenciado por anteriores estudios sobre la Estrategia española, López Muniz, Díaz de Villegas, Martínez Campos..., otorga a la conservación del territorio un valor fundamental.

Así, el general Munilla combina, a lo largo del libro, dos elementos estratégicos: la singularidad de la Península Ibérica y nuestra decidida aportación a la OTAN, pero siempre entendida con un criterio introspectivo: España como base logística y la defensa a ultranza del territorio. Al mismo eje Baleares-Estrecho-Canarias le da un márchamo terrestre, como espejón que une territorios soberanos.

No se adivina en ningún caso, por otro lado difícil de predecir en este periodo de la Guerra Fría, la proyección estratégica.

Obra interesante, sin duda.

LUCIEN POIRIER

**LAS VOCES DE LA ESTRATEGIA**

---

**METAMORFOSIS DE LA ESTRATEGIA Y EPISTEMOLOGÍA DEL ARTE MILITAR**

Por JUAN A. TOLEDANO MANCHEÑO

*Poirier, Lucien, Les voix de la stratégie (1.985); Librairie Arthème Fayard, París, traducción realizada por José L. Tamayo Monedero y Juan Guerrero Roiz de la Parra; Colección Ediciones Ejército (1.987). El libro en español está constituido por diecinueve capítulos que conforman un volumen de 669 páginas.*

Especialista de renombre internacional, el General Lucien Poirier fue director de los proyectos de estudio que se realizaban en la Fundación para los Estudios de la Defensa Nacional. Ha publicado multitud de artículos en diversas revistas en su mayor parte tratando temas relativos a debates sobre la polemología, la estrategia y la política de defensa francesa. Es, igualmente, autor de obras de un gran interés en el campo del arte militar, entre las que cabría destacar: Ensayos de Estrategia Teórica y Estrategias Nucleares, que fue premiada con el Vauban en 1.978.

El autor de la presente obra ha realizado un estudio profundo y metódico de los cambios suscitados y desarrollados a lo largo de los últimos veinticinco siglos (aunque ponga un mayor énfasis en los eventos ocurridos en los tres siglos más cercanos al nuestro), basándose en el análisis de dos de los autores más prolíficos en el entorno del arte y la ciencia estratégicos como son Guibert y Jomini, sin dudar en ningún momento en hacer referencia a multitud de autores y obras, desde la más remota antigüedad hasta los tiempos del alumbramiento de la obra, para demostrar sus asertos (Maurice de Saxe, Antoine Augustin Cournot, Joly de Maizeroy, Baufre, etc.). Podría pues decirse que *Las voces de la estrategia* constituye un estudio dividido en tres partes a través de las cuales el autor va plasmando una serie de reflexiones, algo así como si pensara en voz alta, sobre el problema de la violencia colectiva, la resolución de los conflictos humanos, la esencia de la guerra como parte de la teoría de los conflictos, la actua-

ción estratégica y sus vinculaciones con la política, y la distinta percepción del problema según que la persona que lo acometa sea un teórico de la estrategia o alguien que ha de considerarla desde el punto de vista práctico.

*«Se acepte o se rechace, la guerra es la referencia constante del pensamiento político; la catástrofe entronizada, como un posible jamás improbable, en el horizonte de las decisiones de los que conducen la empresa político-estratégica, y hacia la que los dirigentes no cesan de ser atraídos por la fuerza misma de sus proyectos respecto al futuro disputado».*

No siempre es de fácil comprensión el complicado razonamiento de Poirier que, generalmente, se desenvuelve en el abstracto terreno de las ideas. Por ello, no puede considerarse este libro como una obra divulgadora de comprensión sencilla para los no iniciados en estas lides, sino, por el contrario, como un profundo tratado de filosofía de la estrategia que va dirigido a militares y políticos cultos, con una elevada base de conocimientos desde la que juzgar las aportaciones sumamente interesantes que nos ofrece el autor.

La primera parte del libro está dedicada a la Genealogía de la Estrategia Militar (acontecimientos que miden la curva de evolución y las transformaciones que afectan a las decisiones internas y externas de la estrategia). La genealogía de la estrategia no es un balance de las intervenciones de la colectividad en la historia, sino la puesta al día y la recapitulación de los procesos mentales de todos los que actuaron, de los actos del espíritu de los que estos testimonios no son más que el rescoldo visible. Si la genealogía es historia, es la de un deseo de actuar con lógica aplastante que, en cada situación de conflicto, trata de reducir el peso de las incertidumbres y del azar, de llegar a la última transformación del componente sociopolítico precisando, progresivamente, los enunciados de los problemas y las aseveraciones del saber acumulado. A partir de algunos interrogantes sobre los fundamentos de su arte, Poirier pretende mediante la genealogía llegar al conocimiento de cómo se constituyen y se transforman los modos de pensar del estratega.

Con la organización que el autor ha dado a la obra ha querido plasmar el hecho de que, tal y como apunta el título de esta reseña, la metamorfosis de la estrategia militar que ha producido la inversión de su relación con la guerra no consiste en un cambio radical de la realidad conflictiva, pues son la percepción, la lectura, el estudio, el análisis y la interpretación de

este hecho los que han cambiado con el fluir del tiempo. Pero no se había teorizado, hasta este momento, sobre los modos de acción virtuales, aquellos que están presentes en las decisiones de los estrategas prácticos sin estar plasmados en ningún manual ni documento: hasta la toma de conciencia de la sinrazón nuclear, el estratega militar no intervenía más que después del comienzo de las hostilidades. Su trabajo (el de los prácticos en oposición a los teóricos o teorizantes), productor de efectos específicos fuera de lo común, no comenzaba más que con la guerra declarada, al ceder la iniciativa al lenguaje diplomático el paso al lenguaje de las armas.

En la evolución de una parte importante de la estrategia, como es la de medios, tiene gran incidencia la consecuencia de la nueva revolución tecnológica producida por los fulgurantes progresos de la electrónica y de la informática integradas en los sistemas de armas. Esta evolución ha provocado el cambio, incluso, de los parámetros en que ha de fundamentarse la estrategia de las Fuerzas Armadas, cambiando de los factores predominantemente tácticos al predominio de las innovaciones que aportarán velocidad, letalidad y alcance (el único factor constante en el aspecto táctico-técnico es...la variación). Armarse para dar miedo, pero organizarse y defenderse contra el miedo es uno de los fundamentos que han sobrevivido al aplastante avance de los tiempos, quedando como uno de los principios de la metamorfosis de las fuerzas.

*«Buen consejero, el miedo obliga a dirigentes y ejecutantes a inventar modos de acción que reduzcan los riesgos. Las recientes metamorfosis de las fuerzas esbozan soluciones que sin duda tienen lagunas, pero son indicativas de una nueva bifurcación en el pensamiento político-estratégico: los dirigentes superpotentes comprenden que, bajo ciertas condiciones, la sublimación de la violencia puede actuar con un rendimiento político superior al del empleo efectivo de las fuerzas».*

Sin embargo, y es fiel reflejo de su pensamiento el testimonio escrito dejado por el autor, al igual que en nuestros días en los que se ha restablecido la importancia del binomio hombre-máquina que estaba decantándose día a día a favor de la importancia del arma y del menosprecio a la preparación del combatiente, debe tenerse en consideración que la energía humana, corporal y física, que es la más inmediata, sigue siendo fundamental: el combatiente individual no fue más que la primera transformación del binomio, elemento básico en todos los sistemas militares. Se han multiplicado las posibilidades de trabajo humanas por su integración en

sistemas cada vez más complejos, a lo que es preciso unir otro factor multiplicador de la energía humana: la aptitud de los individuos y de los grupos para renovar los armamentos, realizarlos y emplearlos. El genio militar, que no se manifiesta solamente en el arte de la guerra, sino también en la invención técnica y en la imaginación teórica, siempre fue uno de los primeros factores de la evolución estratégica. Puede destacarse que a lo largo de la historia ha bastado que una mutación afecte a uno de los elementos del «binomio» o del sistema estratégico, o a una relación entre sus factores, para que la memoria genealógica sugiera analogías entre los viejos problemas y los nuevos; para que el estratega practicante encuentre situaciones similares a las suyas en el espesor de la historia sedimentada y en las preocupaciones de lejanos predecesores.

Por encima de una evolución ensalzada por todos los autores posteriores al siglo XVIII, que servía de fundamento al desarrollo de nuevas estrategias, todas las estrategias militares, la guerrilla, el bloqueo, la guerra limitada o total, clásica o nuclear, las disuasiones nucleares y clásicas, todas las formas de la estrategia indirecta y de la guerra psicológica pueden presentarse aquí o allá. Ninguna es nunca improbable y algunas pueden ser concomitantes. Unas son nuevas, otras reaparecen y rejuvenecen con los procedimientos y los medios actuales.

A lo largo de las páginas que forman el libro, Poirier no duda en emplear el método de definición por comparación con otros entes menos conocidos o tan poco esclarecedores en sus términos como los propios adjetivos que acompañan y califican a la estrategia. Así pues amplía el concepto de logística en el campo de la estrategia de medios, al lado de la estrategia genética dedicada a la innovación técnica y a la invención de armamentos, para designar las operaciones requeridas por la evaluación cuantitativa de los sistemas, habida cuenta de los costes y los recursos disponibles, por su realización industrial y creación de la infraestructura necesaria, por su entretenimiento y renovación, etc.

La creación y la ejecución de las distintas estrategias quedan separadas, repetitivamente, a lo largo de los capítulos como si hubiera un empeño especial en considerar a un nivel más elevado a quienes se dedican a la concepción que a quienes aprenden e interpretan a través del estudio de los conflictos y de las obras de los teóricos. Sea práctico o teórico, el estratega trabaja para el futuro. El primero apunta a algo imaginario -el objetivo estratégico- proyectado sobre un horizonte más o menos lejano, que conduce el fin perseguido por el colectivo sociopolítico al que sirve, en el len-

guaje específico de la acción violenta, bien sea actual o virtual. La mente del estratega práctico en cualquier nivel que opere, es el lugar donde se cruzan sin cesar estas diversas dinámicas: es transformante y es transformada.

*«Las relaciones entre el teórico de la estrategia y el que la practica necesariamente son difíciles. Su evolución y sus razones se derivan de la genealogía: ésta se desarrolla por las interacciones entre el saber de uno y el poder del otro. El deber aísla al segundo del primero, aunque ninguna teoría puede concebirse si no está referida a la acción que la requiere y la justifica».*

Repite machaconamente y en vano que la imitación no es creación, que todo estratega teórico debe ser creador y que no se puede acabar durmiendo en sus laureles para ser despertado del confort de los estereotipos por un adversario, que habiendo entendido la lección y guardándose bien de deletrearla palabra por palabra, ha sabido transcribirla en su propio lenguaje. La imitación provoca el que constantemente se busque en los éxitos de prestigiosos vecinos razones para realizar una crítica aplicada a nuestro propio sistema y a los elementos de su puesta al día. A poco que en la potencia dominante, el progreso manifiesto de la estrategia vaya acompañado de una investigación científica y tecnológica avanzada y, más generalmente, de una intensa vida cultural y de una economía dinámica que favorezcan la aparición de un nuevo tipo de civilización, un efecto de irradiación se propaga por todo el entorno, contagiado por ósmosis.

La segunda parte de la obra es dedicada al análisis de la obra del Teniente General Charles Benoit de Guibert (1.743-1.790); con su construcción cerrada y su altivo rigor, la obra de Guibert es también la de un hombre que no quiere renegar de las singularidades de su época ni librarse de las duras exigencias de una búsqueda intelectual que adivina arriesgada cuando reina la estupidez más tiránica. Guibert es un desarraigado al que el azar hizo nacer en Montauban y al que el nomadismo militar no daría la satisfacción de la estabilidad. Nació soldado. A sus trece años no conocía otro hogar que el Infantería-Auvernia donde servía su padre. «La Bandera es mi campanario, el regimiento mi familia» no es metafórico para el adolescente que descubre el mundo recorriendo la Alemania de la guerra de los Siete Años.

En el desconcierto de una incesante confrontación de temas confusos y de supervivencias anacrónicas, el destino hace surgir a un hombre capaz de reconocer, formular y resolver sus contradicciones, le dota de una capaci-

dad de atención y de unas posibilidades mentales que le otorguen el privilegio de denunciar lo que resulta oscuro para la mayor parte; le concede el don de imaginar los desenlaces de situaciones inextricables, en las que los más clarividentes no saben deslindar lo que vivirá de lo que está condenado.

*«Levantó la voz contra la ignorancia de su tiempo y no fue escuchada. Este es el destino de casi todos los hombres geniales. Llegan a la verdad mucho tiempo antes que su siglo. Felices, todavía, cuando al borde de su tumba, tienen el consuelo de ver que alguien sigue tras sus huellas».*

En sus obras muestra una visión que se anticipa en cincuenta años a la de Clausewitz, articulando su marcha en torno a la relación fundamental entre política y guerra. En su tratado «Essai general de tactique» destaca (¡en aquellos años!) la necesidad de apoyar a la fuerza pública con otras fuerzas accesorias: ¿cuáles son estas fuerzas? La opinión pública, la «inteligencia» y las costumbres; sin su concurso, la fuerza pública no será suficiente y la libertad no será duradera. Por primera vez en la historia aparece en su plena acepción la expresión fuerzas morales: «Estas fuerzas morales son la opinión, la «inteligencia» y las costumbres públicas. Al analizarlas se ve que son tres géneros de fuerzas muy distintas; pero es preciso que el legislador las combine y las cambie sin cesar de sentido para aumentar la acción de una con la de la otra y para no hacer de ellas más que una sola y de una potencia mayor».

A partir de Guibert aparece la dicotomía entre táctica y gran táctica; la gran táctica a la que Guibert se referirá después como la «estrategia o táctica de los ejércitos», comprende lo que nosotros entendemos hoy por estrategia militar operativa, estrategia que está reservada en adelante a un orden de pensamiento y de acción más extenso. Guibert tiene necesidad de una categoría intermedia para sacar todo el partido posible de la continuidad de ejecución entre estrategia y táctica elemental; para facilitar la delimitación que debe existir entre la táctica practicante y la estrategia conceptual establece una serie de axiomas que contempla como imprescindibles a la hora de pergeñar cualquier estrategia en un futuro.

— Axioma de eficacia: Guibert asocia a la eficacia la noción del coste del conflicto; punto de anclaje de la problemática tratada por este autor, el axioma de eficacia -muy general puesto que asocia costes y resultados- gobierna la heurística teórica. En definitiva, los valores comparados de los daños materiales producidos por los antagonistas son lógicamente erigidos en patrón para medir la eficacia para el conjunto del duelo.

- Axioma de sencillez: la primera condición de una guerra eficaz es la sencillez en su concepción y en las operaciones militares. La sencillez no es condición suficiente, pero sí necesaria para su buena economía interna, así como para su concordancia con los fines políticos.
- Axioma de complementariedad: el análisis lógico dice que las funciones complementarias deben recogerse en la unidad de una táctica que asuma a ambas, porque son complementarias e igualmente necesarias. El pensamiento las pone de acuerdo, dado que las considera sucesivas en el tiempo.
- Axiomas de coherencia teórica y de continuidad práctica: el principio de complementariedad es un corolario del principio de eficacia. El fin estratégico global -la batalla decisiva- somete a la totalidad de las operaciones que a ella conducen a un principio de continuidad que determina a cada una entre ellas y su encadenamiento lógico.

Conforme a sus axiomas de eficacia y de continuidad, Guibert quiere que la entrada en campaña se efectúe con la mayor celeridad. Las operaciones no deben dilatarse -la guerra es onerosa («Ningún pueblo se ha beneficiado nunca de una guerra prolongada», Sun Tzu)- y la organización militar debe ser capaz de reducir al mínimo estricto el inevitable tiempo muerto que separa el tiempo de paz del tiempo de guerra. Más allá de las divergencias de opinión sobre la función estratégica de la batalla se percibe un desacuerdo más profundo que se acentuará más tarde y cristalizará en dos escuelas: la de la estrategia directa que busca la decisión por la vía rápida y radical de la guerra decisiva y, si es posible, de aniquilación, y la de la estrategia indirecta a la que repugnan las confrontaciones costosas y que especula sobre los efectos diferidos y acumulativos de acciones multiformes y más matizadas.

Concluye el libro de Poirier con una tercera parte dedicada a la valoración del pensamiento de Jomini y a la búsqueda e interpretación de sus discrepancias con Lucien Poirier. Nacido treinta y siete años después de *L'Essai Général de tactique*, de Guibert, asiste al triunfo de los vaticinios líricos del mismo; primero en Francia y luego contra ella (Napoleón dijo de él que «lo que deja atónito en el funcionamiento del cerebro del genio es que puede defender una postura y la contraria sin el menor embarazo, y sin que dudemos ni un instante de sus excelentes razones. Naturalmente, esto no tiene nada que ver con las palinodias de los aficionados a los que falta, precisamente, la visión de conjunto que permite dominar las posturas contrarias»). Observa cómo fue engendrado y cómo se afirma, en la idea y en la acción, el concepto de guerra absoluta; cómo una variedad estratégica, la

estrategia de aniquilación, alcanza el «status» ilegítimo de paradigma; cómo la idea sobre la guerra se organiza y cómo se propaga como metástasis en el cuerpo sociopolítico.

*«¡Se dice que el siglo no va! He aquí a un joven jefe de batallón, y además suizo, que nos enseña lo que mis profesores no me enseñaron nunca y muy pocos generales comprenden...¿Cómo Fouché ha dejado imprimir semejante libro? <referencia al Traité des grandes opérations militaires> Pues es enseñar todo mi sistema de guerra a mis enemigos; es preciso recoger este libro e impedir que se propague».* Comentario de Napoleón a Maret poco después de desarrollarse la batalla de Austerlitz.

Si teorías como las de Jomini han escapado al desgaste del tiempo, es, en primer lugar, por haber sabido tratar la complejidad del material estratégico seleccionando y reorganizando, en un razonamiento incompleto pero coherente, fragmentos del saber común y trivializado para ser entendible. ¿Quién era Antoine Henri Jomini tan importante como para excitar la atención de un Napoleón y tan insignificante en el mundo militar como para no hacer vacilar las ideas existentes? Había nacido en Payerne, en el cantón de Vaud, el 6 de marzo de 1.779, en el seno de una familia burguesa de origen italiano. Hacia los doce años de edad, dotado para el cálculo y para la geografía, atraído por las armas, se prepara para su admisión en la escuela militar del príncipe de Wurtemberg, en Montbéliard. Al ser transferida la escuela a Stuttgart, se abandona el proyecto. Al no poder comprar un puesto de cadete en el regimiento suizo de Vatteville, entonces al servicio de Francia, a causa de la Revolución, Jomini prepara una carrera comercial en Aarau.

Desde su entrada en política y estrategia, y según opinión de Poirier, Jomini se propone resolver las cuestiones que preocupan al filántropo tanto si éste es aprendiz como si es maestro: ¿qué puede hacer un hombre?, ¿qué puede hacer el hombre dedicado a las armas, que acepta la violencia de grupo, del Estado u otra, como un hecho insoslayable y constante de la vida de nuestra especie?. Jomini, al igual que Clausewitz, corrige la dicotomía demasiado radical entre los estados de derecho y natural: al denunciar los defectos de la violencia sin fin y sus orígenes, pone en evidencia la función determinante de una regla, capaz de plegar el estado natural a la ley, no escrita, de la naturaleza de todo sistema sociopolítico; ley que prohíbe la lucha a muerte entre sus elementos, salvo si se compromete su regulación, es decir, su supervivencia.

Jomini procura distinguir las responsabilidades políticas y las estratégicas. En la situación en que se desenvuelven los métodos de estudio de la época (y perfectamente aplicables en nuestros días), ninguna teoría parecía abarcar el todo de la empresa político-estratégica en un razonamiento, a la vez, descriptivo y normativo; capaz de hablar de una acción que tenga lugar simultáneamente, y no ya según una relación de la causalidad inteligible, en las dos dimensiones de lo político y de lo estratégico. Se puede deducir de una lectura detallada de las obras de este autor que solamente un mismo hecho conflictivo puede ser interpretado según estos dos lenguajes, a partir de dos puntos de observación de los que cada uno proporcionará una lectura pertinente, un sentido. El político da las razones de su aparición en el sistema de relaciones entre los dirigentes, las variaciones de situaciones conflictivas que provoca, sus efectos sobre los proyectos y los deseos de cada uno ante los demás, las modificaciones que introduce en la concepción y la conducción general de la empresa. El estratégico piensa y utiliza este hecho conflictivo como información que afecta a la acción empeñada, modificando los intercambios y conversiones energéticos en el seno de su propio sistema de ejecutantes y con los ejecutantes.

Como conclusión al presente comentario sobre la obra «Las voces de la Estrategia» puede añadirse el hecho de que sería recomendable una lectura detenida de todos y cada uno de los aspectos que en él son tocados ya que proporcionan un recorrido por la historia de algunos de los estrategas que más han incidido en el pensamiento actual, y que han provocado el nacimiento de un tan gran número de acólitos que han permitido el seguir trabajando con los conceptos definidos por pensadores teóricos y prácticos de una rama del arte militar tan conocida y aplicada como mal entendida e interpretada.

**PIERRE LACOSTE**

**ESTRATEGIAS NAVALES DEL PRESENTE**

---

**¿PARA QUÉ UNA MARINA DE GUERRA?**

Por F. JAVIER FRANCO SUANZES

*LACOSTE, Pierre. **Strategies Navales du Present** (1985). Ediciones C. LATTES. Edición en español, **Estrategias Navales del Presente** (1987). Colección «Ediciones Ejército».*

El Almirante francés Pierre Lacoste, nació el 25 de enero de 1924, ingresó en la Escuela Naval en 1940, y salió Alférez de Navío en 1942 como miembro de la promoción XVII. En mayo de 1943, durante la Segunda Guerra Mundial, se evadió de Francia, para integrarse en la Marina Nacional en Africa del norte a principios de 1944. Después de la guerra de Indochina, mandó diversos buques. Ejerció la dirección de la Escuela Superior de Guerra Naval y fue Jefe del Gabinete Militar de Raimond Barre, entonces Primer Ministro. En 1981, mandó la Escuadra del Mediterráneo y el 1 de septiembre de 1983 pasó a dirigir la D.G.S.E. hasta septiembre de 1985. El 5 de julio de 1989 fue elegido Director del Consejo de Administración y Presidente del Comité de Estudios de Defensa Nacional de la Revista «Defense Nationale».

En esta obra el autor trata de explicar el papel que desarrolla una marina de guerra y su aportación en la defensa de los intereses nacionales. Incorpora las lecciones aprendidas en el campo de la estrategia naval como consecuencia del estudio de las últimas contiendas y los cambios que se

originan derivados de las innovaciones de los sistemas y armas. No obstante, si el lector espera un texto de conceptos estratégicos comprobará que el Almirante hace extensas incursiones al mundo de la táctica, eso sí, con un tratamiento claro, entretenido y muy expresivo, en el que abundan los gráficos y viñetas explicativas. Este tratamiento fácil y sencillo del mundo naval hace el libro apto para cualquier tipo de lector, incluso para los no versados en estos temas.

Pierre Lacoste, toma como pensadores de referencia para su trabajo a Mahan, Mackinder, y Castex. De Mahan, destaca su análisis del grupo de factores que determinan la potencialidad marítima de una nación: una posición geográfica favorable, unos factores económicos propicios, y unos factores políticos que empujen a los dirigentes a desarrollar una política naval. De Mackinder, resalta la división que hace de la tierra en varios anillos, entre los que sobresale uno: «la zona continental», corazón de la tierra. En un mundo de espacios concéntricos, los océanos adquieren el papel bien de paso entre las zonas correspondientes o bien de foso infranqueable para las naciones que no disponen del dominio del mar. De Castex, destaca su teoría según la cual, en cualquier época, el conflicto va a enfrentar a la potencia continental dominante con la potencia marítima dominante. En las «zonas de contacto», que se encuentran sometidas a la doble influencia de la Zona Continental y la Marítima, las naciones basculan en sus políticas en uno u otro sentido.

Según el autor, el comportamiento de los países, va a quedar condicionado por su carácter marítimo o continental. Las potencias marítimas van a intentar mantener siempre el mismo objetivo estratégico que no es otro que el ejercicio de la libertad de los mares, por ello, su fuerza naval oceánica resultará determinante. La visión estratégica de la potencia continental es radicalmente diferente y su objetivo estratégico se dirige más hacia el ataque al tráfico marítimo y comercial que a destruir el grueso de las fuerzas navales del enemigo. Las estrategias de los países que se encuentran en la zona de contacto variarán según los condicionantes del momento.

Pero, ¿qué entiende Pierre Lacoste por Estrategia?. El Almirante define este concepto como: *El arte de tener en cuenta los datos de la situación del momento, y de utilizar mejor los medios de los que se dispone, para alcanzar los objetivos fijados.*

En su opinión, al político le corresponde determinar los objetivos y fines a alcanzar. Según esa concepción, el político se encuentra en un nivel jerárquico superior al del estratega, de alguna manera el primero se proyecta

en el futuro mientras que el segundo se mueve en el presente. Así la política naval debe: *Concebir y definir a medio y a largo plazo, los objetivos de la marina y los medios necesarios para alcanzarlos.*

Para Pierre Lacoste, la estrategia naval es *en primer lugar, y sobre todo, una estrategia operativa, es decir de empleo de las fuerzas existentes.* Esta estrategia, en la que intervendrán las fuerzas navales, tiene dos campos principales de actuación: la disuasión y la acción. Ambas estrategias aunque son muy distintas, e incluso a veces opuestas, son ante todo complementarias.

La *estrategia de la disuasión* es tan antigua como la misma humanidad, y en esencia consiste en hacer comprender al potencial agresor que los riesgos que corre ante un ataque son inaceptables frente a los beneficios que piensa obtener con el acto de agresión. Con la disuasión nuclear esos riesgos se ven elevados a la máxima categoría. Las armas ofensivas empleadas son las más potentes e incluyen tanto el explosivo nuclear, como los misiles balísticos y crucero.

En este campo es necesario hacer mención a la doble revolución, que como indica el Almirante, se ha producido en el terreno nuclear. La primera revolución, es la combinación arma nuclear y cohete balístico en su uso contra ciudades, lo que denomina: el arma absoluta.

La segunda revolución, va a ser el empleo de la energía atómica en la propulsión de los submarinos, que de esa manera navegarán sin depender del aire de la superficie, lo que les permitirá permanecer sumergidos por tiempo casi indefinido y de esta forma difícilmente detectados. Nace así un arma revolucionaria en el futuro de la guerra naval, el submarino con propulsión nuclear armado con misiles balísticos portadores de cabezas atómicas. Estos buques han *llegado a ser los más seguros garantes del equilibrio estratégico mundial gracias a su aptitud para escapar al riesgo de una destrucción preventiva.*

En la carrera nuclear, y a pesar del tratado ABM, las potencias nucleares han tratado de superar la amenaza del adversario mediante el diseño de misiles anti-balísticos, construidos específicamente para tratar de destruir los misiles nucleares en vuelo del adversario, lo que ciertamente resulta destabilizador. Por ello, para conseguir una verdadera y más estable disuasión, los sistemas móviles suponen una garantía, pues al no haber podido ser destruidos en el primer ataque, estarán en disposición de responder con «un segundo golpe», haciendo nuevamente inaceptable la

agresión. Es en ese segundo golpe donde intervienen los submarinos nucleares que ocultos en los océanos siempre estarán en disposición de contestar.

La *estrategia de la acción*, sobre una actitud menos dramática que la violencia nuclear, debe demostrar, sobre la base de la eficacia, la firme voluntad de defensa de los intereses nacionales, y de apoyar a la política general frente a las amenazas o las agresiones que provengan de la sociedad internacional. En definitiva y como dice Pierre Lacoste, es necesario mostrar la fuerza para no tener que servirse de ella.

¿Qué entiende el Almirante por eficacia?. En relación con las fuerzas navales los criterios de eficacia serían: disponer de *una flota equilibrada*, compuesta por un conjunto coherente de medios –superficie, submarinos, aéreos, costeros etc-; *una marina de alta mar*, lo que debe permitir a esos medios operar en mar abierto en todas las condiciones; *prioridad de las armas ofensivas*, se trataría de dar prioridad a la ofensiva sobre la defensiva, dada la actual «disimetría» favorable a las primeras sobre las segundas.

Sin embargo, las fuerzas navales con una actividad que no se constriñe sólo al tiempo de guerra, contribuyen además de manera fundamental en la conducción de la crisis. Para Pierre Lacoste *las marinas tienen también un importante cometido que jugar en las estrategias indirectas de tiempo de paz y todavía más en caso de crisis internacional*.

Las fuerzas navales en tiempo de paz tienen un importante cometido. El valor de la potencia naval se extiende más allá de las misiones bélicas y su influencia se alarga sobre áreas económicas, políticas, y culturales. Entre esos cometidos se encuentra la presencia no violenta, lo que se conoce como «mostrar el pabellón». Presencia, asimismo, en la realización de misiones similares a lo que sería una fuerza internacional para el mantenimiento del orden, con el derecho de realizar misiones de carácter policial. Además, presencia, con fines coercitivos y disuasorios.

Las fuerzas navales en tiempo de guerra proporcionan al que posee la fuerza militar suficiente, la garantía «del dominio del mar», es decir «la facultad de poder usar el mar en su provecho y de prohibir el uso a sus adversarios». Como indica el autor, esta garantía permite al beligerante el transporte marítimo de todo tipo de recursos humanos y materiales; la disponibilidad de realizar maniobras estratégicas, mediante la fijación de fuerzas en falsos ataques o bien mediante la apertura de nuevos frentes; la posibilidad de realizar el bloqueo del enemigo impidiendo sus refuerzos y aprovisionamiento.

El dominio del mar ha tenido especial incidencia en guerras de duración prolongada, siendo su influencia mucho menor en conflictos de corta duración. No obstante, se ha mostrado incapaz cuando se trataba de contener intensas y feroces ofensivas. Lo que sí se puede indicar, es que si bien el poder naval ha sido una «condición necesaria» para poder alcanzar la victoria, no ha sido una «condición suficiente».

*«Pues es en tierra donde se encuentran los grandes intereses, los territorios, las riquezas y las poblaciones que se disputan ambos adversarios; y es en tierra, a fin de cuentas, donde se dan las batallas decisivas».*

Y es esta razón, la que sin duda ha hecho olvidar a muchos pensadores la importancia de la estrategia naval como parte fundamental de la estrategia general, al polarizarse casi exclusivamente en el desarrollo de la terrestre, y relegar la estrategia naval a un mero apoyo logístico.

De la II Guerra Mundial, el Almirante extrae la importancia que cobran los medios aéreos en las operaciones navales, confirmando al portaaviones como el buque esencial –Capital Ship-. Esa primacía del portaaviones va a relegar al ostracismo al hasta entonces valor más sólido, el acorazado. El nuevo «rey del mar» iba a alterar el tradicional combate visual en otro diferente que se desarrolla a grandes distancias. Considera también la importancia del submarino, por el enorme desgaste que origina al beligerante que lo sufre, tanto por pérdidas directas como por el esfuerzo bélico –cinco veces el gasto del arma submarina- que comporta combatirlo. Destaca la nueva dimensión que cobran las operaciones anfibas con un esfuerzo logístico colosal. La necesidad de poseer el dominio del aire lo que exige incorporar la aviación a la fuerza naval. Según la opinión del autor, para mantener abiertas las líneas de tráfico marítimo es necesario tener superioridad aeronaval, lo que obliga en la alta mar a tener aviación embarcada. Por eso, tras analizar la guerra aeronaval en el Mediterráneo, Pierre Lacoste concluye que: *Sin el dominio del aire y el dominio del mar, no hay maniobra estratégica posible, ni éxito duradero para ejércitos empeñados lejos de sus bases.* Como última lección de este conflicto, el Almirante considera que las cualidades que debe poseer una fuerza naval son la potencia y el equilibrio, entendido este último concepto, como la disposición armónica de medios tanto ofensivos como defensivos.

De la guerra de las Malvinas, que el autor califica como «*el primer conflicto naval de la era electrónica*», extrae tres enseñanzas fundamentales:

- El submarino de ataque de propulsión nuclear ha sustituido al portaaviones como buque esencial. La sola presencia de una de estas unidades, puede forzar a toda una fuerza naval como la argentina, a permanecer en puerto ante los elevados riesgos a los que se expone.
- La guerra electrónica se ha convertido en un elemento capital al intervenir en múltiples áreas.
- La primacía de los medios de ataque sobre los medios defensivos y de protección. En el eterno duelo entre el cañón y la coraza, hoy se impone el primero debido a la eficacia de los misiles y otras armas de carácter «inteligente».

De otros conflictos posteriores extrae las siguientes enseñanzas: la capacidad de las marinas para realizar misiones por períodos prolongados sin el apoyo de las bases propias; el papel decisivo que juegan las fuerzas navales en situaciones de crisis y conflictos de baja intensidad; la importancia disuasiva de los submarinos nucleares ocultos en la inmensidad del océano.

Uno de los factores que analiza el Almirante, es el escenario estratégico en el que se van a desarrollar las acciones navales. Según él, ese escenario se encierra en cuatro dimensiones: la superficie, la submarina, la aérea, y la dimensión espacial. En ese marco de actuación intervienen además una gran variedad de móviles y de elementos que pueden entrar en colisión y mutua interferencia, lo que dificulta en gran medida el empleo de las modernas fuerzas navales.

El medio en que se desarrolla la estrategia es la alta mar o como lo denomina el Almirante y los marinos, *la superficie*. La alta mar tiene unas características estratégicas muy particulares porque carece de fronteras, no se invade, existe libertad de circulación y tránsito sin que la geografía condicione una ruta o derrota determinada, y sin embargo, en ese espacio debe entablarse el combate naval. En ese entorno, los buques tienen la gran ventaja de la permanencia y desde el punto de vista comercial, la rentabilidad en el transporte de los grandes tonelajes de mercancías. En otro tiempo, la posibilidad de detección de los buques en este gran espacio era muy baja, en nuestros días, los adelantos técnicos han propiciado un sustancial aumento de esa posibilidad.

La *dimensión submarina* se caracteriza por su inaccesibilidad. En efecto, en ese mundo el submarino permanece fuera del alcance de las ondas

radio, radar, infrarrojos o láser y sin embargo escucha y aprovecha las franjas infra y ultrasonoras del espectro de vibraciones acústicas, lo que le proporciona una extraordinaria ventaja táctica.

La gran aportación que introduce la nueva *dimensión aérea* es, en palabras de Pierre Lacoste, la de extender las posibilidades de acción de sus buques en dos aspectos: el de la observación aérea, y el del ataque a las fuerzas navales enemigas. Desde su aparición la aviación ha ido incrementando sus funciones hasta convertirse en un elemento fundamental e indisoluble de una fuerza naval.

La *dimensión espacial* aporta un marco incomparable para la exploración y vigilancia, con la ventaja de encontrarse libre de servidumbres jurídicas.

Estas cuatro dimensiones: la superficie, la aérea, la submarina y el espacio, conforman un gran tablero, donde la superficie, elemento privilegiado, actúa como zona de contacto y espacio de separación, donde se desarrollan y convergen la mayor parte de las acciones navales. Para el autor:

*«Todo el arte de la estrategia y de la táctica naval, reside en la facultad de saber operar simultáneamente en cuatro medios tan diversos, en saber mantener allí el equilibrio y realizar la conjugación de medios tan complejos, con el fin de oponerse victoriosamente a los propósitos del adversario».*

Pierre Lacoste dedica una de las partes del libro a estudiar los distintos combatientes que intervienen en ese complejo marco de cuatro dimensiones y lo hace según las cuatro funciones del combate: la movilidad, la vigilancia, el ataque o la defensa, y la coordinación. Divide a esos combatientes en cuatro grupos: grandes navíos de superficie, submarinos, portaaviones y aviación embarcada, y aviones de patrulla marítima.

Las distintas interacciones que pueden formarse entre los combatientes y las cuatro dimensiones analizadas permite al autor clasificar los combates en tres grandes apartados: combates en la mar y sobre la mar, guerra submarina y lucha antisubmarina, y las fuerzas del mar en el asalto a tierra.

En *los combates en la mar y sobre la mar*, la influencia de los avances tecnológicos, ha modificado las formas de combate. Las distancias se alargan, los tiempos de reacción disminuyen y la lucha se extiende al espectro electromagnético. El combate se convierte en reacciones automatizadas donde prima un buen adiestramiento. Para el éxito de estas operaciones será vital el disponer de medios aéreos.

En la *guerra submarina*, el autor sólo considera las acciones de los submarinos de ataque y excluye a los submarinos nucleares estratégicos al ser la disuasión su principal cometido. El Almirante valora el gran gasto que la mera presencia de submarinos obliga a realizar al adversario en misiones de protección. Considera que estas unidades disfrutaban de tres importantes ventajas: la discreción, la obtención de información adelantada, y la contundencia de sus ataques con misiles y torpedos. Por último, afirma su gran valor ofensivo, como se puso de manifiesto durante el conflicto de las Malvinas

En la *guerra antisubmarina*, el autor defiende, frente a los que la cuestionan, la protección del tráfico mercante mediante convoyes, pues los estudios matemáticos avalan que las pérdidas de mercancías son menores que en la navegación independiente. Para Pierre Lacoste, la defensa en profundidad es la mejor manera de combatir esta amenaza. En un futuro, es de prever que las armas ofensivas de los submarinos avancen más que la detección de los escoltas, lo que lleva al autor a considerar al sumergible como el mejor medio para combatir al submarino enemigo.

*Las fuerzas del mar en el asalto a tierra*, lo que conocemos como la proyección del poder naval sobre tierra, tiene dos formas de manifestarse: mediante los ataques sin invasión y las operaciones de desembarco. En la primera de esas manifestaciones se incluiría tanto los ataques sobre tierra de la aviación embarcada, como los ataques de artillería mediante los misiles balísticos y los misiles crucero. Con la aparición de los submarinos nucleares estratégicos nos encontramos, como opina Lacoste, ante la manera más inédita y eficaz de proyectar el poder naval. En la segunda manifestación, se contempla fundamentalmente las operaciones anfibas. Como es generalmente aceptado, el Almirante defiende la necesidad de la sorpresa, la superioridad local y especialmente la superioridad aérea, como requisitos para poder emprender con éxito una operación de esta envergadura.

En este asunto, la pregunta central del debate estratégico se situaría en cómo nos defendemos ante ese ataque. La respuesta tiene dos versiones bien distintas según se trate de la mentalidad continental, que intentaría defenderse a lo largo de la línea de costa —las antiguas fortificaciones—, o bien la marítima, que trataría de hacerlo basándose en los medios navales y aéreos.

Para confeccionar la marina del mañana es necesario efectuar un ejercicio de prospectiva. En este proceso deben intervenir los técnicos, los estrate-

gas y los políticos. Los primeros, oficiales de marina e ingenieros, deben prever las innovaciones tácticas y técnicas; los estrategas, deberán dibujarnos el futuro escenario estratégico; los políticos, tendrán que fijar los intereses que deben ser defendidos y determinar prioridades repartiendo los recursos.

Las *perspectivas tácticas y técnicas*, indican que todo «irá más fuerte, más rápido, más lejos, y con más seguridad». En la guerra de superficie, los misiles mejorarán sus prestaciones progresando paralelamente las armas antimisil y las defensas electrónicas. En la lucha antisubmarina, con el protagonismo del submarino nuclear, los avances en escucha pasiva adquirirán más relevancia. En la proyección del poder naval sobre tierra y ante la posible vulnerabilidad de los misiles balísticos, aparece con fuerza el misil crucero mucho más difícil de atacar. En el caso de las operaciones anfibia, el dominio de los espacios aéreos y marítimos, a mayores distancias, resultará como en épocas pasadas fundamental.

La adopción de materiales más modernos por uno de los bandos, podrá desequilibrar el balance de fuerzas en un sentido determinado, como puede suceder en el combate de misiles entre unidades de superficie. La contrapartida es los elevados costes que reducen la cantidad de material. Se establece así una correspondencia entre cantidad y calidad que es necesario estudiar y resolver.

De todos los análisis, Pierre Lacoste obtiene las mismas conclusiones que se derivaban del propio conflicto de las Malvinas: *el submarino nuclear de ataque es el nuevo «rey del mar»*, pues en las condiciones actuales es muy improbable que se llegue a controlar esta amenaza; *la guerra electrónica y las aplicaciones especiales se imponen*, esta implicación afectará a todos los ambientes y en todas las funciones del combate, así como a los diferentes niveles, desde el estratégico hasta el nivel táctico de la unidad más elemental; *la disimetría ataque-protección*, en la eterna lucha del cañón y la coraza esta última pierde terreno.

Las unidades de superficie, especialmente vulnerables a los ataques de los submarinos de propulsión nuclear, a los misiles, aviones, minas y otros buques, seguirán siendo esenciales en misiones donde la vulnerabilidad no resulte un requisito insuperable y donde el binomio eficacia coste resulte favorable.

En relación con *las perspectivas estratégicas*, y aunque el enfrentamiento bipolar ha desaparecido, interesa resaltar, desde la óptica de las disputas

entre la potencia marítima y la potencia continental, alguna de las opiniones prospectivas del autor. Para la OTAN, la libertad de los mares seguirá siendo un factor esencial tanto desde el punto de vista económico como estratégico. La estrategia naval americana se continúa definiendo en lo mismos términos «conservar el dominio del mar por la destrucción de las fuerzas navales del adversario». Por contraposición, la estrategia soviética seguirá con sus objetivos de «proteger el territorio contra los ataques venidos de la mar y atacar las vías de comunicación enemigas».

La protección de las líneas marítimas se convertirá en una necesidad imperiosa especialmente por las posibles acciones contra los grandes buques petroleros. En un futuro, los tradicionales convoyes se enfrentarán con una nueva amenaza, la nuclear, que podría obligar a aumentar su tamaño hasta límites inaceptables desde el punto de vista de la escolta. Además, esa amenaza obliga a descartar como seguras las zonas portuarias. Y es que sin duda, el hecho nuclear lo ha trastocado todo. Por ello, y gracias a la disuasión, no cabe esperar que se produzcan ataques entre las grandes potencias, ni en «los santuarios nacionales», ni sobre el tráfico marítimo. Así, cuando nos movemos en el terreno de la crisis o en conflictos de baja intensidad, el submarino nuclear se queda sin cometidos y el portaaviones vuelve a asumir el papel de «buque estrella».

Volviendo al conflicto y desde el punto de vista de la estrategia marítima los océanos adquieren especial relevancia al servir de refugio a los submarinos nucleares lanzamisiles. Esta capacidad de refugio cobra más trascendencia en una era en la que desde el espacio es posible la localización de cualquier objeto que se encuentre en él. Lógicamente, esos océanos también jugarán un papel importante en su función tradicional de «espacio de maniobra y vía de comunicación».

Como consecuencia de las nuevas formas de actuación, por temor a una escalada nuclear, las estrategias indirectas asumen pleno protagonismo. Para el autor, y en este entorno:

*«Las estrategias militares indirectas, que se traducen en acciones exteriores, están particularmente adaptadas a las posibilidades de las marinas de guerra y a las características del medio marino. La aptitud de las marinas de guerra para maniobrar en situaciones de crisis, resulta a la vez del carácter internacional del medio marino en el que operan las fuerzas navales y de la naturaleza de las actividades que en éste realizan».*

Las acciones navales admiten en esas situaciones una perfecta gradación, desde las meramente diplomáticas a las acciones amenazantes realizadas mediante maniobras o ejercicios. Y es que, como se indicaba anteriormente, la capacidad de desplegarse en un espacio internacional próximo a las zonas en conflicto sin «*violar fronteras*», ni arriesgar directamente «*la vida de las poblaciones civiles*» y el carácter tanto «*progresivo como reversible*» de la presencia naval, hace que las marinas puedan aportar un papel importante en la resolución de crisis.

La aparición de nuevas fuentes de riqueza en el mar, como el petróleo o los depósitos de nódulos metálicos, a añadir al tradicional recurso de la pesca, y la tendencia a aumentar el espacio marítimo de control de los recursos marinos, representan nuevos focos de litigios y confieren a las fuerzas navales un campo adicional de actuación en defensa de los intereses nacionales. Además, en muchos países, las marinas asumen misiones similares relacionadas con: la vigilancia de pesca, la policía de la navegación, la administración de asuntos marítimos, la hidrografía y oceanografía, la meteorología marítima o los faros y balizas.

Por todo lo indicado, las perspectivas de futuro de las marinas no se detienen, sino que experimentan un impulso renovado, pues como indica Pierre Lacoste citando al General De Gaulle:

*«La marina se encuentra ahora, y sin duda, por primera vez en la historia, en primer plano de la potencia guerrera de Francia, y esto será en el futuro, cada vez más, un poco más verdadero».*

**PAUL M. KENNEDY**

**AUGE Y CAIDA DE LAS GRANDES POTENCIAS**

---

**¿COMO Y PORQUE CAMBIA EL CENTRO DE GRAVEDAD DEL MUNDO?**

Por JOSÉ M<sup>a</sup>. PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA

*KENNEDY, Paul M. The Rise and Fall of the Great Powers (1987), Random House 1ª Edición en español, Globus Comunicación (1989), 8 capítulos, 838 pag.s.*

Paul M. Kennedy nació en 1945 en Wallsend-on-Tyne en el norte de Inglaterra. Se graduó en historia con gran distinción en la Universidad de Newcastle y se doctoró en Oxford. Después de ejercer la docencia en Inglaterra, en 1983 se trasladó a los EEUU. En la actualidad es catedrático de historia en la Universidad de Yale y está especializado en estrategia moderna y relaciones internacionales.

Paul Kennedy es sin lugar a duda uno de los pensadores estratégicos más leídos e influyentes de los EEUU. Su obra «Auge y caída de las grandes potencias», no solo le dio a conocer en todo el mundo, sino que fue una referencia obligada tanto para estudiosos de la materia como para profanos.

Los títulos de sus obras nos dan una idea clara de que se trata de un autor del realismo político que, al igual que Kissinger, interpreta la realidad internacional en términos de poder e interés nacional: «The Rise and Fall of British Naval Mastery» (1976), «The Rise of the Anglo-german Antagonism, 1860-1914» (1980), «The Realities behind Diplomacy» (1980) «Strategy and Diplomacy, 1860-1965» (1983).

En su última gran obra «Preparing for the Twenty-first Century» (1992) el autor cambió, no obstante, la perspectiva con que contemplaba la realidad internacional hacia un enfoque más interdependiente y prospectivo. En ese libro P. Kennedy abordó con agudeza intelectual y exhaustivo conocimiento del tema las nuevas fuerzas transnacionales con que han de enfrentarse los Estados durante las próximas décadas.

Su libro «Auge y caída de las grandes potencias» está escrito desde la perspectiva historicista de sus primeras obras y refleja una preocupación geopolítica esencial de los EEUU de finales del siglo XX: ¿Cómo evitar que los EEUU, al igual que todas las grandes potencias que le precedieron, terminen cediendo su posición de privilegio? Se puede establecer, por tanto, un cierto paralelismo con la famosa obra de Mahan «The influence of Sea Power upon History», en ésta se trataba de definir los pasos a dar para que los EEUU alcanzaran el rango de gran potencia; en la obra de Paul Kennedy se trata de conocer la línea estratégica a seguir para no dejar de serlo.

La obra no da por sabidas cuestiones básicas para un estudioso de la historia y la estrategia y, por ello, es de interés para un amplio sector de lectores, desde aquellos que se inician en el conocimiento de temas estratégicos hasta aquellos que precisan una información exhaustiva y un análisis profundo. Tal como el autor afirma en la primera frase de la introducción:

*Este libro se ocupa del poder nacional e internacional en el período «moderno», es decir, del posrenacimiento. Procura rastrear y explicar cómo han ascendido y caído las diversas grandes potencias, interrelacionadas, durante los cinco siglos que van desde la formación de las «nuevas monarquías» de Europa occidental hasta el inicio del sistema de Estados global y transoceánico».*

El estudio se centra en la interacción entre economía y estrategia a medida que los Estados punteros del sistema internacional luchaban por aumentar su riqueza y su poder, por llegar a ser (o por seguir siendo) ricos y fuertes. Por lo general el triunfo o colapso de cualquier gran potencia ha sido la consecuencia de prolongadas luchas de sus fuerzas armadas, pero también de la utilización más o menos eficiente de los recursos económicos productivos del Estado en tiempo de guerra. No obstante, como las relaciones de riqueza y poder militar de los distintos actores del escenario estratégico no permanecen constantes, es además esencial conocer la forma en que la economía de dichos Estados ha ido variando en relación con las otras naciones líderes durante las décadas de paz que precedieron a los períodos de lucha.

La obra de Paul Kennedy parte de una afirmación:

*«En el año 1500 para los habitantes de Europa no era en absoluto evidente que su continente estuviera destinado a dominar gran parte del resto de la Tierra».*

En el primer capítulo, «El ascenso del mundo occidental», el autor hace una interesante descripción de cada uno de los centros de poder de la época: La China de la dinastía Ming, el Imperio otomano y su retoño musulmán de la India, el Imperio mongol, Moscovia, el japonés Tokugawa y una serie de Estados de Europa occidental-central. Comparadas con las de las otras áreas de actividad cultural y económica, las debilidades relativas de Europa eran más evidentes que sus puntos fuertes.

En consonancia con las tesis de William McNiell, P. Kennedy considera que los imperios orientales, por imponentes y organizados que parecieran en relación con Europa, padecían las consecuencias de tener una autoridad centralizada que insistía en la uniformidad de creencias y prácticas, no sólo en lo relacionado con la religión oficial del Estado, sino también en lo relativo a aspectos tales como las actividades comerciales y el desarrollo de armamentos. En Europa las belicosas rivalidades entre sus varios reinos y ciudades-Estado estimularon una investigación constante de adelantos militares, que se relacionó de manera fructífera con los avances tecnológicos y comerciales.

El segundo capítulo «La puja por el dominio de los Habsburgo, 1519-1659» trata del intento por parte de uno de los centros de poder europeos de dominar el continente. Durante 140 años el bloque dinástico-religioso encabezado por los Habsburgos austríacos y españoles pareció amenazar con convertirse en el poder europeo hegemónico. Los otros Estados europeos importantes se opusieron a los designios estratégicos de los Habsburgos. Pese a los grandes recursos que estos monarcas poseían, se excedieron sin cesar en el transcurso de los repetidos conflictos, por lo que los esfuerzos militares llegaron a ser demasiado gravosos para su debilitada base económica.

*«Sencillamente, los habsburgos tenían demasiados quehaceres, demasiados enemigos a los que combatir, demasiados frentes que defender. La resolución de las tropas españolas en la batalla no podía compensar el hecho de que estas fuerzas tenían que ser dispersadas en guarniciones en el norte de Africa, en Sicilia e Italia y en el nuevo mundo así como en los Países Bajos».*

Las otras grandes potencias europeas también sufrieron mucho en estas guerras prolongadas, pero se las arreglaron mejor para mantener el equilibrio entre sus recursos materiales y su poder militar. La pugna, que fue adquiriendo una dimensión cada vez más generalizada, hay que entenderla además bajo la influencia de la reforma que fracturó la Cristiandad en dos y dio a la confrontación un carácter más intenso e ideológico.

*«Los otros Estados —Francia, Inglaterra, Suecia e incluso el Imperio otomano— disfrutaron de algunos períodos de paz y recuperación. El destino de los Habsburgo, y más especialmente de España, consistió en tener que salir de una lucha para volverse inmediatamente contra otro enemigo».*

Para el autor el bloque Habsburgo, con su extensa y compleja composición territorial proporciona uno de los mejores ejemplos históricos de excesiva extensión estratégica, pues el precio de poseer tantos territorios era la existencia de numerosos enemigos.

El tercer capítulo trata de las luchas que tuvieron lugar entre 1660 y 1815. En este complicado período, que no puede reducirse tan fácilmente a una contienda entre un gran bloque y sus muchos rivales, emergieron de modo insistente cinco grandes Estados: Francia, Gran Bretaña, Rusia, Austria y Prusia. Otras grandes potencias anteriores como España, los Países Bajos y Suecia pasaron a segunda fila. Fue una época en la que Francia, primero bajo Luis XIV y después bajo Napoleón, estuvo relativamente cerca de controlar Europa, pero sus esfuerzos siempre tropezaron, al menos en última instancia, con una combinación de las otras grandes potencias.

Como a principios del siglo XVIII el coste de los ejércitos regulares y las flotas nacionales había pasado a ser enormemente elevado, un país que pudiera crear un sistema avanzado de banca y crédito, como fue el caso de Gran Bretaña, disfrutaba de una gran ventaja sobre los rivales financieramente atrasados. El factor de su posición geográfica influyó también en el destino de las potencias. Tanto Gran Bretaña como Rusia mantenían la capacidad de intervenir en las luchas europeas, al tiempo que estaban geográficamente protegidas de ellas. Ambas pudieron expandirse por el mundo extraeuropeo e intervenir en las disputas de las demás potencias lo necesario para mantener el equilibrio continental.

La Revolución industrial, al iniciarse en Gran Bretaña en las últimas décadas del siglo XVIII, dio a este Estado los recursos necesarios para poder frenar la ambición napoleónica de dominar Europa, a la vez que potenció notablemente su capacidad para la colonización transatlántica. Las gue-

rras napoleónicas concluyeron situando a Gran Bretaña en una posición privilegiada tal como recoge el autor en cita del General prusiano Gneisenau:

*«Gran Bretaña no tiene que estar a nadie más agradecida que a ese rufián (Napoleón). Pues gracias a los sucesos provocados por él, la grandeza, prosperidad y riqueza de Inglaterra se han elevado a gran altura. Ella es dueña del mar y, ni en este dominio ni en el comercio mundial, tiene ahora un solo rival al que temer».*

En los tres siguientes capítulos P. Kennedy aborda la interrelación de la economía y la estrategia en la era industrial. A diferencia de lo ocurrido hasta 1815, en los siguientes cien años hubo una notable ausencia de prolongadas guerras de coalición. Dado que la mayor preocupación de las potencias reunidas en el Congreso de Viena era la estabilidad interna, no es de extrañar que el concierto de las potencias generase un equilibrio estratégico de paz y estabilidad.

La escena internacional favorable permitió al Imperio Británico alcanzar su máximo como gran potencia y obtener enormes beneficios de su monopolio virtual de la producción industrial a vapor, hasta que durante la segunda mitad del siglo XIX la industrialización fue extendiéndose hacia otras regiones. De este modo se empezó a romper el equilibrio internacional de poder, apartando a las naciones líderes más antiguas y cediendo el lugar a aquellos países que contaban tanto con los recursos como con la organización necesarios para explotar los medios más modernos de producción y tecnología.

La misma naturaleza de la guerra estaba cambiando, y las pocas grandes guerras de la época llevaron a la derrota a aquellas sociedades que no modernizaron sus sistemas militares y no disponían de la infraestructura industrial de amplia base necesaria para sostener unos ejércitos cada vez mayores y dotados de un armamento cada vez más caro y complejo.

A medida que se acercaba el siglo XX el ritmo de cambio tecnológico se fue acelerando con unos índices de crecimiento muy desiguales en unas áreas y otras. El sistema internacional en permanente evolución adquirió un carácter más inestable y complejo. Las ambiciones económicas, la preocupación por el prestigio nacional y el miedo a ser eclipsadas por las demás naciones llevó a los Estados a una frenética búsqueda de mayores dominios coloniales en Africa Asia y el Pacífico a partir de la década de



1880. El ambiente internacional propició un número creciente de carreras armamentísticas primero en el mar y luego en tierra, así como la creación de alianzas militares sólidas incluso en tiempos de paz.

Pero el cambio más significativo fue producido por el formidable crecimiento económico de las nuevas potencias no europeas: EEUU y Japón. Rusia, con su doble dimensión euro-asiática, gracias a su enorme tamaño y a pesar de la ineficacia del Estado zarista también estaba aumentando su peso específico. El sistema de poder mundial estaba dejando de ser esencialmente eurocéntrico.

*«Entre las naciones europeas occidentales, tal vez sólo Alemania tenía la potencia necesaria para abrirse paso en la selecta liga de los futuros poderes mundiales».*

La Primera Guerra Mundial, en un pulso de desgaste, puso a prueba la solidez de los Estados y el acierto de sus alianzas: Austria-Hungría desapareció, Rusia padeció una revolución, Alemania quedó derrotada y los vencedores Francia, Italia y hasta la propia Gran Bretaña habían sufrido demasiado para alcanzar la victoria. Los grandes beneficiados fueron Japón, que mejoró aún más su posición en el Pacífico y, por supuesto, los EEUU que tras la Gran Guerra se convirtieron en la primera potencia mundial.

Ahora bien, el repliegue norteamericano hacia posiciones aislacionistas en cuestiones internacionales después de 1919 y la posición de rechazo y aislamiento del régimen soviético configuraron un sistema internacional atípico donde el potencial económico no estaba en relación con la presencia internacional. Gran Bretaña y Francia seguían en el centro del escenario diplomático y en la década de los 30 su posición empezó a ser discutida por Japón, Italia y sobre todo Alemania.

*«Sin embargo, en un segundo plano los EEUU seguían siendo, de lejos, la nación industrial más poderosa del mundo, y la Rusia de Stalin estaba transformándose rápidamente en una superpotencia industrial. En consecuencia, el dilema de las potencias «medianas» revisionistas era que tenían que expandirse pronto si no querían quedar eclipsadas por los dos gigantes continentales».*

Francia y Gran Bretaña no podían enfrentarse a Japón y Alemania sin correr el riesgo de debilitarse. El enorme desequilibrio de recursos productivos impedía que las naciones del Eje pudieran imponerse a largo plazo. La Segunda Guerra Mundial confirmó las vulnerabilidades de las potencias de dimensiones menores frente a los dos colosos territoriales.

Los éxitos iniciales del Eje produjeron el declive francés y el debilitamiento irreparable de Gran Bretaña. El resultado final fue un mundo bipolarizado donde el equilibrio militar estaba de nuevo de acuerdo con la distribución global de recursos económicos.

En los dos últimos capítulos «Economía y Estrategia de hoy y mañana» el autor presenta la Guerra Fría como un modelo de sistema internacional totalmente distinto a los de los siglos anteriores. El papel de las dos potencias hegemónicas pareció reforzarse con la llegada y el posterior desarrollo de las armas nucleares. En el terreno militar ambas potencias mantuvieron un rango radicalmente superior al resto de los Estados hasta la década de los 80 (en que el libro fue escrito). Y de hecho, tanto los EEUU como la URSS interpretaban la dinámica estratégica en términos casi exclusivamente bipolares e incluso maniqueos. La consecuencia del bipolarismo irreconciliable fue una escalada armamentística continua que acentuaba las diferencias militares y los esfuerzos económicos de la defensa.

*«Y sin embargo el proceso de auge y caída de las grandes potencias -de diferencias en índices de crecimiento y cambio tecnológico que conducían a cambios en los equilibrios económicos mundiales, los cuales a su vez influían en los equilibrios político y militar- no habían cesado».*

Durante aquellas décadas los balances productivos globales se alteraron a un ritmo mayor que en épocas anteriores. La participación del Tercer Mundo en el producto industrial total y en el PNB se expandió de forma notable. La Comunidad Económica Europea se convirtió en la unidad comercial más grande del mundo. La República Popular China inició un proceso de crecimiento y desarrollo acelerado. El crecimiento económico de la posguerra en Japón fue tan destacado que a principios de los 80 había superado a Rusia en PNB total.

*«Por el contrario, los índices de crecimiento tanto rusos como estadounidenses se han ido retrasando y su participación en la producción y riqueza globales ha disminuido de manera espectacular desde la década de los 60.... Es evidente que ya existe un mundo multipolar otra vez, aunque sólo se midan los índices económicos».*

La opción estratégica que Paul Kennedy propone para los EEUU se hace evidente a lo largo de todo el libro; no obstante, él la plantea al final del último capítulo de la siguiente manera; los EEUU deben forzosamente someterse a las dos pruebas de que depende la longevidad de una pri-

mera potencia: **1)** Conservar en el ámbito militar-estratégico un equilibrio razonable entre las percibidas exigencias de la nación y los medios que posee para atender estos compromisos y **2)** como cuestión íntimamente relacionada con la anterior, librar a las bases tecnológicas y económicas de su poder de erosión relativa frente a las pautas siempre cambiantes de la producción mundial.

Esta prueba de la capacidad norteamericana será tanto más fuerte cuanto que, como la España imperial de 1600 o el Imperio británico de 1900, los EEUU han heredado toda una serie de compromisos estratégicos contraídos décadas antes cuando su parte en el PNB, la producción manufacturera, los gastos militares y el personal de las fuerzas armadas de todo el mundo era mucho mayor que en el momento de escribirse el libro.

**EDWARD N. LUTTWAK**

**ESTRATEGIA, LA LÓGICA DE GUERRA Y PAZ**

---

**LA PARADOJA Y LA ARMONÍA DE LA ESTRATEGIA**

Por JOSÉ M<sup>a</sup>. ROMERO SERRANO

*EDWARD N. LUTTWAK, STRATEGY, THE LOGIC OF WAR AND PEACE* Harvard University Press, Cambridge, 1987 (USA). *ESTRATEGIA, LA LÓGICA DE GUERRA Y PAZ*, Instituto de Publicaciones Navales. 1992, República Argentina.

E. Luttwak es un pensador moderno e influyente que ha conseguido crear un modelo sugestivo de estrategia y contrastarlo con los esquemas y acontecimientos históricos más conocidos. En este sentido, en uno de sus títulos más divulgados, «La gran estrategia del Imperio Romano» (1976), recrea los tres modelos estratégicos que hicieron que Roma triunfara en distintas épocas. Es muy citado por sus contemporáneos merced a términos que él mismo ha propuesto, como la *geoeconomía*, la *guerra post-heróica* o la *paradoja en la guerra*.

Luttwak justifica su interés por la estrategia en la primera línea del prefacio de la obra que nos ocupa:

*«Quizá porque he nacido en la disputada frontera de Transilvania durante la mayor y más siniestra de las guerras, la estrategia no sólo ha sido mi preocupación exclusiva, sino mi verdadera pasión».*

En efecto, el autor nació en Arad en 1942. Emigró a los Estados Unidos y se doctoró en filosofía en la Universidad de John Hopkins. Ha sido asesor en el Gabinete del Secretario de Defensa, del Consejo Nacional de Seguridad y del Departamento de Estado de los EE.UU. Profesor en las universidades de John Hopkins y Georgetown. Ha impartido lecciones en los principales centros militares de los EE.UU., así como en sus homólogos de Argentina, Canada, Bélgica, Francia, India, Israel, Italia, Japón, Países Bajos, Noruega, Taiwan y Reino Unido. En la actualidad, mantiene un despacho permanente en el Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos de Washington, del que fue director del programa de geoeconomía.

Sus obras se extienden desde el «Diccionario de la Guerra Moderna» (1971), pasando por «La gran estrategia de la Unión Soviética» (1983), hasta la más reciente de «Erase una vez el sueño americano» (1994). Es articulista habitual en la revista «Foreign Affairs», y su pensamiento se está convirtiendo en tema de estudio en los principales centros relacionados con la estrategia.

Luttwak precisa de inmediato su intención: *definir estrategia es el propósito de este libro*, y traza los rasgos principales de su obra que desarrollará a lo largo del tomo. *La lógica de la estrategia queda de manifiesto por los resultados de lo que se hace o se deja de hacer...Cada experiencia del conflicto es única, ...pero comienzan a emerger seductoras similitudes que configuran patrones cada vez mejor definidos*. Esta experiencia le sugiere el modelo que propone, argumentando que la lógica de la estrategia parece desarrollarse en dos dimensiones distintas: la «horizontal», del enfrentamiento entre adversarios, y la «vertical», de la interacción entre los diferentes niveles del conflicto, para, finalmente, alcanzar la confluencia de ambas dimensiones en el nivel superior de la gran estrategia, la de los resultados finales.

La obra está dividida en tres partes y tres apéndices menores. En la primera nos habla de «la lógica de la estrategia». La segunda versa sobre «Los niveles de la estrategia». La tercera, «Resultados: la gran estrategia». Los apéndices tratan sobre las definiciones de estrategia y unos comentarios sobre las fuerzas armadas en el enfrentamiento bipolar.

Es indudable que el autor quiere dar un cuerpo de teoría general para el entendimiento del fenómeno estratégico pero, a su vez, no puede escapar del momento que vive: del final, para él todavía desconocido, de la Guerra Fría.

La estrategia, como ya hemos sugerido, *abarca la conducta y las consecuencias de las relaciones humanas en el contexto de un conflicto armado real o posible*. Pero lo extraordinario de la estrategia es su carácter paradójico (*si vis pacem, para bellum*), que hace tan difícil su comprensión:

*«Todo el reino de la estrategia se halla inmerso en su propia lógica paradójica, que se opone a la lógica lineal común...hasta inducir la reunión y hasta la inversión de los opuestos».*

El pensamiento de Luttwak está impregnado conscientemente de la reflexión clausewitziana de la guerra. Cuando en su primera parte examina la naturaleza de la guerra y la idea rectora de la estrategia las referencias al pensador prusiano son constantes.

Así, reconoce que *la fricción es el medio fundamental en que se desarrolla la estrategia*. Ante esta realidad, podemos optar por una línea de mínima expectativa mediante la acción paradójica, incrementando el riesgo organizativo y favoreciendo, por otra parte, la sorpresa. Ésta, es más que un mero factor de ventaja; equivale al *soporte, aunque breve y parcial, de todo predicamento estratégico*. Esta orientación puede caracterizar el estilo nacional de hacer la guerra, como ocurre con Israel.

La otra opción es la que basándose en fuerzas superiores encuentra justificado menospreciar la sorpresa y rebaja al mínimo el riesgo de organización. Es el caso paradigmático de la postura de los aliados en los meses finales de la 2ª Guerra Mundial, donde *la lógica de la estrategia ya no importaba demasiado*.

Otro fenómeno interesante, y siempre dentro del conjunto, es la eficiencia y «el punto culminante del éxito», que da lugar a un proceso de culminación e inversión. Son varios los ejemplos ilustrados por el autor. En la lucha del torpedo autopropulsado contra el acorazado, situándonos en el cambio de siglo, apreciamos el ascenso por la curva del éxito del primero, que alcanza resonancia con las acciones brillantes de las lanchas torpederas japonesas en Puerto Arturo. Pero en ese momento, ya se había alcanzado el punto culminante de su éxito, y los acorazados, con los cañones de tiro rápido, los proyectores, las redes metálicas y la protección de los destructores, habían superado la doctrina que la *Jeune École* francesa trataba de imponer con la primacía del torpedero.

El ejemplo anterior nos plantea otro interesante debate: la posibilidad de que novedosas armas específicas puedan vencer a sistemas versátiles mucho más sofisticados y costosos. Tal es el ejemplo del misil y el portaa-

viones. Luttwak justifica el cómo para hacer frente a la amenaza, los grupos de portaaviones están tan preocupados en su auto protección contra ataques aéreos y submarinos, que sólo disponen de una fracción de su poder positivo original (en este caso de 34 aviones sobre 90), una vez asegurada su defensa.

Un último punto antes de adentrarnos en el edificio de los niveles, es lo que el autor denomina «fracaso del éxito» y la «conjunción de los opuestos». El caso más famoso puede ser Verdún (1916):

*«La masacre (420 mil muertos, dos tercios de los cuales eran franceses), estaba todavía en sus etapas iniciales cuando quedó claro que los fuertes podían ser abandonados ventajosamente...Pero ya era demasiado tarde; los fuertes se habían convertido en un símbolo más allá de toda disposición estratégica. En tales casos, la defensa exitosa persiste a un costo que puede emerger en futuros fracasos...El efecto Verdún estaba todavía presente en la fatal destrucción del ejército francés en la 2ª G.M.».*

La «conjunción de los opuestos» es un proceso de la lógica paradójica, que puede suscitarse en todos los niveles de la estrategia. En el campo operacional o de teatro, son bien conocidas las victorias relámpago de la *blitzkrieg*. Sin embargo, en el otoño de 1941, las fuerzas alemanas habían alcanzado su punto culminante de la victoria cuando Moscú distaba aún 100 kilómetros de sus líneas más avanzadas. Los soldados alemanes, agotados, estaban desmoralizados por su mismo triunfo, y obtuvieron como resultado final, el fracaso. Si en el momento crucial no opera un *cam-bio exógeno* en la situación, la lógica introducirá una autonegación que puede alcanzar el extremo de la inversión absoluta, anulando la victoria.

Aquí el autor advierte que si quien prevalece en la guerra es una coalición, su misma victoria la debilitará, al reavivarse las disputas suprimidas. Según la inexorable paradoja, una victoria total destruiría totalmente una coalición.

Considerando las dos dimensiones ya citadas de la estrategia, Luttwak nos describe, a lo largo de este apartado, los diferentes niveles verticales y lo que es más importante, cómo interactúan entre ellos.

En el nivel inferior sitúa el aspecto técnico de la estrategia. Narra el conocido proceso de la influencia de la innovación tecnológica en los niveles superiores. Normalmente, un arma innovadora produce efectos beneficiosos en los niveles táctico y operacional, tal es el caso del radar. Sin embargo, esta innovación puede ser abortada, como fue el caso de la

*mitrailleuse*, la ametralladora adoptada por el ejército francés en 1869, en vísperas de la guerra contra Prusia. Al comenzar la guerra, los artilleros franceses la emplearon como una pieza más, situada a retaguardia de las líneas de la infantería propia, fuera del alcance de sus blancos y vulnerable al fuego de contrabatería enemigo. Cuando pudo demostrar su valía como arma de primera línea, en la batalla de Gravelotte (18 de agosto de 1870) contra una penetración de la infantería prusiana causándole más de 20 mil bajas, nadie se apercibió del carácter decisivo que tendría en los años posteriores.

El siguiente nivel lo representa la táctica. Equivale, según el autor, a la dimensión humana del combate. En él juegan un papel primordial la conducción, la moral y la fortuna (sigue en la línea de Clausewitz).

Así como las armas interactúan a nivel técnico, y las fuerzas directamente enfrentadas combaten a nivel táctico, en el nivel operacional encontramos la pugna entre mentes dirigentes, que se expresa mediante métodos conceptuales de acción, (por ejemplo, blitzkrieg, defensa en profundidad,...). La demarcación entre táctico, operacional y estratégico requiere la presencia de cierta magnitud y variedad de medios; ambas, son condiciones necesarias pero no suficientes.

Si el nivel operacional debe poseer cierta sustancia propia, la acción tiene que ser mayor que la suma de sus partes tácticas, y eso depende del estilo de guerra,...del lugar que ocupe dentro del espectro de desgaste y maniobra.

Estos estilos son los ya esbozados anteriormente. La guerra de desgaste se emprende con métodos industriales. El enemigo es considerado como una mera disposición de blancos, y el éxito se obtiene por efecto acumulativo del poder de fuego superior y la gran disposición de material. Al otro lado del espectro se encuentra la «relation-maneuver» (maniobra proporcionada, en la que predomina la combinatoria, o «maniobra correlativa» en la traducción argentina), una acción apuntada a las especificidades del objetivo, y que en lugar de pretender su destrucción se trata de incapacitarlo por medio de la ruptura sistémica.

Mientras el desgaste es un proceso de naturaleza casi física que garantiza resultados proporcionales a la calidad y volumen del esfuerzo asignado...el resultado de la maniobra correlativa depende de la precisión con que se identifiquen las debilidades del enemigo, la sorpresa que se obtenga, y la velocidad y exactitud de la acción.

El costo y el riesgo, como resulta evidente, son inversos en ambos estilos.

Como cita el autor, los estilos nacionales no surgen de rasgos permanentes de los países, ni están confinados al nivel operacional. Incluso, pueden estar caracterizados por la diversidad. Así, por ejemplo, los Estados Unidos mantienen un método operacional para el ejército de maniobra correlativa (frente al enemigo soviético), mientras que la infantería de marina, la fuerza aérea y la armada prefieren una maniobra de desgaste.

Es aquí cuando Luttwak, al final del capítulo, hace una llamada de atención:

*«Ya no podemos continuar viendo solamente la dimensión horizontal de la estrategia como un mar encrespado en que las olas en opuestas direcciones de la lógica tienden a anularse entre sí. Tampoco podemos ver la estrategia como un edificio de múltiples pisos que ofrezca una verdad diferente en cada uno de ellos. Debemos adaptarnos mentalmente a la compleja combinación de ambas imágenes: los pisos ya no son sólidos, sino que se agitan a veces hasta irrumpir uno dentro de otro; asimismo, en la dinámica de la realidad del conflicto las interacciones de los niveles verticales se combinan y colisionan con la dimensión horizontal de la estrategia».*

El siguiente nivel se eleva a la estrategia de teatro, cuya lógica determina la relación entre poder militar y territorio. En teoría, debe ignorar el carácter político, económico y moral del mismo, pero las interacciones entre los niveles producen correcciones. Así, por ejemplo, el esquema de «defensa flexible», en Corea del Sur o Alemania, muy apto desde la óptica de la estrategia de teatro, se hace insostenible por el condicionamiento político, que impondrá forzosamente una estrategia adelantada.

En ocasiones, la estrategia de teatro es capaz de imponerse a las estrategias inferiores. En la Primera Guerra Mundial, la conjunción de los teléfonos de campaña, con los ferrocarriles y la motorización, hizo que la ventaja de la concentración defensiva desvaneciese los intentos tácticos y operacionales para romper el frente lineal del teatro occidental. Esta concepción desembocaría en la creación de la Línea Maginot, consecuencia de una compulsiva lógica lineal. Sin embargo, por la usual paradoja de la estrategia, la Línea Maginot fracasó en la defensa de Francia porque tuvo demasiado éxito, ya que disuadió al enemigo de cualquier intento para forzarla.

Atendiendo a esta consideración espacial, Luttwak niega que se pueda hablar de una estrategia propiamente naval, aérea o nuclear, a las que

denomina antiestrategias. Más bien, reconoce cierta autonomía a nivel técnico, táctico u operacional, y que incluso hay un determinado interés en promocionar determinadas políticas. Pero para que una estrategia pueda ser justificada como autónoma debe ser *decisiva por sí misma*, y este no es el caso de ninguna de ellas. Ni Mahan con el predominio del poder naval, ni Douhet con la victoria mediante el poder aéreo, ni el carácter absoluto del arma nuclear, confieren a estas antiestrategias el privilegio de ser definitivas. La necesidad de una política de equilibrios, las vulnerabilidades del medio aéreo y el carácter subversivo de la lucha, las inhibiciones y el temor a las represalias, han dinamitado sus aspiraciones absolutas.

La gran estrategia es el nivel concluyente, donde todo lo que ocurre en las dimensiones vertical y horizontal se reúne finalmente para adquirir un significado definitivo. Pocos son los países que participan en la política internacional y disponen de una gran estrategia propia bien elaborada. Es en este nivel donde se mueve la diplomacia, la propaganda, el engaño y la voluntad nacional.

Es en este apartado donde se define el término «disuasión armada», como el poder de los Estados que deriva de su fuerza militar. Tiene dos componentes de signo diverso: la «disuasión», como forma negativa, y la «persuasión», de signo positivo. La disuasión, a su vez, abre dos nuevas posibilidades; la negación, como defensa, como fuerza que impide una ocupación, y la represalia, como castigo. Con todos los defectos que la disuasión nuclear de represalia tiene, la negación, eminentemente no nuclear, puede provocar en el agresor la convicción, correcta o errónea, de que puede ganar. Por ello, argumenta el autor, por las desconcertantes incertidumbres de una y la desconfianza de la otra, la Alianza decidió a partir de 1967, combinar ambas.

Hasta ahora, hemos observado que no existe una armonía natural entre los niveles verticales de la estrategia. Veamos ahora las implicaciones de la desarmonía. En un ejemplo anterior, el caso de la *mitrailleuse*, ya pudimos apreciar lo que ocurría cuando la innovación tecnológica y el cambio organizativo marchaban a diferente ritmo.

El ejemplo de la actuación de Rommel en el Norte de África es muy clarificador. Aun siendo enorme su ventaja operacional sobre los británicos, no sobrepasó completamente el efecto condicionante de los factores espaciales a nivel de estrategia de teatro...Es evidente que nunca hubiera podido penetrar hasta el nivel de gran estrategia para lograr una victoria decisiva.

De nada sirven las victorias resonantes en los niveles verticales cuando se ha consumado el fracaso en la dimensión horizontal de la gran estrategia; y este es el caso de Hitler como estadista en la 2ª G.M. El Eje sólo podía beneficiarse del éxito exclusivamente militar cuando lo empleaba como sustituto del arte del estadista, como ocurrió con Polonia, Bélgica y Francia, obligándolas a abandonar la guerra y modificando de ese modo la situación en la dimensión horizontal. Por supuesto, la conquista total de la Unión Soviética hubiera compensado con creces el gran error de Hitler en su decisión.

También podemos considerar que los estadounidenses fracasaron en la dimensión horizontal de la gran estrategia durante la Guerra del Vietnam. Sin embargo, los norvietnamitas ganaron su guerra justamente en esa dimensión, mediante modestos triunfos en la dimensión vertical, explotados en la horizontal por propaganda y diplomacia guiadas por una buena inteligencia.

La ofensiva egipcia en la Guerra del Yon Kippur ilustra, como pocas, la búsqueda de la armonía en la estrategia. Conocedores del potencial israelí, los egipcios se procuraron el apoyo, en la dimensión horizontal, de los países árabes y de la diplomacia soviética, y se trazaron un objetivo limitado ante la esperada reacción norteamericana. Pero para hacer frente a los carros y los aviones israelíes idearon soluciones en la dimensión vertical. A nivel técnico, las armas contracarro y misiles antiaéreos; a nivel táctico, los equipos cazacarros; en el operacional, la combinación de unidades motorizadas y a pie, evitando el enfrentamiento de carros; en la estrategia de teatro, con la dispersión de puntos de paso que hacía poco rentable la interdicción aérea. En el ascenso de la curva del éxito, forzaron la fortuna de la guerra, actuando la paradoja hacia la unión de los opuestos.

En definitiva, aun sin estar en su ánimo dar definiciones, la brillantez de los conceptos de:

- La guerra, como el reino de la incertidumbre y la indefinición;
- La estrategia, el dominio de la ironía, la paradoja y la contradicción.
- La armonía que debe imperar entre los niveles de la estrategia y la dimensión horizontal en el nivel de la gran estrategia, la de los resultados finales.

constituye un legado sencillamente magnífico de este gran pensador.

**BARRY BUZAN**

**INTRODUCCIÓN A LOS ESTUDIOS ESTRATÉGICOS: TECNOLOGÍA  
MILITAR Y RELACIONES INTERNACIONALES**

---

**CONCEPTOS ESTRATÉGICOS. UNA VISIÓN PERSONAL**

Por F. JAVIER FRANCO SUANZES

*BUZAN, Barry. An Introduction to Strategic Studies: Military Technology and International Relations (1987). Publicado por THE MACMILLAN PRESS LTD. Edición en español, Introducción a los Estudios Estratégicos: Tecnología Militar y Relaciones Internacionales. Ediciones Ejército.*

Barry Buzan es profesor de Estudios Internacionales en la Universidad de Westminster, y jefe de proyectos del Instituto de Investigación para la Paz de Copenhage. Ha sido profesor de Estudios Internacionales en la Universidad de Warwick y miembro investigador en el Instituto de Relaciones Internacionales en la Universidad Británica de Columbia. Es autor o coautor de las siguientes obras: *Seabed Politics* (1976); *People States and Fear: the National Security Problem in International Relations* (1983); *South Asian Insecurity and the Great Powers* (1986); *The European Security Order Recast: Scenarios for the Post Cold War Era* (1990); *Neorealism to Structural Realism* (1992); *The Mind Map Book* (1993); y *Identity, Migration, and the New Security Agenda in Europe* (1993).

El objeto de la obra es exponer los conceptos básicos de los Estudios Estratégicos como ciencia que trata de los conflictos y que a su vez es

parte vital de una disciplina superior, las Relaciones Internacionales. Para Barry Buzan, resulta difícil delimitar los Estudios Estratégicos de las Relaciones Internacionales por sus connotaciones e implicaciones en ese área superior. Los conceptos fundamentales que contempla son: carrera de armamentos, proliferación nuclear, defensa, disuasión, control de armamentos y desarme. No incluye el autor otros conceptos relevantes como seguridad, guerra, paz, alianzas, terrorismo, y crisis que al apoyarse en la estructura política entrarían más en el ámbito de las Relaciones Internacionales, si bien, al tratar los anteriores se analizan con más o menos intensidad. Con ello se pone de manifiesto que una separación entre ambas disciplinas puede llegar a falsear el estudio, debido a la interdependencia que existe entre las citadas disciplinas.

El autor divide el libro en cuatro partes. En la primera analiza el papel de la tecnología militar, en la segunda nos introduce en la dinámica de los armamentos, en la tercera desarrolla la disuasión y en la última se detiene en los principales conceptos surgidos como respuesta a la tecnología nuclear.

En la primera parte, *tecnología militar y estrategia*, Barry Buzan comienza por exponer la relación que existe entre ellas. En tiempos pasados la evolución de la tecnología era muy lenta, por lo que los cambios apenas si tenían incidencia en la estrategia y las victorias militares. A partir de mediados del siglo XIX, con la Revolución Industrial se produce un continuo y rápido avance en el campo de la tecnología militar, que va a repercutir con «*continuas sacudidas*» en la estrategia militar. Como consecuencia de esa rapidez de avance, el autor considera que los conflictos futuros no tendrán mucho que ver con los presentes, por lo que la estrategia militar se va a ver envuelta en una permanente revisión.

Para Buzan, los aspectos sobre los que va incidir esa revolución tecnológica están íntimamente relacionados con el desarrollo de la tecnología del sector civil. El empleo de técnicas de doble uso en el campo de las comunicaciones, los móviles, o la inteligencia, resaltan el carácter unitario de la Revolución Industrial. Se puede así indicar, que toda sociedad industrializada mantiene también un potencial militar, gracias a los conocimientos, recursos materiales, humanos, y financieros, desarrollados. De ahí también, la dificultad de separar las aplicaciones civiles de la tecnología nuclear de su empleo para uso militar.

Resulta así apropiado unir la evolución del pensamiento estratégico con la evolución de la tecnología militar. Con la Revolución Francesa, comienza

la transformación de la guerra que con la movilización afecta a toda la nación. Los increíbles avances técnicos transforman el panorama estratégico y las doctrinas en vigor, impulsando a un primer plano los factores tecnológicos y modificando la concepción de la guerra. Así, con una increíble capacidad destructiva, los daños sufridos por los beligerantes harán inimaginable la concepción victoriosa de alguno de ellos. La guerra que ya no sirve a unos intereses económicos, va a destruir más riqueza que la que pueda arrebatarse al enemigo, su única justificación se encuentra en la misma garantía de la supervivencia nacional. En la II Guerra Mundial, los europeos confirmaron, aún sin el empleo del arma nuclear, la lección de la Gran Guerra que *«no sería posible una guerra entre las potencias europeas que no empobreciera física y políticamente a sus pueblos, llegando tal vez incluso a destruirlos»*. La aparición de la guerra atómica vino a ratificar la irracionalidad de la guerra, de manera que como dice el autor citando a Bernard Brodie:

*«Hasta ahora el fin del estamento militar era ganar guerras, de ahora en adelante será evitarlas. Casi no existe otro fin útil»*

El proceso de mejora tecnológica está relacionado con la difusión de esos conocimientos al nivel mundial. *«Difusión»* y *«mejora cualitativa»* son dos fenómenos que se realimentan mutuamente. Por un lado, la *difusión* impulsa la necesidad de mejora para intentar mantener la hegemonía militar, y por otro lado, la presión ejercida por los países compradores y la competencia de los productores, impide preservar por mucho tiempo esos avances tecnológicos.

Para Buzan, en el comercio de armas se establecen lazos entre la oferta y la demanda. Los intereses de la oferta, que representan los países productores, pueden ser políticos o económicos. Los países receptores demandan el derecho a esas tecnologías como garantía de su propia soberanía, lo que en definitiva establece lazos indisolubles entre comprador y vendedor y justifica la permanencia de ese comercio. No obstante, existen múltiples argumentos contra la difusión de esa tecnología: desproporción entre el gasto y las necesidades de seguridad; dominación de lo militar que puede llegar a asumir papeles al margen de los que le son propios; dependencia tecnológica de subordinación o incluso presiones e injerencia en los asuntos políticos internos del país receptor; imposición a esos países de una tecnología y organización que se adaptan más al productor que al comprador, provocando, eso sí, el temor y recelo en sus vecinos que lo consideran como una amenaza.

En la segunda parte, Buzan nos introduce en la dinámica de armamentos. Una de las manifestaciones de los avances de la tecnología militar es la *carrera de armamentos* que define, según el denominador común de distintos pensadores, como una manifestación de unas relaciones anormalmente intensas entre dos países, bien como consecuencia de una rivalidad política o por el temor al potencial militar del adversario, o ambas cosas a la vez. El problema que se le plantea al autor es como distinguir entre lo que serían unas relaciones normales, con unos presupuestos defensivos equilibrados, destinados a reponer o actualizar el material obsoleto, o bien esas relaciones anormalmente intensas, que pueden llegar a derivar en una *carrera de armamentos*.

Para estudiar esa carrera y los procesos, tanto internos como externos, que la potencian, el autor recurre a tres modelos: el primero, es el tradicional de *acción y reacción*, el segundo, es el que él denomina modelo de *estructura nacional*, y el tercero, al que dedica un tratamiento diferenciado, lo designa como *imperativo tecnológico*.

En el modelo de *acción/reacción*, la carrera de armamentos la impulsan factores externos. Los Estados refuerzan sus potenciales militares cuando se sienten amenazados o para alcanzar determinados objetivos políticos que requieren el uso de la fuerza. El rearme puede llevar a otros países a sentirse intimidados, lo que realimenta el proceso. Para el autor, el fenómeno también trabaja de manera inversa, cuando un país reduce su capacidad bélica puede inducir en los vecinos acciones similares. El problema puede venir de la confusión de seguridad con poder, y del equivoco de las apreciaciones, pues una acción encaminada a la autodefensa puede ser interpretada por el posible adversario, como un intento de modificar el «*statu quo*».

En el modelo de *estructura nacional*, que complementa al anterior, la carrera de armamentos la mueven factores internos. Sus defensores señalan que la dinámica de armamentos se ha institucionalizado, impulsada por las propias necesidades nacionales. Barry Buzan analiza el caso americano y llega a la conclusión que la institucionalización de la investigación y el desarrollo militar (I+D), tienen una importancia definitiva en el modelo de la *estructura nacional*. La necesidad de las superpotencias de mantenerse en vanguardia, obliga a crear y fomentar un sistema de I+D en permanencia. Paradójicamente, estos sistemas aumentan el nivel de gasto y complejidad al elevar al avance tecnológico, que a su vez convierte pronto en obsoletas las armas actuales, convirtiendo la dinámica de armamentos en un proceso de anticipación, continuo y realimentado. Este proceso goza

del respaldo de los gobiernos que apoyan a las industrias de defensa, lo que obliga a conservar las instalaciones y la capacidad de unos obreros especializados. Según Buzan:

«La existencia de una antigua rivalidad justifica la necesidad de mantener una I+D así como una capacidad de producción militar sustancial. El mantenimiento de esta capacidad requiere una producción de armas continua y un proceso institucionalizado de innovación tecnológica fomentada por el estado»

El tercer modelo, el *imperativo tecnológico*, es consecuencia de la revolución tecnológica. Este modelo, trata de diferenciar la evolución cualitativa de la técnica como un factor independiente de la dinámica de armamentos, que no se manifiesta plenamente en ninguno de los otros dos: *acción/reacción* y *estructura nacional*. Se trataría de distinguir lo que supone el ritmo normal de avance tecnológico, del establecimiento de una carrera cualitativa específica que a modo de desafío, destinase importantes recursos extraordinarios en la investigación y desarrollo de aspectos exclusivamente militares.

En la tercera parte, el autor desarrolla el concepto de la *disuasión*. Para explicarlo, comienza analizando la relación entre ésta y la *defensa*. En la definición de *disuasión*, el autor, se apoya en la distinción que hay entre las estrategias militares de la *represalia* y la *negación*. La primera, supone la aplicación de un escarnio al adversario en caso de agresión. La segunda, representa una resistencia directa al ataque sobre nuestros territorios o áreas de control. La aplicación de este concepto supone el empleo de medios y fuerzas para impedir el avance del enemigo.

Desde el punto de vista militar *negación* y *defensa* son conceptos similares. Para aquellos analistas que identifican como alternativas la *disuasión* y la *defensa*, están asimilando el concepto de *disuasión* al ya definido de *represalia*. Esta equiparación de términos, es desde el punto de vista del autor, cuestionable, puesto que:

«La esencia de la disuasión radica en la creación de amenazas militares que impidan a los demás actores realizar acciones de agresión».

Según lo dicho, la *disuasión* pretende evitar el ataque antes que tenga lugar, luego no hay que limitar esa «creación de amenazas militares» sólo a *represalias*. La existencia de una amenaza militar fuerte conduce, de forma inexorable, a la capacidad de *represalia* y *negación*, así pues el concepto de disuasión abarca ambos aspectos.

La II Guerra Mundial con su gran destrucción, evidenciaba que la opción bélica había dejado de ser racional para alcanzar objetivos políticos, salvo el de la propia supervivencia nacional. Esa nueva situación, casaba con la capacidad que empezaban a tener las armas nucleares de ser un instrumento para evitar la guerra, en un nuevo campo de acción, su uso como amenaza. El objetivo de la estrategia de la disuasión, se sitúa así en impedir que el adversario aplique la fuerza en vez de tratar de repeler un ataque ya iniciado. Toda esta orientación conduce a que la estrategia nuclear tenga un marcado carácter político, pues se centra más en el nivel de decisión que en aquél donde se decide la suerte de la batalla. En la Unión Soviética, con los militares dominando la estrategia de la disuasión, nunca consiguieron diferenciar la prevención de la guerra de la preparación para el combate, lo que les llevó a no considerar la disuasión como un concepto estratégico independiente.

Buzan, siguiendo lo establecido por Gray, define tres etapas en la evolución de la disuasión: la *Primera Oleada*, la *Era Dorada*, y la *Tercera Oleada*. En la época de la *Primera Oleada*, EEUU, aunque no dispone de muchas cabezas, posee el monopolio nuclear, con el que puede amenazar con un enorme potencial destructor a la URSS y disuadirla de cualquier intento de agresión.

Al inicio de la *Edad Dorada*, los soviéticos, aún dentro de una manifiesta inferioridad, se hacen con armamento nuclear. Con el equilibrio surge la teoría de la disuasión. Inicialmente la teoría americana de la «*represalia masiva*», pretende paliar, empleando su superioridad nuclear, la ventaja soviética en fuerzas convencionales en Europa y Asia. El incremento posterior que experimenta la URSS en su potencial nuclear y la mejora cualitativa, en especial con la aparición de los ICBM, modifica las condiciones existentes, al tener la Unión Soviética capacidad de asestar un golpe en el mismo territorio americano. Esta situación que determina la vulnerabilidad de los dos actores, obliga a proteger las fuerzas nucleares mediante enterramientos de los misiles en silos blindados y a ocultarla en despliegues submarinos. De esta manera, ambas potencias disponen de fuerzas seguras para contraatacar después del primer asalto, con lo que garantizan una respuesta brutal que lleve a la *destrucción mutua asegurada* (MAD). Aceptada la MAD por ambos países, y ante las pérdidas devastadoras que incluso el que lance el primer ataque puede recibir, se abren posibilidades de cooperación en el control de armamentos.

No obstante, los compromisos americanos van más allá de su propio territorio al adquirir obligaciones con la seguridad de sus aliados. Surge así el

problema de la *disuasión extendida* que compromete el territorio de los EEUU por la defensa de Europa. Dado que ni europeos ni americanos podían permitirse el garantizar la seguridad del viejo continente mediante el aumento de fuerzas convencionales, se hacía necesario preservarla con el paraguas nuclear. Esta situación era fácil y poco comprometida cuando EEUU disponía del monopolio nuclear. Al alcanzarse la paridad atómica y establecerse la lógica MAD, la situación podía llegar a romper la simetría que ha establecido esa filosofía. Al final, siempre quedaría la duda de si las grandes potencias se expondrían por lo que no son sus intereses vitales. Según Buzan, desde la aparición de la bipolaridad esta cuestión no se ha resuelto satisfactoriamente.

Aunque para algunos se trata de un «*factor de indecisión marginal*», para otros la situación es grave, y precisa de fuerzas y doctrinas adicionales. Para occidente no es admisible garantizar la seguridad incrementando las fuerzas convencionales sobre la base de la estrategia de la *negación*. Ésta se puede lograr más fácilmente y a menor coste mediante el empleo de armas nucleares tácticas. El resultado de ese debate condujo al concepto de «*respuesta flexible*», que ante un posible fallo de la disuasión, se apoya en la adopción de una serie de medidas convencionales y nucleares, con el objeto de evitar la agresión mediante la *negación*. En realidad se trataba de una medida ambigua que no se pronunciaba sobre la elección de los medios: nucleares o convencionales.

En la última época, la *Tercera Oleada*, la posición americana se fue apartando de la estrategia de la *represalia*, al tiempo que se acercaba a la disuasión mediante la *negación* por la amenaza del combate nuclear real. La lógica MAD continuó presente pero inmersa a su vez en estrategias de guerra nuclear limitada y para manifestar una posición de fuerza que disuadiera a los soviéticos de cualquier intento de ataque contra las fuerzas nucleares. Aunque tanto la doctrina americana y soviética habían sufrido una aproximación, las políticas relativas a la guerra nuclear limitada provocaron, el fracaso en las negociaciones de control de armas nucleares, arruinando las expectativas que en este sentido había levantado la lógica MAD. Otro aspecto característico, ha sido las mejoras tecnológicas que han favorecido la posibilidad de lanzar un primer ataque contra las fuerzas nucleares del adversario, lo que podría impedir su reacción con las fuerzas de represalia.

En estas circunstancias ¿cuál es el futuro de la disuasión?. Para Buzan, las nuevas tecnologías continuarán definiendo la estrategia a seguir, pero

si hay algo que va a modificar profundamente el panorama de la disuasión será la multipolaridad, que en un plazo relativamente corto, va a obligar a reconsiderar toda la estrategia nuclear.

En relación con el análisis de riesgos y posibilidades, Buzan analiza dos tipos de pensamientos: la escuela de la *sencillez* y la de la *dificultad*. El pensamiento de la escuela de la *sencillez* entiende que considerando los infinitos daños que el arma nuclear puede producir, no procede el análisis de los riesgos y posibilidades de su uso, por mínima que sea la posibilidad. Los seguidores de la escuela de la *dificultad* entienden que en los cálculos del agresor intervendrían no sólo el estudio de las ganancias y pérdidas sino también las posibilidades de que se produzca el ataque. De esta manera, aunque se asume que las pérdidas no van a compensar las ganancias, si la posibilidad del ataque es remota, se va a modificar la situación previa. Se puede sintetizar que los defensores de la *sencillez* basan su idea de la disuasión en la incertidumbre y su lógica es la *represalia*, mientras los que defienden la *dificultad* lo hacen en la casi certeza de respuesta, y su lógica es la *negación*.

En relación con la disuasión extendida, el autor considera que conseguida la MAD, entre dos países, si ambos tratan de ampliar los objetivos que queden al amparo de la disuasión, disminuye su credibilidad. Por ello y ante las dudas que se plantean, la mejor manera de garantizarla es mediante una capacidad de *negación* adecuada contra el disuadido. Ante todo es necesario aumentar la credibilidad de actuación, por lo que el disuasor deberá aportar nuevas medidas, en este caso, un amplio espectro nuclear que incremente la capacidad de intervenir. Todo lo anterior incluye a la disuasión extendida dentro de la esfera de la lógica de la *dificultad*, mediante el incremento de la credibilidad por el aumento de las posibilidades de la represalia.

Según Buzan, este proceso abre un amplio abanico de posibilidades lo que aumenta la credibilidad de un combate que en sus etapas inferiores incluiría el enfrentamiento convencional o la guerra nuclear limitada y que tendría como punto final y respaldando las etapas iniciales, el intercambio nuclear estratégico. De esta manera la disuasión extendida podría conducir a una escalada controlada.

Como ya se indicó, la lógica de la disuasión, se mueve desde la *sencillez* hasta la *dificultad*, de la misma manera, la política de la disuasión se puede establecer desde un mínimo a un máximo, hablando en términos de tipo y cantidad de fuerzas necesarias para su aplicación. La política de disuasión

*mínima* y *máxima* procederán respectivamente de la aplicación de la lógica de la *sencillez* y de la *dificultad*. La política de *disuasión mínima* se diferencia de la *máxima* en que, los adversarios no incrementan sus fuerzas nucleares para responder a los daños que la capacidad de destrucción asegurada del oponente puede infringir. Por otro lado, la política de disuasión máxima, no sólo procede de la lógica de infringir al enemigo un alto grado de daños, sino también, con un alto grado de probabilidad. Entre estas dos opciones existen todas las posturas intermedias que se quieran adoptar.

Ante la gran confusión que rodea la lógica de la disuasión, el concepto de la «disuasión existencial» ha aportado serenidad al debate, el autor cita a Jervis, para indicar que la disuasión existencial hace referencia al hecho que «*lo que hoy en día disuade es el temor que infunde el coste abrumador de tomar parte en un proceso de violencia a gran escala*».

En la cuarta parte, Barry Buzan analiza los medios militares como problema de seguridad. Tras la aparición del armamento nuclear estos medios han sido objeto de crítica por algunos al entender que crean más problemas de los que resuelven. En opinión del autor, el problema de los medios militares no puede afrontarse desde un punto de vista exclusivamente militar, como si se tratara de un problema independiente, pues mientras el sistema anárquico internacional continúe dividido en Estados soberanos e independientes, el poder seguirá siendo un factor determinante en sus relaciones, por lo que intervendrán los factores políticos.

Los países de la estructura internacional, celosos de su soberanía, impiden la formación de un gobierno mundial. Mientras continúe esa estructura, los Estados querrán seguir disponiendo de sus fuerzas armadas que les garantizan la seguridad en sus relaciones con otros Estados. Para el autor, no existen soluciones al problema de los medios militares, ya que éstos están determinados por estructuras políticas y tecnológicas fuertemente enraizadas.

La controversia que se plantea es si comenzar con los factores militares, o con los políticos, la disyuntiva no resulta fácil de resolver. Por un lado y en virtud de esa estructura internacional, algunos analistas sostienen que el problema de los medios militares es fundamentalmente político. Por otra parte, los que defienden que se trata de algo específicamente militar aducen que la carrera de armamentos genera temor entre los Estados, por lo que, mientras los arsenales se mantengan en niveles desproporcionados, no podrá establecerse una relación armónica, impidiendo la reconciliación política. Este doble razonamiento nos coloca en un callejón sin salida.

Afrontando el problema desde los factores militares, el autor analiza primero el *desarme*, para seguir con el *control de armamentos*, y la *defensa no provocativa*. Cada uno de esos factores militares los va a *estudiar* desde la lógica militar, económica y política.

El primero que examina, el desarme, lo estudia desde la lógica militar. La idea que subyace es que dado que las armas son las que crean el problema, lo mejor que podemos hacer es deshacernos de ellas. Para Barry Buzan, esta opción dispone de fuerte respaldo por diferentes motivos: el miedo que causa la guerra, el rechazo moral al empleo de la fuerza y sus instrumentos, la oposición a la militarización de la sociedad y el deseo por emplear el dinero invertido en esos recursos en fines de tipo social.

La lógica del desarme debe llegar a superar la dinámica de armamentos de la *estructura nacional*, pues en este sentido, el desarme no debe ir dirigido sólo sobre la medida «superficial» de la destrucción del material, sino también hacia la más profunda del desmantelamiento de las estructuras nacionales que institucionalizan esa dinámica. En cualquier caso, lo que no puede conseguir el desarme es librarnos del conocimiento y las tecnologías civiles, muchas de ellas de doble uso, de unas capacidades que posibilitan a los pueblos volver a armarse en un período relativamente corto de tiempo, por lo que sólo hemos conseguido retrasar el problema. Así pues la lógica del desarme hace agua en el aspecto del *imperativo tecnológico*.

En un mundo que no ha cambiado, las relaciones entre Estados, seguirán requiriendo del potencial militar para dirimir sus diferencias, sin esos medios, consecuencia del desarme, el equilibrio del poder quedará determinado, no por el potencial militar que es muy bajo o no existe, sino por el potencial de movilización. De esta manera el peligro militar, vendrá de tecnologías civiles capaces de ser utilizadas con fines militares, hemos pues, eliminado la amenaza inmediata, aunque no la guerra, a cambio hemos perdido los efectos de la disuasión.

El desarme analizado desde la lógica económica, se basa en que aquellos recursos que se destinan a fines militares pueden ser empleados para otras necesidades sociales. El análisis bajo la lógica política, resulta especialmente débil, pues para que sea posible, es necesario que la estructura anárquica internacional evolucione hacia relaciones más pacíficas, o bien en el sentido de favorecer la formación de un gobierno internacional.

El siguiente medio militar que analiza el autor es el control de armamentos. A diferencia del desarme, que avanza en sentido contrario a la dinámica armamentística, intenta dirigir esa dinámica para ponerle freno, y en vez de contradecir la lógica de la disuasión, trata de reducir las inestabilidades para facilitarla. Así, lo que intenta el control de armamentos es mantener el *statu quo* militar al nivel más bajo posible. Con el establecimiento de la estrategia de la *negación*, el apoyo político al control de armamentos desapareció, aunque como concepto continúe vigente. Según Buzan, el atractivo del control de armamentos se encuentra en que se sitúa por encima de las rivalidades políticas, además de permitir a los Estados mantener su potencial militar.

En relación con la lógica económica, el control de armamentos, al contrario que el desarme, apenas aporta beneficios. La lógica política es sin duda uno de los aspectos fuertes pues parte de admitir la situación creada por el sistema anárquico internacional, intentando trabajar desde dentro de las relaciones de los Estados soberanos. El control de armamentos que se inició de forma muy favorable, terminó en fracaso ante el error de relacionar la distensión con el control de armamentos. Como indica la filosofía soviética, el control de armas depende de la distensión y no al revés. Pero con esto volvemos al principio de la cuestión, al dilema de qué debe empezar primero. El control de armas al no resolver el círculo cerrado se bloqueó igual que le sucediera al desarme, aunque con la diferencia que en presencia de una situación de distensión la primera opción resultó positiva. Como inconvenientes, carece de atractivos políticos y no libera recursos económicos.

El tercer concepto para poner solución a los medios militares, es la *defensa no provocativa*, que trata de establecer la diferencia entre armas ofensivas y defensiva, pues son las primeras las que provocan el problema. La *defensa no provocativa* se sitúa entre el *control de armamentos*, al rechazar los medios militares ofensivos que este concepto acepta, y el *desarme*, al admitir los medios defensivos que ese otro concepto niega. Se podría interpretar como una «defensa defensiva». De esta forma, las capacidades militares quedan constreñidas al propio territorio y no suponen amenaza alguna.

Según la lógica militar, la base de la defensa no provocativa debe ser un conjunto de estrategias que involucren tanto a las fuerzas armadas como a la sociedad civil. Esta lógica actúa sobre el concepto de *acción/reacción* de la dinámica de armamentos, al disminuir el temor entre los potenciales

contendientes. En relación con la *estructura nacional*, la defensa no provocativa no aboga por su eliminación sino por su transformación, pues los Estados seguirán necesitando armamentos y fuerzas armadas. Tampoco intenta resistirse al *imperativo tecnológico*, como hace el desarme, sino reconducirlo hacia sus propios intereses tratando de mejorar la capacidad de su fuerza defensiva. Entre los inconvenientes hay que mencionar que en caso de fracaso, todo el daño que produzca el conflicto lo será en propio territorio, lo que podría atraer a un potencial enemigo con alta motivación, al tiempo que se disminuyen las opciones en la defensa. Además, las grandes potencias quedan aisladas en su participación y apoyo al orden internacional.

En lo económico, no hay ventaja alguna puesto que una defensa eficaz origina un gasto importante. Como en los otros casos, la lógica política está muy unida a la lógica militar, si bien, su relación no provoca tantas contradicciones; además, de los tres enfoques, la defensa no provocativa es el que tiene más posibilidades de romper con el dilema de si empezar primero por los factores políticos o por los militares. Este sistema comienza con los factores militares, sin asumir riesgos excesivos ni necesitar de una distensión previa. aunque requiere la existencia de un Estado estable y unido.

**MIGUEL ALONSO BAQUER**

**ESTRATEGIA PARA LA DEFENSA. LOS ELEMENTOS DE LA  
SITUACIÓN MILITAR EN ESPAÑA**

---

**UNA REALIDAD CÓSMICA, SOCIAL E HISTÓRICA DE  
LAS FUERZAS ARMADAS ESPAÑOLAS**

Por JUAN A. TOLEDANO MANCHEÑO

*ALONSO BAQUER, Miguel, Estrategia para la defensa. Los elementos de la situación militar en España (1.988); Instituto de Estudios Económicos, Grafinat S.A., Madrid. El libro está dividido en dieciséis capítulos que conforman un volumen de 280 páginas.*

Miguel Alonso Baquer, General de Brigada de Infantería, Diplomado de Estado Mayor, nació en 1.932. Es Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Complutense y Especialista en Sociología Política por el Instituto de Estudios Políticos de Madrid. Ha ejercido durante muchos años como profesor en la Escuela Superior del Ejército y en la Escuela de Estado Mayor. Es autor de un gran número de obras dentro del ámbito de la Historia Militar, de la Estrategia y de la ética, entre las que podrían destacarse: *Aportación militar a la cartografía española en el siglo XIX, El ejército en la sociedad española, El modelo español de pronunciamiento, Las preferencias estratégicas del militar español, La religiosidad y el combate y Testigos del misterio.* Ha publicado en las más selectas de las revistas especializadas numerosos ensayos sobre la función social de las instituciones militares tanto en España como en el extranjero y, dado su gran conoci-

miento sobre estos temas, es invitado a un sinnúmero de seminarios, mesas redondas y foros de discusión tanto a nivel nacional como internacional. Ha ocupado la Secretaría Permanente del Instituto Español de Estudios Estratégicos desde el año 1987 hasta diciembre de 1997.

En vista de los aspectos sombríos de nuestros días, desgraciadamente no se puede decir que vivamos en una época ilustrada y humana con una paz garantizada. La globalización, ese factor que parece emerger por encima de las tan importantes iniciativas nacionales en un pretérito cercano, ha provocado el que el pensamiento específico en campos tan particulares y propios como la seguridad de las Naciones haya sido en primer lugar imbricado y en último extremo sustituido por alianzas y pactos en los que la soberanía nacional deja un resquicio de duda en su acepción originaria de expresión única y exclusiva de la voluntad de cada pueblo.

*«Nos encontramos en una coyuntura internacional bastante consolidada como para que podamos soñar en la vuelta a situaciones anteriores. Se ha mundializado la economía, la escena diplomática se ha hecho tan amplia como el globo y el flujo de los servicios intercambiables se ha intensificado por todo el planeta. Estamos inmersos en el fenómeno general de la interdependencia de las naciones».*

A la hora de juzgar los hechos, el nombre desempeña un papel muy importante; de ahí que deba recibir un trato especial y profundamente meditado el término situación al que se alude en el título del libro. Podría definirse como *«el conjunto de las realidades cósmicas, sociales e históricas en cuyo seno ha de ejecutar un hombre o una sociedad (comunidad política de hombres libres) los actos de su existencia»*. Es pues la situación, si no el factor más importante en la elaboración de una estrategia, el que más puede delimitar el entorno del pensamiento de esta rama del arte militar, sin desestimar los otros dos pilares en que debe asentarse constantemente, como son la Doctrina y la Misión de los Ejércitos.

*«Creemos que el arte de la utilización de las situaciones, que llamamos estrategia, puede contribuir a debilitar la tensión haciendo jugar tres tipos de prevenciones: la prevención del factor sorpresa, la prevención del factor superioridad y la prevención del factor intriga».*

Los elementos particulares de la situación estratégica de España -*coyuntura internacional, momento militar y capacidad operativa*, a juicio del autor- tienen un ingrediente de fugacidad que falta en los elementos generales que gravitan sobre su posición. Sólo ellos tienen opción para dictar comportamientos. De la coyuntura internacional realmente atravesada, del

momento militar ciertamente vivido y de la capacidad operativa rigurosamente calibrada es de donde nace la confianza en la resolución del posible conflicto. Para nuestro país caben definir a título de base de asentamiento de las ideas estratégicas que han de concebir el marco de actuación de nuestros ejércitos, cuatro diagonales indicativas del posible punto de aplicación del esfuerzo bélico: a) Barcelona-Génova; b) Cartagena-Argel; c) Cádiz-Canarias y d) El Ferrol-Londres, las cuales cumplen una función sugerente -europea, mediterránea, española o atlántica- para las previsiones de proyección de poder.

Muchos son los puntos de vista que pueden adoptarse a la hora del estudio de la situación de las Fuerzas Armadas en los momentos tan «sensibles» en que fue escrita la obra, sin embargo, el adoptado por el autor se atiene rigurosamente a una perspectiva profesional algo más amplia de lo que las Ordenanzas llaman razón de ser de las Fuerzas Armadas -definiendo la misión de nuestros ejércitos, la defensa militar de España-, pero no tan omnicomprendensiva como la que sugieren algunos pensadores que emplean la trascendencia con el filo de sus plumas. Será un punto, desde la crítica humilde y constructiva de quien escribe, acertado por ubicar el pensamiento en el entorno de la observación escenográfica, ubicando nuestro pensamiento en un punto del espacio exterior desde el que puede obtenerse una concepción global y completa de la cuestión tratada, dejando la posición egocéntrica del observador táctico, que sería poco aceptable en un estudio estratégico que se precie.

El punto de partida de toda la reflexión que se lleva a cabo en el recorrido por las páginas de la obra que se comenta no es otro que el de las preferencias hispanas. La opción española en función de la que se venía operando, en la época de aparición de la obra, desde la década de los sesenta ofrecía, o puede decirse ofrece por su acertada visión prospectiva, unas posibilidades reales de operar a las Fuerzas Armadas Españolas necesariamente inscritas en los siguientes tres órdenes de preferencias:

- Preferencia a favor de la moderación sobre la escalada a la hora de comprometer fines y medios,
- Preferencia a favor de la fijación de la finalidad de los esfuerzos de la defensa en una línea que deje a salvo la autonomía de España,
- Preferencia a favor, únicamente por razones prácticas, de la inmediata disponibilidad, en caso de conflicto bélico, del sector profesional sobre la movilización de masas.

La estrategia general, la política de defensa y la estrategia operativa para la defensa de España que en este libro se toman en consideración se atienen, como una regla de conducta para el autor, rígidamente a estas tres limitaciones.

La estrategia para la defensa de España, tal y como la ha estudiado el General Alonso Baquer en las tres últimas décadas, busca su preferente encuadramiento en alguno de los ocho tipos posibles de confrontación armada que resultan de la consideración de las tres variables del fenómeno bélico más patentes en la realidad histórica: los *modos* de conducir las operaciones (¿limitadas o totales?; ¿moderadas o escalantes?), los *finés* de la conflagración (¿discretos o ambiciosos?) y los *medios* al alcance de ambos contendientes (¿modernos o antiguos?). Se obtiene, pues, de este estudio, un esquema formalista de clasificación resultando los ocho casos posibles de confrontación: guerra tribal, guerra vecinal, guerra imperial, guerra señorial, guerra nacional, guerra global, guerra de liberación o guerra civil.

Siendo la vocación la inspiración con que Dios llama a algún estado o, en una acepción más amplia, la inclinación a cualquier estado, profesión o carrera, se presentan en el General Alonso Baquer dos «dones» que inspiran y envuelven constantemente todo su pensamiento y la expresión del mismo en sus notas literarias: la milicia y la docencia, funciones vocacionales sólo comparables con la que poseen aquellos que se dedican a la labor pastoral. Conocedor de lo «áspero» y específico del tema que desarrolla, no elude en ningún momento la posibilidad de realizar comparaciones con la política de defensa de otros países para hacer más asequible la idea que quiere hacer llegar a todos los lectores, sea cual sea el nivel de preparación de quien acometa la lectura de su obra. Su escritura es sencilla aunque escrupulosa, empleando gran cantidad de ejemplos históricos en los que basar sus asertos para facilitar la comprensión de las distintas ideas vertidas (como ejemplo de lo expuesto es suficiente acudir a «pinceladas» históricas tan importantes como la que nos destaca sobre la nacionalidad de Ceuta, desde 1.415 portuguesa y a partir de 1.497 española).

En este aspecto docente no cabe disimular el propósito que se persigue de enseñanza, aportando términos y conceptos de importancia trascendental para el conocimiento de la estrategia general, de la operativa y del aspecto particular de la situación en este entorno; nos desarrolla dentro de esta aptitud lo que concibe como los cuatro modelos estratégicos para la acción ya clásicos (lucha prolongada, presión directa, acción directa y aproxima-

ción indirecta) y el grupo de modelos de la estrategia para la disuasión que aparecen en los tiempos modernos como consecuencia de la realidad existencial de hostilidades profundas no declaradas: la agresión indirecta, la disuasión con medios convencionales, la insurrección armada y la disuasión nuclear. Cada modelo de los enunciados es ilustrado con ejemplos de la historia reciente de la Humanidad y facilita el establecimiento del marco de trabajo en el que se inscribirá la situación militar española actual.

Las Fuerzas Armadas Españolas, en opinión vertida por el autor, están concebidas para actuar cumpliendo tres exigencias cada día más inexorables: la exigencia de *profesionalidad*, la exigencia de *integración social* en la comunidad política (a la que llamamos España) y la exigencia de *modernidad*, tanto en lo técnico como en lo orgánico y moral.

La ubicación de España en el contexto internacional es una realidad, una posición que nos ha venido dada a los españoles contemporáneos de una vez y para siempre, y que no puede obviarse a la hora de reflejar el pensamiento de defensa ni la concepción que del mismo se tiene en el colectivo de hombres libres que constituye nuestra Nación. Será, por lo tanto, un aspecto de grave consideración a la hora de ponerse a deliberar sobre la importancia que para los países de nuestro entorno puede tener nuestra posición espacial.

*«Los tres elementos generales que expresan lo que da de sí la reflexión estratégica, cuando se hace en términos exclusivamente posicionales, son la posición geográfica, el significado histórico y la función geopolítica... Para romper la rigidez estratégica, que identifica el significado histórico con una concreta función geopolítica dictada por el territorio, no queda otro camino que la toma de conciencia de los elementos particulares de la situación».*

Otorga el autor, con gran maestría, un espacio especialmente restringido a nuestro País aunque se ha de decir que también particularmente interesante en su definición, con una claridad de pensamiento difícilmente igualable. Cree que una mirada dirigida hacia el conjunto de la Península Ibérica nos transmitirá un mensaje similar, también de larga duración, compuesto de estas cuatro advertencias orientadoras:

- Los españoles y portugueses formamos una parte peculiar de una realidad llamada Europa Occidental. Somos un **apéndice de Europa**.
- Compartimos la península más atlántica y meridional del Mediterráneo. Estamos en un **flanco del Mediterráneo**.

- Nos encontramos en la más acusada de las proximidades a los problemas y vicisitudes del Norte de África. Vivimos en la **puerta de África**.
- Disponemos de amplias costas bañadas por el Océano Atlántico en sus latitudes medias, que son las más propicias para el intercambio civilizador con el continente americano. Somos un **punte para América**.

La Península Ibérica está, por su posición, mucho más abierta de lo normal a los apetitos de todos los poderes envolventes. Pero por su configuración sólida y por estar surcada de cadenas montañosas puede quedar naturalmente protegida de todas las invasiones que no sean técnicamente irresistibles (postura contenida del mismo modo en el pensamiento de Mackinder y de Possony). Puede decirse, pues, que tiene una configuración cerrada y que la misma va a constreñir continuamente el pensamiento estratégico español.

*«El término geografía descarta espontaneamente del pensamiento la idea de una ruptura con el pasado para sustituirla por la noción de una modificación progresiva...porque, como ya decía J. Gottmann en La Politique des Etats et leur géographie: de todos los caracteres de un territorio, el más importante es su posición, ya que expresa el papel de dicho territorio en el sistema de relaciones que determina su personalidad política al igual que su situación geográfica».*

No obstante, e intentando ajustar la posición española a un determinado modelo de estrategia a concebir, puede añadirse que la alternativa válida es aquella que se ajusta a la situación verdaderamente dada y no a los grandes rasgos de una reflexión que se apoye única y exclusivamente en un mapa del Mundo. España puede elegir su postura a partir de cuatro consideraciones estratégicas: 1) como miembro de la Comunidad Europea, debiendo volcar su empeño en la consecución de una Identidad de Seguridad y Defensa Europea (IESD o ESDI en sus siglas inglesas); 2) como componente de la Comunidad peninsular (y por tanto línea de intercambio de ideas y culturas con el Norte de África y la comunidad subsahariana); 3) como parte de un Pacto bilateral con los Estados Unidos (debiendo suscitar un equilibrio adecuado entre lo que pueda aportar este país a nuestra seguridad y lo que se le pueda asignar como «apoyo» a su política exterior); 4) como socio europeo de la Alianza Atlántica (comprometido, por lo tanto, en la seguridad de la zona comprendida en el artículo 5 del Tratado, sin olvidar aquellos territorios nacionales que siguen siendo considerados, aún después de la plena integración el año pasado, «fuera de zona» para la Alianza).

A la concepción actual de seguridad y defensa se ha llegado tras una larga evolución del pensamiento europeo, a través de grandes pensadores que volcaron toda su imaginación en la existencia, en un futuro, de una gran Europa unida no tan sólo por sus intereses comerciales, sino también por sus voluntades defensivas y existenciales. De este modo, se han convertido en Intereses Nacionales de todos los países de nuestro entorno occidental la seguridad, la justicia, la libertad y el bienestar de los ciudadanos, tal y como puede observarse en la redacción de las Cartas Magnas de las distintas Naciones (puede comprobarse en la redacción del preámbulo de nuestra Constitución).

*«El florentino Maquiavelo, obsesionado con la seguridad italiana, el bretón Montesquieu, atento hacia las libertades de Francia y el renano Marx, inquieto por la realización de la justicia, van a sentar las bases para la elaboración de lo que, aquí y ahora, vamos a llamar los tres paradigmas europeos de defensa, a partir de bases socioculturales diferentes entre sí y todas distantes del paradigma hispánico de la defensa elaborado por mentes castellanas».*

Dentro del concepto seguridad, para España hay tres cuestiones abiertas, la **táctica del Peñón de Gibraltar** (tan acertadamente tratada y defendida por nuestro antiguo representante ante las Naciones Unidas el Embajador Casinello) en diálogo con Inglaterra; la **estratégica del Estrecho** en diálogo con la OTAN (y que ha motivado la ubicación de un Cuartel General en nuestro territorio y de la desaparición de los Cuarteles Generales de cuarto nivel en la estructura militar integrada) y la **política de los Accesos**, en diálogo con los Estados Unidos (la problemática del aseguramiento del libre tránsito desde o hacia el Atlántico hacia o desde el Mediterráneo, así como el libre paso de tropas y apoyos por territorio nacional).

Aprobada la última Directiva de Defensa Nacional (DDN 1/96) en la que se contempla lo beneficioso que sería el que los españoles se acercaran más a los medios con que cuenta su ejército y la necesidad de incrementar el espíritu de la defensa que debe emerger de la propia soberanía del pueblo español, no podemos desestimar el que nuestra política de defensa, como ya defiende el autor en las páginas de este libro, está moralmente obligada a encontrar ese margen de libertad de acción que posibilite a nuestros dirigentes ejercer la plena soberanía en un entorno cada vez más cerrado de colaboraciones, tratados y alianzas, sabiendo defender nuestros intereses y objetivos nacionales sin entrar en debates innecesarios sobre la peculiar situación que a España le ha tocado en suerte en este Planeta Azul. Los sacrificios que les sean pedidos a los españoles en aras del bien común tie-

nen que venir acompañados de públicos reconocimientos de sus servicios, sin excluir los que ya han tenido lugar en las tres últimas décadas y en momentos muy críticos y delicados para la defensa de Occidente. Se trata de una condición previa de incalculables efectos morales.

La relación entre el estamento político y el militar también es tratada en esta obra; se nos sugiere el hecho de que el debate estratégico de los años sesenta resultó lleno de matices y hasta de precisiones académicas. Pero lo que no puede negarse es que ese debate sigue vivo y que en nuestros días son muchas las organizaciones y organismos, tanto en el ámbito militar como en el civil, que se preocupan del establecimiento de lo que serían los cánones de un pensamiento adaptado a la sociedad actual y que se sumerge en la situación que cubre a las Fuerzas Armadas de los países del occidente europeo, entre los que se encuentra España. El General Alonso Baquer, si por algo se ha destacado, ha sido por su gran empeño en introducir una línea de pensamiento estratégico en las Fuerzas Armadas españolas; su voluntad férrea le ha llevado a capitanear empresas ambiciosas y arriesgadas. Es partidario del pensamiento de acción (estratégico) frente al pensamiento puro (táctico) dentro de los ejércitos, y defensor a ultranza de la obligada reflexión por parte de los mandos militares que son quienes ostentan las características y peculiaridades más apropiadas para la confección de doctrinas, misiones y situaciones que sirvan de base al edificio que ha de contener a la política de defensa nacional. A pesar de su claro criterio, no obvia el hecho de que la mala interpretación de la aportación de pensamientos novedosos puede suscitar, de igual modo, envidias y falsas lecturas que motivarán o motivarían el desprestigio de quien dedica sus estudios al perfeccionamiento de lo establecido más que a la amputación o denigración de lo existente.

*«Las cautelas a favor de la homogeneidad de la opinión de los mandos militares siempre han tenido su razón de ser. Pero si hoy algunos países ofrecen una riqueza de razonamientos estratégicos admirables es por haber permitido un margen de heterodoxia. Gracias a este talante se han abierto en abanico las obras sucesivas de los grandes responsables de la política militar».*

Extrapolando las ideas del autor desde la fecha en que fueron escritas hasta la que acoge este comentario, siendo igualmente válidas a pesar del intervalo de diez años transcurrido desde entonces, se puede afirmar que el momento militar español, en una situación de constantes cambios en el panorama estratégico mundial y de focos de conflictividad emergentes en los cuatro puntos cardinales del globo, debería ser medido directamente

por la capacidad de las Unidades para la resolución de conflictos con el mínimo de daño y el máximo de razón y por el conocimiento de los modos de irrupción de estos conflictos propios de la contemporaneidad que demuestran los mandos militares de más alta graduación.

Emerge de la lectura reposada de las páginas de este libro el concepto de que nuestros ejércitos deben escoger el buen camino que lleva a la profesionalización de las Fuerzas Armadas, a su modernización y a la consecución del más absoluto apoyo popular para llevar las acciones, para las que se instruyen y preparan, allá donde la voluntad de nuestro pueblo lo requiera. Esto, fácil de escribir y que ha servido como frase hecha a muchísimos disertadores cuyo conocimiento no es otro que el que reciben de mentes mucho más preparadas que las suyas, sirve de tesis al General Alonso Baquer para apoyar la postura de que no debe pergeñarse una fuerza sin tener un profundo y cuidadoso conocimiento de la situación en la que nos hallamos inmersos en la actualidad. El orden mundial ha cambiado y, como parte importante del mismo, Europa se sostiene en unos pilares de paz, estabilidad y seguridad que no pueden ser amenazados por refriegas ni convulsiones nacionalistas; es por ello que nuestros intereses, como nación soberana, como comunidad con voluntad europea y como fiel y comprometido país participante en la Alianza Atlántica, deben ser defendidos allá donde se vean amenazados, amén de participar, en la forma que oportunamente defina nuestro Gobierno, en aquellos conflictos que requieren de nuestra presencia en un foro internacional de apaciguamiento de las partes o estabilización de una efímera paz.

El libro objeto de la presente recensión se podría considerar de lectura obligada para toda aquella persona que quiera obtener un profundo conocimiento de lo que la situación significa para el establecimiento de una estrategia acertada. Su contenido lo hace asequible y fácilmente comprensible, y su estructura porta al lector por los distintos factores que componen un detallado estudio elaborado por alguien que como reza en la contraportada «piensa que los hombres de España deben ser ayudados por los tratadistas militares en el sentido de darles a conocer entre qué modelos de estrategia se está eligiendo».

**PIERRE M. GALLOIS**

**GEOPOLÍTICA. LOS CAMINOS DEL PODER**

---

**LOS NUEVOS FACTORES A CONSIDERAR EN EL ANÁLISIS  
GEOPOLÍTICO DEL SIGLO XXI**

Por VICENTE HUESO GARCÍA

*GALLOIS, Pierre M. Geopolitique. Les voies de la puissance, editada en 1990 en París por la Fondation des Etudes de Défense Nationales PLON (publicado en español en 1992 por Ediciones Ejército), 17 capítulos divididos en cinco partes y 515 págs.*

Pierre Gallois, general de la Fuerza Aérea francesa, estudió Derecho en París. Sirvió en una escuadrilla sahariana; en 1939, se le destinó a Argel, al Estado Mayor de la Quinta Región Aérea. En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial formó parte de las tripulaciones de los aviones de bombardeo ingleses que desarrollaron la ofensiva aérea estratégica contra el III Reich y después trabajó en el secretariado general de Aviación Civil. En 1953, se incorporó al Cuartel General de las tropas aliadas de Europa (SHAPE). Ha sido profesor de la Escuela Superior de Guerra Aérea francesa, del Centro de Enseñanza Superior de los Ejércitos, del de Altos Estudios Militares y del Instituto de Altos Estudios de la Defensa Nacional. Ha escrito las siguientes obras: L'Europe au Défi, Alliance Atlantique, Stratégie de l'âge nucléaire, Balance of terror, Paradoxes de la Paix, La Grande Berne, L'Adieu aux Armées, Le recononcement y La guerre des cent secondes.

La obra es especialmente recomendada a todos aquellos que tienen un conocimiento previo de las principales teorías estratégicas y geopolíticas, y a los que se interesen por el análisis retrospectivo y prospectivo del mundo desde el punto de vista de la Geopolítica. La alusión constante a diferentes pensadores en el campo de la política, de la geografía, así como de otras ramas del conocimiento científico, requiere una cierta familiarización con este campo del saber.

La Geopolitik cayó en desprestigio con la desaparición del III Reich. Gran parte de su fracaso se debió a que ciertas teorías expuestas por diferentes científicos y pensadores se modelaron y se pusieron al servicio de determinados intereses políticos. Sin embargo, en la sociedad mundial se impone la necesidad de una herramienta, que desde el punto científico, sirva para estudiar las interacciones de la geografía y de la ciencia política, es decir, la aplicación de los conocimientos geográficos a los asuntos mundiales. Es por eso, que la Geopolítica sigue siendo válida en todos sus contenidos, aunque todavía está marcada por el estigma de su predecesora, la Geopolitik.

Pierre Gallois en esta obra intenta llevar a la conciencia de los lectores que la **Geopolítica es una ciencia dinámica**, puesto que relaciona factores políticos, económicos, sociales, demográficos, científicos, etc., todos ellos activos y cambiantes con el entorno físico, para evaluar la situación y deducir las consecuencias que de ella se derivan. Por tanto, al contrario que la Geopolitik, no deben existir teorías ni mesiánicas ni mucho menos inmutables en el tiempo.

El entorno físico, según el autor, ha condicionado y sigue condicionando la vida y la organización de los seres humanos, pero también es verdad que los avances técnicos han provocado que el comportamiento de la Humanidad sea menos dependiente del medio físico. Durante mucho tiempo la Geopolítica, especialmente la Geopolitik, ha sido determinista, pues según posiciones geográficas de los Estados eran argumentos suficientes y únicos para asignarles un papel providencial en el mundo. La principal aportación del trabajo de Pierre Gallois es que para que la Geopolítica continúe siendo una herramienta útil tiene que adaptar sus teorías a los nuevos condicionantes mundiales.

Hoy, ciertas variables han perdido valor a la hora de analizar, desde la óptica de la Geopolítica, la posición de un Estado o Estados en el concierto mundial. Así, la Geopolitik condicionaba el poder a la extensión. El espacio era la causa de la grandeza de los Estados, en la actualidad esto es

muy discutible. En este sentido, el autor cita algunos ejemplos concluyentes. La energía es un recurso indispensable en una sociedad industrial, los Estados que disponen de abundantes fuentes de energía tienen un importante poder con independencia de la extensión de sus territorios. Ciertos Estados de Oriente Medio, si hubieran existido hace apenas un siglo no hubieran tenido ninguna relevancia mundial debido a su extensión territorial. La calidad de la población de un Estado también es actualmente un importante elemento de poder, pues asegura la superioridad científica, industrial y comercial sobre las naciones o conjunto de naciones.

Pero si algo ha conseguido minimizar el factor espacio han sido los avances en el armamento.

*«Bien se trate de armamentos o de desplazamientos, hoy día, la velocidad hace que las distancias se contraigan cuando éstas se relacionan con tiempo. Militarmente, a partir de un punto cualquiera del globo, es posible alcanzar su antípoda en menos de dos horas... El dominio de las grandes velocidades y el recurso a la satelización parcial trastornarán completamente las nociones tradicionales de distancia».*

La aparición del armamento atómico, unido a la capacidad de desplazamiento del mismo, ha limitado, sino anulado, la extensión territorial de los Estados como baluarte defensivo y la importancia de su clima (recordemos los fracasos de Napoleón y Hitler en conquistar Rusia debido a las condiciones climáticas).

En definitiva, el autor quiere demostrar que la Geopolítica es una disciplina útil para comprender la interacción de los factores políticos y geográficos, para ello se requiere previamente abandonar preceptos obsoletos y adaptarla a las nuevas realidades emergentes. La diferencia entre el pasado y el presente en el análisis geopolítico, estriba en que ayer la Geopolítica se esforzaba en explicar la sociedad y su comportamiento, principalmente por medio de la influencia del medio físico. Actualmente, los cambios que el hombre ha hecho del medio físico, el aumento de la población, el agotamiento de los recursos, la polución, la urbanización de la población, la proliferación indiscriminada de armas de destrucción masiva, etc., son otros tantos factores a integrar en el análisis geopolítico contemporáneo.

Otra característica básica que distingue a la Geopolítica contemporánea de la Geopolitik, desde la perspectiva del autor, es el objeto del análisis. Antaño el centro de atención era el Estado-nación. *«Se trataba de analizar las causas por las que el Estado, identificado con la Nación, formando un*

*bloque con ella, marchaba hacia la gloria o estaba en decadencia».* En la actualidad, aunque el Estado sigue siendo el principal actor internacional, se cuestiona la convergencia entre Estado y Nación. Los Estados son entidades cada vez menos autónomas para dar respuesta a los problemas que tienen planteadas las respectivas poblaciones, proliferando las organizaciones internacionales como medio de solventar los problemas comunes a los gobiernos. Además, en esos análisis, en el pasado, no se valoraba suficientemente a la población. Se sobreentendía que las poblaciones estaban en armonía con los gobernantes que habían escogido o que les habían impuesto. Sin embargo, el escenario presente se ha hecho más complejo, el poder se ha difuminado entre los distintos actores internacionales. La opinión pública, gracias a los medios de información, juega un papel clave para entender la política dentro de un determinado ámbito geográfico.

El general Gallois para demostrar la tesis de partida ha estructurado el libro en 19 capítulos enmarcados en tres partes principales. En la primera parte se estudia cómo los cambios sociales, políticos y tecnológicos han modificado, desde el punto de vista de la Geopolítica, la importancia del espacio, las fronteras, el Estado y la población. Una segunda parte está dirigida a examinar cómo ha ido evolucionando la Geopolítica mediante de las aportaciones de los distintos pensadores. La última parte del trabajo, intenta demostrar de una manera más práctica, cómo la Geopolítica puede ser también válida para llevar a cabo prospectivas de futuro. Esta obra resalta la importante incidencia que ha tenido en el análisis geopolítico los avances en armamento, especialmente desde la aparición del arma nuclear.

Como la mayoría de los autores que escriben sobre aspectos de la Geopolítica, Gallois no se resiste a dejar de elaborar una definición propia de esta disciplina. La importancia de estas definiciones consiste en que delatan cuál es la visión de los distintos pensadores e investigadores en este campo. Este autor francés considera que la Geopolítica es:

*«El estudio de las relaciones que existen entre la conducción de una política de poder en el plano internacional y el cuadro geográfico en el que se ejerce».*

Detrás de esta definición subsiste el argumento principal del autor, el carácter dinámico que tiene que poseer cualquier análisis geopolítico para que pueda cumplir el fin que justifica esta disciplina.

Mediante el estudio de tres factores habituales en el campo de la Geopolítica: el territorio, las fronteras y el frente, y el Estado, el autor quiere resal-

tar la perspectiva dinámica de esta ciencia. El concepto del espacio, entendido tanto como extensión territorial como en el sentido de distancia, ha cambiado su apreciación como consecuencia de la evolución de los avances científicos. Ontológicamente, el espacio siempre ha suscitado la reflexión de los más importantes pensadores. Raymond Aron afirmaba que: «*Todo orden internacional; hasta nuestros días; ha sido esencialmente territorial...*». Tradicionalmente la posesión de grandes extensiones territoriales por parte de los Estados aseguraba los recursos necesarios para la supervivencia y concedía ventajas militares frente a posibles atacantes. Sin embargo, la mejora de los vectores que transportan armas a gran velocidad, especialmente los misiles, ha reducido la importancia de la distancia, pues el tiempo que se tarda en recorrer la trayectoria hace casi imposible la reacción del adversario antes de alcanzar el objetivo. El autor considera que la posición geográfica ventajosa o desventajosa, en términos militares, se ha amortiguado con la existencia del arma nuclear al no afectarles las barreras orográficas.

Este militar gallo aprecia que los espacios activos (aquellos cuyo suelo y subsuelo producen mercancías y bienes universalmente buscados) han perdido, con el paso del tiempo, en dimensión espacial pero han ganado en importancia. Así, la jerarquía de los Estados ya no se mide con criterios principalmente de extensión territorial, otros factores, como la posesión de recursos energéticos o de materias universalmente buscadas, son más determinantes a la hora de valorar los Estados por encima de los condicionantes territoriales.

Otro concepto que ha sido afectado por los grandes fenómenos políticos, económicos, sociales y militares, es el de frontera. Las fronteras, a juicio de Gallois, son un claro ejemplo de la interacción entre política y geografía. Éstas nunca deben poseer un valor absoluto, aunque no siempre ha sido así, pues «*los trazados fronterizos son las manifestaciones tangibles inscritas en el terreno de la política de los Estados*». En unos casos las fronteras, como ocurrió en la Revolución Francesa, han sido el límite de separación entre concepciones políticas y sociales diferentes. En otros para separar ideologías enfrentadas, como el muro de Berlín durante la guerra fría. En la medida que la sociedad se ha ido globalizando, las fronteras se han flexibilizado y en algunos casos difuminado, como es el proceso de integración que se experimenta actualmente en la Unión Europea.

Cuando el alcance de las armas era limitado, las grandes potencias solían buscar fronteras «pretextos» (aquellas que una vez violadas, aunque

estén fuera del espacio de soberanía, da razones para responder a la agresión), USA ha tenido a Europa Occidental como tal frontera durante la guerra fría. A medida que los avances técnicos han aumentado el alcance y la precisión de los ingenios balísticos, estas fronteras han ido perdiendo progresivamente su valor, al superar la técnica la finalidad que perseguían.

Tanto el «frente» como el «campo de batalla» son también conceptos dinámicos dependientes de los avances técnicos. Según las armas han incrementado su potencia destructiva y alcance, el campo de las acciones bélicas se ha ido agrandando y el frente diluyendo. Las propias poblaciones civiles de los Estados en conflicto han sido las principales afectadas por estos cambios, ya que el número de víctimas no combatientes supera cada vez más a las combatientes. Esto a su vez ha repercutido en la sensibilidad de los pueblos, especialmente en las sociedades democráticas, a implicarse en acciones bélicas.

El Estado-nación ha gozado de cierta mitificación por la Geopolitik. Antiguamente el aparato estatal ganaba poder con el aumento del espacio nacional. Sin embargo, Pierre Gallois cree que la técnica, al igual que los factores expuestos anteriormente, modifica continuamente la relación Estado-territorio. La naturaleza del Estado es variable. Si en antaño las grandes dimensiones eran vitales para la grandeza de un Estado, en la actualidad esas mismas dimensiones pueden ser una carga. En distintas épocas se ha analizado cuál era el tamaño crítico de un Estado. Ese tamaño, para el autor francés, depende del momento histórico al que nos estemos refiriendo. En la era postindustrial, la instantaneidad de la comunicación, la cesión de soberanía a organizaciones supranacionales, la urbanización intensiva y los peligros emergentes: terrorismo, mafia, armas de destrucción masiva, etc., son argumentos suficientes para estudiar al Estado, dentro del campo de la Geopolítica, con parámetros más amplios e incluso distintos a los formulados por los antiguos pensadores.

La evolución de la sociedad mundial provoca que nuevas variables sean incluidas con un mayor peso en la ecuación geopolítica. Gallois opina que, ahora y en el futuro, la población va a condicionar los acontecimientos mundiales por encima de otras consideraciones. Así subraya que:

*«Ante las amenazas creadas por la exuberancia de la vida, no le queda otro recurso a la Humanidad que dominar tecnologías que hoy día se encuentran en estado embrionario. Si fracasa, no será la destrucción nuclear lo que deba temer, sino más bien su propia proliferación (se refiere a la población)»*

La explosión demográfica que ha experimentado la Humanidad, desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, está afectando no sólo a los aspectos políticos, económicos y sociales, sino también al entorno físico. Muchos de los comportamientos que tendrán los gobiernos estarán basados en claves demográficas.

Durante muchos millones de años, la especie humana ha basado su supervivencia en el aumento del número de individuos. Sin embargo, el crecimiento continuo del número de seres humanos puede tropezar con un obstáculo, que hace apenas un siglo era impensable, la capacidad de absorción de la Tierra. Ese aumento de población da origen a otros fenómenos sociales que inciden diariamente en los comportamientos y actitudes de las personas y de los gobiernos. La desigualdad regional en el reparto de la población y de la riqueza es la principal consecuencia de los movimientos migratorios, tanto externos como internos. A su vez, los emigrantes, en opinión de Gallois, provocarán en los países polos de atracción una pérdida paulatina de identidad de sus señas nacionales. En cualquier caso, estos cambios afectarán al comportamiento político y social de las personas y de sus representantes legítimos

Otros procesos asociados con la explosión demográfica como el aumento de la polución, el agotamiento de los recursos naturales, la urbanización galopante o el aumento de la xenofobia hacia los emigrantes, son razones suficientes para considerar a la población el elemento clave en el análisis geopolítico presente y futuro.

Muchos pensadores han investigado, en diferentes momentos históricos, sobre qué parte del planeta gravita la Tierra, de tal forma que el control de ella aseguraría la grandeza y el dominio de sus poseedores. Para MacKinder (1904) el «pivote geográfico de la historia» se encontraba al norte de la Rusia europea. Posteriormente definió un área que denominó el «Heartland», más amplia que la zona pivote. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, James Faigrieve estimaba que el «mundo que cuenta» estaba comprendido entre los 30º y 60º de latitud norte: figuraban en él Europa, los Estados Unidos, Japón, el norte de China y de la India y Egipto, las otras tierras eran para él marginales. Spykman, entre guerras mundiales, utiliza la palabra «Rimland» para señalar las tierras que tienen una mayor influencia en el concierto mundial. Todos estos autores tenían en común en sus pensamientos que el dominio de cierto espacio era condición *sine qua non* para que un Estado alcanzara el *status* de gran

potencia. Paul Kennedy (*The Rise and Fall of de Great Powers*, 1986) viene a afirmar que la búsqueda de espacio no refuerza a los Estados, sino por el contrario, la expansión conduce a la decadencia.

En opinión de Pierre Gallois todas las teorías, de las cuales algunas se han mencionado en el párrafo anterior, han podido tener unos fundamentos muy sólidos en un momento concreto, pero los avances científicos han revalorizado o devaluado unas u otras. El cambio del valor estratégico ha venido principalmente por la aparición de nuevas armas, por tanto el armamento es otra variable a incluir en el análisis geopolítico.

La aparición de nuevas armas no sólo ha cambiado el valor geoestratégico de ciertas zonas, sino la organización social y política de los Estados. La pólvora hizo inútil las murallas y, por tanto, se modificó la vida societal en torno a la ciudad amurallada o del castillo. En la medida que ha aumentado la precisión y el alcance de las nuevas armas se han hecho menos necesarios territorios exteriores al propio Estado para desplegar armas que estuvieran en el radio de acción de los potenciales enemigos.

Las armas atómicas, según el autor galo, han incidido tanto en la estrategia como en la propia Geopolítica. Durante el período de la guerra fría, las poblaciones de los Estados eran conscientes que un eventual uso de estas armas de destrucción masiva no excluía a las poblaciones de los beligerantes. Esto dio origen a una opinión pública muy sensible a la amenaza y al uso de este tipo de armas. En las democracias occidentales gran parte de su política de defensa ha sido condicionada cada vez más a las actitudes de sus respectivas poblaciones, ante el temor de escalar a un conflicto nuclear. Por eso, Pierre Gallois considera que la opinión pública es otra variable importante de la ecuación estratégica.

*«Tal comportamiento de las poblaciones no deja de pesar sobre los planes, la autoridad y la acción de los dirigentes, muy particularmente en las democracias. Según el grado de evolución social y política de las naciones, la conducción de los asuntos del Estado se encuentra subordinada a las cortapisas de la opinión».*

Finalmente, este autor opina que el análisis geopolítico es una disciplina que se puede poner al servicio de la prospectiva a largo plazo. Pero para que esta posibilidad se convierta en realidad será preciso considerar y cuantificar innumerables factores que la propia dinámica social impone. En este sentido, Pierre Gallois opina que las variables más importantes a incluir en esa evaluación geopolítica son:

*«La población, su crecimiento, y la influencia que ejerce sobre el medio físico y sobre la evolución de las sociedades, las instituciones, las consecuencias de innovación científica acelerada, las transformaciones de la economía, la generalización de la comunicación bajo diversas formas, la apropiación del espacio y las condiciones de utilización, los conflictos y los elementos humanos en la ecuación estratégica futura».*

**ROBIN WRIGHT y DOYLE MacMANUS**

***FUTURO IMPERFECTO***

---

**LAS CLAVES PARA INTERPRETAR EL FINAL DEL SIGLO XX**

Por VICENTE HUESO GARCÍA

*WRIGHT Robin y MacMANUS Doyle. **Flashpoints**, editada en 1991 en Nueva York (edición española traducida en 1992 y publicada por Ediciones Grijalbo en Barcelona con el título «Futuro imperfecto»), 8 capítulos y 289 pags.*

Wright y MacManus son dos de los más influyentes corresponsales internacionales de los Estados Unidos. Entre los dos han visitado más de setenta países y cubierto catorce guerras. Wright ha sido candidato al premio Pulitzer en cinco ocasiones; en 1989 fue galardonado con el premio de la National Magazine por un trabajo sobre Irán. Está particularmente especializado en temas de Oriente Medio, habiendo publicado: *The Wrath of Militant Islam* and *In the Name of God: The Khomeini Decade*. MacManus fue candidata al Pulitzer en 1980 y obtuvo amplio reconocimiento por sus reportajes sobre América Central; es además autora de: *Landslide: The Unmarking of the President, 1984-1988* and *Free at last*.

Este libro está especialmente recomendado a todos aquellos que estén interesados en estudiar y reflexionar sobre las causas que han contribuido al cambio del orden mundial al final de la década de los ochenta. Los distintos puntos de vista expuestos a lo largo del trabajo son adornados con innumerables vivencias de los propios autores. El resultado es un libro

ameno y de fácil lectura, aunque en algunas partes de la obra se hecha de menos explicaciones más exhaustivas que expliquen las causas últimas de los acontecimientos que dichos autores están describiendo.

A partir de 1989, los acontecimientos mundiales se sucedieron muy rápidamente, la caída del muro de Berlín, la desaparición de la URSS, el fracaso del comunismo, el fin de la guerra fría, etc. Según los autores de este libro, han pasado casi quinientos años desde que la humanidad experimentara algo comparable. La última vez fue el comienzo de lo que tradicionalmente los historiadores llaman la Edad Moderna: las arriesgadas empresas de Cristóbal Colón y otros grandes exploradores geográficos, la formación de los estados modernos e imperios y los primeros lazos de comunicación entre continentes distantes. Los acontecimientos del principio de los noventa dispararon las expectativas de los que pensaban que nos encontrábamos en «el fin de la historia». Dos años más tarde llegó la guerra del Golfo, la explosión nacionalista en el Este de Europa, el resurgimiento de la religión y la eclosión de nuevos e inquietantes (para la conciencia occidental) movimientos sociales. Los hechos entonces parecían indicar otra cosa, quizá pudiera hablarse del fin de «una» historia, caracterizada por una cierta seguridad, y el comienzo de otra dominada por la incertidumbre. Ahora, Occidente observa, entre perplejo y temeroso, factores nuevos, o mejor dicho factores que han vuelto del pasado: nacionalismos e irredentismos, guerras religiosas, potentes migraciones que amenazan la estabilidad occidental, pobreza crónica, desconfianza generalizada en los mecanismos democráticos; un mundo en gestación, de bipolar a multipolar, donde no existen referencias nítidas. «Futuro imperfecto» analiza qué está sucediendo en el mundo después del fin de la guerra fría.

Aunque son muchos los que proclamaron un «nuevo orden mundial» después del final del sistema bipolar, Wright y MacManus sostienen la tesis que el debate internacional acerca del «nuevo mundo» ha sido confuso y poco convincente.

*«El nuevo orden mundial ha sido empleado para definir el nuevo equilibrio de potencias, para establecer una nueva paz, sino también, implícitamente, nuevas democracias, nuevas economías de libre mercado, nuevas libertades de expresión y culto, y nuevo desarrollo, tecnología y progreso».*

En definitiva el «nuevo orden mundial» ha sido utilizado por diferentes personas para definir cosas distintas. Para estos dos periodistas, es inco-

recto hablar de «nuevo orden mundial», ya que la observación de los acontecimientos acaecidos a lo largo de la historia demuestra que el advenimiento de los diferentes órdenes mundiales no ha sido de forma inmediata. La transición de la Edad Media a la Era Moderna duró dos siglos. La siguiente transición, la era de las revoluciones, que comenzó en 1776 se alargó tres cuartos de siglo. Aunque es evidente que en el presente los cambios sociales, políticos y económicos son más rápidos que en el pasado, la transición del anterior orden mundial, el bipolar, a otro nuevo puede continuar hasta bien comenzado el siglo XXI.

Las euforias desatadas ante el colapso del comunismo y el fin de la confrontación Este-Oeste, fueron, según ambos autores, fragmentadas por la primera gran crisis de la transición, la guerra del Golfo. Este conflicto vino a decir que el mundo de la posguerra fría «*no era un mundo de armonía, sino de creciente desorden*». La guerra del Golfo era la primera de la transición y probablemente, como luego se demostró, no la última.

La guerra del Golfo puso al descubierto ciertas fuentes de trastornos que marcarán, y de hecho está siendo así, la transición hacia ese nuevo orden. En primer lugar, este conflicto reveló que el poder en el mundo de la posguerra fría se estaba difuminando. Los Estados por sí solos no son capaces de solventar los conflictos presentes ni venideros, por eso «*la seguridad colectiva se ha convertido no en un ideal deseable sino en una necesidad*». El poder militar no es suficiente para imponer la voluntad, los factores económicos adquieren cada vez un mayor peso a la hora de llevar a cabo decisiones políticas dentro de la sociedad internacional.

En segundo lugar, la proliferación de las armas de destrucción masiva, especialmente la biológica y la química, en manos de los países más diversos, han convertido a cualquier estado, con independencia de su tamaño, en una importante amenaza militar. La proliferación de armas no convencionales ha representado un desafío sin precedentes prácticamente a todos los Estados, al hacer más vulnerable que nunca a la población civil ante un ataque a gran escala.

En tercer lugar, la guerra también demostró que el mundo, al contrario de lo que piensa Fukuyama en el «fin de la historia», está muy lejos de alcanzar la revolución democrática que comenzara en los años ochenta. El que todavía muchas naciones se encuentren bajo el arbitrio de un solo hombre, partido o una sola familia es un elemento de inestabilidad.

En cuarto lugar, las consecuencias de la guerra: los refugiados y los inmigrantes de docenas de países, el trauma de los rehenes de otros tantos y

la crisis económica mundial, pusieron de manifiesto la profundidad de la interdependencia mundial y, al mismo tiempo, su vulnerabilidad. La crisis del Golfo tuvo sus efectos a miles de kilómetros del epicentro. Los autores creen que la principal consecuencia de todo ello es que las crisis regionales habían dejado de tener efectos sólo y exclusivamente en el área en cuestión.

El «Futuro imperfecto» estudia las principales cuestiones que afectan a la sociedad mundial surgida después de la disolución del orden bipolar y los posibles factores de inestabilidad de la próxima Era.

Una de las primeras paradojas que se puso al descubierto al final de la guerra fría, con ocasión de la crisis ya mencionada del Golfo, era que la desintegración de uno de los polos, la URSS, del sistema dual que sustentaba el equilibrio mundial establecido después de la Segunda Guerra Mundial, no había supuesto la supremacía de los Estados Unidos en todos los órdenes. Washington necesitó para llevar a cabo acciones contra Sadam Hussein el apoyo político, militar y sobre todo económico de los aliados.

En opinión de los autores, ello fue debido a que:

*«El final de la guerra fría significó mucho más que un simple alivio respecto al peligro de una espantosa y final guerra nuclear. El súbito desmoronamiento del comunismo a finales de los años coincidió con una oleada de cambio económico y tecnológico a nivel mundial»*

Todos estos cambios afectaron a la dinámica del poder mundial, a juicio de Wright y MacManus, de diferentes formas. La primera indica que el poder ya no se fundamenta exclusivamente en la fuerza militar, sino que cada vez se centra más en factores económicos. El poder económico está ganando en importancia al militar.

*«La era de las superpotencias acabó debido en parte al tipo de poder que poseían: el poder que les hacía «super» (arsenales de armas nucleares) fue poco a poco perdiendo importancia».*

Ante esta nueva situación los propios ciudadanos y políticos pueden considerar una carga alcanzar el «status de superpotencia», pues supone distraer grandes recursos económicos en mantener un fornido músculo militar, mientras otras naciones invierten esos recursos en desarrollo económico. Así sucedió durante la década de los ochenta, EE.UU. gastaba en defensa el 7% del PNB, cuando Japón, por ejemplo, apenas alcanzaba el 1% de su PNB.

La supremacía del poder económico ha supuesto nuevas incertidumbres, ya que ese poder económico es más impersonal e incontrolable. Este hecho está produciendo un cambio importante en las relaciones entre los Estados, al descubrir que el incremento del comercio y el flujo financiero en el globo afecta a la capacidad de decisión de los Estados. Esta realidad incide directamente en las relaciones internacionales, apareciendo nuevos puntos de colisión entre Estados donde antes predominaba la armonía. Como señalan ambos autores:

*«Paradójicamente, el ocaso de la Unión Soviética y la nueva difusión del poder han convertido a los victoriosos aliados de la guerra fría en adversarios, al menos en los asuntos económicos».*

Segunda paradoja, el poder se ha difundido más que nunca. Un mundo multipolar no es nuevo en Occidente; a lo largo de la historia, desde el siglo XVI hasta la Segunda Guerra Mundial, fueron varios los períodos en los que se dio tal situación. Sin embargo, este mundo multipolar, según los autores, es marcadamente distinto a los predecesores por razones diferentes. Una, debido a que la diferencia de poder militar utilizable entre los países grandes y pequeños se ha reducido a efectos practicables. Otra, porque han aparecido más actores internacionales: organizaciones internacionales, gubernamentales y no gubernamentales, empresas, etc. Una tercera, por la pérdida de soberanía de los estados-nación, al no ser capaces de controlar cualquier fenómeno que ocurre dentro o fuera de sus fronteras, sea económico, social, medio ambiental o tecnológico. Esto ha llevado a los Estados, principalmente los occidentales, a renunciar a parte de su poder político en beneficio de organizaciones supranacionales como medio de competir en mejores condiciones por la riqueza e influencia en el mundo.

Por último, esa nueva redistribución de poder no ha traído una mayor armonía, más bien incipientes inestabilidades. La amenaza, al igual que el poder, se ha difuminado. La reestructuración del equilibrio de poder ha aumentado las diferencias entre los países desarrollados y subdesarrollados. Robin y Doyle creen que al haber desaparecido la lucha permanente por ganar mayor influencia entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, los países subdesarrollados han dejado de ser importantes para las superpotencias. Este abandono por parte de los países desarrollados está dando lugar a una serie de problemas a los gobiernos locales de los países del Tercer del Mundo. Esos problemas tarde o temprano afectarán a los países ricos. Por tanto, las diferencias entre el Norte y el Sur son un foco de inestabilidad en el futuro si no se toman medidas en el presente.

Otro fenómeno característico del siglo XX es el resurgimiento del nacionalismo por encima de la concepción del Estado. Según Wright y MacManus:

*«Al fin del siglo XX las pasiones étnicas, nacionales, y religiosas hacen resurgir, con fuerza de un huracán, explosivos movimientos que desafían las premisas del estado moderno, tanto en oscuros rincones del mundo como en sus principales potencias».*

Este hecho no sólo afecta a Estados heterogéneos, sino a los estados-nación considerados homogéneos. Los porqués a la crisis del estado-nación en las puertas del próximo milenio, en su opinión, son diversos. En un primer plano, el desmoronamiento de muchos estados-nación modernos se debe a que han fracasado los prolongados esfuerzos por integrar culturas diferentes bajo paraguas políticos más grandes.

En un segundo plano, aunque muchos estados-nación fueron artificiales desde sus comienzos, la ideología era el instrumento que servía para acompañar los distintos elementos dispares que formaban parte de los Estados. El fin de las ideologías ha puesto al descubierto esa artificialidad latente durante mucho tiempo y, lo que es todavía más importante, se ha demostrado que los nacionalismos tienen efectos más duraderos que las ideologías.

En un tercer plano, ante el fracaso de determinadas ideologías al exportarlas a otros países, especialmente al Tercer Mundo, los movimientos religiosos están ocupando el vacío dejado por las ideologías seculares. Así en Irán, después de la revolución de 1979, una teocracia fundamentada en preceptos religiosos y gobernada por el clero se convertía en realidad desde la Edad Media. Desde el punto de vista de estos dos periodistas, el ascenso de la religión como forma política es más una reacción que una iniciativa, debido al fracaso de esas ideologías.

Estos mismos factores que están contribuyendo a la crisis de los Estados: lazos étnicos, nacionales o religiosos, serán fuerzas que *«configurarán el siglo XXI como lo ha sido la ideología en el siglo XX».*

Las relaciones internacionales después de la guerra fría, como señalan los autores, no están presididas por la armonía, lo que significa que persiste el conflicto y, por tanto, sus manifestaciones armadas estarán tan *«presentes en el futuro como lo han estado en el pasado»*, pero con otras características a la vista de las enseñanzas de la guerra del Golfo. Para Wright y MacManus:

*«Las décadas venideras podrían ser testigos de choques entre superpotencias y monstruos más pequeños, como Iraq, que ellas mismas han ido creando, como también de enfrentamientos con otros agresores bien equipados. Pero el coste y el impacto serán igualmente elevados».*

Las guerras del futuro con respecto al pasado presentarán diversos cambios. Primero, los factores que contribuirán a los conflictos serán más variados en origen, tácticas y objetivos; por tanto, tendrán efectos más desestabilizadores sobre todo en el mundo en su conjunto. Segundo, la adquisición de armas por países del Tercer Mundo, especialmente las de destrucción masiva, incluida la nuclear, harán más probable la guerra y, además, una vez iniciado los enfrentamientos se requerirá la acumulación de importantes recursos materiales y humanos. Una vez más, Iraq está presente en las mentes de los autores al describir ese hipotético futuro. Tercero, mientras en los países occidentales se está teniendo éxito en llegar a acuerdos de control de armamentos, nuclear y convencional, estos intentos están fracasando en el Tercer Mundo. Además, la disminución de la capacidad de influencia política de las grandes potencias en los países en vías de desarrollo lleva a pensar que los conflictos serán más probables en el siglo XXI. Cuarto, las guerras de las décadas futuras serán mayoritariamente conflictos de «baja intensidad» entre milicias y bandas equipadas con armas convencionales. Las guerras estarán cada vez más circunscritas en el interior de los estados y las causas fundamentales serán pugnas por alcanzar el poder, la redefinición del estado-nación y rivalidades étnicas, nacionalistas y religiosas. Predominará lo que los autores denominan «el efecto libanización», es decir, la disgregación de los Estados.

La falta de armonía de la nueva Era tendrá también como resultante al terrorismo. Al igual que las motivaciones por las que se originan los conflictos han cambiado de razones ideológicas a económicas, religiosas o nacionalistas, también las raíces del terrorismo se irán orientando a causas similares. Los autores del «Futuro imperfecto», después de hacer un breve análisis de cómo ha evolucionado la amenaza terrorista en las últimas décadas, llegan a la conclusión que el terrorismo en los años siguientes va a seguir aumentando, pues *«consigue muchos de sus objetivos»*.

Otro fenómeno social que condiciona cada vez más la política internacional y también la de los propios Estados son los movimientos migratorios. Los autores subrayan que esto no es un hecho nuevo en la sociedad, pero sí creciente:

*«La Edad Moderna es la primera que se convierte en sinónimo de traslado masivo a escala mundial: la dispersión de la humanidad para colonizar o establecerse en «nuevos» continentes; el embarque de esclavos de África y el trabajo contratado de asiáticos para construir el sueño del hombre blanco; las huidas de las pestes, hambres o plagas; el reclamo de las oportunidades de la Revolución Industrial; los desplazamientos durante las grandes guerras y los nuevos establecimientos posteriores. Pero se calcula que las nuevas migraciones van a sobrepasarlas a todos».*

En efecto, un mundo cada vez más global y con mayores desproporciones, en términos de bienestar entre ricos y pobres, favorece los grandes desplazamientos humanos en busca de mejores medios de subsistencia. El común denominador, tanto de las migraciones internas como de las internacionales, ya no es, como antes, la opresión política ni la guerra; esta vez el motivo principal es la penuria económica. Además hay un tercer factor que motiva a ambas, un crecimiento demográfico cada vez más desigual entre países ricos y pobres.

Por tanto, en opinión de los autores, la falta de apoyo al crecimiento sostenido de las economías de los países subdesarrollados, por parte de los ricos, seguirá favoreciendo los movimientos migratorios, no pudiéndose frenar esa avalancha humana por la simple división fronteriza entre Estados. Esto va alterar la configuración política y económica del mundo. Las migraciones serán, y de hecho ya lo son, un factor desestabilizante del orden mundial. Este fenómeno fomenta el racismo y el nacionalismo en los países receptores de esta marea humana y el resentimiento y el desgarramiento social entre los que se desplazan. Finalmente, los autores llegan a la conclusión que:

*«En un mundo cada vez más interdependiente, los males efectos de las presiones demográficas en cualquier parte tienen consecuencias adversas en todas partes», y concluyen: «las migraciones serán un potente componente de la reconfiguración de países y alianzas de la política, economía y movimientos sociales en todo el mundo, en los años noventa y siguientes».*

El fracaso de las ideologías de corte marxista ha significado que tanto los antiguos regímenes comunistas como los sistemas autoritarios hayan experimentado una crisis de legitimidad. Por eso la mayoría de estos Estados han buscado esa legitimidad por medio de la democracia liberal. Pero también es cierto, que debido a la globalidad proporcionada por los medios

de comunicación, los ciudadanos bajo regímenes autoritarios asociaban de forma biunívoca democracia y prosperidad. La práctica ha demostrado que la transición a la democracia e incluso una vez en ella, no necesariamente traía consigo un mayor nivel de vida. Esta realidad ha provocado crisis de legitimidad en Estados con democracias nacientes, entre otros se puede citar a Bulgaria, Rumania o Albania a principios de los noventa. Otras veces, como destacan Wright y Mac Manus:

*«En los países ajenos a la tradición cultural occidental, las ideas estadounidenses y europeas de pluralismo y diversidad han chocado a veces con doctrina sociales y políticas desconocidas»*

En lugares como Oriente Medio con tradición islámica, o en el Este de Asia, con base confucionista, la implantación de la democracia ha tenido importantes desviaciones respecto a la concepción de la democracia liberal. La democracia, pues, estará en crisis donde predomine la pobreza, ya que si la autoafirmación de ésta no va acompañada de mejores medios de subsistencia, existirá siempre la tentación de volcarse a otras formas de gobierno.

En definitiva, de todo lo expuesto, los autores de esta obra quieren hacer llegar a los lectores que nos encontramos en una fase de transición entre el orden bipolar y el que ha de venir. Este período, al contrario de las esperanzas iniciales depositadas, no se caracteriza por el orden, más bien por la diversidad.

*«La nueva estructura del orden es cada vez menos jerárquica; reconoce la legitimidad y los derechos, tanto de los individuos como de las naciones en ambos extremos de la escala. En consecuencia, el poder para dirigir el destino del mundo ya no está sólo en manos de unos pocos, sino que gradualmente se está repartiendo entre los muchos jugadores mundiales. En un sentido, la nueva idea de orden es la extensión del pluralismo democrático a escala mundial».*

**FRANCIS FUKUYAMA**

**EL FIN DE LA HISTORIA Y EL ÚLTIMO HOMBRE**

---

**UNA VISIÓN OPTIMISTA DE LA EVOLUCIÓN DE LA HISTORIA**

POR VICENTE HUESO GARCÍA

*FUKUYAMA, Francis. **The end of History and the last man**, editada en 1992 en Nueva York por The Free Press (edición española traducida en 1992 y publicada por Editorial Planeta, Barcelona), 31 capítulos y 463 pags.*

El autor nació en Chicago en 1952, se formó en las universidades de Harvard y Yale. Doctor en Filosofía y Letras, y ha sido director adjunto de planificación política en el Departamento de Estado y asesor residente de la Corporación Rand en Washington D.C.

La obra resulta particularmente interesante para estudiosos de la ciencia política y de la sociología, así como aquellos que se interesen por la evolución del orden mundial.

Con el hundimiento del comunismo se ha vuelto a reavivar el debate sobre hacia dónde avanza la humanidad. A lo largo de los tiempos ciertas doctrinas y pensadores, si bien desde diferentes ópticas, compartían la idea de que la historia tiene su fin como consecuencia de la existencia de una historia universal de la humanidad moviéndose hacia una meta. Esta idea estaba implícita en la concepción cristiana de una historia finita que se acaba con la nueva venida del Mesías, pero es igualmente inherente a la secularizada idea de progreso, que va centrando el sentido de la historia en el desarrollo de la libertad.

Tanto para Hegel como para Marx, la evolución de la sociedad universal no era infinita, sino que acabaría cuando la humanidad hubiese alcanzado una forma de sociedad que satisficiera sus anhelos más profundos y fundamentales. Para Hegel, el fin de la historia llegaría cuando en la sociedad no existieran contradicciones, es decir, cuando se alcanzara la democracia liberal; mientras que para Marx ese fin era una sociedad comunista. Sin embargo, para Nietzsche la historia termina más bien en un profundo gemido, puesto que el fin de la historia sumirá al mundo en un violento caos de guerras mundiales del que acabará surgiendo un nuevo sentido. Por tanto, el «fin de la historia» debe entenderse como el último estadio de la evolución de la sociedad.

Francis Fukuyama volvió a plantear esta vieja cuestión en 1989, una vez que el comunismo había caído, en un artículo publicado en la revista *The National Interest*, origen de este libro. En él, se argüía que la democracia liberal podía constituir **«el punto final de la evolución ideológica de la humanidad»**, la **«forma final de gobierno»**, y que como tal marcaría **«el fin de la historia»**.

Los argumentos vertidos en aquel artículo provocaron las más diversas reacciones, aunque las críticas superaron a las alabanzas. El libro posteriormente publicado intenta matizar y profundizar sobre su tesis original:

*«Si al final del siglo XX tiene sentido que hablemos de nuevo de una historia direccional, orientada y coherente, que posiblemente conducirá a la mayor parte de la humanidad hacia la democracia liberal».*

«The end of History» es acompañado, en el libro, por «the last man», donde analiza la evolución y el papel del ser humano en el último estadio de la historia. La contribución de Fukuyama procede de la interpretación de la dialéctica de Hegel sobre la historia, y de la interpretación que sobre este filósofo lleva a cabo el ruso Alexandre Kojève. La historia humana se debe entender como un diálogo o una competición entre diferentes regímenes o formas de organización social. Las sociedades se refutan unas a otras, a veces mediante la conquista militar, otras veces por la superioridad política o militar. Cada estadio elimina algunas contradicciones de la etapa anterior, hasta que con el paso de los siglos se llega a una sola forma de organización social, la democracia liberal. Ante la falta de contradicciones internas de este sistema dejan de existir alternativas, en ese momento se ha llegado al «fin de la historia», es decir, a la etapa final de la evolución de la humanidad, que el autor denomina «poshistórico».

Para dar respuesta adecuada al planteamiento de partida, el libro lo divide en cinco partes. La primera analiza las razones que han llevado a la humanidad, en este presente siglo, a ser más pesimista en términos históricos y por qué ahora se puede volver a plantear de nuevo la posibilidad de estar desembocando en una historia universal.

En la segunda parte analiza la ciencia natural moderna como motor de la historia, ya que da dirección y coherencia. La dirección que marca la ciencia es una evolución hacia el capitalismo. La coherencia significa que la misma produce un efecto de uniformidad en todas las sociedades. Sin embargo, la ciencia natural moderna aunque es suficiente para explicar la uniformidad de las sociedades modernas y su evolución, no explica por qué la democracia liberal se va extendiendo por doquier y por qué las otras ideologías han fracasado en los umbrales del siglo XXI.

Por eso, en la tercera parte presenta una segunda interpretación del proceso histórico, paralela a la segunda, pero dando un mayor protagonismo al hombre entero y no sólo a su lado económico. El centro de su argumentación va a ser el «reconocimiento». El deseo de reconocimiento por parte del hombre en general y de las distintas sociedades en particular, ha sido el origen de la tiranía, del imperialismo y del dominio. Fukuyama demuestra que la democracia ha sabido transformar el reconocimiento personal, fuente de conflicto, en un reconocimiento universal, mejorando la convivencia de la sociedad en general. Es por ello que la democracia liberal es el fin de la historia, pues ha conseguido erradicar las contradicciones.

En la cuarta parte del libro, una vez analizado el reconocimiento como motor de la historia, éste permite reinterpretar muchos fenómenos como la cultura, la religión, el trabajo, el nacionalismo y la misma guerra. También analiza cómo serán las relaciones internacionales, los nacionalismos y la guerra entre naciones que dispongan de un sistema democrático liberal y entre éstas y aquéllas que no hayan hecho la transición hacia el final de la historia.

En la quinta y última parte del presente libro se ocupa de la cuestión del «fin de la historia» y del ser humano que surge de él, «el último hombre».

El siglo XIX fue un periodo de optimismo pues en su conjunto reinó la paz y aumentó el bienestar material. Los elementos que fundamentaron ese optimismo fueron por un lado, los avances de la ciencia moderna, que mejoraron el bienestar material de los hombres y por otro, la creencia de que la democracia liberal terminaría por reinar en el mundo, al ir corro-

yendo a los sistemas totalitarios de la época. Pero esas esperanzas se hicieron trizas con el advenimiento en el siglo XX de las dos conflagraciones mundiales. Las guerras crearon una desconfianza y un hondo pesimismo, especialmente en Europa. Estas crisis plantearon los primeros interrogantes, ¿hay realmente un progreso histórico -lo que significa que la humanidad progresa en una determinada dirección- o más bien la historia es cíclica? La ciencia, unos de los pilares del progreso, demostró que también tenía su cara maligna, al poder producir graves daños a la humanidad, si no estaba sustentada por un progreso moral paralelo al hombre. La democracia liberal, el otro pilar, estaba siendo desafiada por los totalitarismos y como afirma Fukuyama:

*«En nuestro tiempo, una de las manifestaciones más claras de pesimismo fue la casi universal convicción de la permanencia de una vigorosa alternativa comunista-totalitaria a la democracia liberal occidental».*

Sin embargo, los acontecimientos de la segunda mitad del siglo, especialmente la caída del comunismo, la desaparición de un mundo de bloques, el hundimiento de muchas dictaduras, tanto de izquierdas como de derechas, y el florecimiento en su lugar de democracias prósperas y estables ahogó ese pesimismo incipiente, rebrotando la vieja cuestión de la existencia de algo así como una historia universal de la humanidad y la utilidad de la acumulación de las experiencias anteriores para dar rumbo a la sociedad hacia una determinada meta en su conjunto.

Fukuyama cree que la historia sigue una carretera donde no es posible el cambio de sentido, si bien la trayectoria seguida no es recta, ya que el camino tiene curvas, vaivenes y algún bache que otro. Las irregularidades de la carretera son los acontecimientos horribles ocurridos en la evolución de la humanidad (el holocausto o las guerras fratricidas), pero en ningún momento esos accidentes, por sangrientos que sean, anulan la evolución de la sociedad universal. La historia tiene dirección porque la evolución de la sociedad está en gran parte condicionada por la ciencia moderna y el conocimiento científico.

Los progresos de la ciencia condicionan la organización de las sociedades. Los ejércitos, por ejemplo, han ido variando sus estructuras de acuerdo con la sofisticación de las armas, y a su vez, la amenaza de la guerra obliga a los Estados a reestructurar sus sistemas sociales de tal modo que faciliten la producción y el despliegue de la tecnología. Otra manera en que la ciencia natural moderna produce cambios históricos direccionales es a

través del desarrollo industrial. La industrialización es una consecuencia de la aplicación de las distintas tecnologías, pero esa industrialización ha producido ciertas transformaciones sociales en todas las sociedades, como la división del trabajo o la propia urbanización. Es por eso que el autor afirma que:

*«Si el dominio de la ciencia natural moderna es progresiva e irreversible, entonces la historia es direccional y las demás y diversas consecuencias económicas, sociales y políticas que fluyen de la misma son también irreversibles, en cualquier sentido fundamental que se las tome».*

Fukuyama considera que la ciencia conduce, de modo necesario, al capitalismo. Los avances tecnológicos requieren del sistema flexibilidad, o lo que es lo mismo, capacidad de adaptación ante la aparición de nuevos acontecimientos. La descentralización en la toma de decisiones y la iniciativa personal son básicas para mantener la competencia, para recibir y enviar la adecuada información, o para cambiar los procesos de producción. Las economías de planificación centralizada han carecido de una atmósfera de libertad para pensar y comunicar y por tanto, para innovar. También este tipo de economía ha destruido el incentivo del capital humano para progresar. Prueba de lo anterior ha sido el fracaso de la URSS, al no poder mantener el mismo ritmo de crecimiento económico de los Estados capitalistas, dando lugar a la transición de una economía centralizada a otra capitalista. También es el caso de China y de los países de la Europa del Este. Hoy se observa, que tanto el Primero, Segundo y Tercer Mundo, y con independencia de sus respectivas culturas, se está **creando una cultura universal económica: «el capitalismo»**, por ser la que mejor se adapta al progreso científico.

Aunque el capitalismo contribuye a que, en lo político, se implante la democracia liberal, no es por sí sola razón suficiente. Las interpretaciones económicas de la historia son incompletas e insatisfactorias, pues el hombre no es simplemente un animal económico. El hombre no sólo se mueve por instintos naturales, sino que como ser social, también busca el «reconocimiento» (lo que comúnmente se llama autoestima) de los demás miembros de la sociedad. En ocasiones, la búsqueda de reconocimiento le hace contravenir sus instintos naturales. El arriesgar la vida para alcanzar una hazaña es un claro ejemplo de subordinar el instinto de conservación de la vida por el deseo de prestigio. El reconocimiento pues es el segundo motor de la historia que explica la evolución de la sociedad hasta alcanzar la democracia liberal.

*« El problema de la historia humana puede verse, en cierto sentido, como la búsqueda de la manera de satisfacer el deseo de reconocimiento mutuo e igual de señores y de esclavos; la historia termina con la victoria de un orden social que alcanza esta meta».*

Partiendo del «primer hombre» de Hegel, el autor muestra como el reconocimiento ha impulsado la evolución de la historia. El deseo de reconocimiento tiene dos manifestaciones, la «megalothymia» o deseo de ser reconocido el mejor o el superior respecto a los demás, y la «isothymia» o deseo de ser reconocido como igual con relación a los otros ciudadanos. La megalothymia es una pasión que puede crear grandes problemas en la vida política y de hecho así ha sido.

A lo largo de la historia, la megalothymia ha tenido diferentes manifestaciones. En la sociedad estamental, unos pocos, la nobleza, materializaban el deseo de superioridad dominando a los plebeyos y a los esclavos. El imperialismo estaba impulsado por la búsqueda de una posición de superioridad de una nación frente a otras, las conquistadas. Este deseo también ha servido para comprender el comportamiento de determinados personajes históricos como Stalin o Hitler.

Las diferentes sociedades estamentales, imperialistas o despóticas no podían ser el fin de la historia porque tenían contradicciones en su seno. Tanto los que ocupaban una posición de dominio como los esclavos estaban insatisfechos, porque:

*«El señor desea el reconocimiento de otro ser humano, es decir, el reconocimiento de su valor y dignidad humana por otro ser que posea valor y dignidad: pero al vencer en el combate por el prestigio, se encuentra reconocido por alguien que se ha convertido en esclavo... El esclavo está también insatisfecho porque no goza de reconocimiento. Pero esta total ausencia de reconocimiento es lo que conduce al esclavo a desear cambios».*

Siguiendo el pensamiento hegeliano, la democracia liberal es la única forma política que ha conseguido evitar esas contradicciones. Tres son las razones que destaca Fukuyama para significar que la democracia liberal es el último estadio de la historia. Primero su **racionalidad** porque reconcilia la exigencia de reconocimiento del individuo como ser humano. Segundo su **universalidad** porque reconoce a todos los miembros iguales, con independencia de la ideología, raza o creencia. Tercero su **homogeneidad** porque crea una sociedad sin clases. Las dos fuerzas motrices que hacen avanzar hacia el final de la historia son la ciencia natural moderna y la lucha por el reconocimiento.

El deseo de reconocimiento, pues, es el eslabón perdido que permite relacionar la economía liberal y la política fundamentada en la democracia liberal; ya que el desarrollo económico favorece las condiciones más adecuadas para que las personas no sólo encuentren cubiertas sus necesidades básicas, sino también el reconocimiento que desean como seres humanos.

El autor a continuación analiza por qué la democracia liberal, a pesar de ser la máxima expresión del desarrollo humano, no ha alcanzado la universalidad y no ha permanecido estable una vez instalada en el poder en determinados Estados. El éxito y la estabilidad de la democracia liberal requieren un cierto grado de conformidad de los pueblos en donde se quiere implantar. La cultura puede llegar a ser un obstáculo cuando ciertos valores son contrarios a la democracia; el nacionalismo es otro impedimento, pues proclama la superioridad de unos sobre otros; también ciertas religiones pueden ser incompatibles con la democracia liberal, como la islámica, que si bien, a diferencia del nacionalismo, reconoce la igualdad universal, es remisa a la libertad en todas sus facetas.

Aunque, según el autor, todos los Estados terminarán alcanzando la democracia liberal, pero debido al grado dispar de desarrollo económico en el mundo, el fin de la historia será conseguido en distintos momentos, hasta entonces:

*«..., el mundo estará dividido entre una parte poshistórica y una parte todavía aferrada a la historia. En el mundo poshistórico, el eje principal de interacción entre los Estados será económico.... Por otro lado, el mundo histórico estará todavía fisurado por una diversidad de conflictos religiosos, nacionales e ideológicos, dependiendo del grado de desarrollo de cada país, un mundo en el cual seguirán aplicándole las viejas reglas de la política de poder».*

El mundo poshistórico es el mundo donde reina la democracia liberal. Las relaciones internacionales predominantes serán de cooperación, especialmente en términos económicos. En estas sociedades es poco probable que surja la guerra como medio para resolver los posibles puntos de conflicto. Ello es debido a que las sociedades liberales desarrolladas han sabido canalizar las energías que anteriormente invertían en satisfacer la megalothymia en el desarrollo económico, quedando poca fuerza y disposición al conflicto bélico.

En el mundo histórico, que comprende a los países que no han conseguido estabilizar la democracia liberal en sus sociedades, el conflicto y la guerra serán habituales para dar solución a las crisis que puedan surgir entre los estados.

Estos dos mundos, el histórico y el poshistórico, «*mantendrán existencias paralelas pero separadas, con relativamente poca interacción entre ellos*». Sin embargo, ciertos aspectos pueden dar origen a colisiones entre esos mundos. El primero es el petróleo, pues es un arma política que dispone el mundo histórico frente al poshistórico. El segundo la inmigración, el flujo de personas del Tercer Mundo hacia las sociedades desarrolladas, garantiza que los países democráticos sigan interesándose por el mundo histórico, bien para contener esa corriente migratoria hacia los respectivos países poshistóricos, bien para buscar la integración de los inmigrantes en sus respectivos Estados. Y el tercero la adquisición de tecnologías por los países del Tercer Mundo para aplicarlas al campo militar, especialmente las armas nucleares, bacteriológicas y químicas, es considerada por los países democráticos una amenaza para la paz mundial, por eso existe un interés común en impedir o al menos controlar la proliferación de este tipo de armas. En este mismo sentido, existe un deseo de facilitar el paso de esos Estados a formas políticas democráticas como mejor medio de asegurar la estabilidad de los mismos y por consiguiente del orden mundial. En definitiva, el autor considera que:

*«La relación entre democracias y no democracias seguirá caracterizándose por la desconfianza y el miedo mutuos, y a pesar de un creciente grado de interdependencia, la fuerza continuará siendo la ultima ratio en sus relaciones mutuas».*

En el «fin de la historia», los seres humanos alcanzan el reconocimiento universal y también una vida de seguridad. Ese estadio significa el fin de las guerras y de las revoluciones, la supremacía de la isothymia sobre la megalothymia. En esa situación, el hombre sólo tendrá que buscar satisfacer sus necesidades básicas, como hace cualquier animal, ya que el reconocimiento lo tendrá ganado. Pero la paz y la prosperidad permanente también pueden tener consecuencias desestabilizadoras.

*«La vida humana, pues, entraña una curiosa paradoja: parece que requiere la injusticia, pues la lucha contra la injusticia es lo que hace salir a la superficie lo que hay en él de más elevado».*

El autor considera que los orígenes de la Primera Guerra Mundial, además de los factores clásicos analizados, había otro más intangible, pero no menos importante, que empujaba a la guerra: «*muchos europeos deseaban la guerra simplemente porque estaban hartos de la apatía y la falta de comunidad de la vida civil*», lo que llevó a la población a la guerra.

En la última fase de la evolución de la historia universal, la democracia liberal encuentra su principal amenaza para su permanencia en el propio individuo que habita en él, si no se tiene en cuenta que el reconocimiento universal no debe defender el igualitarismo a ultranza, pues los hombres no son iguales en potencialidades y características. De ahí que la sociedad democrática y liberal deba mantener una cierta dosis de megalothymia como forma de superación de los ciudadanos, si bien dentro de los valores y aspiraciones legitimados por el propio sistema. El capitalismo, por ejemplo, habría desaparecido si no existiera una forma de megalothymia regulada y sublimada en el esfuerzo para ser mejor que los rivales en el mundo de los negocios.

Después de la guerra fría se ha recuperado al hombre en su integridad. Esto sólo ha sido posible por el hundimiento del comunismo y el triunfo de la democracia liberal. Aunque la democracia liberal es la forma política más avanzada de la sociedad humana, ésta no está exenta de obstáculos para su implantación y permanencia. Sin embargo, al no poseer en su seno contradicciones fundamentales, está llamada a extenderse por todo el mundo. El comunismo, por el contrario, fracasó, además de ser incapaz de adaptarse a los cambios tecnológicos, por no otorgar el reconocimiento que necesitaba el individuo para sentirse satisfecho.

**ALVIN y HEIDI TOFFLER**  
**LAS GUERRAS DEL FUTURO**

---

**SI QUIERES LA PAZ PREPARA LA ANTIGUERRA**

Por F. JAVIER FRANCO SUANZES

*TOFFLER, Alvin y Heidi. War and Anti-War (1993). Editado por Little Brown & Co. Edición en español, Las guerras del futuro (1994). Ediciones Plaza & Janes.*

Los escritores estadounidense Alvin y Heidi Toffler, son universalmente conocidos por los estudios emprendidos en el área de la prospectiva. Los autores, cuyas obras han sido traducidas a más de 30 idiomas, están en posesión, entre otros, de los siguientes premios: Prix du Meilleur Livre Étranger (Francia) y McKinsey Book Award (EEUU). El matrimonio ha publicado distintas obras entre las que se puede citar: *El shock del futuro* (1970), *La tercera ola* (1980), *El cambio del poder* (1990), y *Creando una nueva civilización* (1995).

Ante la proximidad del tercer milenio, el matrimonio Toffler reflexiona con espíritu prospectivo sobre el futuro de la guerra y la «antiguerra», considerada esta última, como la adopción de estrategias que garanticen la vida en paz. En la introducción, los autores fijan la tesis de su obra:

*«...Nuestro modo de guerrear refleja nuestro modo de ganar dinero, y la manera de combatir contra la guerra debe reflejar la manera de librarla».*

Para poder explicar su propia tesis, los Toffler recurren a los argumentos de su libro «*La tercera ola*». Según esa obra la humanidad ha pasado por unas transiciones críticas que han determinado nuevas civilizaciones. El autor designa esas crisis o transformaciones como «olas».

La primera ola se caracteriza por el descubrimiento de la agricultura; la civilización correspondiente a esa ola se encuentra apegada a la tierra y estaría representada por la azada. La segunda se inició con la revolución industrial. Es la civilización de la producción en serie, de las grandes masas de obreros, de la máquina de vapor, el secularismo, la conscripción masiva y donde las sociedades industriales se encontrarían representadas por la cadena de montaje. La tercera es consecuencia de la aparición de la revolución tecnológica. Es la sociedad del conocimiento, de la alta tecnología, de la informática, de la comunicación, de la educación y el adiestramiento, de la producción selectiva, del ecologismo y donde la capacidad de acceso a la información se convierte en un recurso crucial. Estaría representada por el ordenador.

El problema consiste en que a pesar de estar en los umbrales del siglo XXI y que se podría pensar que avanzamos hacia un mundo sin guerras, lo cierto es que no se vislumbra una situación estable. Las esperanzas y el «*júbilo insensato*» que el fin de la «*guerra fría*» introdujo en la panorámica mundial, no nos puede hacer caer en la tentación de pensar que estamos libres de conflictos, ni que el mero hecho de vivir en estados democráticos nos va a preservar de los horrores de la guerra. Tampoco podemos pensar que los conflictos quedarán confinados en remotos y pequeños estados sin recursos.

Para aportar soluciones que pongan fin a esas guerras futuras, se hace necesario conocer a fondo su génesis. No parece que esas soluciones pasen por las típicas proclamas moralistas de «*discursos, oraciones, ni sentadas pacifistas*». Tampoco parece que la solución sea dar rienda suelta a estados emotivos de llanto y dolor.

El verdadero esfuerzo se sitúa en el análisis adecuado de la guerra y la «*antiguerra*». Los conceptos que tenemos hoy día están obsoletos y anticuados. Hemos analizado los conflictos pasados y pretendemos aportar las soluciones a unas guerras que no serán las que tendremos en el futuro.

Los cambios revolucionarios que se han producido en el mundo y que han dado origen a una tercera civilización, van a modelar la nueva guerra de acuerdo a esa civilización y por tanto, no podemos pretender atacar ese

conflicto con procedimientos de la segunda ola. Es necesario adoptar acciones revolucionarias en la búsqueda de la paz. Para ello, hay que comprender que las transformaciones que experimenta el poder militar y la tecnología bélica, corren de manera paralela a las transformaciones económicas y sociales. Para evitar el conflicto, será necesario adoptar una estrategia actualizada de la «*antiguerra*».

El tratamiento que hace el matrimonio Toffler sobre los aspectos del conocimiento, resulta especialmente relevante, lo que en el tratamiento global de la guerra y la «*antiguerra*» no podía permanecer ignorado.

Lo que conocemos y lo que se ha escrito sobre el conflicto está obsoleto. Cabría esperar que el próximo enfrentamiento esté más marcado por la disputa económica, debido a que en la nueva sociedad de la tercera ola estos aspectos adquieren una especial relevancia, pero sin duda alguna, la guerra geoeconómica no descarta el enfrentamiento militar. Los Toffler justifican esa afirmación al indicar que:

*«El razonamiento geoeconómico resulta inadecuado por dos razones aún más fundamentales: es demasiado simple y está anticuado. Simple porque trata de explicar el poder mundial sólo en términos de dos factores, el económico y el militar; anticuado, porque desdeña el creciente papel de los conocimientos (ciencia, tecnología, cultura, religión,...) que constituyen hoy en día el meollo de los recursos de toda economía avanzada así como de la eficacia militar». «La humanidad no está penetrando en la era de la geoeconomía sino en la de la geoinformación».*

Al analizar la guerra, y en un momento en que está finalizando la civilización industrial, un aspecto importante que debe ser considerado es la teoría del conflicto de olas. Los grandes cambios, como son los que se originan con las mutaciones de civilizaciones, provocan importantes fricciones. Para los Toffler, es difícil concebir un cambio masivo de la índole antes indicada, sin que se produzca el conflicto.

*«Cuando se estrellan las olas de la historia se enfrentan civilizaciones enteras»*

En la transición de la primera a la segunda ola, se produjeron enfrentamientos entre la sociedad industrializada de la segunda ola y grupos de terratenientes de la primera, con el apoyo en muchos casos de la propia Iglesia. Esos enfrentamientos, que «*bisecaron*» el mundo, se producían en cada país que alcanzaba la industrialización. De esta manera, se estable-

cían dos sociedades: una dominante y avanzada de la segunda ola, y otra dominada y más atrasada, reducida a grupos y espacios confinados de la primera.

Así pues, en la teoría del conflicto de olas, los cambios más radicales en los campos estratégico y económico, no se sitúan en un desplazamiento de los centros del poder de una zona geográfica a otra, ni de un grupo étnico a otro, ni de una religión a otra. La transformación más importante queda determinada por la existencia simultánea de tres civilizaciones diferentes, cada una, distinta de la precedente y con grandes posibilidades de fricción.

Pasamos a vivir en lo que los autores denominan un mundo «*trisechado*». Así como la aparición de la segunda ola provocó una división en dos civilizaciones claramente diferenciadas, con la nueva civilización aparece una nueva esfera de actividad. Cada una de esas esferas de actividad o de civilizaciones, proporciona a la humanidad los recursos propios característicos de ellas; así, la civilización de la primera ola proporciona los recursos agrícolas y mineros, la civilización de la segunda ola proporciona la mano de obra barata y la tercera aporta el conocimiento como fuente inagotable de progreso y creación.

Esta situación, modifica la estructura de la sociedad, aumentando la heterogeneidad, lo que ocasiona un incremento de tensiones entre la civilización de la tercera ola y las dos precedentes. De la misma manera que en los siglos anteriores las nuevas civilizaciones trataron de ejercer su hegemonía sobre la anterior, la nueva sociedad de la tercera ola tratará de establecer su hegemonía mundial.

En este marco, es fácil prever alguno de los fenómenos conflictivos que caracterizan una sociedad en profunda transformación. Entre ellos, merece la pena destacar lo que el autor califica de «*desbocados nacionalismos actuales*», que no es otra cosa que un desfasado reducto de la segunda ola.

Para el matrimonio Toffler, el nacionalismo es la ideología de la Nación-Estado que constituye un producto de la revolución industrial. Cuando la economía y las finanzas mundiales de la tercera ola asumen, día a día, papeles más globales, perforando y ocupando parcelas de soberanía nacional, los nacionalismos de la segunda ola se refugian en los símbolos de su propia identidad.

*«Mientras que poetas e intelectuales de regiones económicamente atrasadas escriben himnos nacionales, los poetas e intelectuales de los países de la tercera ola cantan las virtudes de un mundo sin fronteras. Las colisiones resultantes, reflejo de las agudas diferencias entre las necesidades de dos civilizaciones radicalmente diferentes, podrían suscitar en los próximos años un derramamiento de sangre de la peor especie».*

Cada uno de los choques de las olas origina cambios revolucionarios que modifican el comportamiento de la sociedad. Como no podía ser de otra manera, el estamento militar se ve caracterizado e influenciado por cada transformación. Con la tercera ola, alcanzan sus límites extremos tres parámetros distintos de la evolución militar: el alcance, la velocidad y la letalidad. Se producen de esta manera cambios espectaculares y fantásticos en la conducción de la guerra.

Estamos pues en presencia de una revolución militar que se inicia cuando se da ese choque entre olas o civilizaciones, lo que obliga a cambiar la estrategia, la táctica, las organizaciones, la doctrina y el adiestramiento.

Para analizar las características de cada una de las formas de hacer la guerra en las distintas civilizaciones hay que tener en cuenta la tesis de los Toffler según la cual:

*«A lo largo de la historia, el modo en que los varones y las mujeres hacen la guerra ha constituido un reflejo del modo en que trabajan».*

En el método de crear riqueza de la primera ola, caracterizada por la revolución agrícola, el hombre trabaja la tierra con útiles y aperos de labranza manuales y rudimentarios, el desarrollo de su trabajo manual lo realiza mediante la fuerza bruta, la producción es baja y la necesidad de mano de obra esencial. Consecuentemente los ejércitos de la primera ola emplean armas desiguales y primitivas, el combate es cuerpo a cuerpo, la capacidad de destrucción muy limitada y la necesidad de hombres para garantizar el éxito en la lucha es asimismo decisiva.

En resumen, se puede decir que las guerras de la primera ola se corresponden fielmente con las sociedades agrarias que las originaron.

El método de crear riqueza de la segunda ola se caracteriza por la producción en serie, por las grandes masas de obreros, la estandarización, o la división en el trabajo. Todo ello en plena correspondencia con la actividad militar de la destrucción en masa, la movilización y el reclutamiento, la uniformidad, o con las especialidades militares.

No cabe duda que con la civilización de la segunda ola, la guerra alcanzó su máximo potencial destructivo y su carácter absoluto al afectar a toda la nación, «*descubriendo el terrible potencial destructivo de la industrialización de la muerte*».

Las guerras de la tercera ola reflejan y reflejarán, como no podía suceder de otra manera, su propia civilización. El método de crear riqueza de esa civilización se caracteriza por los siguientes factores: el conocimiento como factor esencial en la producción; la desmasificación de la producción en serie; la necesidad de mayor cualificación para acceder a los puestos de trabajo, lo que imposibilita el intercambio laboral; la innovación continua para poder competir; el tamaño reducido y diferenciado de los equipos laborales; la desaparición de la uniformidad burocrática; la aparición de nuevas formas de dirección y de «integración sistémica»; la integración mediante redes electrónicas; y por último la gran velocidad y aceleración en todo tipo de transacciones.

Todos esos parámetros, exponentes de la forma de hacer riqueza de la tercera ola, son también propios de la forma de desarrollar su modo de guerrear específico, que va a tener sus propias características diferenciadoras de la actividad bélica en épocas precedentes. Al igual que en las sociedades avanzadas coexisten economías de la segunda y tercera ola, en las guerras actuales se presentan formatos bélicos que combinan los modos y maneras de civilizaciones anteriores.

Entre las características que definen el formato de la tercera ola, la más significativa es que el frente ya no define el lugar donde se desarrolla la batalla principal, porque el combate se ha extendido, se ha alargado en todas las dimensiones: distancia, altura, y tiempo. Ahora el frente se encuentra tanto en la vanguardia como en la retaguardia, y ésta es mucho más profunda. En ella, se incluyen los centros de mando, control y comunicaciones del enemigo, su cadena de apoyo logístico, y su sistema de defensa aérea.

En esta nueva forma bélica, el conocimiento es el recurso crucial de la capacidad de destrucción; la iniciativa, la información, la preparación y la motivación en los soldados es más importante que su puro número; los daños serán selectivos disminuyendo los colaterales; las armas inteligentes van a requerir soldados inteligentes; los nuevos sistemas bélicos necesitan menos dotación de personal y disponen de mucha más potencia de fuego; la gran complejidad militar necesita de la integración de sistemas; la infraestructura es cada vez más profunda y extensa; y por último, las operaciones se llevarán a cabo con extraordinaria velocidad y aceleración.

Cada civilización libra sus contiendas con características diferentes; en la nueva doctrina se pone en tela de juicio el concepto de «masa», los ataques por sorpresa se deberán concentrar en el punto más débil, en vez de tratar de atacar el punto decisivo. Las nuevas operaciones deberán ser capaces de proyectar potencia y fuerzas a gran distancia y se insiste en la necesidad de realizar operaciones combinadas y conjuntas, así como, en la realización de ataques simultáneos sincronizados y controlados en tiempo real.

En un ejercicio prospectivo, y todavía dentro de la civilización de la tercera ola, los autores, advierten que se seguirán produciendo cambios tecnológicos importantes que van a modificar los planteamientos de las guerras y las «*antiguerras*», lo que obligará a nuevos desarrollos mentales de los pensadores de esas guerras y «*antiguerras*».

La guerra total y la destrucción masiva, producto del enfrentamiento nuclear entre las grandes potencias se aleja del horizonte de los conflictos de la tercera ola, sin embargo afloran infinidad de «*amenazas autónomas*»: luchas separatistas, disputas fronterizas, conflictos étnicos y religiosos, terrorismo... que se extienden por todo el planeta. Lo que a primera vista parecen disputas lejanas o insignificantes para el mundo occidental, adquieren una influencia decisiva en cualquier lugar de la tierra ante la existencia de una economía global cada vez más interconectada.

En ese escenario surgen múltiples proyectos de tecnología avanzada que van dirigidos hacia «*la actividad bélica autónoma*», sembrando la duda y la incertidumbre en el ámbito geopolítico y social. Los autores consideran que hay que afrontar esta situación:

*«Quienes sueñan con un mundo más pacífico deben olvidar las viejas pesadillas del invierno nuclear y empezar a usar ahora mismo su imaginación para pensar en la política, la moral, y las realidades militares de la actividad bélica autónoma en el siglo XXI».*

Las innovaciones tecnológicas pasarán por un aumento de la actividad espacial. El espacio se ha convertido para la guerra en «*una cuarta dimensión*», ya sea para la detección y vigilancia bélica, como lugar de lanzamiento de armas, o para fines pacíficos en la supervisión de los acuerdos de convenios y tratados.

Otras innovaciones que caen en la actividad bélica de la tercera ola, incluyen el empleo de robots con fines militares. Su uso como mano de obra resulta más barato, son inmunes a las armas biológicas y químicas, y sus

bajas en el campo de batalla serán mucho más aceptables a los ojos de una sociedad y una opinión pública, que cada vez influyen más en las decisiones de los gobernantes.

En este campo de «*futuribles*» de la tercera ola, aparecen otras opciones como el empleo de micromáquinas, lo que los autores denominan «*hormigas robóticas*»; o armas biológicas, químicas -a pesar de su prohibición-, y ecológicas con capacidad para producir todo tipo de catástrofes. Pueden aparecer, asimismo, armas incruentas, concebidas para producir el menor número de bajas colaterales. Esta última actividad plantea la reconsideración de la guerra y la diplomacia, y obliga a desarrollar una nueva estrategia para la guerra incruenta.

En el mundo complejo que vivimos y ante la diversidad de conflictos, el empleo de armas letales puede empeorar la situación, por ello, las armas incruentas pueden ser de gran utilidad. Se abre un espacio de acción espectacular entre la diplomacia y la guerra:

*«La no letalidad surge así no como una simple sustitución de la guerra o una prolongación de la paz, sino como algo diferente y radicalmente nuevo en la escena internacional; un fenómeno intermedio, una pausa, un campo para la pugna donde la mayoría de los desenlaces se decidirían de un modo incruento».*

Todas estas innovaciones son un reflejo de la actividad de la tercera ola con su paralelismo en la economía y la civilización de la época. Pero toda esa actividad bélica de la tercera ola, no quedará determinada exclusivamente por los medios materiales. En medio de todos ellos y como un hilo conductor surge como verdadero protagonista «*el sistema naciente de creación de riqueza y la sociedad del mañana: el conocimiento*». Se hace pues necesario el desarrollo de su estrategia específica.

A medida que entramos en la actividad bélica de la tercera ola aparecen intelectuales, que los autores denominan «*guerreros del saber*», dedicados a trabajar en la idea del conocimiento para prevenir o ganar guerras.

Las funciones esenciales que completan todo el proceso del conocimiento, que nosotros podríamos denominar inteligencia, incluyen la adquisición, procesamiento, distribución y protección de la información. Las cuatro actividades se hallan interrelacionadas. Los cambios en todos los aspectos de la actividad bélica tienen una repercusión muy directa en este área del conocimiento y ello exige, sin duda, una drástica adaptación.

Cada una de estas funciones tiene su propia correspondencia en el mundo civil. Como síntesis de las ideas renovadoras que sobre ellas tienen los autores, merece la pena destacar: la necesidad de modificar los procedimientos de obtención de información y los servicios que se dedican a ello; la privatización de parte de esos servicios; la importancia de seleccionar la información para evitar la saturación; la exigencia de poner un mayor énfasis en la calidad sobre la cantidad; la conveniencia de no proteger la información salvo la que sea imprescindible.

Dentro de la estrategia del conocimiento, los Toffler prestan especial atención a los medios de comunicación, pues según los autores, los combates del mañana se desarrollarán tanto en los campos de batalla como en esos medios de comunicación. La propaganda militar va a actuar a distintos niveles siendo especialmente relevante en el nivel estratégico. Dado que la economía de la tercera ola ha desarrollado múltiples canales informativos: TV, vídeos, radio, ordenador, fax,... todos ellos pueden transmitir tanto información como desinformación.

Los actuales elementos informativos conforman sistemas interactivos donde se transmite e intercambia todo tipo de ideas y noticias. Por ello, una propaganda mal realizada desde arriba puede ser contrarrestada con una gran diversidad de medios desde abajo. Esa situación, exige la difusión de los mensajes preparados para lograr el máximo efecto hacia el ámbito específico al que van dirigidos.

Para los autores, las políticas relativas a la manipulación de los medios de comunicación constituyen un elemento esencial en las estrategias del conocimiento. Desarrollar esa estrategia no implica aplicar criterios dictatoriales sino hacer uso de las mejores ventajas que proporciona la libertad. Su empleo será fundamental en las guerras y las «antiguerras» del futuro.

Uno de los efectos de los cambios de la nueva civilización y su forma bélica correspondiente, es la ruptura de los equilibrios militares. Lo que más inquieta a aquellos que se preocupan por la paz y la seguridad es la aparición de cambios y alteraciones rápidos en los poderes establecidos. Tras el fin de la guerra fría y los últimos cambios internacionales, surge un período de duda e incertidumbre, más aún cuando las mentes dirigentes, políticas y militares, de la primera potencia del mundo se encuentran sumidas en una gran desorientación.

Las políticas de defensa sufren esa desorientación que se ve agravada con los problemas presupuestarios. En un análisis lógico, la estrategia debe

determinar el presupuesto militar, la contradicción surge en las circunstancias actuales, donde es el presupuesto el que condiciona la estrategia y además esta circunstancia se agrava ante las presiones políticas locales y las rivalidades y disputas entre los diferentes ejércitos. El resultado final es que el presupuesto no se ajusta a las verdaderas necesidades.

Otro factor de riesgo que es necesario analizar, es el de las tecnologías de doble uso. En el período final de la civilización de la segunda ola, los grupos pacifistas influyeron en el desmantelamiento de las industrias bélicas y su transformación en industrias de uso civil. Esas industrias producían armas concebidas específicamente para matar, si bien, también existían algunos artículos de uso dual. Actualmente con la diversificación de productos para atender un mercado desmasificado de la tercera ola, la mayoría de esos productos adquieren la capacidad de doble uso. Los ejércitos de esta última civilización se encuentran inmersos en la misma tecnología civil.

El problema se complica, pues la asociación de las destructivas armas de la segunda ola, con las inteligentes y precisas de la tercera, forman una combinación explosiva. Si a la situación estratégica actual superponemos la anterior capacidad de infringir daños, el sistema global que se avecina aparece con una *«apariencia cada vez más siniestra»*.

Otro riesgo importante es la proliferación nuclear, pues mientras esas armas permanecieron en poder de regímenes estables, resultó posible su control. La desintegración de la URSS y el contrabando nuclear han propiciado una situación bien distinta. Además, con la llegada de la civilización de la tercera ola, la explosión de la información, la globalización y la extensión del conocimiento de tecnologías avanzadas, la capacidad para desarrollar armamento nuclear se extenderá de manera inexorable. El problema más grave de esta situación es que ese armamento puede caer fuera del control de las Naciones-Estado, lo que hará inútil el concepto de disuasión. Como dice Builder:

*«No cabe disuadir a un adversario con la represalia atómica sino existe una sociedad definible a la que amenazar, con lo que nos aguarda una asimetría aterradora».*

Otro factor de riesgo tratado por los Toffler sería la dudosa eficacia sobre la que se apoya el actual entramado de seguridad: el desarrollo económico y la interdependencia que genera el sistema global, no es suficiente para garantizar la paz al complicarse y ramificarse las relaciones entre países, haciéndolas imprevisibles; las organizaciones internacionales que aporta-

ban estabilidad, van a asumir un papel menos eficaz y reducido, en un mundo de la tercera ola controlado por agentes no nacionales; la antigua inviolabilidad de las fronteras, será perforada por una economía que atraviesa los límites nacionales existentes y por la pérdida de soberanía de las Naciones-Estado, tanto por arriba, con organizaciones supranacionales, como por abajo, por grupos nacionalistas y autonomistas.

Es también necesario analizar los nuevos puntos de fricción que se multiplican y ensanchan: las recientes ansias secesionistas de minorías ricas en zonas de recursos limitados como Rusia, China, Brasil o India; la aparición de barreras aduaneras y división en bloques comerciales como reacción a una economía cada vez más global; el fanatismo religioso, que se opone al secularismo de la segunda ola y que se apoya en el resurgir de nuevos fervores religiosos producto del desengaño marxista y fracaso socialista.

En la próxima década, coexistirán civilizaciones de la primera, segunda y tercera ola, cada una con sus propios intereses y proyectos, lo que puede propiciar el enfrentamiento. Al igual que hemos inventado un forma de guerra de la tercera ola, será pues necesario la invención de una nueva forma de paz.

Para desarrollarla los autores proponen una serie de iniciativas en un entorno difícil por la pérdida de influencia de la Nación-Estado, ante tecnologías de doble uso que hacen inútil el desmantelamiento del complejo industrial-militar, y con una ONU anclada en el pasado. Es necesario aportar ideas innovadoras.

El matrimonio Toffler propone las siguientes iniciativas: la necesidad de establecer estrategias coherentes del conocimiento de la paz; el establecimiento de una fuerza armada apolítica y profesional constituida de voluntarios de muchas naciones; el apoyo de información de inteligencia que provenga del interior; la apertura de nuevas áreas informativas como pudieran ser las postura de grupos y personajes políticos, presiones estructurales, y los alicientes o limitaciones en que se fundamentan las tomas de decisiones; el establecimiento de recompensas para aquellos que delaten el contrabando nuclear; el control de las fuentes del conocimiento evitando la fuga de cerebros; o el empleo de propaganda pacifista. Para los autores:

*«Resulta inexcusable que no se desarrollen estrategias sistemáticas utilizables. La transparencia, la vigilancia, el control de armamentos, el empleo de tecnología de la información, los servicios informáticos, la interdicción de servicios de comunicación, la propaganda, el paso*

*de las armas letales a las de letalidad baja o nula, el adiestramiento y la educación son todos ellos elementos de una forma futura de paz».*

*«El antiguo orden mundial, construido a lo largo de siglos de industrialización, ha quedado hecho añicos. La aparición de un nuevo sistema de creación de riquezas y de una nueva forma bélica exigen una nueva forma de la paz, pero a menos de que ésta refleje con precisión las realidades del siglo XXI, resultará quizás no sólo irrelevante sino además peligrosa».*

**ALAIN MINC**

**LA NUEVA EDAD MEDIA. EL GRAN VACÍO IDEOLÓGICO**

---

**UNA SOCIEDAD SIN RUMBO**

Por F. JAVIER FRANCO SUANZES

*MINC, Alain. Le Nouveau Moyen Age (1993). Ediciones Gallimard. Edición en español, La nueva Edad Media. El gran vacío ideológico (1994). Ediciones «Temas de Hoy».*

Alain Minc, de origen polaco, nació en París el 15 de abril de 1949. Es ingeniero de minas y diplomado por la IEP de París. Ha sido inspector financiero. Actualmente es presidente del AM Conseil y de la Sociedad de Lectores del periódico *Le Monde*, donde colabora asiduamente. Cooperará, así mismo, en *Le Figaro* y en los más prestigiosos semanarios franceses. Es autor de las siguientes obras: *Informe sobre la informatización de la sociedad* (con Simon Nora -1978-), *La Post-Crisis ha comenzado* (1982), *L'avenir en face* (1984), *El síndrome finlandés* (1986), *La máquina igualitaria* (1987), *La gran ilusión* (1989), *L'argent fou* (1990) y *Le media choc* (1993).

En esta obra, el autor alerta sobre la difícil situación que atraviesa la humanidad. Con la caída del imperio soviético, el antiguo orden mundial apoyado en el equilibrio antagónico de las «*fuerzas imperialistas*», ha desaparecido, dando paso a unas nuevas estructuras vagas y aleatorias mucho menos seguras. Este tipo de estructuras, carentes de sistemas organizados, construidas sobre lo indeterminado, lo aleatorio, lo vago y lo indefinido

conforman un estado que Alain Minc titula «*La nueva Edad Media*». Surgen lo que el autor denomina «*zonas grises*», por el debilitamiento del orden constituido, la pérdida de la razón como fundamento rector y la desaparición de un universo ordenado; al tiempo, aparecen nuevas zonas y elementos de crisis. Se hace pues necesario volver a poner en función todo un sistema que equilibre el complejo mundo de las relaciones internacionales.

El autor divide su obra en tres partes: la primera la denomina «*la era de la confusión*»; la segunda «*la era de los espasmos*»; y la tercera «*la búsqueda de un orden*».

En esa primera parte, Minc tacha de ingenuas las iniciativas y aspiraciones, que tras la caída del muro de Berlín, consideraban que el establecimiento de la paz universal era algo evidente. El autor, inicia el análisis sobre la confusión, con el estudio de la situación europea. Las incidencias, tanto económicas, como demográficas e ideológicas que puedan afectar a los antiguos satélites de la URSS, tendrán repercusión en los países del oeste europeo generando inestabilidad. Menciona también a Rusia, que a pesar de sus enormes problemas económicos, sociales y políticos, continúa manteniendo un cierto *status* de potencia, aunque sólo sea, como dice Minc, por el peso de la historia y el poderío nuclear que todavía almacena. Además, nada nos permite garantizar que Rusia haya renunciado a su carácter imperialista. Por ello, occidente corre el riesgo de despertar al gigante dormido harto de tanto desprecio y humillación.

Ante la desaparición de los mecanismos que garantizaban la estabilidad, surgen los desordenes de la nueva Edad Media. En Europa, esos desordenes se manifiestan en los regionalismos, que aparecen con más fuerza que nunca, como un «*viejo demonio*», precisamente cuando las ideas de un federalismo europeo pierden protagonismo. Otro factor que contribuye al desorden, es la inevitable retirada americana del continente europeo, pues la razón de su presencia no fue otra que el expansionismo soviético y por tanto, no regresarán, salvo que surja un «*drama que tenga a Rusia como actor principal*». Actualmente, sus focos de interés se encuentran en América del Sur y al otro lado del Pacífico.

Se está gestando una nueva Europa, que según el autor, ya no es en sí misma sinónimo de paz. Y ante ese nuevo reto los europeos han preferido cerrar los ojos.

«*Una nueva Europa que surge, entre otras cosas, por la desaparición de un tabú que, durante casi medio siglo, ha garantizado la paz en el continente: la intangibilidad y la inviolabilidad de las fronteras*».

Con la caída de la Unión Soviética, desaparece el mecanismo regulador que garantizaba la estabilidad y el enemigo que aseguraba la cohesión de los distintos países europeos. Nos hemos quedado sin referencia; carentes de «*chivo expiatorio*», los europeos se encuentran también faltos de un director de orquesta ante el vacío dejado por los EEUU. Esa hipotética nación capaz de dirigir el futuro destino de Europa pasa, en opinión del autor, por Alemania. Sin embargo, los germanos mantienen un «*rechazo activo*» a convertirse en los líderes del nuevo orden europeo. Los restantes actores: franceses, ingleses o rusos, no gozan del prestigio suficiente para tal empresa.

Para Alain Minc, no se trata de añorar la época de rivalidad de las dos grandes potencias, sino del equilibrio que impulsaban entre los países sobre los que ejercían su influencia. Se trataría, en su opinión, de reinterpretar el concierto de las naciones para mantener el orden, obligando a esos países menores a comportarse de manera adecuada.

A Europa le «*pesa*» demasiado la historia, pero el problema no es ya el imperialismo alemán, ni las relaciones franco-germanas, ni el nazismo. El pasado no va a determinar el futuro. El problema radica en los nuevos riesgos que amenazan en el horizonte, «*la caldera ideológica con ingredientes de populismo, nacionalismo, tribalismo, pero también de ecologismo e individualismo*». La incertidumbre que hoy planea sobre Europa, se debe a que las fronteras económicas, políticas y estratégicas, no coinciden, mientras que durante la guerra fría la coincidencia era absoluta.

La actual situación económica no respeta fronteras. En el mapa político, y a largo plazo, esas fronteras, en modo alguno, parecen definitivas. Además, se está conformando un «*puzzle*» que el autor califica de extraño; por un lado, naciones en sus Estados, por otro, ciudades Estado coexistiendo con los antiguos Estados nación, lo que aproxima cada vez más ese caótico mapa político al existente en la Edad Media. Por ello, en este nuevo espacio carente de armonía, podemos encontrarnos, en el peor de los casos, en el continente del caos, y en el mejor, en el de la complejidad.

El análisis que el autor realiza sobre el resto del mundo, no resulta más optimista. La influencia de la retirada de los americanos no se constriñe sólo a Europa, sino que tiene dimensión universal. El liderazgo americano es ambiguo y vacilante, y en estas condiciones no es posible ser el guardián mundial. Estados Unidos, no parece muy dispuesto a comprometerse en costosas intervenciones, salvo que afecten a sus intereses nacionales. Pero el mundo tiene necesidad de líderes enérgicos y la caída del comunismo es un hecho de tal magnitud que habría merecido un liderazgo reflexivo que debió ser asumido por el país americano.

Para Minc, la incapacidad de EEUU para asumir ese papel director, provoca que las tres zonas en las que divide el mundo —la gran América, Asia, y la gran Europa— profundicen en su propia autonomía. Ante esta nueva situación cabe preguntarnos ¿cómo serán las relaciones de fuerza entre las tres zonas?. En la batalla que se acerca, Estados Unidos y por extensión la gran América, parten en situación de ventaja. El mundo al que nos dirigimos, estará marcado por «*tres enormes economías-continente*», el resto del mundo o bien serán áreas sometidas a la influencia de alguna de las tres zonas principales o bien zonas «*desheredadas*». En ese sentido, la tragedia en todo el África central es algo más que previsible.

Por otro lado, las relaciones económicas entre esas tres grandes potencias, no serán equilibradas. Sin un líder carismático, por el vacío dejado por los EEUU, ante la ausencia de un enemigo que aglutine las voluntades, y frente a la falta de un sistema organizativo que regule las relaciones internacionales, el mundo, con una presencia obsesiva y predominante de la economía, se enfrenta a la posibilidad de grandes tensiones económicas y guerras monetarias entre las tres regiones continentes. En tal situación, será imposible buscar un orden y una relación armónica en la búsqueda de una gran economía mundial, a la que conduciría la unión de las tres economías-continente. A lo más que podemos aspirar es al establecimiento de relaciones bilaterales.

Ante un mundo «*desestructurado monetaria y comercialmente*», el orden sólo llegará a través de estructuras de regulación, y actualmente, no existen. Las organizaciones internacionales y regionales, con la ONU a la cabeza se muestran impotentes e ineficaces, sólo la OTAN en el plano militar, mantiene, gracias al liderazgo americano, su credibilidad. Podemos pues afirmar que con la caída del comunismo, se ha cerrado un ciclo caracterizado por la estabilidad y el orden. Las nuevas relaciones entre las potencias estarán mucho más cerca de los intercambios del medievo que de aquellas de los últimos años.

Pero, para Alain Minc, no hay nada que nos acerque más hacia la Edad Media que la extensión de las zonas sin autoridad legal, lo que él denomina «*el triunfo de las sociedades grises*». El orden que teníamos no cesaba de progresar, incluso hasta llegar a ser una amenaza por un exceso de control. Sin embargo, ahora, la amenaza es bien distinta, la vuelta a ley de la selva. La ilegalidad se ha instalado en el seno de las democracias.

Por todas partes progresa lo «gris», la diferencia entre lo prohibido y lo permitido se estrecha hasta casi desaparecer. Ante esta situación, las instituciones y organizaciones, estáticas e incapaces de reaccionar, van perdiendo el control de la sociedad y cada vez, una parte menor de esa sociedad, obedece al principio del orden. Es una situación en que todo está permitido, sin más limitaciones que la fuerza que a esos deseos presenta el oponente. ¿Cómo se explican esos nuevos comportamientos?. Para Alain Minc, las razones son muchas y complicadas: la liberación de los mercados y la explosión financiera, el individualismo egoísta, el hundimiento de las grandes instituciones, la adoración al dinero y la pérdida de los contrapesos morales y religiosos, la aparición de individuos de dudosa moralidad, el sentimiento de impunidad, en definitiva, un irreversible clima social.

Dentro de esas zonas grises el autor sitúa: la corrupción, que afecta a algunos países occidentales; el narcotráfico; la mafia, que se ubica en la periferia de la política en Italia, en el centro en Japón y como espina dorsal en Rusia; los excluidos y desheredados, producto del paro de larga duración; y las micro-comunidades marginales de jóvenes que ignoran y desprecian el sistema. De esta manera, la sociedad oficial que está cada vez más a la defensiva, cede terreno ante la sociedad real e ilegal, cada vez más segura, hasta llegar a tratar a la sociedad oficial en términos de igualdad.

*«Para mantener un discurso veraz, el Estado debe reconocer una realidad que no acaba de digerir: su incapacidad para controlar categorías enteras de la sociedad; su voluntad de seguir tratando como desviaciones marginales y con los que tenemos que cohabitar de ahora en adelante»*

Pero como indica Minc, la nueva Edad Media no se manifiesta sólo en esa pérdida de las estructuras del orden, ni en la aparición de las denominadas zonas grises, sino básicamente en el repliegue de la razón. Este retroceso se identifica con la aparición de señales propias de épocas ya superadas de la historia. Reaparecen los miedos, los extremismos, la pérdida de los valores tradicionales, mientras germina una variedad de peligrosas ideologías.

Los miedos aumentan en variedad y extensión: miedo al cambio de milenio, como ya sucediera en la antigua Edad Media; miedo al extranjero, ya esté representado por magrebíes, asiáticos, africanos, o europeos del este; psicosis con relación a la seguridad personal, lo que puede llegar a

provocar el miedo al otro; y miedo al retorno de las grandes epidemias.

Pero además del miedo, el pesimismo avanza por todas partes. Los extremistas ganan la batalla y la razón retrocede. La religión que se había replegado sobre lo espiritual abandonando las intervenciones en lo temporal, se radicaliza hacia dogmatismos intransigentes, siendo arrollada por minorías reaccionarias y proselitistas. La vuelta hacia épocas turbulentas se manifiesta también con la reaparición del tribalismo y la expansión de las sectas. En el campo económico, aparecen los fantasmas proteccionistas. Ni los miedos, ni el pesimismo, ni el tribalismo, ni el proteccionismo, facilitan las complejas relaciones de la democracia, y es que en efecto, esta situación no es favorable. Como dice el autor:

*«El vértigo de lo desconocido alienta el retorno de las ideologías simples... El mundo de antes precisamente porque era estable, alentaba las ideologías complejas».*

Así pues, como ya se ha dicho, nuestra amenaza de hoy no es el nazismo, sino lo que Alain Minc denomina el movimiento «*ecolo-populo-nacionalista*». La ecología en su aspecto reaccionario y en su «*viejo atavismo conservador*»; las nuevas fuerzas populistas de carácter regionalista, que intentan debilitar el Estado central con su discurso antielites y antiinstitución. Frente a estos movimientos, las fuerzas democráticas permanecen sin ideas ni iniciativa.

En la segunda parte del libro, «*la era de los espasmos*», el autor analiza los riesgos a los que se enfrenta la civilización actual. Según Alain Minc, esos riesgos, más peligrosos que los del medievo por la globalización de nuestra sociedad, no deben llegar a ocasionar un estado de caos, salvo que se produzcan de forma simultánea. No obstante, nuestra civilización no es consciente de esa realidad. De la época de la Guerra Fría, mantiene la percepción de que el orden está garantizado, y desde la caída del comunismo, de que no existe un enemigo importante. Esas sensaciones se han instalado en la sociedad y han contagiado a la clase dirigente que mantiene la política del avestruz. Nada más erróneo. De hecho, el admitir y conocer los riesgos actuales, es ya una forma de conjurarlos.

¿Cuáles son esos riesgos?. El primero que cita el autor, es la posibilidad de conflictos en Europa: el problema ruso-ucraniano; una explosión en los Balcanes, con la extensión del conflicto a Macedonia y la implicación de griegos, turcos y búlgaros; una crisis grave entre Rumanía y Hungría; la alta posibilidad de un enfrentamiento turco-iraní y la desestabilización argelina. Todos esos conflictos resultan especialmente graves si conside-

ramos las consecuencias en cadena que se pueden producir, y para los que el mundo actual y sus distintos organismos internacionales, no están preparados.

Detrás de lo anterior, y como un agravante a considerar, aparece el problema nuclear, especialmente delicado por la escalada y proliferación que origina el desorden mundial. Para el autor, ese riesgo se vería agravado si se emplearan las armas nucleares tácticas, pues podría provocar la pérdida del miedo atómico.

El riesgo económico y monetario ante las tentaciones proteccionistas, o en el polo opuesto, los estragos del libre comercio, lo que obliga a plantearse la necesidad del establecimiento de ciertas contenciones entre las tres grandes zonas del mundo.

Otro factor de riesgo importante, es la cuestión demográfica. Pero no la que se produce gota a gota, que es considerada por el autor como «razonablemente controlable», sino aquélla que puede originarse como una hecatombe, por guerra o accidente grave, provocando desestabilizantes desplazamientos de población. Este problema demográfico, a pesar de su gravedad, es ignorado por la sociedad y sus dirigentes.

Por último, otro factor de riesgo es «*la quiebra inevitable de las sociedades occidentales*». Hasta ahora, la sociedad acomodada vivía con un sentimiento de impunidad, pero todo parece indicar que esa cómoda situación se está acabando y que por primera vez, la crisis puede afectar a todos los estratos sociales. El problema radica en que la comunidad no parece muy dispuesta a actuar ante determinados desafíos: la necesidad de intervenir fuera de nuestras fronteras para restablecer el orden; la lucha contra la ilegalidad; el gasto que habría que emplear para reconquistar ciertas zonas sin ley; los sacrificios que debe hacer la Europa rica ante las demandas del este; o los esfuerzos económicos necesarios para actualizar el aparato militar que permita afrontar la amenaza del desorden.

Nos ha tocado vivir un momento en que la opinión pública es un importante actor político que condiciona las decisiones de los líderes y las políticas de los gobiernos. Por ello como dice el autor:

*«Cuanto más inestable y frágil sea la sociedad, menos coherente será la opinión pública y menos posibilidades tiene de convertirse en ley el imperio de la necesidad».*

Ante este panorama, el autor considera que vuelve la revolución a la Europa occidental. Una manifestación es la actual situación italiana, pri-

mera revolución en occidente desde 1848, donde toda la «*nomenklatura*» se viene abajo con gran escándalo y en un complicado estado interno, por la fuerte presión secesionista ejercida por la Liga Norte.

Para la Europa occidental, el problema italiano no parece contagioso en su forma actual, pero en sus últimas consecuencias representa un importante cambio en el equilibrio de poderes, que aunque en menor escala, afectará hasta el último lugar. La «*trinidad jueces/opinión pública/medios de comunicación*» es, como dice el autor, irresistible, y los demás poderes deberán rendir cuenta ante ellos.

En otros lugares, la revolución toma forma con el resurgir de nuevos Estados. Un ejemplo claro de esta revolución es el «*divorcio de terciopelo entre Praga y Bratislava*». Como dice Alain Minc «*han saltado los frenos*», ya no hay poderes que contengan el desarrollo de los acontecimientos. No sólo se ponen en entredicho las fronteras de 1919, sino aquellas que se arraigan en el siglo XIX. ¿Hasta dónde proliferarán los micro Estados?. En una economía global donde las transacciones económicas y monetarias se resuelven al nivel mundial, ¿tiene importancia el tamaño o la población mayor o menor de un Estado?. Ciertamente la soberanía parece al alcance de cualquier tribu.

El retorno de las revoluciones aporta varias lecciones: primera, ningún Estado puede estar seguro indefinidamente de sus fronteras; segunda, no hay estructura social por sólida o antigua que sea que tenga carácter permanente; tercera, en la actualidad, revolución no es sinónimo de subversión, sino de descomposición; cuarta, la fuerza revolucionaria ya no pertenece a las minorías comprometidas, sino a la opinión pública, los medios de comunicación social, y la justicia; y quinta lección, la revolución sigue siendo una invención europea.

Otro aspecto que a la sombra del holocausto nuclear ha estado ausente, ha sido la crisis. Salvo en dos o tres ocasiones, el enfrentamiento bipolar impidió que se gestasen crisis de importancia. El antiguo orden se construyó sobre la base inmovilista siguiente: la división del mundo en dos grandes zonas de influencia que impedía que cualquier incidente entre naciones protegidas, pudiese llegar a adquirir dimensiones tan preocupantes, como para poner a las dos grandes potencias en peligro de enfrentamiento; la política de la «no intervención» en los asuntos internos de otros Estados; la intangibilidad de las fronteras que convertía el equilibrio mundial como eje fundamental de la actividad internacional; y el propio inmovilismo de organismos como la ONU que había asumido el papel de policía mundial.

No obstante, y como indica Minc, tras la guerra fría la crisis se ha vuelto a instalar entre nosotros y el conflicto de los Balcanes pone de manifiesto la ineptitud de la comunidad para gestionarla. El autor discrepa de aquellos que piensan que las crisis sólo se arreglan en caliente, pues en nuestros días, los acontecimientos se desarrollan a tal velocidad que es necesario actuar de forma preventiva. En el caso de Europa, los mecanismos de cooperación política, retrasan todavía más la toma de decisiones. Por ello, para poder atacar la crisis con éxito, no podemos esperar milagrosas gestiones diplomáticas, es necesario realizar una adecuada prevención de conflictos, o al menos, una reflexión anticipada.

Para el autor, prevenir es conocer los peligros -la «*Biblia*» de los riesgos-, es también reflexionar anticipando y preparando crisis ficticias que nos permitan predecir soluciones y los problemas para ponerlas en práctica. Además, hay que salir del inmovilismo, hay que reflexionar sobre «*la satánica doctrina de la no intervención*» en asuntos internos de otros países, hay que tener en cuenta a las minorías y reconsiderar los santuarios nacionales producto de la intangibilidad de las fronteras.

Según Minc, no hay prevención sin la debida reflexión, pero tampoco sin el respaldo del instrumento militar. Sin la adecuada fuerza militar y su voluntad de uso, la prevención será una utopía. El problema es que en la actualidad ninguna potencia europea posee esa fuerza en la forma adecuada, pues carecemos de la necesaria capacidad de proyectarnos lejos de nuestras fronteras. El esfuerzo presupuestario se debe reorientar para potenciar las armas convencionales, y a su vez, los ejércitos tienen que cambiar desde la concepción estática de contención de la antigua URSS, hacia fuerzas móviles, capaces de actuar siguiendo las directrices marcadas por la política de prevención.

El conflicto yugoslavo ha puesto de manifiesto el fin del mito de Europa como continente de paz. Hay que modificar nuestro aprendizaje realizado sobre los textos de la guerra fría, recordando que ya no sirven las reglas fijas del conflicto y que es necesario adaptarse a las nuevas, imprevistas, difusas y cambiantes situaciones que acompañan al desarrollo de la crisis.

En la tercera parte del libro, y a la vista de los factores analizados, el autor insiste en la necesidad de alcanzar un nuevo orden, en el que Europa, debe asumir un papel protagonista. Pero el viejo continente presenta aspectos sombríos, el sueño de la Europa federal se desvanece y surgen nuevos obstáculos que demandan mayor organización: fronteras inciertas, minorías, discutibles separaciones territoriales y étnicas y frente a esa

necesidad de orden, sólo aportamos una estructura imprecisa y en ocasiones, con menor solidez que en la antigua Edad Media. Para el autor, resulta imposible comprometerse con ideas complejas sobre Europa, cuando no hemos sido capaces de parar una guerra en nuestro mismo continente y cuando la presión constante de los nacionalismos nos aboca a lo «*informal e imprevisible*» y nos conduce hacia la nueva Edad Media en peores condiciones que su antecesora.

Frente a los grandes problemas como las migraciones, explosión del dinero negro, o el control de los conflictos locales, se pone de manifiesto la incapacidad de los Estados, actuando por separado, para poder adoptar medidas eficaces. Sólo es posible atacar los grandes problemas a escala continental o intercontinental. Ante esa situación, nos encontramos en presencia de unas estructuras débiles cuando más se necesitaba un aparato internacional eficaz. Como dice Minc, fuera del ámbito económico, no existen organizaciones internacionales efectivas:

*«Se necesita siempre lo mismo: un marco internacional, reglas homogéneas y mecanismos de vigilancia y de control. Pero tales instituciones no existen».*

En el momento actual, pensar en la tutela americana es ilusorio. Las distintas organizaciones que se multiplican al amparo de la ONU, sirven para tranquilizar nuestras conciencias pero son totalmente ineficaces. Así pues, es necesario poner imaginación y pensar que para ello, podemos emplear la ya existente Comunidad Europea. Aunque en ese proyecto hemos perdido una oportunidad, aún estamos a tiempo siempre que se cambie el eje económico por el eje político, y se profundice en este último campo, creando una forma de funcionamiento parecida a los antiguos imperios. Hemos fracasado en la Europa federal, pero aún podemos crear «*un excelente imperio democrático*», cuyo elemento estabilizador pasaría por el eje franco-alemán.

Sin embargo, como indica Minc, «*nos acercamos al cero ideológico*». Las ideas tradicionales han ido desapareciendo y con ellas el mundo del orden. La caída del comunismo arrastró, tanto al socialismo, borrando las ideas que preconizan una evolución de la sociedad en nombre de una esperanza, como al liberalismo. Esta última ideología, se ve afectada al haberse desarrollado como reacción al comunismo, con lo que ha perdido su estímulo, apoyo y referencia. Paradójicamente, su punto débil se sitúa en el monopolio ideológico, al ser el chivo expiatorio de todos los males que afligen a la humanidad.

Para el autor, la nueva Edad Media requiere de una ideología de varias dimensiones, con profundidad histórica y con capacidad para comprender la complejidad. Esa nueva Edad Media, surge sobre la antigua con problemas añadidos derivados de un desarrollo desordenado, lo que nos sitúa ante unas perspectivas poco esperanzadoras, especialmente, por carecer de la necesaria «*armadura intelectual o ideológica*». El soporte y respaldo de la fe, propio de la antigua Edad Media, no se llena ni con nacionalismos exacerbados, que han cambiado la razón por la belicosidad, ni con las nuevas religiones, donde «*Dios vuelve en forma de fanatismo e de irracionalidad*», más bien al contrario representan nuevos focos de desorden.

En el entorno en el que nos movemos no resulta fácil ver la luz para aquellos que buscan una nueva ideología. La sociedad actual no premia las posturas e ideas originales, esclava como se encuentra de la nueva fuerza motriz que es la opinión pública, a la que temerosa de salir derrotada, hasta las clases dirigentes se someten a su imperio. Pero como subraya el autor:

*«Con su tendencia a reducirlo todo al mínimo común denominador, nuestra sociedad empuja hacia los pensamientos débiles, las ideas tranquilizadoras y las filosofías del statu quo. Son las minorías comprometidas, las visiones proféticas y los golpes de suerte políticos los que hacen moverse al mundo y no las encuestas y los sondeos de opinión, que, por lógica, expresan el punto de vista medio... las sociedades contemporáneas prohíben la desviación, la originalidad y la creatividad».*

Parece pues evidente que lo que Minc denomina el fin de los Tiempos Modernos, no va a dar lugar a un progreso intelectual del que salgan las nuevas ideologías. Los síntomas son más bien al contrario. Por ello, es necesario construir lo que Alain Minc denomina, una caja de herramientas conceptuales, con los siguientes preceptos básicos: racionalizar el mercado; conocer las constantes que fabrica la historia para poder prevenirlas; las elites deben asumir y afrontar las nuevas áreas que se salen de su radio de acción; adoptar políticas activas, pues las situaciones inestables tienden a degenerar por naturaleza; no buscar el apoyo en principios sólidos de cohesión que la sociedad actual no posee.

¿Cómo debemos actuar? La autoridad debe cambiar su forma de actuación basada en el consenso; debe tener en cuenta los efectos múltiples, actuar a la más mínima señal de riesgo, y debe hacerlo con flexibilidad para poder reconducir trayectorias equivocadas.

*«Lo que resulta es, pues, un arte extraño hecho de firmeza y de flexibilidad, de rigidez y movilidad, en perpetuo movimiento y, al mismo tiempo, inflexible sobre algunos puntos fundamentales. Tiene que hacer suyo un doble imperativo... imaginación y riesgo»*

**HENRY A. KISSINGER**

**DIPLOMACIA**

---

**PSICOANÁLISIS DE LA CONCIENCIA ESTRATEGICA  
NORTEAMERICANA**

Por JOSÉ M<sup>a</sup>. PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA

*KISSINGER, Henry A. Diplomacy (1994), Macmillan Publishers, Nueva Zelanda. 1ª Edición en español, Diplomacia, enero 1996, Ediciones B, S.A., Barcelona, 31 capítulos, 963 pag.s.*

Henry Alfred Kissinger nació el 27 de mayo de 1923 en Fürth, Alemania, en el seno de una familia judía de clase media. Las huellas que dejó la represión antisemita han marcado su personalidad. Uno de los elementos clave, que se percibe en toda su obra, es el temor a cualquier revolución y la aversión profunda a las ideologías. Cuando tenía quince años, en 1938, su familia emigró a los Estados Unidos y en 1943 H. Kissinger se naturalizó como ciudadano de dicho país. Sirvió en el ejército desde 1943 hasta 1946. En 1950 se graduó *summa cum laude* en relaciones internacionales en el Harvard College y fue profesor de la Universidad de Harvard desde 1954 y catedrático desde 1962 a 1969. En 1969 inició una brillante carrera política como asesor especial del Presidente Nixon para Asuntos de Seguridad Nacional. En 1973, el mismo Nixon le nombró secretario de Estado, cargo que ocupó hasta 1977.

Autor prolífico y muy influyente en todo el mundo, es premio Nobel de la Paz 1973, Medalla Presidencial de la Libertad 1977 (la más alta condecoración).

ración civil que se concede en EEUU) y Medalla de la Libertad 1986. Entre sus obras destaca «Nuclear Weapons and Foreign Policy» (1957) que fue bestseller durante catorce semanas y con el que ganó el premio Woodrow Wilson. Esta obra fue libro de texto de política nuclear y encumbró al autor como autoridad en estrategia norteamericana. En otra obra posterior «The Necessity for Choice» (1961) Kissinger limitaba el concepto de respuesta flexible al campo de las armas convencionales. «A World Restored» (1964) recoge su tesis doctoral y presenta una analogía entre la década del Congreso de Viena (1812 a 1822) y el período posterior a la 2ª Guerra Mundial. Las conclusiones que extrajo del modelo de equilibrio de poder entre las cinco potencias europeas postnapoleónicas determinarán en gran medida su concepción internacional. En «Troubled Partnership» (1965) procedió a revisar cuestiones de la Alianza Atlántica. Los tres ensayos recopilados en «American Foreign Policy» (1969) analizan la cuestión del liderazgo y la sociedad internacional.

Tras su paso por la Casa Blanca escribió el primer volumen de sus memorias «White House Years» (1979) que constituye una exposición pormenorizada de sus creencias y un repaso a las negociaciones que dirigió como asesor presidencial. En su obra «For the Record» (1981) el autor recopila los principales artículos de prensa y textos de conferencias que había escrito con anterioridad. La segunda parte de sus memorias «Years of Apheaval» (1982) recoge sus experiencias como Secretario de Estado.

En el doctor Kissinger se manifiesta, quizás en mayor medida que cualquier otro pensador estratégico norteamericano, la simbiosis entre el teórico y el estadista, con la característica relevante de que su actuación práctica es una clara proyección de su concepción teórica internacional. A Kissinger hay que situarle en la línea de pensamiento del realismo político norteamericano que busca en la historia las bases de su interpretación de la realidad internacional. Las relaciones de poder y los intereses nacionales son para él los elementos esenciales que han de definir el escenario geopolítico donde se desarrolla la dialéctica estratégica y donde la diplomacia encuentra su campo de acción.

En su libro «DIPLOMACIA» - podría decirse que el más importante de los que ha escrito - Kissinger no solo recoge todo su pensamiento estratégico y su gran sentido crítico sino que además define con admirable claridad la línea de acción que propone para los EEUU en el momento crucial del fin de la Guerra Fría y de un orden mundial abierto a innumerables interro-

gantes. La obra está dirigida a personas iniciadas en el estudio de la estrategia y las relaciones internacionales, y requiere un conocimiento previo de la historia política del siglo XX.

Toda la obra está impregnada de la naturaleza dialéctica de la estrategia. Presenta a las sociedades frente a sus identidades, temores y aspiraciones en el laberinto de la psicología colectiva para poder explicar las causas que han llevado a la toma de decisiones en el máximo nivel político. En el cuerpo principal del libro aborda el juego estratégico de las dos superpotencias en el amplio contexto de la Guerra Fría.

Uno de los aspectos más interesantes es el conocimiento de los líderes mundiales a través de los retratos íntimos de gran profundidad psicológica que el autor prodiga en toda la obra. Su enorme bagaje intelectual y el conocimiento personal permiten a Kissinger acercar al lector las personalidades e idearios estratégicos de hombres como De Gaulle, Zhou Enlai, Mao Zedong, Gorbachov y otros muchos. Destacan especialmente la admiración que muestra por la inteligencia y comprensión de las relaciones internacionales del presidente Nixon y el profundo conocimiento de la nación norteamericana y el agudo instinto estratégico de Reagan.

Su obra es un dialogo permanente entre dos modos de entender las relaciones internacionales, el europeo y el norteamericano. El modelo europeo está caracterizado por la búsqueda del equilibrio de poder y la interpretación geopolítica de la realidad internacional; las guerras son la consecuencia de la ruptura de dicho equilibrio y, a su vez, un modo de recuperarlo. El punto de partida de su análisis histórico se encuentra, por lo tanto, en el primer modelo moderno de equilibrio de poder en Europa: el diseñado por el Cardenal Richelieu.

*«Lo que los historiadores describen hoy como el sistema europeo de equilibrio del poder surgió en el siglo XVII del derrumbe final de la aspiración medieval a la universalidad, concepto del orden mundial que representaba la fusión de las tradiciones del Imperio romano y de la Iglesia católica. Se creía que el mundo era como un espejo de los cielos: así como un Dios gobernaba el Cielo un emperador gobernaría el mundo secular, y un papa, la Iglesia universal».*

El orden medieval del Imperio germánico dejaba a Francia relegado al papel de Estado periférico en relación con su gran vecino del este. A principios del siglo XVII la Reforma había llevado la aspiración unitaria imperial hasta una situación crítica.

*«Vacilante ya el concepto de unidad, los nuevos Estados de Europa necesitaron algún principio que justificara su herejía y regulara sus relaciones, y lo encontraron en los conceptos de raison d'état y de equilibrio del poder.... La formulación primera y más general de este nuevo enfoque llegó de Francia».*

Kissinger considera que Europa no ha elegido el modelo de equilibrio de poder como medio para regular sus relaciones, dominadas por una belicidad innata o por un amor a la intriga. Y si la insistencia en la democracia y en el derecho internacional fue producto del sentido norteamericano de la seguridad, la diplomacia europea se forjó en la escuela de los duros golpes.

Para el autor es esencial comprender de que modo el concepto de equilibrio de poder, asociado a una visión geopolítica de las relaciones internacionales, produce rechazo en la mentalidad idealista norteamericana.

*«Siempre que los norteamericanos han reflexionado sobre la política exterior han llegado a la conclusión de que las congostas de Europa han sido causadas por el sistema de equilibrios de poder».*

Frente a la visión realista, maquiavélica, de las relaciones internacionales el autor describe una visión estadounidense claramente diferenciada que se explica desde su propia experiencia histórica. Así, la excepcionalidad norteamericana, el sentimiento de pertenecer a una nación de rango ético superior y la convicción apasionada de que sus propios valores han de tener aplicación universal, nace del hecho de que ninguna otra república fue creada conscientemente para encarnar la idea de libertad.

*«Las singularidades que los EEUU se han atribuido durante toda su historia han dado origen a dos actitudes contradictorias hacia la política exterior. La primera es que la mejor forma en que los Estados Unidos sirven a sus valores es perfeccionando la democracia del propio país, actuando así como faro para el resto de la humanidad; la segunda, que los valores de la nación le imponen la obligación de defenderlos en todo el mundo, como si de una cruzada se tratara».*

Ambos enfoques el aislacionista y el misionero, tan contradictorios en apariencia, reflejan una creencia común subyacente: la supremacía incuestionable de los valores propios que se derivan de la democracia, el libre gobierno y el derecho internacional. Sin embargo, desde el fin de la 2ª Guerra Mundial han dominado las realidades de la interdependencia que han obligado a los Estados Unidos a afrontar situaciones contradictorias.

A partir del capítulo quince, Kissinger trata la última reincorporación de los Estados Unidos al gran escenario internacional de la mano del presidente

Franklin Delano Roosevelt. Tras la derrota alemana en Stalingrado, los jefes aliados, Churchill, Roosevelt y Stalin, pudieron empezar a pensar en la victoria y en la futura configuración del mundo; cada uno según su propia experiencia histórica:

*«Churchill deseaba reconstruir el tradicional equilibrio de poder en Europa, lo que significaba rehacer Gran Bretaña, Francia y hasta la vencida Alemania para que, junto con los Estados Unidos, estos países pudieran servir de contrapeso al coloso soviético del Este. Roosevelt pensaba en un orden de posguerra en que los tres vencedores, junto con China, actuarían como un consejo de dirección mundial, imponiendo la paz contra cualquier potencial malhechor,.... El enfoque de Stalin reflejó su ideología comunista y, a la vez, la tradicional política exterior rusa. se esforzó por capitalizar la victoria de su país extendiendo la influencia rusa por Europa central».*

El modelo de Roosevelt, que era conocido como «el de los Cuatro Policías», no pudo aplicarse porque había una profunda brecha ideológica entre los vencedores y porque Stalin una vez liberado de la amenaza alemana, no tuvo ningún problema en favorecer los intereses ideológicos y políticos soviéticos, aun al precio de una confrontación con sus antiguos aliados. Para Stalin en la consecución de los últimos objetivos del Estado soviético tan enemigos eran Alemania como Gran Bretaña o los Estados Unidos, ideológicamente todos ellos eran modelos políticos contrarios a los fines de la revolución. Las alianzas y pactos respondían exclusivamente a necesidades temporales dentro del frío juego geopolítico, mediante el cual la Unión Soviética habría de alcanzar la supremacía y la victoria final del comunismo.

Churchill había comprendido desde el principio los designios estratégicos de Stalin y proponía una posición de resistencia a las pretensiones del dictador soviético. En los Estados Unidos, sin embargo, hasta el despertar de la ilusión de un entendimiento posible con la URSS que supuso la política de contención, la posición del líder occidental europeo se veía con la tradicional desconfianza.

*«La idea de que el jefe del Kremlin era, en lo más hondo de su corazón, un hombre moderado y pacifista, necesitado de ayuda para superar a sus intransigentes colegas, siguió siendo un elemento constante de los estudios norteamericanos, cualquiera que fuese el dirigente soviético en el poder. En realidad, estas evaluaciones sobrevivieron hasta el período poscomunista, cuando fueron aplicadas primero a Mijaíl Gorbachov y luego a Boris Yeltsin».*

A lo largo de los siguientes quince capítulos, Kissinger explica los avatares estratégicos de la Guerra Fría junto con una profusión de minuciosas y originales observaciones sobre las negociaciones secretas, los detalles técnicos y las reacciones de los líderes que dan una visión completa y muy humana de aquellas transcendentales décadas.

Cuando la posición internacional norteamericana se hallaba en un profundo pozo, el comunismo empezó a descomponerse. En cierto momento, a comienzos de los años ochenta, pareció como si el impulso comunista pudiera arrollarlo todo. Como los gobernantes británicos Palmerston y Disraeli en el siglo XIX, también los líderes norteamericanos veían a Rusia avanzar por doquier.

*«Jruschov y sus sucesores llegaron a la conclusión de que podían superar la labor realizada por el tirano. En lugar de dividir al mundo capitalista, que fue la estrategia básica de Stalin, ellos se proponían derrotarlo gracias a los ultimatus de Berlín, los misiles de Cuba y su aventurismo por todo el mundo en desarrollo. Sin embargo, ese esfuerzo rebasó tanto la capacidad soviética que el estancamiento se convirtió en desplome».*

Gorbachov, encumbrado gracias a las brutales luchas de la jerarquía comunista, estaba decidido a revitalizar la ideología soviética, que consideraba superior. Reagan y Gorbachov cada uno por su parte, creían en la victoria final de su propio bando. No obstante, había una diferencia abismal entre estos dos inesperados colaboradores: Reagan comprendía bien los profundos sentimientos de su sociedad, mientras que Gorbachov había perdido todo contacto con la suya.

La actuación de Reagan fue asombrosa y, para los observadores académicos, poco menos que incomprensible. Reagan casi no sabía nada de historia, y lo poco que sabía lo adaptó en favor de sus bien arraigados prejuicios. Además, los detalles de política exterior le aburrían.

*«Un presidente con el más pobre currículum académico aplicaría una política exterior de extraordinaria congruencia y oportunidad. Es posible que Reagan sólo tuviese unas cuantas ideas básicas, pero éstas resultaron ser las cuestiones centrales de la política exterior de su época, lo que demuestra que los principales ingredientes del liderazgo son el sentido de la dirección y la fuerza de las propias convicciones».*

Reagan rechazó el complejo de culpa que identificó con el gobierno de Carter, de este modo, pasó por encima de la tradicional prudencia diplomática, y simplificó las virtudes norteamericanas en busca de la autopromo-

clamada misión para convencer al pueblo norteamericano de que el conflicto ideológico entre el Este y el Oeste era importante. Esto supuso inevitablemente el fin definitivo del período de *détente*. Reagan estaba resuelto a convencer al Kremlin de los riesgos del expansionismo continuado y no buscaba un acercamiento gradual, sino un resultado final: una contraofensiva victoriosa.

*«Por una vez, la fe de las democracias no resultó tan ilusoria».*

La teoría de la contención de Kennan había quedado confirmado por los acontecimientos. Kissinger afirma que nadie había predicho con tanta precisión el modo como finalmente la URSS había sido derrotada.

En el último capítulo, Reconsideración del nuevo orden mundial, el autor afirma que el fin de la Guerra Fría había originado una tentación aún mayor de remodelar el entorno internacional a imagen y semejanza de la democracia norteamericana. Es evidente que los Estados Unidos han quedado como la única superpotencia con suficiente capacidad para intervenir en cualquier parte del mundo. Sin embargo, el poder se ha vuelto más difuso y han disminuido los asuntos a los que puede aplicarse la fuerza militar. La victoria de la Guerra Fría ha lanzado a los Estados Unidos a un mundo semejante al sistema de Estados europeos de los siglos XVIII y XIX, y con prácticas que los estadistas y pensadores norteamericanos constantemente cuestionaron. La inexistencia de una amenaza ideológica o estratégica deja libres a las naciones para seguir una política exterior basada cada vez más en su interés nacional inmediato.

*«El desplome del comunismo soviético fue la confirmación intelectual de los ideales norteamericanos, e irónicamente puso a los Estados Unidos ante el tipo de mundo del que había estado tratando de escapar a lo largo de su historia.... Por primera vez los Estados Unidos no pueden retirarse del mundo ni dominarlo».*

En este mundo posterior a la Guerra Fría Kissinger propone la necesidad de que el idealismo norteamericano sea moderado por el análisis geopolítico para abrirse paso por el tortuoso camino de las nuevas complejidades. A los norteamericanos nunca les ha gustado reconocer abiertamente sus intereses egoístas. Ya fuera luchando en guerras mundiales, o en conflictos locales, sus gobernantes siempre afirmaron que estaban combatiendo en nombre de principios y no de intereses. El autor insiste que a pesar de ello:

*«La guía esencial para la política de los estados Unidos deberá ser una clara definición del interés nacional».*

Kissinger fiel a sus más profundas convicciones teóricas recuerda que el sistema internacional que más tiempo duró sin una gran guerra fue el que siguió al Congreso de Viena. Combinó la legitimidad y el equilibrio, los valores compartidos y la diplomacia del equilibrio del poder. Unos valores comunes redujeron las demandas de las naciones, mientras el equilibrio limitaba la capacidad de insistir en ellas.

*«En el siglo XX, los Estados Unidos han intentado dos veces crear un orden mundial basado casi exclusivamente en sus propios valores. esto representa un esfuerzo heroico, al que se puede atribuir mucho de lo bueno que hay en el mundo contemporáneo. Pero el wilsonismo no puede ser la única base para la época posterior a la Guerra fría».*

**SAMUEL P. HUNTINGTON**

**EL CHOQUE DE LAS CIVILIZACIONES Y LA RECONFIGURACIÓN  
DEL ORDEN MUNDIAL**

---

**UNA VISIÓN PESIMISTA DEL NUEVO ORDEN MUNDIAL**

Por VICENTE HUESO GARCÍA

*HUNTINGTON, Samuel P. **The clash of civilizations and remarking of world order**, 1ª edición editada en 1997 en Nueva York por Simon and Schuster (1ª edición española traducida en 1997 y publicada por Ediciones Paidós en Barcelona), 12 capítulos, 422 pags.*

El autor es profesor de Ciencias Políticas y director del John M. Olin Institute for Strategic Studies de la Universidad de Harvard. En 1977 entró a formar parte del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca hasta 1978. Miembro de la Presidential Task Force on International Development (1969-1970), de la Commission on the United States-Latin American Relations (1974-1976) y de la Commission on Integrated Long-Term Strategy (1986-1988), así como presidente del Defense and Arms Control Study Group of the Democratic Advisory Council (1974-1976), es autor de libros como *The soldier and the State: The Theory and Politics of Civil-Military Relations* (1975), *The Common Defense: Strategy Programs in National Politics* (1961), *El orden político en las sociedades en cambio* (1968) y *La tercera ola* (1991).

La obra resulta particularmente atrayente para aquellos que se interesen por la sociología de los conflictos y de las relaciones internacionales. El desarrollo y lenguaje empleados son asequibles tanto al mundo militar como universitario.

Cuando se aproxima el final de un milenio se suscita habitualmente el debate geopolítico sobre dónde se encuentra y hacia dónde avanza la sociedad internacional. El final del siglo XX, donde nos hallamos, no es una excepción, pero además, ciertos acontecimientos, como el fracaso de las ideologías marxistas o la reunificación de Alemania, han avivado todavía más ese discurso.

¿Quiénes serán en el próximo siglo los principales actores internacionales? ¿Qué tipo de relaciones predominarán, de cooperación o de conflicto? ¿Cómo se estructurará el poder mundial? ¿Cuáles serán las causas y orígenes de los próximos conflictos? ¿Cuál será, en definitiva, el orden mundial? Son cuestiones, todas ellas, que se someten al estudio y consideración de intelectuales y pensadores. Así, en los últimos años se aprecian dos posiciones a la hora de responder a estos interrogantes. La visión optimista está encabezada por Francis Fukuyama, manifestada por mediación de su obra «El final de la Historia». La perspectiva pesimista se encuentra representada por Samuel Huntington cuya tesis, expuesta en «el choque de las civilizaciones», intenta socavar los argumentos optimistas.

En 1993, Samuel Huntington publicaba en la revista *Foreign Affairs* un artículo titulado «The Clash of Civilizations?» («El choque de las civilizaciones»). Dicho artículo levantó las reacciones y los comentarios más diversos a favor y en contra de las tesis allí vertidas por el autor. Dado el interés suscitado, Huntington decidió escribir el presente libro para dar una argumentación más completa y documentada a los juicios expresados en aquel artículo.

El tema central de la obra de Huntington es que:

*«Las identidades culturales, que en su nivel más amplio son las civilizaciones, están configurando las pautas de cohesión, desintegración y conflicto en el mundo de la posguerra fría».*

A juicio del autor, los conflictos en el futuro no tendrán como principal causa raíces ideológicas o económicas, sino más bien culturales.

*«El choque entre las civilizaciones dominará la política a escala mundial; las líneas divisorias entre las civilizaciones serán los frentes de batalla del futuro».*

A medida que la gente se vaya definiendo por su etnia o religión, Occidente se encontrará más y más enfrentado con las civilizaciones no occidentales que rechazarán frontalmente sus más genuinos ideales y valores. Para Huntington, los conflictos que han de venir estarán localizados en las líneas de separación de las diferentes civilizaciones.

Para demostrar su tesis, el autor divide el libro en cinco partes. En la primera parte, Huntington quiere llevar al lector a la convicción de que después de la caída del comunismo, y a pesar de la creencia generalmente extendida, no se está produciendo en la sociedad internacional una occidentalización de la misma, ni tampoco ninguna civilización reúne los requisitos básicos para convertirse en universal; más bien la sociedad actual tiene, cada vez más, un carácter multicultural y multipolar. En la segunda parte, analiza cómo se está realizando un cambio de equilibrio de poder entre las civilizaciones y los efectos desestabilizadores que tal proceso tendrá en el orden mundial a largo plazo. En la tercera parte se encuentra la argumentación central de la tesis inicial: el nuevo orden mundial basado en las civilizaciones condiciona las relaciones entre los actores internacionales. Los que comparten afinidades culturales tenderán a una mayor cooperación; por el contrario, la cooperación entre sociedades de civilizaciones distintas será más turbulenta. En el cuarto capítulo, estudia cómo las pretensiones de los estados centrales de occidente en convertir su civilización en universal provocará cada vez más conflictos con otras civilizaciones. Las guerras, a juicio de Huntington, tendrán lugar principalmente en las líneas de fractura (líneas de división) de las civilizaciones. En el quinto y último capítulo, afirma que una nueva guerra mundial sólo se podrá evitar si los líderes mundiales aceptan la naturaleza de ese nuevo orden mundial.

El desplome del sistema bipolar ha supuesto, según el autor, que las distinciones ideológicas y políticas que unían o separaban a los pueblos hayan perdido sentido; por otro lado, el derribo de las barreras ideológicas ha acelerado el fenómeno de la globalización debido a la técnica, a las comunicaciones, a la producción y al comercio. Todo ello ha contribuido a una crisis de identidad en el mundo como reacción a esa globalización. La gente necesita tener un marco de referencia, una identificación, por eso se vuelven a buscar las raíces religiosas, culturales y familiares. Como Huntington afirma:

*«Las personas definen su identidad por lo que no son; a medida que el incremento de las comunicaciones, el comercio y los viajes multiplican las interacciones entre civilizaciones, la gente va concediendo cada vez más importancia a su identidad desde el punto de vista de la civilización».*

La entidad cultural más amplia es la civilización. Aunque todas las civilizaciones se caracterizan por tener en común unos valores, costumbres, instituciones e historia, la religión es la característica definitoria básica de las civilizaciones. Christopher Bawson apoya esta afirmación, al observar que

las grandes religiones son los fundamentos sobre los que descansan las grandes civilizaciones. Por eso el resurgimiento religioso está aparejado al auge de las civilizaciones. De las cinco religiones mundiales que distinguía Max Weber, cuatro (cristianismo, islam, hinduismo y confucianismo) son grandes civilizaciones.

Al analizar la conexión entre civilización y religión, Samuel Huntington ofrece unas percepciones importantes sobre el papel de la religión como fuerza cultural en la política (y, en particular, sobre la estrecha conexión entre la democracia y la Cristiandad, especialmente la protestante o evangélica). Las democracias más liberales hoy en día se encuentran en los países cristianos; incluso la transición de Corea del Sur a la democracia, señala, siguió a la conversión de gran número de personas a la fe cristiana. De forma similar, las revoluciones democráticas de Latinoamérica en la década de 1980 coincidieron con una reconversión de un importante número de latinoamericanos del catolicismo romano a las religiones evangélicas más individualistas.

Posteriormente el autor se pregunta: ¿está el mundo convergiendo hacia una civilización universal? El fracaso de la ideología comunista hacía suponer el final de todo conflicto importante y el comienzo de un mundo relativamente armonioso. Fukuyama sostenía que: *«el punto final de la evolución ideológica del género humano y la universalización de la democracia liberal occidental como forma de gobierno humano»*.

Como este autor, otros afirmaban que estábamos siendo testigos, al final del siglo XX, del nacimiento de una civilización universal y ésta no podía ser otra que la civilización Occidental. Huntington es reticente a aceptar la implantación de una civilización única en el mundo y mucho menos a que hipotéticamente pudiera ser la Occidental. Considera que:

*«Las distintas sociedades compartan ciertos valores básicos, como que el asesinato es malo, y ciertas instituciones básicas, como alguna forma de familia, no significan que se avanza hacia una civilización universal, ya que esas características comunes son propias de la humanidad, de la naturaleza del ser humano. Si el término civilización se eleva y restringe a lo que es común a la humanidad como un todo, o hemos de inventar un nuevo término para referirnos a los agrupamientos culturales más amplios, pero inferiores a la humanidad global, o tenemos que dar por sentado que esos vastos agrupamientos de amplitud inferior (civilización, nación, tribu, etc.), a la humanidad se están esfumando»*.

El autor plantea una de las partes más controvertidas de su tesis, demostrar que no se está produciendo una «occidentalización» en la tierra. Para ello subraya la diferencia entre valores culturales, modernidad y formas políticas.

Primero, el universalismo es la ideología de Occidente en sus confrontaciones con las culturas no occidentales. «*Lo que para Occidente es universalismo para el resto del mundo es imperialismo*». Occidente intenta, para mantener su posición preeminente y defender sus intereses, que estos sean los intereses de la comunidad internacional. Ese pretendido universalismo de Occidente tendrá en el futuro menor consistencia porque su civilización ha iniciado el declive, que se manifiesta en varios campos, aunque todavía seguirá siendo la civilización predominante hasta bien entrado el siglo XXI. Occidente está perdiendo control sobre el territorio (66 millones de km<sup>2</sup> en 1920 a 32,5 millones de km<sup>2</sup> en 1993); está disminuyendo su población mundial (48% de la población mundial en 1920 al 13% en 1995); está perdiendo cuota de producción económica (en 1950 poseía el 64% del PIB mundial; en 1992 apenas llega al 49%); y también en potencial militar, aunque sólo en los aspectos cuantitativos.

El espacio dejado por un cuerpo tiende a ser ocupado inmediatamente por otro, la decadencia de Occidente está dando origen al ascenso de otras civilizaciones, fundamentalmente la sínica y la islámica. El autor observa dos procesos aparejados, si bien evolucionan en sentido contrario. El declinar de una civilización significa una menor capacidad para imponer o transmitir al resto del mundo su conducta y valores, al tiempo que los que emergen adquieren mayor confianza en los valores e instituciones que los sustentan, provocando un resurgimiento de su cultura, que de forma gráfica denomina, «indigenización». Por tanto, a la vista de este proceso descrito, la «occidentalización» está en franco retroceso, si bien nunca sigue una línea recta, más bien sufre avances y retrocesos, primero por la pérdida paulatina de fuerza de esa civilización, Occidente, y segundo por el auge de las otras, especialmente las situadas en el sureste asiático y el islam.

Por otro lado, en opinión de Huntington, modernización no significa necesariamente occidentalización que:

*«Las sociedades no occidentales se pueden modernizar y se han modernizado de hecho sin abandonar sus propias culturas y sin adoptar indiscriminadamente valores, instituciones y prácticas occidentales».*

La modernización, por el contrario, desde el punto de vista del autor, fortalece esas culturas y reduce el poder relativo de Occidente. Y agrega que *«en muchos aspectos, el mundo se está haciendo más moderno y menos occidental»*. Pone como ejemplo que, además de Japón, Singapur, Taiwán, Arabia Saudí y, en menor grado Irán, se han convertido en sociedades modernas sin hacerse occidentales. Sin embargo, Japón culturalmente no pertenece al Oeste, y difiere de Singapur, Arabia Saudí y especialmente de Irán por tener un sistema político basado en una democracia liberal. Esto no significa que los occidentales se sientan como en casa dentro de la sociedad japonesa y viceversa. Adoptar una determinada forma política, en este caso una democracia liberal, tampoco significa occidentalización, pues por eso no se quebranta su cultura. En sentido contrario, tampoco significa que los norteamericanos, que en la década de los setenta y ochenta, consumieron millones de coches, televisores, cámaras y artilugios electrónicos japoneses se «niponizaron», es más, se volvieron considerablemente más hostiles respecto a Japón. Concluye con otro ejemplo clarificador:

*«En un lugar cualquiera de Oriente próximo u Oriente medio, media docena de jóvenes podrían perfectamente vestir vaqueros, beber Coca-Cola, escuchar rap y, entre inclinación e inclinación hacia La Meca, montar una bomba para hacer estallar un avión estadounidense de pasajeros».*

Samuel Huntington cree que el resurgimiento, en el mundo contemporáneo, de la identificación cultural por encima de otras identificaciones como la ideológica, está produciendo nuevas afiliaciones y antagonismos en todo el globo. Las relaciones de cooperación o de conflictividad entre los principales actores internacionales están condicionadas por la identificación cultural. La cultura común estimula la cooperación entre Estados y grupos que comparten dicha cultura, fenómeno que se puede constatar en las distintas modalidades de asociación que están surgiendo entre países de la misma civilización. Ello se debe a que los componentes de las alianzas o asociaciones requieren para su cooperación confianza, y la confianza brota muy fácilmente de los valores y la cultura comunes. Así, el éxito de la OTAN se ha debido en gran parte al hecho de que es la organización central de seguridad de unos países occidentales con valores y presupuestos filosóficos comunes. Por el contrario la OSCE y la ASEAN, son organizaciones multiculturales, con valores e intereses dispares, planteando obstáculos importantes a que ambas organizaciones desarrollen plenamente sus funciones estatutarias.

Aplicando los mismos criterios de identificación cultural, se puede entender el comportamiento de la OTAN a la hora de incluir en una primera ampliación a países que tradicionalmente han sido parte de la cristiandad occidental (Polonia, Hungría y la República Checa). Sin embargo, no se ha invitado a Bulgaria o Rumanía, países que pertenecen al mundo ortodoxo. En clave también civilizacional se puede interpretar la falta de entusiasmo de los Estados parte de la Unión Europea para que Turquía ingrese en la Unión. A pesar de que este país islámico ha sido un importante bastión de la OTAN durante la guerra fría, es improbable que en un escenario donde imperan los valores culturales, ingrese Turquía en una organización eminentemente occidental como la UE. El caso que aparentemente rompe la tesis del libro es Grecia, pero según el autor, esta Nación ha sido la patria de la civilización clásica y, a diferencia de los turcos, los griegos se han considerado a lo largo de la historia vanguardia del cristianismo.

Él observa que el mundo de las civilizaciones desarrolla sus propias estructuras, al igual que existieron durante la guerra fría. Cada civilización suele tener Estados centrales, que son los líderes de dicha civilización, normalmente los más poderosos y culturalmente más fundamentales. El número y papel de los Estados centrales varía de una civilización a otras y puede cambiar con el tiempo. Las civilizaciones sínica, ortodoxa e hindú tienen cada una un Estado central abrumadoramente dominante (China, Rusia y la India respectivamente). Occidente cuenta con Estados Unidos y, en Europa, el núcleo franco-alemán, con Gran Bretaña como centro adicional de poder a la deriva entre ambos. El islam, Latinoamérica y África carecen de Estados centrales. Esto se debe en parte al imperialismo de las potencias occidentales, que se repartieron África, Oriente Próximo y Medio y, en siglos anteriores y de forma menos decisiva, Latinoamérica.

El hecho que una civilización emergente como la islámica no tenga uno o varios Estados centrales, es un factor de inestabilidad, pues como él afirma: «*Una conciencia sin cohesión es una fuente de debilidad para el islam y fuente de amenaza para otras civilizaciones*». Pero esta situación prevalecerá en el futuro, pues no hay ningún Estado musulmán que disponga de la suficiente capacidad de liderazgo para convertirse en Estado central de esa cultura.

La identificación cultural también es y será la principal fuente de inestabilidad. Los conflictos serán predominantemente «intercivilizatorios», adaptando dos formas, que según Huntington son:

*«En el plano particular o micronivel, los conflictos de línea de fractura se producen entre Estados vecinos pertenecientes a civilizaciones diferentes, entre grupos de diferentes civilizaciones dentro de un Estado... En el plano mundial o universal, los conflictos de Estados centrales se producen entre los grandes Estados de diferentes civilizaciones».*

El primer gran conflicto entre civilizaciones de la posguerra fría ha sido la guerra del Golfo, con anterioridad la guerra soviético-afgana. Los diferentes conflictos acontecidos en la antigua Yugoslavia también han sido conflictos de línea de fractura. Si bien, las guerras entre diferentes clanes, tribus, grupos étnicos, comunidades religiosas y naciones no son una novedad, ya que han predominado en todas las épocas.

Este tipo de guerras tiene en común con las guerras colectivas en general, que son conflictos prolongados; son difíciles de resolver mediante negociaciones y compromisos; son guerras intermitentes con períodos de gran violencia, alternados con otros de baja; y tienden a producir altas cifras de muertos y refugiados. Por el contrario, se diferencian de las guerras colectivas, en que las guerras de líneas de fractura se producen casi siempre entre pueblos de religiones diferentes; y en que estas guerras son, por definición, entre grupos que forman parte de entidades culturales mayores, siendo propensas a la internacionalización.

Algunas civilizaciones son más propensas al conflicto que otras. En el ámbito local, los musulmanes son, en la última década, la civilización más belicosa con sus vecinos no musulmanes. Aproximadamente de dos tercias a tres cuartas partes de las guerras entre civilizaciones eran entre musulmanes y no musulmanes. Además, los Estados musulmanes han sido muy adictos a recurrir a la violencia en crisis internacionales, empleándola para resolver 76 de 142 crisis en que estuvieron implicados entre 1928 y 1979. Estos datos le llevan a concluir que:

*«La belicosidad y violencia musulmanas son hechos de finales del siglo XX que ni musulmanes ni no musulmanes pueden negar»*

Las razones de esta agresividad se sintetizan en razones históricas; en las pautas demográficas seguidas por los países musulmanes que producen presiones políticas, económicas, sociales y en ocasiones conducen a medidas militares en las líneas de fractura del islam; y en la falta de integración, por un lado, de las minorías musulmanes en civilizaciones no musulmanas, y en la falta, por otro lado, de voluntad de los mismos musulmanes en incorporar a las minorías no islámicas residentes en sus territorios.

A nivel mundial, los enfrentamientos más intensos tienen lugar entre sociedades musulmanas y asiáticas, especialmente la sínica, por una parte, y Occidente, por otra. Aunque las civilizaciones islámica y sínica difieren en puntos fundamentales desde el punto de vista de la religión, la cultura, la estructura social, las tradiciones, la política y los supuestos básicos que se encuentran en las raíces de su forma de vida, sin embargo, ambas consideran que Occidente es el enemigo a batir, pues la civilización occidental intenta exportar su modelo de vida para mantener su imperialismo. La lucha de Occidente para frenar la proliferación de armas, especialmente las de destrucción masiva, es visto por estas civilizaciones como un medio occidental para seguir manteniendo su superioridad militar. La promoción de los valores democráticos y los derechos humanos, dentro de Estados que están teniendo grandes éxitos económicos, son considerados intromisiones en asuntos internos, dirigidos para combatir su expansión económica. Además, el éxito económico aumenta la confianza en los valores propios, especialmente en el caso confucionista, lo que les hace más inmunes a los valores occidentales y produce rechazo, por parte de estas civilizaciones, ante cualquier presión que intente convertirlos al occidentalismo. Finalmente, la emigración hacia los países occidentales está originando grandes desequilibrios étnicos en los Estados más desarrollados del mundo libre. Esta situación es vista por Occidente como un problema de seguridad. La xenofobia de los pueblos hacia los inmigrantes no occidentales junto con las políticas de inmigración restrictiva, crea resentimiento en las civilizaciones que exportan emigrantes, especialmente en la islámica.

Todas estas razones son las que llevan al autor a deducir que la conflictividad con Occidente aumentará en el futuro, siempre y cuando Occidente no maneje las estrategias apropiadas para minimizar esas diferencias. Una conflagración mundial entre las principales civilizaciones, bajo los auspicios de los Estados centrales, es improbable pero no imposible. Los conflictos serán locales en las líneas de fractura de las civilizaciones, que se podrán ir ampliando según los diferentes Estados apoyen a sus homólogos «civilizatorios».

Estos conflictos podrán ser aminorados según la capacidad de comprensión y cooperación de los líderes políticos e intelectuales de las principales civilizaciones del mundo. Huntington termina su tesis afirmando que:

*«En la época que está surgiendo, los choques de civilizaciones son la mayor amenaza para la paz mundial, y un orden internacional basado en las civilizaciones es la protección más segura contra la guerra mundial».*

**ZBIGNIEW BRZEZINSKI**

**EL GRAN TABLERO DE AJEDRÉZ**

---

**EL MUNDO VISTO DESDE EL PRISMA GEOPOLITICO  
NORTEAMERICANO**

Por JOSÉ M<sup>a</sup>. PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ DE OLEA

*BRZEZINSKI, Zbigniew. The Grand Chessboard (1997), BasicBooks, Washington D.C., 6 capítulos, 273 pag.s. (Hasta el momento no está traducido al español).*

Zbigniew Brzezinski nació en Varsovia el 28 de marzo de 1928. A pesar de estar plenamente identificado con su nacionalidad de adopción y con el sistema de valores norteamericanos, su origen polaco aporta a su personalidad intelectual un profundo conocimiento de la realidad histórica y psicológica europea, así como una interpretación cristiana (romana) del mundo occidental.

Después de emigrar a los EEUU, estudió en las universidades de McGill y Harvard, obteniendo en esta última el grado de Doctor en ciencias políticas en 1953. Se inició en el ámbito de la enseñanza como profesor asistente en el Centro de Investigación Rusa y Política Internacional de la Universidad de Harvard desde 1953 a 1956. Ha sido profesor en la Universidad de Columbia (1960-62) y (1981-89). Desde 1989 es profesor de política exterior norteamericana en el Colegio de Estudios Internacionales Avanzados Paul Nitze de la Universidad John Hopkins.

El doctor Brzezinski ha desarrollado además una importante carrera política. Fue director de la Comisión Trilateral (1973-76) y consejero de seguridad nacional del presidente Carter (1977-81). Es consejero del «Center for Strategic and International Studies» y miembro de la dirección del «National Endowment for Democracy». En 1981 recibió la Medalla Presidencial de la Libertad por su participación en la normalización de las relaciones chino-norteamericanas y su contribución a la política de los EEUU en materia de derechos humanos y seguridad nacional.

Autor de numerosos libros y artículos, en sus obras comunica de un modo muy directo, claro y ordenado el mensaje que quiere transmitir. Durante la Guerra Fría destacó como uno de los soviólogos más notables con obras como «Political Power: USA-USSR» (1964), «Africa and the Communist World» (1963), «Soviet Bloc Unity and Conflict» (1967) «Ideology & Power in Soviet Politics» (1976). En otras obras fue ensanchando el horizonte de sus estudios estratégicos: «The fragile Blossom; Crises and Change in Japan» (1972), «Between Two Ages» (1976).

Tras su experiencia como asesor presidencial, en «Power and Principle» (1983) recogió las memorias de los acontecimientos de los que él había sido testigo y expuso interesantes reflexiones sobre el papel de los EEUU en el mundo. En su obra «Game Plan» (1986) trató con gran acierto los interrogantes que se planteaban tras la elección de Gorbachov como nuevo líder soviético. Su libro «The Birth and Death of Communism in the 20th Century» (1990) llegó a ser todo un *bestseller*. «The Grand Failure» (1989) y «Out of Control» (1993) son libros en los que el autor estudió momentos clave en la crisis rusa y se interesó por el nuevo orden mundial.

Su obra «THE GRAND CHESSBOARD» tiene dos finalidades claras: en primer lugar, definir las líneas maestras de la política exterior norteamericana que permitan a los EEUU seguir actuando como único gran árbitro global de las relaciones internacionales. Y en segundo lugar, convencer a la gran nación americana de lo esencial que es para la paz en el mundo que los EEUU mantengan su posición de única gran potencia mundial dominante.

El título del libro «El gran tablero de ajedrez» ya da a entender de un modo inequívoco que se trata de un enfoque geopolítico. A pesar de estar escrita desde un punto de vista específicamente norteamericano, se trata de una obra imprescindible para todo aquel que se interese por el juego de tendencias, tensiones, relaciones y equilibrios que están perfilando el modelo de relaciones internacionales de las próximas décadas. La sencillez del lenguaje y el gran orden en la estructura hace que la obra sea asequible a un amplio espectro de lectores.

En el primer capítulo Brzezinski analiza los principales imperios hegemónicos que ha conocido la historia y llega a la conclusión de que ninguno antes había disfrutado de una dimensión tan planetaria y de una pretensión tan universal de sus dogmas como los EEUU en la actualidad.

*«La supremacía mundial de los EEUU es única tanto por su dimensión como por su naturaleza. Se trata de una hegemonía de un tipo nuevo que refleja, en muchos aspectos, el sistema democrático americano: es pluralista, permeable y flexible».*

La influencia de Roma descansó sobre la superioridad de su organización militar y sobre la aureola de su cultura. La dominación china se apoyó en una burocracia eficiente capaz de administrar un imperio fundado sobre una identidad étnica común y reforzado por una marcada conciencia de su superioridad cultural. El poder del Imperio mongol combinaba unas tácticas militares inéditas con una tendencia a la asimilación de lo mejor de los pueblos conquistados. Las potencias europeas plantaron sus banderas allí donde consiguieron abrir rutas comerciales y utilizaron la superioridad de su organización militar y de sus recursos culturales para asentar su poder.

El más extenso de estos imperios fue el mongol que llegó a abarcar casi la totalidad de Eurasia. Los imperios europeos, consiguieron dominar grandes extensiones de ultramar, pero no llegaron a tener un control global del propio territorio europeo. Con el desmoronamiento de la URSS, se ha producido una situación sin precedentes: por primera vez una potencia exterior al continente europeo se ha constituido en árbitro de las relaciones entre los estados de Eurasia y además en potencia global dominante. Los EEUU se han convertido en la primera potencia a la que se le puede denominar con toda propiedad como *potencia mundial*.

*«El poder global al que han llegado los EEUU es por tanto único, por su envergadura y su ubicuidad. América controla no solamente la totalidad de los océanos y mares sino que además dispone de fuerzas anfibas que le permiten intervenir en todas partes. Sus «legiones» ocupan posiciones seguras en los extremos este y oeste del continente euroasiático, y controlan también el Golfo pérsico. Sus vasallos y tributarios están repartidos por todos los continentes».*

El dinamismo de la economía norteamericana, su nivel tecnológico y su capacidad militar explican su primacía global. También hay que considerar la importancia de la dominación norteamericana sobre las comunicaciones globales, la cultura y los espectáculos de masas. A medida que el modelo democrático de inspiración norteamericana y su sistema liberal de mercado ganan terreno en el mundo, se crea un contexto propicio al ejercicio indirecto y aparentemente consensuado de la hegemonía norteamericana.

Para Brzezinski es evidente que ninguna potencia puede rivalizar hoy en día con los EEUU en los cuatro dominios clave -militar, económico, tecnológico y cultural- que hacen que una potencia sea global. Desde la perspectiva actual parece razonable pensar que tienen que pasar como mínimo dos décadas antes de que pueda surgir otra potencia que rivalice con los EEUU.

En el segundo capítulo el autor presenta una actualización de los principios básicos de una geopolítica mundial. Hoy ya no se trata de identificar la zona geográfica de Eurasia que puede servir de base para dominar el continente, ni de comparar las ventajas relativas del poderío terrestre y naval.

*«Pasando de la escala regional a una aproximación planetaria, la geopolítica postula que la preeminencia sobre el continente euroasiático sirve de punto de anclaje de la dominación global. Los EEUU, potencia exterior a Eurasia, disfrutan de la primacía internacional gracias a su presencia directa sobre tres zonas periféricas del continente, posiciones que extienden su radio de acción hasta los Estados del hinterland continental».*

Para Brzezinski en el nuevo mapa político de Eurasia se pueden identificar cinco actores geoestratégicos: Francia, Alemania, Rusia, China y la India, y cinco pivotes geopolíticos: Ucrania, Azerbaiyán, Corea, Turquía e Irán.

En los capítulos tres al seis, el autor describe en detalle el tablero de ajedrez y propone el modo como los EEUU deben posicionar sus fichas. Washington deben desplegar de un modo selectivo sus recursos sobre el gigantesco tablero euroasiático, y, puesto que la potencia sin precedentes de que disfruta está llamada a declinar con el paso del tiempo, la prioridad geoestratégica debe ponerse en evitar la emergencia de nuevas potencias con aspiraciones mundiales. Para ello, a corto plazo, es de interés para los EEUU consolidar el pluralismo geopolítico que domina el mapa eurasiático y evitar con maniobras políticas la formación de una coalición hostil.

A medio plazo, los EEUU deben propiciar un sistema de seguridad transeuroasiático en estrecha relación con las potencias emergentes. Como objetivo específico Washington debería favorecer una Europa más unida y políticamente mejor definida con la que poder asociarse en paridad; debería también colaborar con una China predominante a nivel regional y con una Rusia vuelta hacia Europa así como con una India democrática que juegue un papel estabilizador del área meridional. En caso favorable, a largo

plazo, la situación puede evolucionar hacia la creación de un núcleo mundial de responsabilidad verdaderamente compartida en materia política.

*«Las ampliaciones de Europa y de la OTAN servirán tanto a los objetivos a corto como a más largo plazo de la política americana. Una Europa más vasta permitiría reducir el alcance de la influencia americana sin crear al mismo tiempo una Europa tan integrada políticamente que pudiera competir con los EEUU en las regiones importantes para ellos, como Oriente Medio».*

Para el autor es evidente que la consecución de una Europa más unida es una tarea que incumbe esencialmente a los europeos y muy en particular a alemanes y franceses. Los EEUU podrían, no obstante obstaculizar dicho proceso, lo que sería desastroso para los intereses norteamericanos.

*«Un tratado transatlántico de libre-comercio, en favor del cual ya se han pronunciado muchas personalidades eminentes, reduciría igualmente el riesgo de ver como se desarrolla una rivalidad económica entre los EEUU y una Unión Europea más unida».*

Para la asimilación progresiva de Rusia en un sistema de cooperación mundial, es también esencial que Europa esté bien definida en el plano político. El futuro papel de Rusia es, sin lugar a duda, uno de los elementos esenciales para definir un modelo estable y seguro de ordenamiento mundial. Sin embargo, si hubiera que elegir entre la ampliación de un sistema euroatlántico y la mejora de las relaciones con Rusia, EEUU debería favorecer la primera opción.

Lo que sí puede ayudar considerablemente a disipar las legítimas preocupaciones rusas, es que toda ampliación de la OTAN hacia Europa central se haga teniendo en cuenta la necesidad de la reciprocidad en los parámetros de la seguridad regional. Esto supone aceptar restricciones en cuanto al despliegue de tropas de la OTAN y de armas nucleares en los territorios de los nuevos Estados miembros. Por otra parte, Rusia se sentiría más inclinada a elegir la opción europeísta si los EEUU refuerzan el pluralismo geopolítico en el «agujero negro» que se ha formado en el espacio de las repúblicas disgregadas de la Unión Soviética.

El apoyo económico y político a los nuevos Estados forma parte de una estrategia más amplia que afecta a toda Eurasia. La consolidación de una Ucrania soberana estrechamente ligada a Europa central es el elemento crucial de esta política.

Todo el bajo vientre ruso hace hoy frontera con una área de poder vacante y particularmente rico en recursos energéticos que el autor denomina el «Balcán euroasiático» y que se caracteriza por una multiplicidad confusa de conflictos étnicos y religiosos y por rivalidades regionales de gran envergadura. De forma oblonga esta área se extiende por todas las repúblicas exsoviéticas de Asia central y el Cáucaso meridional además de Afganistán y amplias zonas fronterizas de Turquía, Irán, China y la misma Rusia.

El Balcán euroasiático es el corazón de una zona aún más amplia y toda ella extremadamente inestable que además engloba la región del golfo Pérsico, Oriente Medio y parte del sud-este de Europa y de Asia meridional. La inestabilidad de estos últimos territorios queda, no obstante, atemperada por la hegemonía de una potencia única, los EEUU, que hace el papel de árbitro en la zona.

La política de construcción de oleoductos y gasoductos que diversifique las vías de acceso a los recursos de la zona denominada por el autor Balcán euroasiático, es por tanto clave para evitar intentos hegemónicos sobre un espacio donde el poder vacante genera a su vez efecto de absorción por parte de las potencias exteriores: Rusia, Turquía, Irán y China.

*«Si los EEUU desean un Cáucaso meridional y una Asia central estables e independientes, éstos deben procurar no alienar a Turquía y deben considerar la posibilidad de mejorar sus relaciones con Irán. Si Turquía se siente excluida de Europa, en la cual intenta integrarse, será favorable a un aumento del islamismo».*

Para Brzezinski, si Europa cierra sus puertas a Turquía, pone en peligro todos los difíciles equilibrios que asientan sobre Turquía uno de sus pilares. Oriente Medio, el Cáucaso, Asia Central y la relación de los países occidentales con el mundo árabe necesitan una Turquía estable y capaz de hacer su función de catalizador de culturas e intereses distintos.

La reconciliación de los EEUU e Irán es posible sobre la base del interés común por la estabilización del entorno iraní, el paso de los oleoductos y gasoductos por su territorio y el valor de Irán como contrapeso tanto hacia Irak como Rusia. Los dirigentes iraníes terminarán comprendiendo que los EEUU verían con buenos ojos un aumento del poder de Irán, a pesar del sentimiento religioso, a condición de que éste no se tradujera en un sentimiento antioccidental fanático.

La India juega un papel clave para oponerse a la tesis de que los derechos humanos y la democracia son valores occidentales. Una derrota geopolítica de este país daría un tiro de gracia a las perspectivas democratizadoras en Asia y eliminaría del tablero euroasiático una potencia que es factor equilibrador primordial, sobre todo una vez que China acceda a una posición dominante.

A largo plazo, el autor afirma sin titubeos que China es la potencia que ha de requerir la máxima atención estratégica por parte de los EEUU. Es la nación que reúne las mejores condiciones para disputar la hegemonía a los EEUU y al mismo tiempo existen intereses comunes que pueden favorecer fuertes vínculos entre ambos Estados.

*«Tomada Eurasia en su conjunto, solo una profundización de la entente estratégica entre los EEUU y China podría enraizar el pluralismo. En consecuencia, la política dirigida a incluir esta última en un diálogo estratégico serio -incluso tripartito, si se incluye a Japón- representa la primera etapa necesaria para incitarla a interesarse por una entente con América».*

Incumbe a los EEUU borrar toda incertidumbre respecto de su posición favorable a una China única, si no se quiere que el problema taiwanés se agrave. Al mismo tiempo, a China le interesa que esta reintegración sirva como prueba de que una Gran China puede tolerar y garantizar más diversidad en política interior. Un siguiente paso sería aceptar a China como potencia regional y tratarla de modo simbólico como un actor esencial en el gran escenario mundial. De ese modo se atraería a China hacia un modelo de cooperación internacional y se frenarían sus ambiciones más peligrosas.

Japón tiene limitada su capacidad para desarrollar un importante papel regional debido a la profunda aversión que suscita en sus vecinos asiáticos. No obstante en el ámbito internacional puede y debe canalizar la legítima aspiración de la nación de tener un protagonismo acorde con sus capacidades.

*«De hecho es crucial que los esfuerzos desplegados por los EEUU para desarrollar sus relaciones estratégicas con China se fundamenten sobre el reconocimiento objetivo de que Japón, país democrático y modelo de éxito económico, constituye el aliado principal y el socio mundial clave de América en el Pacífico».*

Después de haber presentado una visión fría y geopolítica del mundo y sus relaciones de poder, el libro concluye en un tono moralista que refleja, no obstante, las convicciones más profundas del autor.

Parece evidente que a largo plazo la política global tienda a ser cada vez menos propicia a la concentración de un poder hegemónico en las manos de un solo Estado. El conocimiento, condición del poder, se hace más difuso, está más distribuido y se resiste a los límites fronterizos. El poder económico vive también un proceso de dispersión. En consecuencia América no es solo la primera superpotencia global sino que será probablemente la última.

El recurso a la guerra no parece que vaya a caer en desuso. Puede ser que se haya convertido en un lujo que solo se pueden permitir los pueblos más pobres, que resultan ser dos tercios de la humanidad. Aunque hoy por hoy ni los conflictos internacionales ni el terrorismo han hecho uso de las armas de destrucción masivas, tampoco podemos saber por cuanto tiempo seguirá siendo así. Frente a un futuro tan abierto e incierto, la cuestión clave es saber ¿qué herencia legarán los EEUU al resto del mundo?

*«La política americana debe marcarse objetivos generosos y visionarios. Debe favorecer las relaciones necesarias para una verdadera cooperación mundial de acuerdo con las tendencias a largo plazo y los intereses fundamentales de la humanidad. La aparición de un competidor en Eurasia, capaz de dominar el continente y de desafiar a América pondría en peligro estos objetivos».*

Brzezinski considera que la oportunidad de afrontar el futuro desde un orden internacional más justo y estable depende de la duración de la hegemonía americana y de la energía de la nación. Los EEUU se encuentran por tanto frente a una responsabilidad de orden histórico de la que puede depender la paz y la seguridad del mundo.

El autor observa dudas y flaquezas en el seno de la nación. Por una parte, la sociedad norteamericana es cada vez más multicultural, lo que dificulta el consenso en cuestiones de política exterior y exigiría un alto grado de motivación doctrinal y de implicación intelectual y patriótica. Por otra parte el mundo occidental padece las consecuencias culturales del hedonismo y del declinar de los valores fundados en la religión.

La interpretación geopolítica del mundo se convierte además en un instrumento necesario para despertar en la opinión pública norteamericana la conciencia de su propia responsabilidad y la gravedad del reto histórico.

**CARLO JEAN**

**GUERRA, ESTRATEGIA Y SEGURIDAD**

---

**EL RESURGIR DE LA GEOPOLÍTICA Y EL USO DE LA FUERZA  
EN LA ÉPOCA «POST-ESTRATÉGICA»**

POR JOSÉ M<sup>a</sup>. ROMERO SERRANO

*JEAN, Carlo. GUERRA, STRATEGIA E SICUREZZA (1997). Ed. LATERZA. Roma.*

Las obras recientes de Carlo Jean hay que considerarlas en la trilogía que forman «Geopolítica» (1995), «L'uso della forza» (1996) y «Guerra, strategia e sicurezza» (1997). De esta manera, el autor se mueve desde el nivel superior de la estrategia hasta las implicaciones del nivel inferior del uso de la fuerza. El conjunto combina aspecto teóricos, procesos históricos de doctrinas y escuelas geopolíticas y de pensamiento, y su aplicación y vigencia en el mundo actual; en última referencia siempre aparece la aplicación al caso de Italia.

Carlo Jean nació en Mondoví en 1936. Es oficial alpino y profesor de estudios estratégicos en la LUISS y presidente del Centro de Altos Estudios de la Defensa. Colabora en diversas publicaciones, entre ellas «Limes. Rivista italiana di Geopolitica». Ha publicado y dirigido la redacción de diversos libros desde mediados de los ochenta, relacionados con los estudios estratégicos, la defensa y la historia de las fuerzas armadas. En definitiva, es un autor que está tratando de recuperar la tradición italiana de los estudios estratégicos.

Su trabajo está recomendado para aquellos lectores interesados en las disciplinas de la geopolítica y la estrategia.

Los estudiosos de geopolítica, según el autor, no son nunca neutrales, sino que siempre están comprometidos. «la geopolítica, en definitiva, no es más que la *geografía del príncipe*,...una reflexión que precede a la acción política».

Hoy asistimos a una recuperación del término y, así, el concepto de pan-región en un mundo multipolar, como aquél descrito por Kissinger, está muy próximo a los dibujados por los geopolíticos de primeros de siglo. La revisión de la teoría de Spykman, según la cual el centro propulsor de la conflictividad mundial está en el *rimland* y que la Unión soviética es el aliado natural de los EE.UU. en oposición a la unificación del anterior, concuerda con la actual política de «Rusia first». Incluso la rivalidad, basada en criterios de cooperación y competencia de las organizaciones económicas regionales, suscita de nuevo el interés por su estudio.

En la actualidad, la victoria occidental en la Guerra Fría parece abrir tres atractivos escenarios muy diferentes entre sí: Por un lado, el definido por Immanuel Wallerstein, que pronostica que el fin del comunismo producirá, a su vez, el desmoronamiento del capitalismo. Por su parte, Francis Fukuyama declara con «El fin de la historia» el triunfo incontestable de la democracia y del liberalismo. Finalmente, Samuel Huntington preve un mundo conflictivo, con enfrentamientos étnicos a nivel «micro» y choque entre civilizaciones a nivel «macro».

El autor, en este sentido, tampoco es optimista. y así argumenta:

*«La tendencia a reducir la geopolítica a la sola dimensión geoestratégica y ésta a la sola dimensión tecnológica, ha sido recurrente durante la Guerra Fría por la centralidad de la disuasión nuclear».*

Sin embargo, la garantía de la ventaja tecnológica tendrá un final, dado que a largo plazo las únicas victorias que cuentan son aquellas demográficas: «la historia enseña que la demografía determina la suerte de las civilizaciones». Por eso, Jean deja entrever que entre dos modelos estratégicos opuestos, el de asimilación de Roma y el de fortaleza de Bizancio, es preferible aproximarse al segundo.

Ahora bien, las nuevas tecnologías militares han erosionado una de las principales funciones del estado territorial que es la defensa de sus fronteras «naturales», garantizando a sus ciudadanos protección y seguridad. Si estas ya no son defendibles, la única defensa posible es el ataque estra-

tégico...lo cual es válido también en el campo geoeconómico; y es que Jean hace suya la afirmación de Luttwak (autor muy citado) de que la geoeconomía ha sustituido a la geopolítica y la geoestrategia en el mundo occidental. De hecho, la «terciarización» de la economía ha provocado que la importancia del espacio se haya atenuado. Si a esto sumamos que, además, estamos ante una creciente aportación de tecnología civil al campo militar, la conclusión es que:

*«Las potencias sólo geoeconómicas, como Alemania o el Japón, no podrán permanecer por más tiempo exclusivamente como tales. Tarde o temprano, se transformarán en potencias también militares, aunque no lo quieran».*

Para terminar con su primer libro **«Geopolítica»**, dos aportaciones importantes:

*«La cultura de cualquier pueblo, consecuencia de su experiencia histórica, de sus valores, de sus mitos y de su religión, es esencial ya que influye sobre su percepción y su representación geopolítica».*

El aspecto cultural también lo trataremos en su última obra. La segunda apreciación de interés versa sobre una observación de Tocqueville: las democracias, si entran en la guerra, no se arriesgan a limitarla. Por el contrario, están decididas a transformarla en una guerra total, llevada hasta el aniquilamiento del adversario. (Lo que nos hace reflexionar sobre el uso de la violencia por parte de las democracias.)

**«L'uso della forza»** es un libro a caballo de los dos ya citados. Recoge elementos del primero y los proyecta sobre el segundo, de tal manera que las aportaciones principales figuran en los otros dos. En este sentido, argumentos importantes están triplicados.

**«Guerra, strategia e sicurezza»** es una obra de inspiración clausewitziana. El libro está estructurado en 14 capítulos siguiendo la lógica de su título. Los cuatro primeros hablan de la guerra y del conflicto. Los seis siguientes se mueven en el campo de la estrategia y los cuatro últimos en el espectro de la nueva conflictividad, el pacifismo, la crisis y la seguridad.

Sobre la guerra nos trae a la actualidad la teoría profunda del pensador prusiano. Recupera la «asombrosa trilogía de la guerra» y la importancia de los centros de gravedad. Sin embargo, identifica cambios en el contexto internacional. Si antes se combatía por el poder mediante la agresión, hoy se busca la seguridad mediante el orden.

Conforma unas características de los conflictos modernos que son:

- La absoluta imprevisibilidad del fenómeno de la guerra, su carácter mutable y su inestabilidad estructural, parafraseando a Clausewitz, «La guerra es como un camaleón».
- Carece de un carácter lineal (causa-efecto).
- Existe una adecuación racional entre objetivos, costes y riesgos.
- La secuencia de la decisión comporta una interacción político militar.
- El proceso estratégico debe ser considerado en su globalidad.

Por todo ello, la guerra, superada la Guerra Fría, permanece como un fenómeno complejo, donde la estrategia se ha politizado y la política y la diplomacia se han militarizado. En occidente se busca un sistema de guerra «a cero muertos», lo que Luttwak ha denominado una «guerra post-heróica».

El autor incide en los dos componentes de la guerra; esto es, en la lucha de voluntades y en la prueba de fuerza. La primera es de naturaleza psicológica. Su ideal es conquistar sin combatir. El enfrentamiento puede ser directo, mediante la disuasión, la amenaza, entendido en su conjunto como «diplomacia de la violencia». Las voluntades pueden ser minadas indirectamente a través de una destrucción parcial de la fuerza.

La segunda es propiamente el combate. Aun así, existe una dialéctica entre ambas. Cada ataque es a la vez, una amenaza de ataque sucesivo y, al mismo tiempo, un gesto implícito que invita a la negociación.

La estrategia, «que no existe en la naturaleza sino sólo en la literatura, es un catalizador de campos diversos». Tiene dos concepciones contrapuestas, una clausewitziana, de continuidad entre la guerra y la paz, y la política y la estrategia, y una de la «escuela militarista» (Alemania 1871), con una suspensión de la política en caso de guerra, postergándola a su servicio. Es la política, no muy lejana, del «victory first».

El autor desarrolla aspectos conocidos sobre las dimensiones, el edificio de la estrategia, los modelos, los dilemas de la elección estratégica, la naturaleza, la dimensión espacial y temporal, la defensa y el ataque.

Sobre la elección estratégica advierte que está condicionada por unos costes y unos riesgos necesariamente bajos, lo que condicionará la ambición de los objetivos. En la naturaleza estratégica coexisten factores racionales (la lógica), irracionales (la emoción, el miedo y la violencia) y arracionales (la fricción). Incide, decididamente, en la importancia creciente del tiempo:

*«La sorpresa puede ser conseguida sólo con una extrema comprensión del tiempo...La nueva Revolución en los Asuntos Militares*

*(RMA.) está basada en la reducción de los tiempos informativos y decisionales más que en la extensión de los ataques desde el inicio sobre toda la profundidad del teatro de operaciones».*

La guerra es el arma del defensor...La capacidad de absorber pérdidas tiene, en guerra, una importancia igual si no mayor que la entidad de la fuerza empleada. La dialéctica entre la defensa y el ataque refleja la dialéctica típica de la lucha entre los dos adversarios que se desarrolla en el tiempo y en el espacio.

Retomando, como ya advertimos, el tema de la cultura, Carlo Jean formula unas reflexiones muy interesantes.

*«A propósito, sólo recientemente se ha reconocido la importancia de la cultura estratégica en la concepción de las doctrinas militares y sobre el modo de hacer la guerra...La cultura estratégica, en fín, influye el modo en que son conducidas las operaciones militares...»*

*«La estrategia, como la política, no se elabora en el vacío, sino es el reflejo de la cultura de cualquier pueblo...Sólo la comprensión de la cultura estratégica puede hacer comprensible las razones de determinadas elecciones o preferencias...»*

Y así ilustra con ejemplos como el de la Doctrina Truman y su relación con el «Destino Manifiesto», o la concepción de una estrategia «contravalor», contra las sociedades y sus recursos, generada durante la Guerra Civil Norteamericana en 1864.

En los siguientes capítulos va conformando su estudio sobre la estrategia. En el octavo, *Estrategia, geografía y tecnología*, afirma que por el influjo de la geografía, hoy, toda estrategia es una geoestrategia. Hace un repaso de los grandes nombres de la geopolítica y la estrategia y su principal aportación. Así son mencionados: Lacoste, Cohen, Corbett, Liddell Hart, Michael Howard, Paul Kennedy, Mahan, Tirpitz, Ratzel, Castex, Douhet, Mitchell, Trenchard, Seversky, Gengis Khan, los Toffler...que complementa la lista de los autores tratados en su libro de «Geopolítica».

En el capítulo noveno va *De la estrategia nuclear a la defensa no violenta*, estudiando formas como el terrorismo, la guerrilla, la guerra del pueblo, hasta el mismo modelo de Gandi, que no es otra cosa que una elección estratégica meditada y que el autor no relaciona con los modelos estratégicos clásicos que él mismo ha adoptado anteriormente, (nos referimos a la estrategia directa e indirecta según la importancia dada al uso de la fuerza militar).

En la *Planificación de la fuerza (cap.10)*, esquematiza los parámetros de la misma; esto es, la misión, los riesgos, la estrategia y los objetivos de fuerza y propone una metodología que bien puede estar basada en la amenaza, en la misión, en el techo presupuestario, en los escenarios, en la tecnología, en las capacidades o en los objetivos.

Sobre los *Conflictos étnicos y de identidad (cap.11)*, sitúa el control del territorio como centro de gravedad de la estrategia.

*«En este contexto, resulta fundamental la capacidad de la población de manifestar una fuerte actitud guerrillera, antes que militar...Esto hace hace potencialmente más aptos para los conflictos de base étnica aquella población que tiene un mito fundacional y una autopercepción basada en una identidad guerrillera, (ejemplo, la Krajina)».*

En el capítulo duodécimo, el autor examina el *Pacifismo, el desarme y el control de armamentos*, y justifica de forma razonada la tradición europea del pacifismo, desde principios de siglo, reforzado por el Pacto Briand-Kellog (1928), confirmado en los Acuerdos de Munich (1938) y que hoy abandera el disfrute de los dividendos de la paz. Según el autor, han sido las posiciones de fuerza, como aquella de Reagan, y no las de debilidad, recordando a Carter, las que han propiciado la paz.

Carlo Jean, asimismo, revisa la doctrina de la guerra justa y califica el control de armamentos como un componente esencial en la política de seguridad actual.

Los dos últimos capítulos están redactados tomando los conceptos más vigentes y cotidianos de *Operaciones de apoyo a la paz y gestión de crisis (cap.13)* y el de *Realidad y prospectiva de la seguridad en el mundo post-bipolar, (cap.14)*

En el primero, nos dice que «hoy, las crisis, son fases intermedias entre la paz y la guerra, y ya no son gestionables con señales, sino sólo con intervenciones efectivas». Y es que las «señales militares» como la puesta en alarma de la fuerza nuclear estratégica americana durante la Guerra del Yon Kippur, tenían, antaño, una eficacia inmediata y era suficiente para resolver la crisis.

Hemos pasado de una concepción de la fuerza como último recurso a una de fuerza en presencia, esto es, de la fuerza entendida como un instrumento orgánico de la diplomacia, como lo fue en el tiempo de la *Pax británica* y que hoy tratan de conseguir los EE.UU. con la Revolución en los Asuntos Militares (RMA.)

El requisito esencial de la intervención militar debe ser la intensidad (la tempestividad), con superioridad y una aplicación masiva de la fuerza militar, teniendo la masa un significado distinto al del pasado, más virtual que real, ilustrado perfectamente en los ataques de la OTAN ejecutados en la ex-Yugoslavia en el verano de 1995. En este sentido, debemos retener que:

*«Un éxito militar no determina la solución de un conflicto interno, mas bien crea una gama de opciones, desbloqueando una situación sin salida».*

En el último capítulo teoriza sobre la seguridad y la defensa, *aquella de carácter global*, ésta de una única dimensión militar. La defensa, la seguridad nacional y la defensa colectiva son coherentes con el paradigma realista; la seguridad colectiva se refiere al paradigma de Kant, mientras la seguridad común está ligada a la comunidad internacional y a la idea de «aldea global». La seguridad es, según esta última aproximación, un bien público mundial. Tal concepción sienta la base del derecho-deber de injerencia humanitaria, ligado al criterio de la indivisibilidad de la paz.

En definitiva, nos movemos entre polos opuestos de globalización y fragmentación, de realismo e idealismo, entre modelos de seguridad colectiva de «concierto de las potencias», con un núcleo duro de estados con mayor peso, y de «seguridad común». De igual manera, el actual sistema internacional camina entre el orden y el caos, éste último pronosticado por pensadores como Alain Minc en «la nueva edad media» (1993) o Robert Kaplan en «La anarquía que viene» (1994).

La respuesta más probable parece estar en la regionalización, que nos trae un resurgimiento de la geopolítica, donde debemos definir el papel de las naciones en el campo de la colaboración y la competencia geoeconómica, y que nos abre una época «post-estratégica», en la que el poder militar no constituirá por más tiempo el paradigma ordenador de los equilibrios mundiales.

## COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO

**Coordinador:** D. MIGUEL ALONSO BAQUER

*General de Brigada de Infantería (DEM). 2ª Reserva  
Doctor en Filosofía y Letras (Historia y Geografía).  
Secretario Permanente del Instituto Español de Estudios Estratégicos (1986-1997).  
Actualmente es Asesor para Estudios Históricos en el I.E.E.E.*

**Secretario:** D. LUIS DORRONZORO MANZANO

*Coronel de Artillería. Escala Superior. Cuerpo General de las Armas (Reserva).  
Diplomado de Estado Mayor y Estado Mayor Conjunto.*

**Vocales:** D. FRANCISCO JAVIER FRANCO SUANZES

*Capitán de Fragata. Escala Superior. Cuerpo General.  
Diplomado en Guerra Naval.  
Profesor de Estrategia de la Escuela de Guerra Naval.*

D. JUAN ANDRÉS TOLEDANO MANCHEÑO

*Comandante. Escala Superior. Cuerpo General del Ejército del Aire.  
Diplomado de Estado Mayor y en Geodesia Militar.  
Ingeniero Superior en Geodesia y Cartografía.  
Profesor titular de Estrategia y de Política de Seguridad y Defensa de la Escuela Superior del Aire.*

D. JOSÉ MARÍA ROMERO SERRANO

*Comandante de Infantería. Escala Superior. Cuerpo General de las Armas.  
Diplomado de Estado Mayor.  
Profesor titular de Estrategia de la Escuela de Estado Mayor del Ejército.*

D. JOSÉ MARÍA PARDO DE SANTAYANA GÓMEZ OLEA

*Comandante de Artillería. Escala Superior. Cuerpo General de las Armas.  
Diplomado de Estado Mayor y de Tropas de Montaña.  
Profesor titular de Estrategia de la Escuela de Estado Mayor del Ejército.*

**D. VICENTE HUESO GARCÍA**

*Comandante. Escala Superior. Cuerpo General del Ejército del Aire.*

*Diplomado de Estado Mayor.*

*Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración y en Sociología.*

*Profesor titular de Estrategia de la Escuela Superior del Aire.*

## INDICE

	<u>Página</u>
SUMARIO .....	7
EL ESTADO DE LA CUESTIÓN .....	11
<i>Por Miguel Alonso Baquer</i>	
STEFAN T. POSSONY .....	27
El poder aéreo estratégico; las normas para la seguridad dinámica. <b>El arma aérea: liderando las tres dimensiones.</b> <i>Por Juan A. Toledano Mancheño</i>	
ROBERT E. OSGOOD .....	37
Guerra limitada. <b>¿Cómo evitar la parálisis estratégica en la era atómica?</b> <i>Por José M<sup>a</sup> Pardo de Santayana Gómez de Olea</i>	
SAUL BERNARD COHEN .....	45
Geografía y política en un mundo dividido. <b>Geografía y política: inextricablemente unidas.</b> <i>Por Juan A. Toledano Mancheño</i>	
LÉO HAMON .....	55
Estrategia contra la guerra. <b>Las implicaciones del arma nuclear.</b> <i>Por Vicente Hueso García</i>	

JEAN PAUL CHARNAY .....	63
Ensayo general de estrategia.	
<b>Una concepción estratégica: juego, arte y ciencia.</b>	
<i>Por Juan A. Toledano Mancheño</i>	
MICHAEL HOWARD .....	73
La guerra en la historia europea.	
<b>Una historia sencilla de la guerra en Europa en el último milenio.</b>	
<i>Por José M<sup>a</sup> Romero Serrano</i>	
ANÍBAL ROMERO .....	81
Estrategia y política en la era nuclear.	
<b>La guerra como instrumento racional de la política nacional.</b>	
<i>Por F. Javier Franco Suanzes</i>	
LAWRENCE FREEDMAN .....	93
La evolución de la estrategia nuclear.	
<b>Un clásico del debate estratégico sobre el arma nuclear.</b>	
<i>Por José M<sup>a</sup> Romero Serrano</i>	
WILLIAM H. MCNEILL .....	103
La búsqueda del poder: tecnología, fuerzas armadas y sociedad desde el 1000 D.C.	
<b>La actividad militar en la encrucijada de las transformaciones históricas.</b>	
<i>Por José M<sup>a</sup> Pardo de Santayana Gómez de Olea</i>	
EDUARDO MUNILLA LÓPEZ .....	111
Introducción a la estrategia militar española.	
<b>Una generosa aportación al estudio de la estrategia militar española.</b>	
<i>Por José M<sup>a</sup> Romero Serrano</i>	
LUCIEN POIRIER .....	119
Las voces de la estrategia.	
<b>Metamorfosis de la estrategia y epistemología del arte militar.</b>	
<i>Por Juan A. Toledano Mancheño</i>	
PIERRE LACOSTE .....	129
Estrategias navales del presente.	
<b>¿Para qué una marina de guerra?.</b>	
<i>Por F. Javier Franco Suanzes</i>	

	<u>Página</u>
PAUL M. KENNEDY .....	141
Auge y caída de las grandes potencias.	
<b>¿Cómo y porqué cambia el centro de gravedad del mundo?</b>	
<i>Por José M<sup>a</sup> Pardo de Santayana Gómez de Olea</i>	
EDWARD N. LUTTWAK .....	149
Estrategia, la lógica de guerra y paz.	
<b>La paradoja y la armonía de la estrategia.</b>	
<i>Por José M<sup>a</sup> Romero Serrano</i>	
BARRY BUZAN .....	157
Introducción a los estudios estratégicos: tecnología militar y relaciones internacionales.	
<b>Conceptos estratégicos. Una visión personal.</b>	
<i>Por F. Javier Franco Suanzes</i>	
MIGUEL ALONSO BAQUER .....	169
Estrategia para la defensa. Los elementos de la situación militar en España.	
<b>Una realidad cósmica, social e histórica de las Fuerzas Armadas españolas.</b>	
<i>Por Juan A. Toledano Mancheño</i>	
PIERRE M. GALLOIS .....	179
Geopolítica. Los caminos del poder.	
<b>Los nuevos factores a considerar en el análisis geopolítico del siglo XXI.</b>	
<i>Por Vicente Hueso García</i>	
ROBIN WRIGHT y DOYLE MacMANUS .....	189
Futuro imperfecto.	
<b>Las claves para interpretar el final del siglo XX.</b>	
<i>Por Vicente Hueso García</i>	
FRANCIS FUKUYAMA .....	199
El fin de la historia y el último hombre.	
<b>Una visión optimista de la evolución de la historia.</b>	
<i>Por Vicente Hueso García</i>	
ALVIN y HEIDI TOFFLER .....	209
Las guerras del futuro.	
<b>Si quieres la paz prepara la antiguerra.</b>	
<i>Por F. Javier Franco Suanzes</i>	

	<u>Página</u>
ALAIN MINC .....	221
La nueva edad media. El gran vacío ideológico.	
<b>Una sociedad sin rumbo.</b>	
<i>Por F. Javier Franco Suanzes</i>	
HENRY A. KISSINGER .....	233
Diplomacia.	
<b>Psicoanálisis de la conciencia estratégica norteamericana.</b>	
<i>Por José M<sup>a</sup> Pardo de Santayana Gómez de Olea</i>	
SAMUEL P. HUNTINGTON .....	241
El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial.	
<b>Una visión pesimista del nuevo orden mundial.</b>	
<i>Por Vicente Hueso García</i>	
ZBIGNIEW BRZEZINSKI .....	251
El gran tablero de ajedrez.	
<b>El mundo visto desde el prisma geopolítico norteamericano.</b>	
<i>Por José M<sup>a</sup> Pardo de Santayana Gómez de Olea</i>	
CARLO JEAN .....	259
Guerra, estrategia y seguridad.	
<b>El resurgir de la geopolítica y el uso de la fuerza en la época «post-estratégica».</b>	
<i>Por José M<sup>a</sup> Romero Serrano</i>	
COMPOSICIÓN DEL GRUPO DE TRABAJO .....	266
INDICE .....	269

## CUADERNOS DE ESTRATEGIA

- | Nº  | TÍTULO   |
|-----|--|
| 01  | La industria alimentaria civil como administradora de las FAS y su capacidad de defensa estratégica.     |
| 02  | La ingeniería militar de España ante el reto de la investigación y el desarrollo en la Defensa Nacional. |
| 03  | La industria española de interés para la defensa ante la entrada en vigor del Acta Única.                |
| 04  | Túnez: su realidad y su influencia en el entorno internacional.  |
| 05  | La Unión Europea Occidental (UEO) (1953-1988).   |
| 06  | Estrategia regional en el Mediterráneo Occidental.   |
| 07  | Los transportes en la raya de Portugal.  |
| 08  | Estado actual y evaluación económica del triángulo España-Portugal-Marruecos.                            |
| 09  | <i>Perestroika</i> y nacionalismos periféricos en la Unión Soviética.                                    |
| 10  | El escenario espacial en la batalla del año 2000 (I).  |
| 11  | La gestión de los programas de tecnologías avanzadas.  |
| *12 | El escenario espacial en la batalla del año 2000 (y II).   |
| 13  | Cobertura de la demanda tecnológica derivada de las necesidades de la Defensa Nacional.                  |
| 14  | Ideas y tendencias en la economía internacional y en la española.  |
| *15 | Identidad y solidaridad nacional.  |
| 16  | Implicaciones económicas del Acta Única 1992.  |
| 17  | Investigación de fenómenos belígenos: Método analítico factorial.  |
| 18  | Las telecomunicaciones en Europa, en la década de los 90.  |
| *19 | La profesión militar desde la perspectiva social y ética.  |
| 20  | El equilibrio de fuerzas en el espacio sur europeo y mediterráneo.                                       |
| 21  | Efectos económicos de la unificación alemana y sus implicaciones estratégicas.                           |

- 22 La política española de armamento ante la nueva situación internacional.
- 23 Estrategia finisecular española: México y Centroamérica.
- 24 La Ley Reguladora del Régimen del Personal Militar Profesional (Cuatro cuestiones concretas).
- 25 Consecuencias de la reducción de los arsenales militares negociada en Viena, 1989. Amenaza no compartida.
- 26 Estrategia en el área iberoamericana del Atlántico sur.
- 27 El espacio económico europeo. Fin de la guerra fría.
- 28 Sistemas ofensivos y defensivos del espacio (I).
- 29 Sugerencias a la Ley de Ordenación de las Telecomunicaciones (LOT).
- 30 La configuración de Europa en el umbral del siglo XXI.
- 31 Estudio de «inteligencia operacional».
- 32 Cambios y evolución de los hábitos alimenticios de la población española.
- 33 Repercusiones en la estrategia naval española, de aceptarse las propuestas del Este en la CSBM, dentro del proceso de la CSCE.
- 34 La energía y el medio ambiente.
- 35 Influencia de las economías de los países mediterráneos del norte de África en sus respectivas políticas de defensa.
- 36 La evolución de la seguridad europea en la década de los 90.
- 37 Análisis crítico de una bibliografía básica de sociología militar en España: 1980-1990.
- 38 Recensiones de diversos libros de autores españoles, editados entre 1980-1990, relacionados con temas de las Fuerzas Armadas.
- 39 Las fronteras del mundo hispánico.
- 40 Los transportes y la barrera pirenaica.
- 41 Estructura tecnológica e industrial de Defensa, ante la evolución estratégica del fin del siglo XX.

- 42 Las expectativas de la I+D de Defensa en el nuevo marco estratégico.
- 43 Costes de un ejército profesional de reclutamiento voluntario. Estudio sobre el Ejército profesional del Reino Unido y (III).
- 44 Sistemas ofensivos y defensivos del espacio (II).
- 45 Desequilibrios militares en el Mediterráneo Occidental.
- 46 Seguimiento comparativo del presupuesto de gastos en la década 1982-1991 y su relación con el de Defensa.
- 47 Factores de riesgo en el área mediterránea.
- 48 Las Fuerzas Armadas en los procesos iberoamericanos de cambio democrático (1980-1990).
- 49 Factores de la estructura de seguridad europea.
- 50 Algunos aspectos del régimen jurídico-económico de las FAS.
- 51 Los transportes combinados.
- 52 Presente y futuro de la Conciencia Nacional.
- 53 Las corrientes fundamentalistas en el Magreb y su influencia en la política de Defensa.
- 54 Evolución y cambio del este europeo.
- 55 Iberoamérica desde su propio sur. (La extensión del acuerdo de libre comercio a Sudamérica).
- 56 La función de las Fuerzas Armadas ante el panorama internacional de conflictos.
- 57 Simulación en las Fuerzas Armadas españolas, presente y futuro.
- 58 La sociedad y la Defensa Civil.
- 59 Aportación de España en las Cumbres Iberoamericanas: Guadalajara 1991-Madrid 1992.
- 60 Presente y futuro de la política de armamentos y la I+D en España.
- 61 El Consejo de Seguridad y la crisis de los países del Este.
- 62 La economía de la defensa ante las vicisitudes actuales de las economías autonómicas.

- 63 Los grandes maestros de la estrategia nuclear y espacial.
- 64 Gasto militar y crecimiento económico. Aproximación al caso español.
- 65 El futuro de la Comunidad Iberoamericana después del V Centenario.
- 66 Los estudios estratégicos en España.
- 67 Tecnologías de doble uso en la industria de la defensa.
- 68 Aportación sociológica de la sociedad española a la Defensa Nacional.
- 69 Análisis factorial de las causas que originan conflictos bélicos.
- 70 Las conversaciones internacionales Norte-Sur sobre los problemas del Mediterráneo Occidental.
- 71 Integración de la red ferroviaria de la península Ibérica en el resto de la red europea.
- 72 El equilibrio aeronaval en el área mediterránea. Zonas de irradiación de poder.
- 73 Evolución del conflicto de Bosnia (1992-1993).
- 74 El entorno internacional de la Comunidad Iberoamericana.
- 75 Gasto militar e industrialización.
- 76 Obtención de los medios de defensa ante el entorno cambiante.
- 77 La Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) de la Unión Europea (UE).
- 78 La red de carreteras en la península Ibérica, conexión con el resto de Europa mediante un sistema integrado de transportes.
- 79 El derecho de intervención en los conflictos.
- 80 Dependencias y vulnerabilidades de la economía española: su relación con la Defensa Nacional.
- 81 La cooperación europea en las empresas de interés de la defensa.
- 82 Los *cascos azules* en el conflicto de la ex Yugoslavia.
- 83 El sistema nacional de transportes en el escenario europeo al inicio del siglo XXI.
- 84 El embargo y el bloqueo como formas de actuación de la comunidad internacional en los conflictos.

- 85 La Política Exterior y de Seguridad Común (PESC) para Europa en el marco del Tratado de no Proliferación de Armas Nucleares (TNP).
- 86 Estrategia y futuro: la paz y seguridad en la Comunidad Iberoamericana.
- 87 Sistema de información para la gestión de los transportes.
- 88 El mar en la defensa económica de España.
- 89 Fuerzas Armadas y Sociedad Civil. Conflicto de valores.
- 90 Participación española en las fuerzas multinacionales.
- 91 Ceuta y Melilla en las relaciones de España y Marruecos.
- 92 Balance de las Primeras Cumbres Iberoamericanas.
- 93 La cooperación Hispano-Franco-Italiana en el marco de la PESC.
- 94 Consideraciones sobre los estatutos de las Fuerzas Armadas en actividades internacionales.
- 95 La unión económica y monetaria: sus implicaciones.
- 96 Panorama estratégico 1997/98.
- 97 Las nuevas Españas del 98.
- 98 Profesionalización de las Fuerzas Armadas: Los problemas sociales.

\* Agotado. Disponible en las bibliotecas especializadas y en el Centro de Documentación del Ministerio de Defensa.



**Colección Cuadernos de Estrategia**

